





*Taller Testimonio
y Memoria
del colectivo
de ex presas políticas*

**LOS
OVILLOS DE LA
MEMORIA**

editorial senda



Diseño de portada e interior:
Tania Casares / reyrojo@adinet.com.uy
Corrección:
Edda Fabbri / grafos3@adinet.com.uy

Taller Testimonio y Memoria
del colectivo de ex presas políticas
losovillosdelamemoria@gmail.com
Hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Uruguay
Primera edición noviembre 2006
Todos los derechos reservados
ISBN: 9974-96-131-9

“El que tenga una canción tendrá tormenta
el que tenga compañía, soledad.
El que siga un buen camino tendrá sillas
peligrosas que lo inviten a parar.
Pero vale la canción buena tormenta
y la compañía vale soledad
siempre vale la agonía de la prisa
aunque se llene de sillas la verdad.”

Silvio Rodríguez

*A nuestros padres,
nuestros hermanos,
a nuestros hijos,
a los hijos de nuestros hijos
y a nuestros compañeros
y compañeras de lucha.*



Prólogo

Los duelos de la memoria y la memoria de la rebeldía

¿Dónde vive la memoria? ¿Quién la muere? ¿Por qué nos duele? ¿Hasta cuándo el duelo? ¿Qué recuerda la memoria? ¿Cuánto olvida? ¿Quién la enciende? ¿Quién la apaga? ¿Cuánta memoria marcha un 27 de junio, un 11 de setiembre o un 24 de marzo por las calles? ¿Cuánta memoria se va de ferias? ¿Cuánta se levanta un monumento? ¿Cuánta memoria se vuelve mercancía? ¿Cuánta se disuelve en los despachos del poder?

Más de treinta años transcurrieron desde los golpes de Estado que establecieron en el Cono Sur las dictaduras militares más feroces de nuestra historia. El terrorismo de Estado, con su dimensión militar y civil, con su trama de dominación y de complicidades, fue el modelo elegido por el capitalismo para remodelar su hegemonía.

Si éste se estableció en nuestras tierras sobre la base del genocidio de la población originaria y de los pueblos afrodescendientes traídos como esclavos; si después fue necesaria una nueva “conquista del desierto”, un Salsipuedes para sentar las bases de la modernización realizada por la generación del 80; los artífices de estas últimas dictaduras, herederos muchos de ellos de aquella oligarquía “fundadora de la nación”, volvieron a recurrir al genocidio, para aplacar toda resistencia.

Llamaron “proceso de reorganización nacional” a lo que fue un nuevo momento de recolonización cultural, sostenido en una contrarrevolución preventiva, cuyos datos sobresalientes volvieron a ser el exterminio, la impunidad, el racismo, el crimen organizado.

Los golpes de Estado en el Cono Sur fueron parte de la política imperialista para América Latina, que tuvo como instrumento contrainsurgente el Plan Cóndor. Se trataba de detener el proceso de ascenso de los movimientos revolucionarios que alentados por la Revolución Cubana y por otros hechos significativos del contexto internacional –triunfo sobre el fascismo, revolución china, mayo del 68, Vietnam– desparrramaban por América Latina la certeza de que el cambio no sólo era necesario, sino que también era posible.

La máquina de matar se puso en marcha para aplastar toda insurgencia. Se trataba no sólo de liquidar al pez, sino de dejarlo sin agua. Por eso el indiscriminado asesinato de hombres, mujeres, ancianos, ancianas, niñas y niños. Por eso los mecanismos del terror: la desaparición forzada de personas, los campos de concentración, la maquinaria de delaciones organizada para romper toda solidaridad. Por eso la guerra cultural, promoviendo el “sálvese quien pueda” y “el silencio es salud”; con la complicidad de periodistas que aún hoy infectan los medios de comunicación. Por eso el aliento a la traición, a la ruptura de los lazos de solidaridad, y la inoculación de la desconfianza.

El paso siguiente era la impunidad, basada en la desmemoria.

Pasaron treinta años. Vale la pena sacar algunas cuentas. La dictadura logró su cometido en varios sentidos: la desarticulación de las organizaciones revolucionarias de aquel momento, del sindicalismo de liberación, de las ligas agrarias, de un movimiento estudiantil combativo, del movimiento de sacerdotes por el Tercer Mundo, y de numerosos movimientos populares que fueron diezmados y desestructurados.

La pérdida más grande e imposible de nombrar sin sentir escalofríos: la ausencia de una generación de hombres y mujeres revolucionarios, generosos, dispuestos a cambiarse a sí mismos para cambiar al mundo, empeñados en la creación del “hombre nuevo” –ellos no se imaginaban la posibilidad de “la nueva mujer”.

Y como consecuencia también de esta historia, la desertión de muchos sobrevivientes de aquella generación, que adaptaron la idea de “tomar el poder”, a la de “acercarse al poder”; y cuando se acercaron, se quedaron gustosos. Ahora, desde el poder, tratan a los que resisten de “inadaptados”, “duros”, “inmaduros”, versiones diversas del “imberbes” de otros tiempos, y no vacilan en cercar la plaza cuantas veces se sienten amenazados.

La dictadura militar fue la condición para que se estableciera en el país el capitalismo privatizador, neoliberal, que destruyó la soberanía nacional, devastó los bienes de la naturaleza, extranjerizó la economía, destruyó identidades clasistas y populares, multiplicó el posibilismo, como justificación ideológica del “no se puede”.

Ellos lograron bastante. Pero no nos derrotaron.

La derrota significa, en términos políticos, destruir la voluntad de resistencia. Y allí es donde no pueden con nosotros. Allí, precisamente allí, es donde se encuentra el valor de la terca, mágica y rebelde memoria.

La memoria nos permite recordar que no hubo lugar del país en el que no existieran gestos luminosos de resistencia.

Aun en las regiones más oscuras y sórdidas, en los campos de concentración, tenemos manos tendidas, gente destrozada por la tortura que no entrega a sus compañeros, hombres y mujeres que callan hasta olvidar, información que atraviesa las zonas de la “no existencia”, denuncias que se filtran hasta comenzar a hacerse oír.

Aun en los lugares más duros, como las cárceles, hemos escuchado relatos de inmensa dignidad, de mujeres que desafiaban la condena al mundo monocolor, tejiendo telares con hilos de colores ingresados clandestinamente, de hombres que aprendían a leer y a escribir para comunicarse con el mundo.

Aun en el lugar más insondable de la subjetividad, la de una madre que ve desaparecer a su hijo o hija en un cono de sombras, encontramos la fuerza que transforma el pañal en pañuelo y la quietud en marcha, que vuelve público lo privado socializando la maternidad y alimentando la rebeldía. Aun en esos “años de alambradas culturales”, como los llamó Julio Cortázar, hubo quien escribió, quien dijo su palabra, quien hizo su poema, quien cantó su canción, quien actuó a teatro abierto.

Hubo dignidad en la resistencia, coraje, amor, e incluso alegría. No es cierto que sea triste la lucha. Triste es cuando nos cansamos de luchar.

La resistencia engendró una memoria implacable y fértil. Hijos que escrachan a los genocidas. Jóvenes que miran a los ojos a sus abuelas y desgarrándose el alma les dicen: “Aquí estoy, soy el nieto que buscabas”. Ex detenidos desaparecidos, ex presos y presas que

no se refugian en la historia, sino que se empoderan de la memoria para luchar por los derechos humanos de ayer y de hoy.

La memoria fértil tiene muchos colores, nombres, rostros.

Una no sabe si llorar o reír cuando ve marchar la memoria por las calles y descubre detrás de cada cartel, de cada foto, a un amigo, a una compañera, a un ser querido que desapareció pero allí está, sin embargo, junto a nuestra caminata.

En estos días una siente que ellos te empujan, que te hablan al oído. Que te invitan a desempañar los vidrios de la melancolía y a enarbolar los sueños de siempre. Los que sueñan los pueblos originarios: tierra y libertad. Miles y miles de sueños segados de la superficie de nuestra utopía, que resistieron clandestinamente como raíces, como semillas, esperando el momento de florecer.

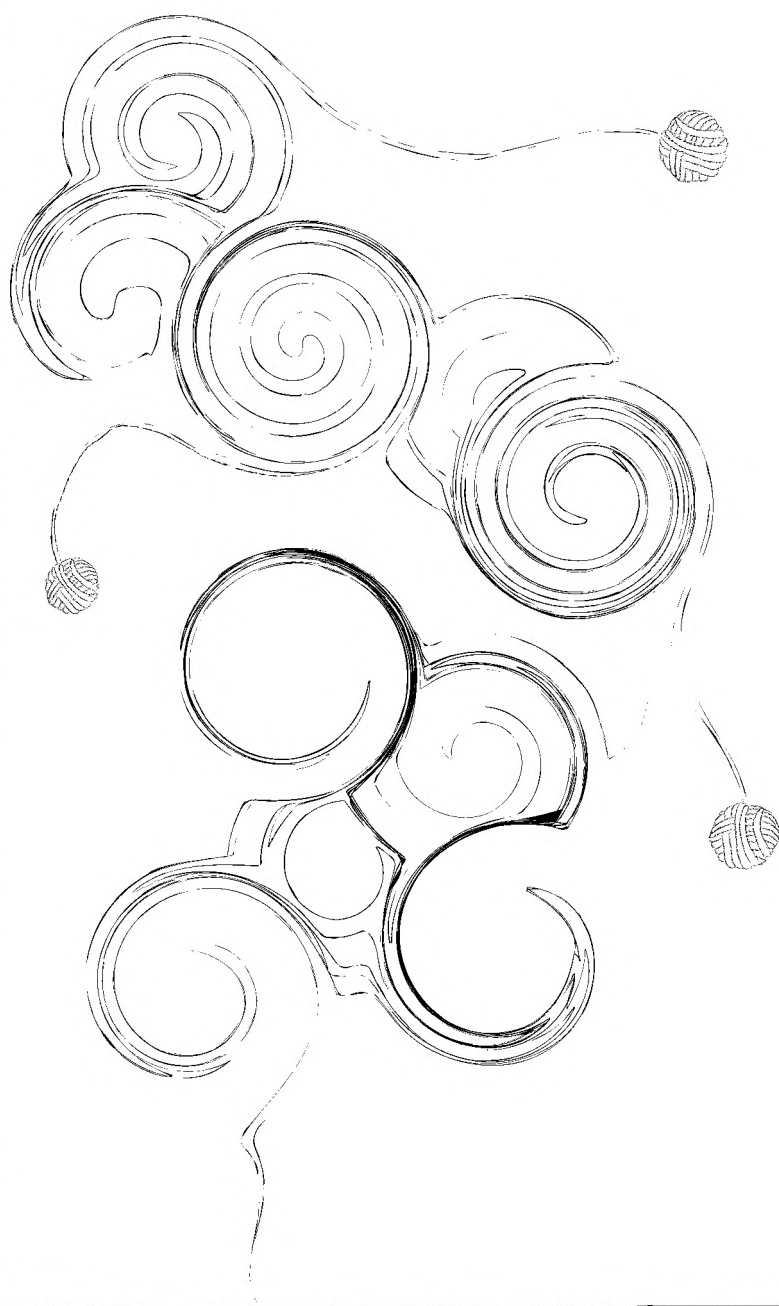
¿Para qué sirve la memoria? Para identificar a los enemigos de siempre. Para escracharlos en sus cuevas. Para que nadie se confunda. Para que cada cual sepa que ellos no actuaron solos. Que hay una cadena de complicidades, que abrieron las puertas de la impunidad. Sirve la memoria cuando no se vuelve complaciente. Cuando no se calla. Cuando no se rinde. Cuando no se olvida.

Cuando enciende nuevas rebeldías. Duele la memoria. Duele, porque obliga.

Claudia Korol

Argentina, 24 de marzo de 2006.

*Generación
de utopías*





El mundo está en ebullición, nuestra generación intenta romper con lo establecido, en todos los territorios.

La recién nacida Revolución Cubana anuncia que su camino transita al socialismo. El Che Guevara ve las condiciones para extender la revolución a toda América: “Crear dos, tres, muchos Vietnam”, dice.

Al tiempo Europa estalla en primaveras, mayo del 68 en París ve florecer barricadas de adoquines, la juventud proclama su autonomía y considera su horizonte: “Seamos realistas, exijamos lo imposible”. Praga se levanta contra el autoritarismo estalinista que reprime a tanque y fuego su rebeldía. En Italia las Brigadas Rojas y en Alemania la Fracción del Ejército Rojo son las expresiones más notorias de una sociedad que demanda a los gobiernos cambios urgentes. Irlanda resurge y apunta con las armas del IRA al corazón del Reino Unido.

Del otro lado del mundo, en la China de Mao la revolución cultural le cierra el paso a la restauración burguesa. En Vietnam se desarrolla una lucha heroica contra tecnología bélica de pueblo contra imperio; el siniestro camino del napalm deja el daño colateral de bosques, hombres, mujeres y niños destruidos, pero enciende la mecha en la tierra de los invasores donde multitudinarias manifestaciones antibélicas se suman a las luchas por los derechos civiles de los negros lideradas por Malcolm X y Martin Luther King, asesinados en 1965 y 1968.

Asia, África y América Latina buscando estrategias antimperialistas comunes se unen en la Tricontinental. Hasta la Iglesia Católica hace su propuesta renovadora en la Conferencia de Medellín,

adoptando la mirada de los países pobres. Ahí se plantará la simiente de la Teología de la Liberación. En los hechos, de Camilo Torres en Colombia a Indalecio Olivera en Uruguay, innumerables curas toman partido con las armas en la mano.

La pregunta ¿cuántos años teníamos en el 68? nos sitúa en aquella intensa adolescencia, en medio de un mundo que requería cambios, donde los jóvenes éramos protagonistas. Apenas habíamos abandonado el libro *Mujercitas*¹ para leer a Karl Marx, recién habíamos dejado las oraciones de los colegios religiosos para leer el *Diario* del Che Guevara.

—Yo tenía 14 años.

—Yo 15.

—Yo 16.

—Yo también tenía 16.

—Y yo 17.

—Yo ya tenía 20.

Aquellos rostros renacen en nuestras arrugas de hoy, aquellos sueños siguen latiendo en nuestros pechos y nos exigen contar, rescatar la historia-mujer de esa generación, historia sangrienta, aprisionada, muerta, torturada e impune todavía. Sin rigores científicos, sin precisión histórica, con la particularidad de ser la mirada interna, de mostrar episodios en los que las protagonistas somos nosotras mismas hermanadas por la vida.

Los recuerdos, las investigaciones surgen de nuestra propia necesidad y porque hoy lo podemos contar. Otras compañeras no pueden hacerlo si no las rescatamos del silencio. Esas luchadoras renacen en las voces de quienes las conocieron, de quienes las quisieron y aún las sienten vivas.

Esta voluntad colectiva de construir la memoria quedó abierta el 31 de julio de 1997 en el primer encuentro masivo de ex presas políticas, donde nos integramos en el taller Testimonio y Memoria. Las primeras charlas fueron informales, luego empezaron a ser grabadas y cada una de nosotras fue contando estrictamente su

1. De Louise May Alcott.

experiencia personal. El primer día fuimos seis compañeras, el número fue variando, de acuerdo a nuestros procesos y a las urgentes demandas de la vida. Algunas permanecemos en todas las etapas, otras fuimos y vinimos. Un día se integró Margrit, que había vivido en su Alemania natal la cárcel política. Sintetizar su experiencia con la nuestra fue menos difícil de lo que creíamos. Por eso en estos testimonios aparecen diferentes voces, diferentes sensibilidades, diferentes países, diferentes experiencias, diferentes ideologías, diferentes ritmos, pero en todos los casos hay huellas profundas que marcaron vidas.

Esta es nuestra manera de ir armando el rompecabezas, en charlas colectivas donde experiencia y memoria individual se fueron convirtiendo en colectivas, y donde fueron quedando registradas las diferentes etapas de nuestras vidas.

—A mí no me gustaba nada cómo era el mundo; recuerdo una práctica en una escuela suburbana en el departamento de Cerro Largo, visitábamos a las familias de los alumnos, teníamos que hacer un estudio socioeconómico de un alumno. La casita que me tocó a mí fue la de los Barquín, de terrón, con unas ventanas muy chicas. Eran muchos hermanos, de muy bajo peso, con signos evidentes de desnutrición. Para atenderme fueron a buscar una silla a la casa de un vecino. Sentí mucha tristeza, yo era hija de un mecánico, pero en mi casa se vivía de forma diferente, había oportunidades. Allí la pobreza la tenían debajo de la piel, no iban a poder salir de ella. Era injusto.

—En mi casa éramos muy pobres, yo vivía en el campo, mis padres eran zafrales. Íbamos constantemente de un departamento a otro siguiendo las zafras, cosechando papas, cortando caña o lo que fuera. Terminamos en Montevideo, en el cante,² era la época del Chueco Maciel,³ él les robaba a los ricos para repartir entre nosotros, los pobres. Ahí empecé a aprender valores, de a poco los tupamaros⁴ se acercaron al cante, hicieron lo mismo, le robaron a los almacenes de Manzanares para repartir entre los pobres y yo fui acercándome a esa ideología.

2. Cante, o cantegril, refiere a los barrios más pobres, de viviendas precarias.

3. Delincuente juvenil con marcada conciencia social.

4. Movimiento revolucionario uruguayo que toma su nombre del líder revolucionario Tupac Amará.

—Yo en Alemania también viví, hasta que tuve 10 años, en un sitio parecido a lo que aquí son los cantegriles. No teníamos casi nada para comer, yo tengo raquitismo, era la época de la posguerra. Recién cuando mi padre se reincorporó al Ejército en el año 56 empezamos a tener comida. En esa época vivíamos muy mal, la marginalidad era total, aunque logramos salir de esa zona y estábamos estudiando. Recuerdo que siendo más grande caminaba por las calles y me encontraba con la soledad, vidas inútiles, personas mayores que hablaban solas o que hablaban con sus perros. Tenía una sensación de tristeza y de furia. Yo no quería vivir así.

—Yo fui criada en “cajita de cristal”, recuerdo que no me dejaban jugar en la calle. Mientras fui niña el mundo lo miraba desde la ventana, sin embargo en casa eran cristianos y a mí la idea de justicia y de luchar contra la pobreza me surgió a través de la religión. Cuando empecé a ir al liceo público, empecé a militar convencida de que era lo que tenía que hacer, que ese era el concepto de solidaridad cristiana.

—A mi me pasó lo mismo, la conciencia política me llegó a través de la religión. Los temas religiosos en mi casa estaban presentes siempre, recuerdo las discusiones a raíz del concilio, que fue en el 62. Yo quería hacer la revolución, quería ser como Camilo Torres, en el colegio sacábamos un periódico que se llamaba *Presencia*, igual que uno que editaba él. Yo repetía su consigna en todos lados: “El deber de todos los cristianos es hacer la revolución”.

—En mi caso fue directamente la experiencia de la pobreza, mis padres eran trabajadores y siempre fui a escuela pública y a liceo público. Las diferencias de clase las viví en carne propia, siempre faltaban cosas y aprendí que había que luchar mucho para conseguirlas, creo que fue así, naturalmente, sin darme cuenta de que me iba comprometiendo.

Poco camino habíamos recorrido y poca experiencia teníamos cuando nos sorprende el destino. Vidas que recién comenzaban, conocíamos nuestro hogar, la escuela, el liceo y ya estábamos marcadas por las mismas cosas: la injusticia, la pobreza y la esperanza.

—Recién cuando fui al liceo público descubrí el mundo, era diferente a como me lo habían mostrado las monjas.

—Es cierto, era un mundo totalmente artificial, nosotras éramos solamente niñas y saludábamos diciendo “paz y bien” y así encabezábamos las hojas de los deberes. Pero fue precisamente ahí que aprendí que existían injusticias; ni paz ni bien era lo que veía diariamente, faltaban a la cita el amor al prójimo y la caridad.

—En Alemania no existían escuelas privadas, así que nosotros fuimos a liceo público, a los 18 años me fui de casa y seguí estudiando. En el año 67 empieza el movimiento estudiantil y yo empiezo a participar en el 68 o en el 69. Era un movimiento cultural, social, contra el autoritarismo, contra toda la cultura fascista; intentábamos vivir de otra manera, vivir solidariamente, no usarnos los unos a los otros. Fue un movimiento internacionalista, preocupado por la guerra en Vietnam, por los movimientos latinoamericanos y por todo.

—Yo había visto que la movida estaba en el IAVA, y quería hacer preparatorios ahí mismo, así que nos anotamos con una amiga y empecé a ver todo lo que pasaba en el mundo que yo no conocía, se militaba, se leían autores que yo nunca había oído, se pensaba. Mi horizonte cambió.

—Yo estaba en el liceo 18 cuando se hicieron las primeras manifestaciones por el aumento del boleto, me acuerdo de las ocupaciones, de las marchas por las primeras muertes de estudiantes, Líber Arce, Susana Pintos... Claro que para mí la participación ya era algo natural, mi familia estaba bastante politizada.

—Las facultades en esa época eran como un territorio liberado, yo iba al liceo 13. Me acuerdo que también funcionábamos en Arquitectura, el FER 68⁵ se reunía en el patio central, alrededor de la fuente. En esa época la facultad tenía interacción con lo liceal y nosotros hacíamos peajes para financiarnos el transporte para poder ir a militar.

—Yo empecé magisterio a los 16. El Partido Comunista Revolucionario funcionaba en Medicina, en una de las torres más altas, en el local de las parteras. Subíamos unas escaleras interminables, me acuerdo el susto que me llevé la primera vez que me asomé sobre el tabique, allá abajo en mesas de mármol había cadáveres, era el salón de las

5. Frente Estudiantil Revolucionario (FER). Agrupación que surge después del 68 y que refleja las posiciones del MLN. A mediados de 1970 la polémica “foco-partido” polariza la discusión interna y termina dividiendo en dos a la agrupación. A comienzos del 71 ya se reconocen el FER (de orientación partidista, que apoya el documento llamado “Cartilla”) y el FER 68 (de tendencia foquista, que defiende el documento “Foco o partido: un falso dilema”).

disecciones. A veces teníamos reuniones con los compañeros de Agronomía en el parque de la facultad o en los locales de los estudiantes.

—Nosotros funcionábamos en Veterinaria y alguna vez en Ingeniería. Entrábamos y salíamos como si fuera nuestra casa, en Veterinaria la mayoría de los estudiantes venían del interior y vivían en locales que estaban en el patio de la facultad. Allí se vivía, se cocinaba, se hacían carteles, se estudiaba, nos formábamos políticamente y también permitían encuentros de amigos, de estudiantes, de camaradas y de parejas de compañeros, el amor también nos unía, por algo los llamábamos bulines. A veces nos quedábamos la noche allí, pobres viejos, qué sustos les pegábamos.

—En aquella época además de militar era importantísimo estudiar; leíamos, no parábamos de leer para discutir políticamente, para discutir con los profesores. Ser militantes implicaba ser buenos estudiantes, teníamos que ser los mejores.

—Yo me acuerdo de la discusión foco-partido, era un debate inevitable. Cada uno defendía su tendencia con ardor, aprendíamos a debatir, a defender, a confrontar, a discutir, método de análisis, crítica, autocritica. Nuestros cerebros estaban en plena actividad, recibían información, informes, análisis, periódicos, literatura política.

La moda femenina tuvo un cambio cualitativo, hasta ese momento las polleras subían y bajaban, pero mantenían su rol protagónico. En esta época el pantalón llega para quedarse, los *jeans* inspiran canciones y atrapan las miradas. Estilos diferentes coexisten: las modas militante, pop, hippie. Minifaldas, botas altas, *hot pants*, *palazzos*, diseños psicodélicos, mocasines porteños, los *montgomery*, eran prendas modernas. El pelo lacio, aunque fuera a fuerza de torniquete, los ojos intensamente maquillados y hasta pestañas postizas caracterizaban a nuestros rostros.

Aprendíamos a bailar con Música en Libertad y lo que se debía escuchar en Discodromo o en Beatlemania.⁶ El rock se hizo nuestro; “eso es puro ruido”, “eso no es música”, decían los veteranos siempre fieles al tango y al folclore.

6. Programas radiales y televisivos que difundían la música de la época.

—Yo tenía asustado a mi padre, porque siempre estaba hablando de los negros y él estaba convencido de que yo me iba a ennoviar con un negro, cuando vio a Javier tan blanquito sintió un alivio tan grande que hasta le perdonó que fuera de izquierda. Y me dijo: “Ahora vas a tener quien te haga bajar el dobladillo de las polleras”.

—Mi abuela estaba tan asustada por las minifaldas que yo usaba, que me preguntaba: “M’hijita, ¿no te vas a poner nada?”. Porque para ella salir con esa ropa era como salir desnuda.

—A mí me encantaban los Rolling, los Beatles, Jettro Tull. Y me encantaba ir a bailar, todos los sábados íbamos con un grupo de amigos a las *boites* en onda: Ton-Ton Makut, A Baiuka, también estaba el Hot Club, en la calle Guayabo, allí escuchábamos jazz. Tenían una onda brutal.

—A mí me gustaban los Beatles, los Creedence, escuchábamos a Bob Dylan. Era a quién bailaba el rock con más piruetas, dejábamos toda nuestra energía en la pista. En aquella época había que ir a bailar en pareja, las mujeres no iban solas.

—A mí me ponían “Yellow Submarine” cuando me hacían el submarino y te juro que ni así me hicieron odiar a los Beatles.

—Yo pasé de la música folclórica al canto popular, el rock no pasó por mi vida. Olimareños, Viglietti, Víctor Lima, el folclore que se convirtió en canto popular. Empecé por Atahualpa Yupanqui, la música nostálgica, del lado de los pobres, de la gente humilde, me parecía impresionante, quizás porque yo venía del interior, para mí ese contenido cercano a la tierra me conmovía.

—Yo iba a una discoteca con una amiga, mi música era la de los Rolling Stones, Animals, Cream y Janis Joplin. Cuando estaba cansada de tanto bailar me volvía sola a mi cuarto de estudiante. Esa es la diferencia en Alemania, no volvía a la casa de mis viejos, volvía a mi cuarto de estudiante.

—A mí me gustaba Joan Baez, siempre nos reuníamos los sábados en alguna casa a cantar, o en la plaza. Era una actividad que no tenía costo, porque nosotros nunca teníamos plata, y terminábamos siempre cantando canciones de la guerra civil española.

—Yo al único boliche que iba era a Los Estudiantes, cuando salíamos de clase; no importaba si ibas a tomar algo o no, de repente éramos diez con una grapa con limón, una grapamiel y un cortado.

Charlábamos hasta aburrir a los dueños del boliche, que para variar eran gallegos.

La literatura, el cine, el teatro no podían faltar, vivíamos una fiebre por abarcarlo todo.

—A mí me gustaba muchísimo leer, leía mucho, me gustaban Cortázar, Benedetti, García Márquez. Onetti no me gustó nunca, igual que Faulkner, que lo conocí en la cana, me parecían demasiado tristes, “depres”. Claro que no desprecié a Corín Tellado, dejo constancia, era una romántica total.

—Yo la literatura contemporánea la descubrí en el IAVA, ahí me encontré que todos leían a Pablo Neruda, García Márquez, Paulo Freire, Erich Fromm. Y de golpe pasé de Julio Verne a Douglas Bravo, el venezolano, al Che Guevara, a Régis Debray.

—Yo ni idea tenía de esta literatura, nosotros estábamos leyendo para tomar decisiones, para saber si íbamos a la guerrilla o no. Me acuerdo de leer al Che, a los vietnamitas, *El patriota* era mi libro de cabecera, era sobre la conformación del frente vietnamita. Para poder leer todo lo que quería cambiaba libros en la feria de Piedras Blancas.

—También leíamos a Eustasio Rivera: *La vorágine* la leíamos todos y pasaba de mano en mano. Benedetti, *El cumpleaños de Juan Ángel*, y otros latinoamericanos: Amado, Arguedas, Arciniegas, Carpentier, García Márquez, Cortázar, Roa Bastos, Neruda. Cuando salí de la cana me los volví a comprar, ahora los está leyendo mi hijo.

—¿Se acuerdan de John Reed?, *Los diez días que conmovieron el mundo*, John Dos Passos, Howard Fast, Heminway, todos los perseguidos por el macarthismo. *Para leer al Pato Donald*, leíamos muchísimo. *La guerra de las pulgas*, era un francés el autor, hablaba a favor de las guerrillas. Lo fotocopiábamos y lo discutíamos.

—Leíamos a Lenin, a Marx, a Mao. También leíamos a Hegel, como una de las fuentes del marxismo. Y estudiábamos para saber y hasta para poder discutir con los profesores.

—Yo me acuerdo de Inti Peredo, nosotros leíamos a los guerrilleros que transmitían su experiencia. Estudiábamos la guerrilla brasileña, leer al Che era imprescindible.

—Todo estaba politizado, hasta el cine americano era revolucionario y estaba con los estudiantes, se acuerdan de *Las fresas de*

la amargura, yo la vi como cinco veces. *Blow Up*, *Zabriskie Point*.

—En aquella época llegaba cine europeo también, francés, italiano y tenía muchísimo peso, Fellini, Rosellini, Pasolini, Antonioni, Costa Gavras, Pontecorvo... *La clase obrera va al paraíso*, *La batalla de Argelia*, Z, *La caída de los dioses*. Y además teníamos que ir al cine, no existían videos ni DVD.

—En Salto veíamos cine en la calle, íbamos con la silla hasta Bolivia y Camino del Éxodo. Cerraban toda la calle, quedaba un poco alejado del centro, daban cine argentino, Sandrini, Niní Marshall, aunque después vino una época de cine argentino que estuvo buenísima: *La Patagonia rebelde*, *La hora de los hornos*.

—Y aunque el teatro siempre tuvo menos adeptos, tuvo una época increíble, nadie que militara podía dejar de ver *Fuenteovejuna*, era impactante, tan conmovedora, tan movilizadora. También dieron *Arturo Ui* y *Libertad, libertad*.

Con una mentalidad que cambiaba vertiginosamente, con la aparición de las pastillas anticonceptivas y sin el condicionamiento del sida, la revolución sexual estaba en marcha. El beso en las barricadas llegó para instalarse, sexo-matrimonio fue sustituido por sexo-amor. Entre los estudiantes se instauró la discusión y fue creciendo, aunque no llegó simultáneamente a todos los sectores, ni a todos los lugares. Los términos novia y esposa se soldaron en uno nuevo, lleno de significado para nosotras, “compañera”. La virginidad dejó de ser un valor cotizado y el orgasmo empezó a ser una sensación conocida. Entre estudiantes la discusión de estos tópicos era insoslayable.

Seguía siendo difícil acceder a la información, recuerdo todavía *El matrimonio perfecto*, de Van de Velde, manual “completo” para una futura esposa y el revolucionario *Informe Kinsey sobre sexualidad femenina*.⁷ Uno planteaba la conducta ideal y el otro investigaba la conducta real. Sin embargo la discriminación sexual se sentía en los grupos, por más revolucionarios que nos creyéramos; contra los homosexuales por temer que pudieran ser más débiles frente a la represión, y también se daba la subordinación femenina por más que tratáramos de defender

7. El reporte sobre el comportamiento sexual femenino fue publicado el 14 de setiembre de 1953. Sus autores, el zoólogo Alfred Kinsey y el médico Wardell Pommery, consultaron previamente a 6 mil mujeres estadounidenses.

igualdades. En la práctica costaba muchísimo llegar a estas metas.

—Mi despertar sexual fue hermosísimo y coincidió con la época de definiciones políticas, todo corría paralelo. No fue fácil, pero al conocerlo supe que él era mi amor y sentí que podía entregarme. No necesitaba otra bendición, pero aunque no lo crean, estaba tan preocupada por dejar atrás los tabúes que la religión había impuesto hasta a mis padres ateos, que no pensé en el embarazo. Mis preocupaciones estaban en la sexualidad, no llegué a pensar en las consecuencias. Y se imaginarán qué pasó... Pues quedé embarazada en mi primer encuentro.

—Cómo serían los tiempos que yo en vez de ir a un romántico encuentro en una habitación preparada, tuve mi primera relación en un local partidario, en lo que luego sería la cárcel del pueblo.

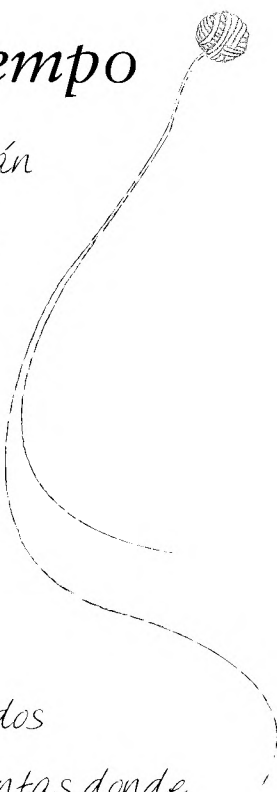
—Yo nunca supe dónde fue, porque fui compartimentada, no reconocería el lugar. Me quedó una imagen muy nítida de una manta tejida a mano, con aquellos cuadraditos de croché. Lo único difícil fue interrumpir nuestras caricias por el sonido de una estruendosa y amenazadora sirena policial.

—Yo tampoco supe bien dónde fue. Él un día me encaró y me dijo que ya había pasado bastante tiempo que andábamos juntos —unos meses, eran— y que ya estábamos en condiciones de tener relaciones. Yo no me quise achicar y le dije que sí. Él compró las pastillas, que eran 21 y verdes, y yo tenía que tomarlas todos los días sin perder ni uno. Era un bulín propiamente dicho, un apartamentito que alquilaba su hermano con otros amigos para eso mismo. Así que arrancamos para el bulín de Malvín. Había una lamparita que me miraba encendida desde el techo. Yo estaba, no sé, con miedo y con mucha tensión, y pensando que tenía que hacer determinados movimientos, no sabía bien cuáles, y estaba esperando siempre que se produjera el momento del famoso orgasmo que de tanto nervio, creo, nunca llegó.

—A mí me parece increíble haber superado los tabúes, porque las monjas desde los 12 años me estaban reprimiendo por mi “andar sensual”. Recién a los 19 concreté mis primeras experiencias, yo pensaba: “que no me vean, que no me vean, si no me van a poner pupila”. Tuvimos que desarrollar la imaginación hasta el extremo de inventar que iba a la Gruta de Lourdes. Elegí el domingo 11 a las 11 de la mañana. Nadie sospechó.

Perfiles del tiempo

*Aquí están
nuestros rostros,
nuestros retratos,
bastante
diferentes a los
que aparecieron en
los periódicos, en los
informativos o en los
tradicionales comunicados
de las Fuerzas Conjuntas donde
informaban que estábamos
requeridas, procesadas por sediciosas,
por subversivas, por guerrilleras, por
comunistas, por revolucionarias
o por sindicalistas.*







Martha Passeggi

Empecé a militar a los 15 años, iba al liceo 18 y empezaba recién a entender el significado de las luchas estudiantiles. Nací en un hogar donde el compromiso político era el pan de cada día, mi madre era dirigente sindical del gremio del dulce.

Ella no había llegado a ser sindicalista por tener una tradición de izquierda, su origen era batllista, había militado con Zelmar Michelini en

aquella época. Tenía conciencia de clase, a través de ella empecé a entender. A los 18 años ingresé a trabajar con ella en la fábrica para la zafra de Pascua. Existen otras prioridades, ver cómo organizarse, caminar a otro ritmo, dar un paso atrás cuando es necesario. Cuando se avecinaba el golpe de Estado la actividad fue mucho más intensa, de pronto descubrías gente que te apoyaba porque te conocía, porque era solidaria y no porque ideológicamente coincidiera contigo. Te daban todo, exponiéndose, eran compañeros de clase y eso lo tenían claro. Por ejemplo una vez una trabajadora, que no era de izquierda, me albergó en su casa; otra vez cuando caí presa otras obreras acompañaron a mi madre a buscarme por los cuarteles.

Mi padre también tenía origen batllista, era de clase media y estaba haciendo un proceso de apertura. Llegó un momento en que cada uno fue tomando su lugar de compromiso. Yo además militaba en el liceo y en las juventudes socialistas. Íbamos a las charlas que daba Vivian Trías,⁸ que para mí fueron muy importantes en la formación ideológica. Esta etapa fue breve, después me acerqué a los grupos anarquistas, también participé en el Frente Amplio, en el comité de base de mi barrio. Cuando empecé a trabajar las luchas ideológicas estaban en su apogeo, empecé a participar en el sindicato y seguía

8. Miembro del Partido Socialista que hizo importantes aportes teóricos.

estudiando. Mi primera caída fue en el “Tejazo”. Cuando dan el golpe participo en la ocupación de la fábrica, al mediodía nos desalojan las Fuerzas Conjuntas a palo limpio, nos llevan a mi madre, a mi cuñada y a mí, con otros compañeros, en un camión antimotines a la seccional del barrio. A mi padre le toca la tarea de liberarnos, pudimos volver a casa y de nuevo fuimos a ocupar la fábrica. La lucha recién empezaba, la consigna era resistir, el barrio se organizó de una forma casi espontánea, llegaban los vecinos con alimentos, con abrigos, las juventudes blancas se plegaron a la resistencia. ¡Era increíble! En esa época yo ya integraba el MLN. En seguida del golpe, en agosto del 73 me detienen de nuevo y me llevan al cuartel Florida, tenía 19 años.



Beatriz Barboza

Mis padres eran del departamento de Tacuarembó, de un lugar que ni nombre tenía, le decían “la aldea”. Eran sumamente católicos. Mi padre era bancario, mamá fue toda la vida ama de casa y somos ocho hermanos, se puede decir que éramos una familia de clase media baja. La característica de clan siciliano de mi familia, con la figura predominante de mi padre, casi autodidacta, cantor,

guitarrero, con todos los hijos alrededor, y la figura permanente de mi madre, sosteniendo y alimentando ese icono familiar fueron factores preponderantes en mi vida y se convertirían en soporte afectivo y contenedor de mi vida y mi posterior exilio. Éramos muchos en casa y nunca alcanzaba la plata, así que mis hermanos mayores se integraron rápidamente al mercado de trabajo y ayudaban en la economía familiar. Algunos llegaron a hacer estudios secundarios. Los dos más chicos, que somos prácticamente 15 años menores que los demás, fuimos los mimados de todos.

Fui a colegio de monjas, educada en el catolicismo, con misa de gallo todas las nochebuenas. Cuando me llegó la hora de hacer el liceo puse como condición que fuera público, ya estaba podrida de las monjas, y mi viejo cedió a la pretensión. Fue un cambio, aunque los tres primeros años de liceo me dediqué a descubrir la adolescencia, en tercero era tal la efervescencia social que uno no podía escapar. En cuarto me intereso más aun, pero participo siempre de forma inorgánica. Cuando ingreso al IAVA, en el nocturno, porque ya estaba trabajando, empecé a leer mucho más, a tener realmente conciencia.

Me interesó el MLN, pero eso no prosperó. En esa misma época conocí a mi compañero y se inició mi etapa política, él fue importante en mi decisión, nos integramos pronto a la Resistencia Obrero Estudiantil, con la que nos sentíamos identificados.

Empezamos a tener militancia estudiantil; trabajábamos, pero nunca militamos a nivel sindical. Después vino el golpe, cerraron la Facultad de Humanidades, seguimos militando en la Resistencia, en el sector estudiantil. Luego viene la huelga general, la “asonada” en 18 de Julio, las caídas tremendas de todas las organizaciones. En enero del 74 el Flaco ya hacía varios meses que se había quedado sin trabajo, se va a Buenos Aires, al principio fue un tema económico, pero cuando yo voy para regularizar los papeles nos vienen a buscar a casa. Lo que había empezado como una salida económica se convierte en un exilio político.

Allá nos volvimos a encontrar con gente de la organización. Vivimos todo ese período del 74 al 76 que fue terrible en todos los órdenes, porque era el momento de mayor auge de la Triple A,⁹ de las desapariciones. Caemos en Buenos Aires en Orletti,¹⁰ nos traen para acá, yo tenía 25 años.

9. Alianza Anticomunista Argentina, grupo paramilitar de siniestra actuación, se caracterizó por amenazar a cientos de militantes de izquierda y por la realización de ejecuciones sumarias.

10. Automotores Orletti, centro clandestino de detención.



Patricia Mora

Yo vengo de una familia acomodada, parece que mis abuelos habían tenido muchísimo dinero, pero cuando yo nací ya no quedaba nada. La fortuna venía tanto del lado de mi papá como del de mi mamá y yo sólo conocí esa particular concepción de vida en la que fui criada.

Mi mamá era blanca, pertenecía al Partido Nacional, y mi papá de tendencia colorada, eran católicos,

apostólicos y romanos. Yo soy la menor de mis hermanos, mis viejos estaban separados y mi madre muere cuando yo tenía 13 años. Ahí sufro un corte, un quiebre muy grande en mi vida y paso a vivir con el subversivo de la familia, mi hermano mayor, lo que cambia radicalmente mi vida. Él siempre había tratado de contrarrestar todo lo que yo recibía del ambiente familiar, comienza a limitar mis amistades para tratar de despegarme de la vida que había tenido, me saca del colegio que era sólo de mujeres y me pone en un liceo público, es un cambio drástico. De golpe y porrazo en tercer año de liceo estoy frente a compañeros varones. Los estudiantes luchaban contra la ley de enseñanza. En agosto suspenden los cursos, estábamos en el año 1970. Empiezo a participar en las asambleas del Miranda y no sé cómo, con otro amigo, logramos armar una agrupación que se llamaba Frente Estudiantil del Miranda. Con el tiempo llegamos a ser muchísimos. Pero no tenía una noción de nada y la formación ideológica brillaba por su ausencia, era más bien algo coherente con mis raíces cristianas, tenía esa convicción de que el mundo podía ser mejor. Era un momento muy particular en el plano internacional, se estaban dando una cantidad de cambios, la guerra de Vietnam, surgió el planteo del “hombre nuevo” del Che, y yo me meto en eso, pero sin entender mucho. La agrupación creció tanto que coordinábamos con el FER. Cuando paso a preparatorios ya me integro al FER. La discusión foco-partido que se procesa en el

FER y en el MLN termina en escisión, por un lado MLN-FRT, la organización armada, y por otro lado el FER 68 en el ámbito estudiantil. Mi camino me lleva a integrar la ROE, Resistencia Obrero Estudiantil.

Después de junio de 1973 tengo una militancia clandestina hasta el 75, fecha en la que caigo presa. Fui detenida con 18 años.



Elena Morelli

Yo provengo de una familia de empleados públicos, eran de clase media, habían conocido mejores épocas, no de mucho dinero, pero sí de vida social y familiar intensa.

Eran tradicionalistas, pero no reaccionarios, eran de tradición blanca y colorada y se limitaban a votar cada cinco años y nada más. Eran muy católicos, pertenecían a un grupo pastoral de la parroquia de Pocitos, y

cuando vieron que se politizaba, mi madre salió corriendo. Íbamos siempre a misa de gallo, todos los 24 la familia marchaba a San Alejandro, recuerdo que después de la misa se podía comer, antes no. Mi padre después del golpe tuvo un vuelco muy grande. La otra oveja negra de la familia fue mi hermano Antonio, que pertenecía al PCR, pero en aquella época no teníamos mucha vinculación. La tuvimos después de la prisión, fuimos muy amigos.

En realidad más que la familia me marcó conocer la realidad del liceo público, fue lo que me hizo cambiar y descubrir otras realidades aparte de las que conocía. Yo iba a un liceo de monjas, sólo de niñas.

Resulta que en la Misericordia siempre nos guardaban lugar. Allí habíamos ido todas, mis hermanas y mis primas, a esa altura yo era la última que quedaba; nunca nos inscribían, siempre nos reservaban el lugar. Pero ese año cuando mi madre va a llevarme a comienzos de clases habían cambiado las monjas, ya no nos conocían y no quedaba nadie de la familia, así que tuve que caer en un liceo público, en el Suárez, en pleno año 1968.

Para mí fue desbordante salir del liceo de monjas, donde la mayor preocupación era saber a qué fiesta iba el sábado. De pronto me encontré con la lucha por el boleto y las asambleas estudiantiles. Yo veía que se empezaban a armar las discusiones, los problemas, me asustaba y me iba para mi casa. Me llevó todo un año entrar a conocer y a entender esa realidad distinta de la que había vivido

siempre, tanto es así que repetí el año. Volví a hacer tercero y empecé a ver todo más normal, empecé a entender las ideas que andaban en la vuelta, a entrar a las asambleas. Yo me acuerdo en el 68 nada más que de la Juventud Comunista, no recuerdo que hubiera otros grupos políticos. Más tarde me integré al FER 68. Seguí la militancia estudiantil y cuando abandoné los estudios mi militancia fue barrial en el Frente Amplio,¹¹ en el Movimiento de Independientes 26 de Marzo, hasta el año 75, que fue cuando me detuvieron.

Tenía 21 años y estuve presa cuatro años y medio.

11. Coalición de izquierda que se forma en el año 1971.



Ana Demarco

Papá y mamá, que soportaban a su rebelde primogénita, habían venido de Durazno. Tenían tres hijas y siempre habían estado juntos. Habían comprado una casa grande y vieja, con crédito hipotecario, donde era tan difícil tener la heladera llena. Papá era mecánico, oficio heredado de un padre inmigrante que comenzó arreglando carros. Mamá se rebeló de las rutinas de ama de casa y salió a

trabajar. Eso nos llevó a quedar medio pupilas en un colegio de monjas. Allí confirmé que era atea.

Tengo un pasado confuso, no sé si mi abuelo italiano era anarquista o fascista, las versiones cambian entre sus 12 hijos, sólo tengo claro que le gustaba leer, que era firme y autoritario y que mi padre repitió el modelo. Por otro lado, de Alemania me llegaron otros abuelos que recibían prensa de Hitler y que supieron alojar a marinos del Graf Spee¹² en su casa. Me legaron una madre soñadora, lectora, inteligente y con una amplia visión del mundo. No por eso dejaron de sentirse aterrados por las tendencias de su hija, ellos querían una hija maestra, no una artista, la Escuela de Bellas Artes era peligrosa. Hubieran deseado el novio estanciero y no al jardinero para padre de su nieta. Pero aunque no lo compartieron, fueron los que me abrieron un espacio tan amplio que pude encontrar mi propio paso. Los libros absorbieron mi retraída infancia, incursioné por veredas, esquinas y cunetas, jugué a la rayuela, al fútbol, a las muñecas, dibujé incansablemente, tallé jabones, miré las nubes, soñé con ser hombre y cuando quise darme cuenta ya había aterrizado en la adolescencia.

Fui muy mala estudiante, no me gustaban las maestras, así que decidí que los niños merecían una opción diferente, y entré a

12. Acorazado alemán hundido en la bahía de Montevideo en el único episodio de la Segunda Guerra Mundial en el Río de la Plata.

Magisterio. Me ayudaba una tradición de tías y tías abuelas. Allí lo conocí a él, recorrimos juntos un camino militante, pero terminé de enamorarme cuando me explicó con su voz grave qué significaba la palabra chauvinista.

A pesar de que había muchas opciones políticas, en Magisterio yo había descartado algunas, más por sus discursos y sus militantes que por un profundo análisis. Sin embargo aquella chispa que iba a incendiar la pradera me sedujo y terminé siendo marxista, leninista y maoísta. Las Agrupaciones Rojas militaban con fuerza en mi centro estudiantil y lentamente me fui alejando ideológicamente de mi familia batllista. Magisterio me vio transitar algunos años, como a Emi,¹³ la mamá de Mariana.

Ya estábamos en 1974 cuando nació nuestra hija Natalia en el Hospital de Clínicas casi tocando el cielo. Ese fin de cursos después del período de exámenes estábamos los tres durmiendo en el altillo cuando golpearon la puerta: “Somos las Fuerzas Conjuntas, ¡abran!”.

No era necesario explicar más, era la madrugada del 29 de diciembre y no me había equivocado cuando decidí no dar el examen de ciencias naturales para estar más tiempo con Natalia, que tenía cinco meses y nueve días. Su presencia calma, su figura estilizada, su ternura, su cabecita pelada quedaron en un catre, en la casa. Mi militancia estudiantil había terminado, tenía 22 años.

13. María Emilia Zaffaroni de Islas, integrante del PVP, radicada en Argentina y desaparecida en 1976.



Irma Leites

Yo nací en Salto, mi madre era de Artigas y mi padre de Colonia. Eran trabajadores golondrina, nos trasladábamos según las zafras en el campo, podíamos vivir en Paysandú por la zafra de papa, en Artigas por la caña de azúcar, en Treinta y Tres por el arroz, siempre viviendo en galpones, amontonados.

Soy la mayor de seis hermanos, tuvimos una infancia de total miseria. Yo nací con un problema en el pie y desde los 2 años me traían al hospital Pereira Rossell, donde quedaba internada sola, porque mis padres no podían quedarse. Después que me hacían el tratamiento, ellos me venían a buscar. Cuando tuve 9 años nos mudamos a Montevideo, a los “cantes”. Acá en Montevideo mi padre siguió haciendo changas, estuvimos primero en el barrio Maroñas, después en Manga, siempre por la periferia. Mi madre no había terminado la escuela, se había criado en el campo, en una familia sin ninguna formación política. A mi casa empezaron a llegar los hermanos menores de mis padres y otros familiares que terminaban metidos de milicos porque no veían alternativa, venían y no tenían adónde ir. Entraban en los cuarteles para tener casa y comida.

Mi padre era de los que consideraban que la mujer no debía estudiar, y él no quería que yo fuera a la escuela. Por mi enfermedad tenía problemas para caminar, por lo tanto empecé la escuela recién a los 9 años. Siempre había oído que yo era diferente a mis hermanos y que no iría a la escuela, pero a los 5 años ya sabía leer, y leía todo lo que caía en mis manos. Creo que me enseñaron en el hospital Pereira Rossell, allí la vida era muy dinámica, teníamos maestros que iban a las salas y recorrían las camas enseñándonos. Cuando empecé la escuela no tuve ninguna dificultad.

Recién empecé a caminar bien cerca de los 14 años. Y más que caminar podría decir que salgo corriendo porque a los 15 ya

estaba vinculada al MLN. En esa misma época empecé a trabajar en la textil ISISA. Nos contrataban para el trabajo de tintura de hilados, que se realizaba en el turno de la noche con menores, era ilegal. Con eso empecé a pagarme los gastos del liceo. Iba desde Manga al liceo 13 en Maroñas, ahí tuve mis primeros contactos políticos con el MLN, que en ese momento era fuerte en la zona periférica y en los cantegriles, con el reparto de comestibles producto de los asaltos a los camiones de Manzanares.

Lo primero que leí fueron los relatos del Che, después empecé a leer de todo, en el liceo 13 teníamos una biblioteca grandísima y el debate era total. A fines del año 70, cuando se discute la oposición foco-partido, yo terminé integrando el FER 68; el FER mantuvo una tendencia más partidista, leninista y me parecía muy intelectual. La experiencia del 13 creó entre nosotros un vínculo que se mantiene hasta hoy.

En el barrio también había una iglesia protestante, el pastor era un compañero militante que terminó en la cárcel, y su hija estuvo perseguida y desaparecida por un tiempo en Buenos Aires. Conocí a Ruben Sassano.¹⁴ Todos estábamos preocupados por lo mismo y los diferentes caminos confluían allí. Teníamos contactos con los cañeros que venían en las marchas y se quedaban en el cantegril. Yo tenía que ocultar la militancia a mis padres. No era fácil porque nosotros vivíamos todos en una pieza y había dos de mis tíos que eran milicos del batallón de infantería que estaba en el quilómetro 14 de Camino Maldonado. Tenía que esconderme para leer, a veces lo hacía sentada a la claridad de la luna, o a la luz de una vela en algún rincón.

Opté por participar en el MLN, porque era con los que sentía mayor afinidad. También conocí a la ROE, que tenía mucho peso en FUNSA, y que generaba en el barrio un ambiente combativo y solidario, se discutía y se coordinaba. Mi militancia fue en la columna 70 del MLN, un sector de masas que va a desembocar en la formación del Movimiento de Independientes 26 de Marzo.

A medida que caían compañeros los íbamos suplantando en las responsabilidades. Recuerdo el debate que produjeron los comunicados 4 y 7 de las Fuerzas Armadas del 9 de febrero del 73;

14. Sindicalista portuario de larga y coherente trayectoria, fallecido en 2005.

intentaban transmitir un engañoso perfil progresista. Ese fue un salto en mi formación teórica, porque el primer acercamiento al movimiento había sido intuitivo. La huelga general, que la viví en la ocupación de las textiles de la Curva de Maroñas, y las discusiones en la Tendencia Clasista Combativa marcan mi caracterización definitiva del golpe de junio. Se leía y se discutía mucho, crecíamos en el terreno de las ideas; hoy es diferente, creo que el corte ideológico de la dictadura fue brutal.

Viví el primer amor en medio de aquella represión, en aquella extraña realidad de compartimentaciones, una mezcla de adolescencia guerrillera en la que dejábamos de ser niños para amanecer y morir como hombres y mujeres. Recoríamos locales y casas que no tenían color ni seña pero nos cobijaban. Caí presa a fines de 1973, a pocos meses del asesinato de Ismael, mi compañero, en el bombardeo de La Moneda en Chile. El dolor me desangraba en silencio, no lo hablé con nadie. Nadie sabía en verdad qué me pasaba. Era un dolor sin palabras. Recién lo pude hablar con Anita Rosadilla un día, en un contacto. Ella me llevó chocolates, como siempre, y ese gesto fue suficiente para que me pusiera a llorar. Hablamos sin nombres, estuvieron en esa charla la muerte, la bronca y la impotencia y una calma de naturaleza desconocida. Cuando caí aquel 28 de noviembre de 1973 tenía 20 años.



Cecilia Duffau

Mi madre proviene de una familia de estancieros, de origen vasco, del campo, y mi padre era hijo de un obrero francés, emigrante, desertor de guerra y también vasco. Eran católicos, se conocieron en una jornada de la Iglesia y se enamoraron. Mi vieja abandonó todo por amor, mi padre había logrado ascender a empleado judicial. Tuvieron ocho hijos y los ingresos no eran demasiado buenos,

por eso en mi casa muchas veces no había para comer. A pesar de eso fuimos becados parcialmente en distintos colegios católicos. Fui al liceo de las capuchinas de Belvedere, allí casi todas las alumnas eran de la misma clase social, hijas de obreros de UTE, de ANCAP, de los frigoríficos, no había diferencias de clase. A través de la actividad de mi madre en la Iglesia fui tomando conciencia, a mi casa vino una vez el “Bebe” Sendic, con el cura Indalecio Olivera y la madre de Camilo Torres a celebrar clandestinamente una misa para conmemorar el primer aniversario de la muerte de Camilo. Mi madre estaba muy comprometida con la naciente Teología de la Liberación. Sin embargo yo sabía que tenía que salir de ese medio, sentía que era irreal, que se vivía por fuera del mundo. El colegio tenía un lenguaje diferente, nunca habíamos cantado “Cual retazo de los cielos...”, José Pedro Varela¹⁵ no existió nunca en mi educación. Así que cuando iba a entrar a preparatorios dijimos con unas amigas: vamos al IAVA porque el movimiento está ahí, la revolución pasa por el IAVA. Entonces fuimos y nos anotamos. En seguida empecé a militar en el MLN, eso fue en 1970.

Era una época en que se leía muchísimo, se discutía y se vivía muy intensamente, estudiábamos, pero también teníamos movilizaciones todos los días, tanto es así que a mediados de ese año el gobierno intervino

15. José Pedro Varela, pensador uruguayo que promueve y aplica los valores de laicidad, gratuidad y obligatoriedad de la enseñanza en Uruguay.

en la enseñanza y suspendió las clases hasta el año siguiente. Los profesores se unieron y se organizaron los famosos contracursos que funcionaban en parroquias y facultades. Ese verano la pasamos discutiendo la “Cartilla” y se polemizaba en torno a la estrategia foco-partido, el papel de las masas, el nacimiento del Frente Amplio. En el 71 la enseñanza fue descentralizada, los alumnos del IAVA fuimos dispersados por los demás centros y a mí me tocó el Suárez. En el turno de la mañana éramos sólo cuatro del MLN, pero igualmente no nos quedábamos quietos. Fue otro año de movilizaciones y acontecimientos: la fuga de los 111 de la cárcel de Punta Carretas; la huelga de los obreros de CICSA, ese fue un acontecimiento que me marcó. Mister Brown, el dueño, había sido llamado al Parlamento porque andaba armado con una escopeta adentro de la fábrica amenazando a los obreros. Nosotros, los del FER, fuimos allí a repudiarlo y cayeron los “guanacos” y las “chanchitas” y nos entraron a dar. En medio de los gases corrimos a la Facultad de Química a refugiarnos, y ahí no más, al lado mío, cayó de un balazo en la espalda Julio Spósito. Militábamos juntos en el FER del Suárez. Yo tenía 17 años. En el período electoral



2 de setiembre de 1971, velorio de Julio Spósito.

ingresé al PRT, dentro del Frente Amplio. Pero el acontecimiento que impactó fuertemente en mi vida fue la huelga general que respondió al golpe. Ahí milité con los trabajadores de la bebida, en Coca-Cola, de la calle Palmar, donde ahora hay un supermercado, y en la Fábrica Nacional de Cerveza.

Después tuve que irme. Fui a Argentina. Por suerte tenía familia allá, pero de cualquier manera fueron años muy duros, era la época de la Triple A; las desapariciones eran cosa de todos los días. Allí también milité integrada a esa realidad, vivía en la clandestinidad, era como una doble vida. En mi trabajo no sabían dónde vivía y en mi casa no sabían dónde trabajaba. Creo que esa vinculación hizo que no sufriera tanto el exilio. Pero fue muy duro, era una época de terror, ibas por la calle, sentías de pronto las sirenas y veías un Falcon, con los milicos a los tiros por la calle Corrientes y la 9 de Julio, era el terror permanente. Tenías un domicilio legal, pero ibas llegando y veías pasar despacito a los patrulleros, a los Falcon a punto de pedirte documentos. Cuando llegabas a tu casa suspirabas pero de pronto te preguntabas ¿no estarán adentro? Volví a Uruguay en abril del 80 para el plebiscito,¹⁶ el país comenzaba a reorganizarse, se conmemoró el Primero de Mayo aunque estaba prohibido, pero seguía la represión. Yo pertenecía al Partido Socialista de los Trabajadores (PST), anteriormente llamado PRT, de orientación trotskista, hice un viaje a Brasil, nos estaba cercando la Policía, varios compañeros habían tenido que irse. A la vuelta me detuvieron en la frontera. Tenía 28 años.

16. Véase “El cuento de los generales que se creyeron su propio cuento”, de Gabriel García Márquez, publicado en *El País* el 9 de diciembre de 1980.



Margrit Schiller

Yo viví la cárcel en Alemania, estoy acá por una búsqueda que me llevó a atravesar el mapa, para mí era importante encontrar mujeres presas políticas con las que compartir la experiencia, que es diferente, aunque el momento histórico fue el mismo.

Yo nací en el año 48, inmediatamente después de la guerra, mi papá fue soldado voluntario, estuvo en Stalingrado, en la guerra que perdió Alemania. Ese fue el gran fracaso de su vida, a partir de eso nunca más levantó cabeza. Mis padres no eran miembros del partido nazi, no eran fascistas por la ideología, eran alemanes, como la mayoría, convencidos de que iban por un buen camino y que prosperarían, así que apoyaron todo lo que hizo Hitler y, también como la gran mayoría de los alemanes, después del 45 no se acordaron más de nada.

Mi mamá nació en el año 24 y mi papá en el año 13. Mi papá venía de una familia de clase media baja, había empezado a estudiar y quería ser músico, ya había empezado la guerra, no lo dejaron estudiar música porque eso no era una buena profesión y además tuvo un desencuentro amoroso, así que se fue a la guerra.

Mi mamá provenía de una familia rica, cerca de Polonia. Su familia ya estaba desintegrada antes de la guerra y cuando ésta termina nuestros padres quedan desclasados completamente. Hasta que tuve 10 años no teníamos casi qué comer. Cuando estuve en Cuba y lo contaba, a ellos les resultaba difícil imaginar que hubiera sido peor que el período más duro de la isla. Tanto fue así que mis hermanos y yo tenemos raquitismo. La única manera que encontró mi padre de reinsertarse socialmente fue volver al ejército. Esto fue tiempo más tarde, porque luego de la derrota de Alemania en la Segunda Guerra el ejército se desintegró y recién se reagrupó en el año 56. Mi padre se integra en el año 57, y en el 58 nos mudamos a otra ciudad, ahí empieza a mejorar nuestra vida.

Cuando vivíamos fuera de la ciudad había todo tipo de gente, algunos que habían vivido siempre ahí y gente como nosotros que tuvo que ir allí luego de la guerra. Mis compañeros de escuela eran parte de esa diversidad. Hasta que me fui de la casa de mis padres con 18 años, siempre fuimos pobres. A partir de ahí pagué mis estudios, mis padres no me dieron ni un centavo. Una de las razones por las que me fui de casa fue el autoritarismo de mi padre, él fue reaccionario hasta que se murió. Cuando me fui me dijo: “Si quieres comer, vienes a casa”, y no me dio ni un centavo.

En el país se mantenía el autoritarismo, toda mi generación lo sintió y se rebeló, tratando de cambiar desde abajo. Fue muy importante para mí separarme de mi familia, era una manera de encontrarme a mí misma, una manera de salvarme. Ya con 10 años yo trataba de no escuchar, me tapaba los oídos y era como si me metiera en una cápsula.

En ese momento se estaba peleando en Vietnam, y Alemania fue la mayor base de Estados Unidos, hasta hace poco los aviones de los yanquis hacían escala en Alemania para ir a Vietnam, tenían grandes computadoras para vigilar y pelear su guerra, había 300 mil soldados yanquis en Alemania, allí hacían sus descansos. Éramos una base militar, Alemania no era soberana.

Surgió el internacionalismo, un movimiento interesado por todo lo que pasaba en el mundo, por los movimientos de liberación, por lo que pasaba en América Latina, por los tupamaros en Uruguay. En el año 70 comienza a formarse una guerrilla, teníamos vínculos personales con gente de América Latina. Éramos pocos, alrededor de veinte personas por año los que participábamos en la guerrilla. Cada año la guerrilla era completamente desbaratada por los milicos, había que empezar de cero.

En mi búsqueda personal me vinculé primero con la antipsiquiatría, un movimiento muy fuerte que surge en Europa a fines de los 60 o principios de los 70. Queríamos romper con las instituciones “totales” y la psiquiatría era una de ellas, utilizada para controlar a la sociedad de una manera fascista. Se hacían experimentos para lograr el control de todo, había mucha literatura y mucha gente rompiendo con estos sistemas, como Foucault en Francia, pero también en Italia, en Alemania y en Inglaterra había fuertes movimientos teóricos. Nosotros discutíamos mucho, y hasta hoy encontramos que los fármacos, los tran-

quilizantes son utilizados para controlar a la gente. Ese fue mi inicio político, y a raíz de mi participación en uno de estos grupos que estaba muy radicalizado es que me vinculo con la guerrilla. Había dos guerrillas en Alemania, una que se define especialmente como internacionalista y otra que nace en Berlín y que es más “nacionalista”, trata de vincularse con los obreros, con el pueblo. Yo me integro a la internacionalista, porque no creo que los obreros de Alemania lleguen a ser la base de la revolución si no es en un contexto internacional y tampoco que Alemania sea el país que logre romper con el sistema.

El nombre Fracción del Ejército Rojo surge de considerar la organización como la parte armada de algo mayor que se iba a conformar como partido. Pero nos dimos cuenta de que lo del partido nunca iba a funcionar, porque éramos marxistas leninistas pero también anarquistas. En esa etapa leíamos todo, intentamos usar la herramienta del marxismo para hacer los análisis, pero éramos antinstitucionalistas, antipartido, anti organización jerárquica, en este contexto completamente anti Partido Comunista.

El grupo necesitaba un pasaporte legal, y a raíz de eso se establece mi primer vínculo con la organización. Se hicieron reuniones en mi casa, y apenas habían pasado seis meses cuando me detienen. Fue un tiempo muy apresurado, intentaba saber qué era lo que quería, lo que pensaba, si mi compromiso estaba allí, creo que me meto sin entender mucho, fue principalmente una actitud con la vida y un sentimiento. Empecé a estudiar en la cárcel, mi formación ideológica empieza en la cárcel, es la cárcel.

En ese momento podíamos leer todo, yo fui una de las primeras presas en el 71 y estuve un año y medio, luego del juicio me sueltan. Después de la sentencia hay una apelación y me detienen por segunda vez, justamente al año, en ese momento agarran a todo mi grupo, habíamos intentado crear algo nuevo porque a todos los fundadores los habían detenido. Caigo otra vez en el año 74 y quedo hasta el 79. Estuve en total seis años y medio, casi siete.

Desde el 79 hasta el 85 milité en diferentes grupos. En el año 85 tengo que irme y pido asilo político en Cuba, allí estuve ocho años y tengo dos hijos cubanos. Vengo a Uruguay en el año 93 porque necesitaba intercambio con gente que hubiera estado en la cárcel, en Cuba no existía y en Alemania no podía.



Alicia Silveira

Desde muy chica las cosas no parecían fáciles en casa, la muerte de mi primer hermano marcó en mis padres un dolor profundo del cual nunca se recuperaron. Desde mis primeros recuerdos eran una pareja separada en sus sentimientos, que eligieron seguir juntos por sus hijos. Mi madre es descendiente de la burguesía de Paysandú, con una adolescencia que quería jugar a la transgresión; mi

padre hijo de comerciantes de muy bajo nivel cultural que hicieron mucho dinero durante la época de las vacas gordas. Autoritario, era de izquierda, contestatario, enfrentándose a sus mayores, que eran comerciantes, él apostaba a la cultura como elemento de ruptura generacional. En este dilema de pareja y con el sufrimiento de la muerte del primer niño se formó mi familia con dos hermanos varones más.

No tengo el recuerdo de una niñez feliz, era tímida e insegura, no sentía el peso del apoyo familiar. Mi madre era ama de casa y mi padre tenía dos empleos, profesor de filosofía y administrativo en el Senado. Pertenecíamos a la pequeña burguesía, pero con un lustre no consumista, queríamos ser originales y no entrar en el consumismo, así fuimos educados, también con la teoría de que el hijo era libre de gestarse con su propia opción. Lástima que como niños sentimos que la libertad que nos daban era desamor.

La vida se mezclaba entre la desunión interna y la apuesta a que la Revolución Cubana era la solución colectiva. Recuerdo uno de los pocos lugares donde nos llevó mi padre: a la Universidad cuando vino el presidente de Estados Unidos. Yo, con 11 años, gritaba: "Cuba sí, yanquis no". Ser culta era ser de izquierda, lejos estaba la idea del compromiso. Al entrar en Servicio Social en el 68 comencé a descubrir que había un mundo colectivo donde las cosas eran solidarias; mi novio era de izquierda y él me introdujo en el mundo del compromiso

militante. Con él me casé a los 19 años. Después de mi entrada al Instituto de Profesores Artigas (IPA) llegué a entender las diferentes posturas frente a los sucesos nacionales. Me integré al MLN en el gremio estudiantil, lo que me llevó finalmente, por discrepancias ideológicas, a separarme de mi esposo a los 21 años.

Tuve una primera caída cuando volanteábamos a la salida del Estadio Centenario denunciando la muerte de un compañero estudiante. Estuve presa varios meses en la seccional 9, nos pasaron a juez y fuimos absueltos. En ese momento ya el Ejército estaba interviniendo en la represión estudiantil, y al mismo tiempo compañeros míos fueron torturados en cuarteles al ser detenidos en movilizaciones.

Pasamos en la comisaría Navidad y Año Nuevo, recuerdo que se comentaba la caída del avión en los Andes. En esa oportunidad no hubo golpes ni maltrato, sólo encierro, estábamos al lado del calabozo de las prostitutas que detenían en el parque de los Aliados. Se las cargaban. A la salida, reenganché la militancia en el MLN. En agosto de 1973 caí, en una parada de ómnibus de Malvín, junto con mi compañero de veinte días, que estaba clandestino.

Durante la cana mi madre fue a todas las visitas, cuando me dieron la libertad avisé que llegaba en dos horas. El camión me dejó vendada en la puerta de mi casa, toqué timbre, luego de un rato bajó mi madre que estaba sola en la casa, no había nadie esperando mi llegada, no había pizza ni jugo de naranja, como yo me había imaginado, simplemente había vuelto a casa.



Nibia López

Nací en 1954, mi infancia transcurrió en Montevideo, en el barrio Cópola. Barrio de trabajadores en su mayor parte. Con el típico almacén del italiano en una esquina y el del gallego en la otra. Mi padre era obrero de la construcción, mi madre era costurera y en algunas épocas también iba a Brasil a traer cosas de contrabando para ayudar a cubrir el presupuesto. Yo soy la mayor de

tres hermanos, un varón dos años menor, y la más chica es 16 años menor. Los tres cursamos primaria en la escuela pública número 56 de la calle Possolo, a siete cuadras de casa. Fuimos al liceo de la zona: el 13, en el corazón de Maroñas.

Tanto mi infancia como mi adolescencia fueron de mucha pobreza, con muchas carencias. Mis compañeros de escuela provenían de familias de trabajadores y un porcentaje considerable venía del cantegril de Aparicio Saravia. Así que desde chica pude experimentar en carne propia la lucha por la supervivencia, las diferencias económicas y sociales. En fin, desde que tuve uso de razón recuerdo haber tenido muy claro que la vida no era fácil, que nadie me iba a regalar nada, y creo que por eso mismo tuve también una gran capacidad de soñar, para contrarrestar todas las carencias materiales y morales circundantes construyendo utopías.

Mi pasaje por el liceo coincidió con una época de efervescencia en el país y sobre todo en el movimiento estudiantil. Recuerdo la lucha por el boleto, nuestras manifestaciones por la calle Guerra hasta General Flores. Cuando matan a Líber Arce yo tenía 14 años. Al terminar cuarto año fui al IAVA, y después cuando lo descentralizaron fui al Varela, donde comencé a vincularme con las agrupaciones estudiantiles de esa época, el FER y luego el FER 68, participé en los contracursos que se dictaban en la parroquia del Cordón, y después volví al 13 donde ya había preparatorios, y me sentía mucho más a

gusto que en el Varela. Al vivir en la zona del liceo manteníamos una relación mucho más cercana, nos encontrábamos tanto en una guitarreada como en una reunión en el “cante”, o en una “bocha”, como les llamábamos a las movilizaciones. En 1972, a los 18 años, me integré al MLN y en el 73 pasé a la clandestinidad; en mayo del 74, a los 19 años, fui detenida junto con mi compañero, estaba embarazada.



*Barranca
abajo*





“La Suiza de América”, una imagen del Uruguay construida entre 1930 y 1955, cuando nuestro país era el de mayor ingreso per cápita en América Latina, resultó efímera, ya que estaba atada a factores externos favorables y transitorios. “La tacita de plata” se resquebraja rápidamente, los años de estancamiento de la posguerra terminaron en caída. El desempleo y la inflación aparecieron para quedarse, el Estado respondió generando empleos públicos. El paradigma de nación de la clase media desapareció bajo un nuevo orden económico-financiero interno que sumó sus efectos al panorama internacional. Comienza a crecer la deuda externa, se pierden divisas, se firma la primera carta de intención con el FMI, se pierde autonomía, entre 1963 y 1972 se produce la primera emigración masiva de uruguayos, que involucró al 10% de la población.

En este período los salarios en los países europeos prácticamente se duplican, en el sur de América los aumentos son casi nulos; así lo impuso la burguesía para mantener sus privilegios. Las respuestas no tardan, en 1964 el movimiento obrero se unifica, las organizaciones obreras anarquistas, socialistas y comunistas fundan la Convención Nacional de Trabajadores (CNT).

Bajo la consigna “Obreros y estudiantes unidos y adelante” el movimiento estudiantil se les une. Ya había concretado las primeras huelgas por el precio del boleto en el año 1968, por la libertad de prensa, de reunión y de expresión que las Medidas Prontas de Seguridad conculcaban. Se producen enormes manifestaciones estudiantiles

con participación de los centros fabriles en lucha, la Universidad sale a la calle con los planes de extensión universitaria, “el saber saliendo del claustro”, el conocimiento se vuelca donde más se necesita, se ven estudiantes de medicina trabajando en zonas marginales, asistentes sociales, las misiones pedagógicas que recorren el siempre olvidado interior del país. Caen asesinados los primeros estudiantes: Líber Arce, Susana Pintos y Hugo de los Santos.

En 1967 ya existen todos los gérmenes de los grupos revolucionarios que disputan la hegemonía de la izquierda tradicional formada por el Partido Comunista (PC) y el Partido Socialista (PS). Entra en escena el MLN-Tupamaros, denunciando con su metodología de acciones concretas, a través de la guerrilla urbana, marcando un antes y un después en las formas de lucha popular.

Un amplio abanico de fuerzas de izquierda obliga a recorrer todo el abecedario: el PS, con la más larga trayectoria dentro de la izquierda, ve salir de su seno luego de la revolución rusa al PC, con un aparato muy organizado, con fuerte presencia sindical y tendencia prosoviética, que se matiza con la adhesión cubana al bloque soviético; la Unión de Juventudes Comunistas (UJC) como su brazo estudiantil; el Movimiento Revolucionario Oriental (MRO) nace apoyando a la Revolución Cubana, su aparato armado se llamó Fuerzas Armadas Revolucionarias Orientales (FARO); el Partido Demócrata Cristiano (PDC) surge desde la Unión Cívica apoyando la corriente izquierdista de la Iglesia Católica, al Movimiento de Acción Popular Uruguayo (MAPU) se lo considera el grupo cristiano más radical, mostrando su simpatía por la lucha armada; los Grupos de Acción Unificadora (GAU) nacen en el ámbito sindical con ideología cristiana y se proyectan con el objetivo de unificar la izquierda; la Federación Anarquista Uruguaya (FAU), fundada en 1956, se mantuvo apartada del panorama electoral y tuvo un claro arraigo obrero; la Resistencia Obrero Estudiantil (ROE) surge a partir de allí, con su brazo armado, la Organización Popular Revolucionaria 33 Orientales (OPR-33); el Movimiento de Unificación Socialista (MUSP) escindido del PS, se define por un socialismo proletario; el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) surge a raíz de la ruptura entre la URSS y China, apoyando a ésta, y de allí surge el Partido Comunista Revolucionario (PCR) y su frente de masas, las Agrupaciones Rojas; el

Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), de orientación trotskista; el FER se funda en 1967, con fuerte presencia en diferentes centros de enseñanza, y en 1970 se escinde; el FRT surge como escisión del MLN, con una orientación más clasista; otra escisión del MLN es el Movimiento 22 de Diciembre, más activista; el MLN merecería un capítulo aparte por su accionar en ese período.

Los cañeros

Desde el norte, con su consigna “Por la tierra y con Sendic”, marchan a la capital reclamando tierra y condiciones de vida dignas.

“Todo parecía tranquilo, porque los gringos mal acostumbrados y prealecidos, abusando de nuestra ignorancia, no pagaban los salarios mínimos, ni licencias, ni aguinaldos, ni indemnización por despido. Se reían de las leyes uruguayas. Y un grupo de uruguayos traidores a su patria se juntaban con los gringos para explotarnos. Entonces llegó un hombre a Bella Unión. Era un estudiante de abogado, que no quiso ser doctor, que dejó la carrera y se vino al campo. Le faltaba un solo examen para recibirse de abogado. Era un hombre manso y tranquilo, de ojos claros, limpios, que hablaba fácil y despacio, para que todos lo entendieran. Este hombre se llamaba Raúl Sendic. Él nos abrió los ojos, nos explicó nuestros derechos, y gracias a él nos agremiamos y presentamos a los gringos nuestros reclamos”, se lee en un manifiesto cañero del año 1962.

Eran los trabajadores zafrales de la caña de azúcar y del arroz que se organizaban en Bella Unión; allí se forma un sindicato que hará historia, la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA). En Uruguay existe la pobreza más despiadada; aunque no todos la conocen, de pronto la vemos llegar hasta la capital, en sucesivas marchas cañeras exigiendo tierra y dignidad.



Lourdes Pintos¹⁷

Tenía una familia muy grande, oriunda del pueblo de Cañizas, en una zona de cañaverales a unos quilómetros de Bella Unión. Chela Fontora la conoce en la primera marcha, tendría 16 o 17 años. Su padre era conocido en el pago como el viejo Pintos y a la madre la recuerdan como una mujer prolija, de apellido Lamas. Lourdes se había casado con uno de los hermanos de Chela, el Bebe. Él tenía 22

años y del matrimonio nacieron cuatro niños que engrosaron las marchas cañeras que conmovieron a la capital, habitualmente de espaldas al terruño que la alimenta. Cuenta Chela que Lourdes tenía un cuerpo esbelto –“como una garza”, decía su padre– y la sonrisa amplia. Era solidaria por naturaleza y compañera por decisión propia, participaba en todo, pero era reservada, callada. En el campamento se ocupaba de coser los pantalones de los compañeros, de cuidar a los niños, de hacer las polleras. Nadie supo cómo había aprendido a leer y escribir, era la única que sabía.

“Era una buscavida, ella siempre encontraba algo para hacer –dice Chela–, en los arrozales envasaba el arroz en aquellas bolsas de 50 quilos. Un día cruzamos la frontera junto a nuestras familias, en el año 1967, éramos gurisas ya con hijos. El trabajo era lavar la ropa de los trabajadores. Terminamos la tarea y nos fuimos a dormir, íbamos a entregar todo a la mañana siguiente, esa noche dormimos en unos barracones. Al día siguiente, cuando vamos a entregar la ropa, no podíamos creerlo: ¡las ratas se habían comido toda la ropa! ¡Aquello era un desastre! Recuerdo todavía hoy la cara de Lourdes, nos agarramos de las manos y como pudimos les dijimos a los hombres lo

17. Esta historia se recreó a partir de testimonios de Chela Fontora, recogidos por Beatriz Barboza y Martha Passeggi, y en base a datos tomados de *La rebelión de los cañeros*, de Mauricio Rosencof, Colectivo Raúl Sendic, 1984, y *Los olvidados de la tierra*, de Yamandú González, Nordan, Montevideo, 1994.

que nos había pasado. Ellos nos comprendieron, eran trabajadores...

La comida siempre era escasa, allá en el norte y en las marchas también nuestra comida era de agua con tripas, algunas veces con fideos y sal. Nuestras casas, llamadas “aripucas”, eran de piso de tierra y las paredes de arpillera blanqueada con cal para que no se filtrara el frío, pero lo común era de caña de tacuara y barro, así vivíamos. No teníamos nada para comer. A la bebé Lourdes no le podía dar guiso, la daba té de marcela,¹⁸ ni leche tenía para darle. En algunas oportunidades los hombres salían a carnear a campo abierto, en la noche, para paliar el hambre. Nosotros no sabíamos nada de lo que era una alimentación adecuada, esa era nuestra vida desde siempre...

Cuando muere su hijita de desnutrición, sus ojos negros y grandes como la noche del cañaveral permanecieron mirando el vacío, buscando respuestas. Nunca habíamos tenido tantos médicos en los campamentos, aun así se nos morían nuestros niños.”

A más de treinta años, Chela recuerda con la voz entrecortada aquellas imágenes. “Hubo un médico, el doctor Bianchi, que brindaba su atención a los cañeros y nos dijo a todos los allí presentes:

—Esta nena murió de hambre y ustedes tienen derecho a tener la comida todos los días, por eso es importante que sigan luchando, porque esto no puede suceder más...

Cuando la marcha llega a Montevideo acampamos en los alrededores del Palacio Legislativo.¹⁹ Los compañeros sabían que iba a ser difícil y nos dijeron que nos quedáramos, que no fuéramos, pero nosotras peleamos nuestro lugar de lucha junto a los compañeros, nos juntamos las mujeres, formamos montones y montones de piedras para abastecerlos y repeler la agresión de balas y gases... así nos recibieron en la capital.

A Lourdes la recuerdo siempre serena, con convicciones firmes. En nuestras conversaciones de gurisas nos preguntábamos qué queríamos.

—Lourdes, ¿por qué vas a las marchas?

Y ella respondía:

—Yo no quiero que mis hijos vivan igual que yo. Aunque nos

18. Yuyo que crece en forma silvestre en casi todas las regiones de nuestro país.

19. Edificio donde funciona el Parlamento Nacional.

maten. Tenemos que seguir juntas luchando, para que no vivan lo que hemos vivido nosotras.

Y agregaba:

—Yo no me voy a quedar de brazos cruzados, donde vaya el Bebe, allá voy yo.

Quizás haya sido en alguna de las marchas, nadie sabe bien, pero el tétanos entró en el cuerpo de Lourdes. Ese día habíamos salido muy temprano a otro pueblito para reunirnos; Lourdes quedó a orillas del río Olimar lavando ropa junto a su hijito. Levantó la mano despidiéndonos, con la sonrisa de siempre. Cuando volvimos al campamento Lourdes volaba de fiebre.

—No me voy a morir, ¿verdad? —preguntó.

Todo intento de evitar la muerte fue en vano, el suero administrado pasó inadvertido frente a la vida que se perdía, tenía 23 años.”

Fue velada junto al Olimar, con los honores y el reconocimiento de luchadora de sus compañeros de marcha. El entierro de Lourdes fue multitudinario; llegaron delegaciones de distintos gremios, de Montevideo y de muchos lugares del interior. Su féretro fue cubierto con la bandera de UTAA y con la bandera nacional. La Policía intentó impedirlo, pero la gente no permitió que se acercaran ni que interrumpieran la marcha; finalmente desistieron. Lourdes fue enterrada en el panteón de la Asociación de Empleados Bancarios del Uruguay (AEBU).

Los cañeros fueron desalojados del campamento con la prohibición de permanecer en Treinta y Tres. Fueron albergados en un colegio de curas. Allí permanecen varios días decidiendo qué hacer con los niños de Lourdes que tenían 5 años, 3 años, y 9 meses. Interviene el Estado y otra vez da la espalda a la pobreza y a la vida declarando al padre no apto para cuidar a sus hijos. El compañero Germán Vidal se los lleva y los pone a resguardo con distintas familias. La voz de Chela se levanta en el sepelio diciendo: “Venimos a enterrar una nueva víctima del latifundio. No es la primera que enterramos a lo largo de la República, desde Bella Unión a Montevideo, seguramente no ha de ser la última, mientras permanezcan en manos de una minoría de parásitos los destinos de tres millones de uruguayos”.

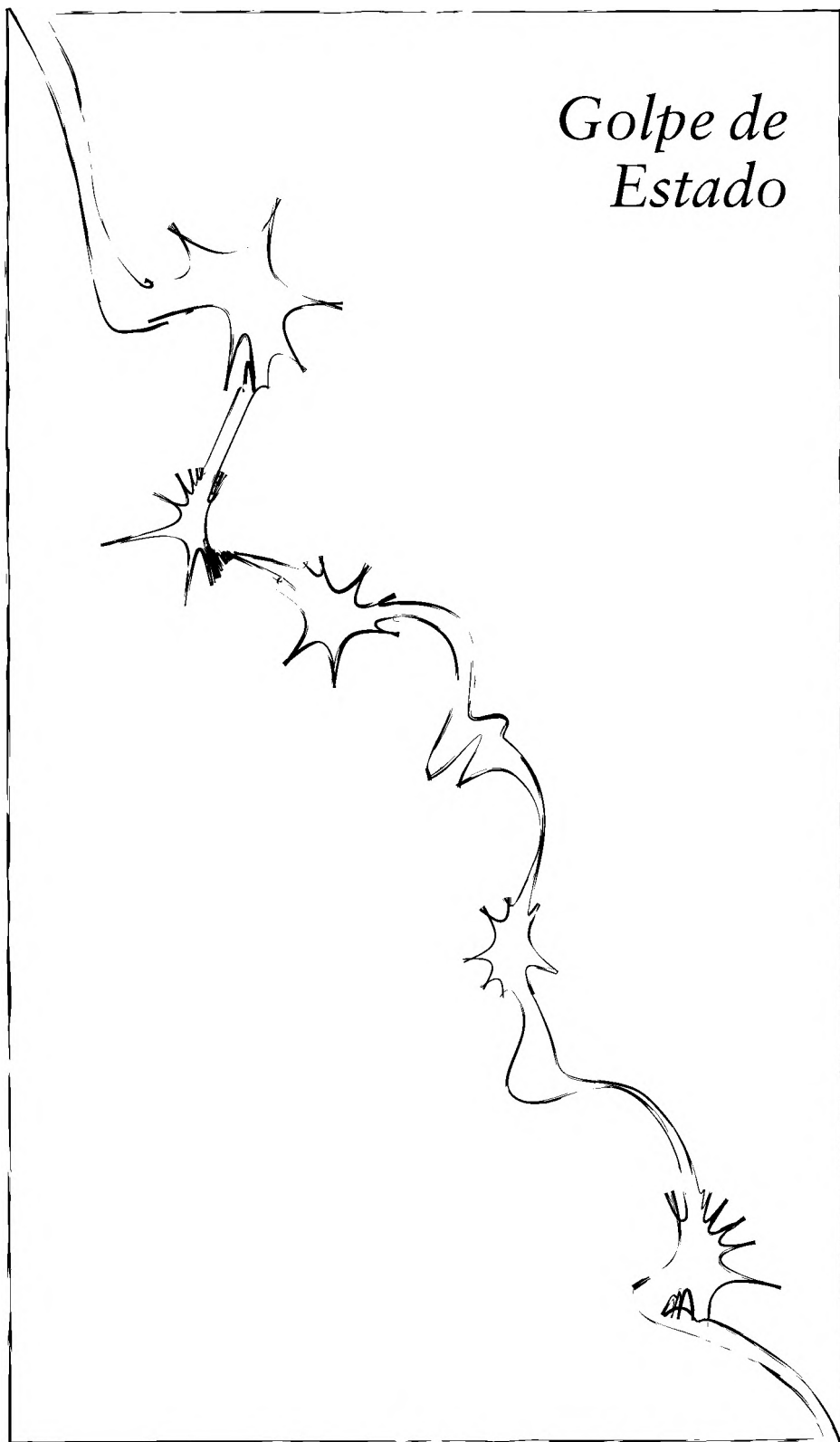
Cuarenta años después

“Talía Soledad Souza tenía seis meses cuando falleció el 11 de mayo de 2003, en Artigas. Talía vivía en un vagón abandonado de AFE junto a su familia. La mamá les contó a los médicos del hospital de Bella Unión que hervía zapallo para sus hijos más grandes y le daba el agua de zapallo a la nena. Era lo único que le daba. El forense me dijo que Talía era piel y hueso, que no tenía un gramo de masa muscular. Murió por desnutrición, tenemos constancia de eso. El diagnóstico fue que aspiró un vómito, pero eso es sólo una consecuencia final, el tema era la desnutrición”, dijo la pediatra Elena Curbelo,²⁰ que trabaja en el hospital de Bella Unión.

20. La doctora María Elena Curbelo integró el MLN, estuvo presa y fue una de las rehenes de la dictadura.



*Golpe de
Estado*





El 27 de junio de 1973 se disuelven las cámaras, es el comienzo formal de la dictadura, pero el Escuadrón de la Muerte actuaba impunemente desde 1970 con profesionales disfrazados de civiles y con civiles de frustrada vocación militar. En su escalada de violencia invaden locales partidarios, centros estudiantiles, atacan contra políticos de la oposición, contra abogados defensores de presos políticos, contra periodistas, matan estudiantes y ejecutan a militantes.

Abril de 1972 marca un pico de violencia. El 14 mueren 12 personas, el 16 de abril 13 atentados perturban el sueño de los montevideanos. Los recursos del Estado son cada vez más explícitos, se decreta el “estado de guerra interno” y el primer día deja en el seccional 20 del Partido Comunista siete muertos más, que 11 días después se transforman en ocho. Treinta días que serán renovados para permitir la actuación oficial. En el Parlamento las denuncias se suceden, Enrique Erro, Enrique Rodríguez, Zelmar Michelini y Juan Pablo Terra son los protagonistas de una secuencia de denuncias que caen en saco roto, nada prospera, nada se escucha, nada importa.

Los comunicados 4 y 7 de las Fuerzas Armadas del 9 de febrero de 1973 pretenden disfrazar al lobo de oveja, algunos sectores sociales y políticos se engañan en una interpretación “peruanista” que poco dura en el imaginario social. Se forma el COSENA, los mandos comienzan a marcar sus definiciones políticas. El 27 de junio de 1973 Juan María Bordaberry disuelve las cámaras, las Fuerzas Armadas irrumpen en el Palacio Legislativo, en una foto para la historia

quedaron registrados en primera fila el teniente coronel Julio Barrabino, el general Esteban Cristi, el general Gregorio Álvarez, el coronel Alberto Ballestrino y el teniente coronel Hugo Arregui.

A partir de ese momento se desata la huelga general resuelta por la CNT en 1964 como respuesta ante un golpe de Estado. Nueve años después de aquella resolución los trabajadores seguían alerta. Según el dirigente textil Héctor Rodríguez: “la huelga general comienza de inmediato y sin declaración formal de ningún organismo de la CNT”. La respuesta de la clase obrera fue abrumadora, 15 días que conmovieron al país y en los que la resistencia y la unidad se probaron en los hechos: los estudiantes se plegaron inmediatamente a las ocupaciones que defendían la democracia, conscientes del papel protagónico de la clase trabajadora en la historia. En la sesión del Senado de la República Enrique Rodríguez manifestaba: “Cuando otros tiemblen, cuando otros duden, cuando otros se entreveren en las alternativas tan acia-gas que nos tocará vivir en el futuro, nadie tenga dudas de que donde esté la clase obrera, donde estén los representantes de las clases revolucionarias que se han unido para salvar al país definitivamente de las garras del imperialismo y del latifundio, esas fuerzas no fallarán y siempre estarán ocupando su lugar”.

I

Overoles, he visto overoles
en las esquinas mudas
de mi pueblo que guardaba
la voz por los rincones
burlando los oídos
de sus perseguidores.

Overoles, he visto overoles
tan sólo unos minutos
bajar de los camiones
alzar todos los puños
y estrellar el silencio
de un grito y mil razones.

Les he visto
robar un tiempo impuesto
volverlo suyo y nuestro
por los alrededores.

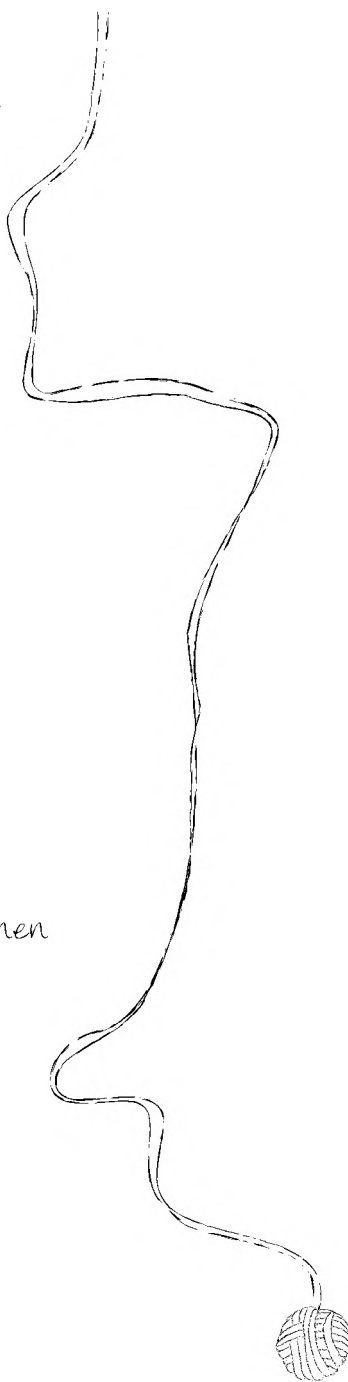
Azules ágiles palomas
grises les he visto
saltar y arracimarse
y saber todas las puertas
comprometidas y abiertas
como sus corazones.

Overoles, corran que ya vienen
los opresores.

Mi pueblo corre con ellos
con sus overoles.

El enemigo llegará
y las calles les gritarán
que se han reunido.

Nada, nada sabrán
el barrio se habrá dormido
y las calles les gritarán
que se han reunido
y nada, nada sabrán,
que se han reunido.



Marisa Alvarenga

Gregorio Conrado Álvarez Ameguíno.

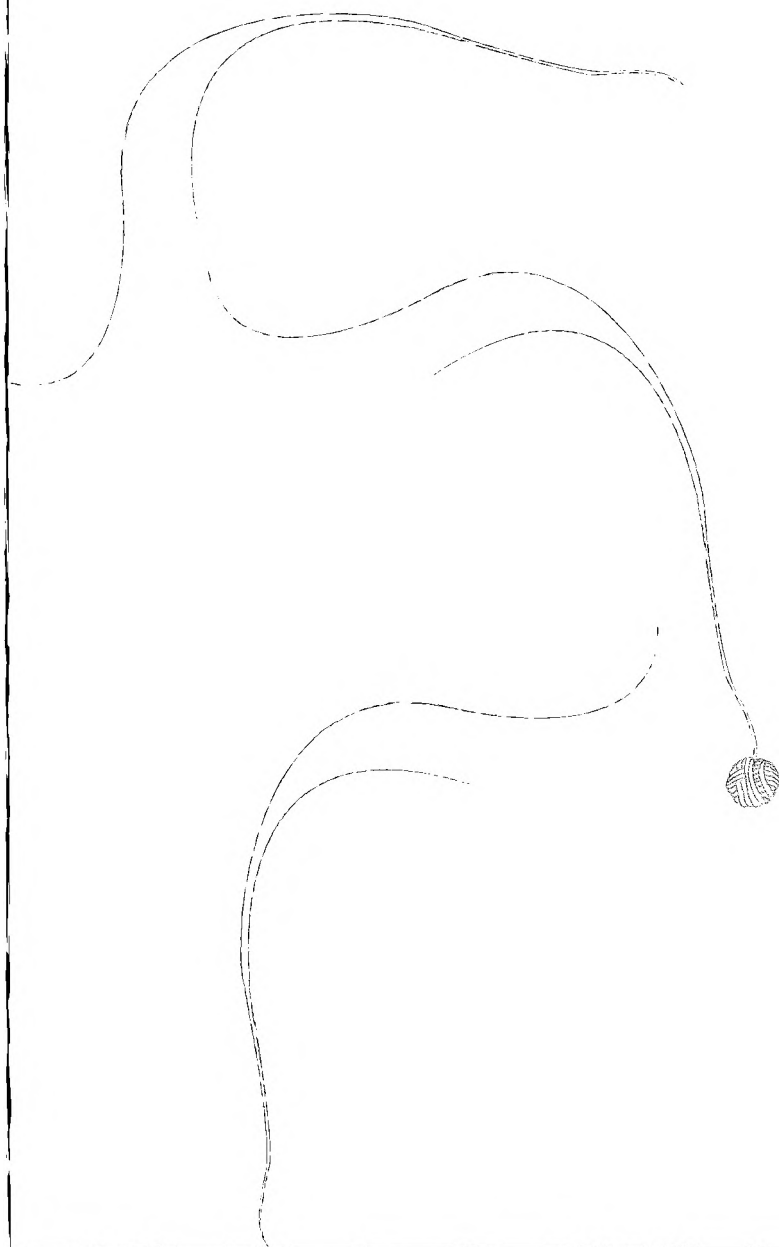
Nace en 1926. En 1971 está al frente del ESMACO, en 1973 encabeza a los militares golpistas, en 1975 comanda la Región Número IV del Ejército y a partir de 1981 está al frente del gobierno inconstitucional. Si la ley de caducidad ampara a quienes han cumplido órdenes, deja afuera a quienes las han impartido. Tampoco ampara a los que "han cometido delitos con el propósito de lograr, para el autor o para un tercero, un provecho económico".

El dictador Gregorio Álvarez tiene una trayectoria notoria de especulación en beneficio propio. Negocia con la comercialización de la carne,²¹ con el mármol del Mausoleo de Artigas, se ha vinculado a la Logia P2, se lo responsabiliza del homicidio del contador José González, del homicidio del también contador Sáenz y de la desaparición de Américo Soca, "Soquita", un prestamista que se excedió en una "calesita" realizada con dinero de los generales de la dictadura, y se lo vincula a la ejecución en París de su opositor, el coronel Ramón Trabal, quien había investigado las conexiones económicas del Uruguay predictatorial. Recién en el año 2006, en una carta firmada junto con otros comandantes en jefe reconoce que "la primera y más vieja consigna del mando militar, a la que nos aferramos de por vida, establece que el jefe es responsable de lo que hacen sus subordinados". Motivos por demás suficientes para que cualquier ciudadano de este país esté entre rejas.

El gobierno dictatorial se mantiene, en corresponsabilidad cívico-militar, bajo la autoridad de Juan María Bordaberry hasta 1976. En ese año le notifican el retiro del apoyo militar; asumen la conducción algunos personajes-marionetas que simplemente obedecen, hasta que en 1981 asume un militar que perfilaba su protagonismo desde la primera hora.

21. Véase revista *Canas y Caretas*, 26 de agosto de 2005.

*Muchachas
de abril*





En 1974, pocos meses después de la instalación formal de la dictadura, cubría al país una ola represiva. Bajo la lupa militar estaba toda la población, especialmente los ciudadanos definidos en las categorías B y C por los servicios de inteligencia. Los centros de estudio, los lugares de trabajo, clubes de todo tipo eran vigilados silenciosa y metódicamente en los albores de la coordinación represiva que se conocerá como Plan Cóndor. Quedaba mucho por dismantelar, por deshacer. La escalada represiva llevará a un profundo y cruel genocidio cultural, político, ideológico y organizativo que atravesará todo el período dictatorial y llegará hasta nuestros días. Los militares arman los organigramas de las organizaciones populares y orquestan su desarticulación, en sus escritorios con soldaditos de plomo reinventan la guerrilla, los enfrentamientos, los desembarcos, para ellos la guerra continúa...

“(...) Efectivamente, la noche del 20 al 21 de abril de 1974 se recibió la orden del mando de realizar un allanamiento en la finca sita en la calle Ramón de Santiago número 3086 apartamento 3, domicilio de Washington Javier Barrios, integrante del MLN. Al llegar a dicho domicilio no se obtuvo respuesta al llamado efectuado, recibiendo sorpresivamente varios disparos de arma de fuego que alcanzaron al capitán Julio César Gutiérrez, quien cayó herido. Al intentar ayudar al camarada caído, se produjo otra ráfaga de disparos uno de los cuales hirió al jefe responsable del operativo.”²²

22. Carta del personal superior de las Fuerzas Armadas en situación de retiro, publicada en *Búsqueda*, 9 de noviembre de 2005.

El operativo realmente fue en la calle Mariano Soler 3098, apartamento 3, y por posteriores reconocimientos se sabe que estuvo a cargo del general Juan Rebollo y que participaron también los generales Julio César Rapela y Esteban Cristi, los mayores Armando Méndez y José Gavazzo, el coronel Manuel Cordero y los entonces capitanes Mauro Mariño, Julio César Gutiérrez y Jorge Silveira.

Aunque ellos olviden el hecho, en ese episodio también murió el agente Dorval Márquez, totalmente ajeno al hecho, que se dirigía a su casa en bicicleta.

Pero no fueron los únicos que estuvieron presentes, ni fueron los únicos que vieron; son muchos los testigos, muchos los que guardan memoria, y los asesinatos surgen de las voces que nos ayudan a reconstruir ese día.

Cuando “Pelusa”, una de las vecinas, se despierta, están intentando entrar a su casa. Mira por una de las ventanas, ve a los militares y también a alguien vestido con un “gamulán” beige que estaba con ellos y que, según le pareció, señalaba hacia su casa.²³ Abre la puerta, y mientras le preguntan quién vive allí puede ver que en las azoteas muchos soldados apuntan a los apartamentos, como en un juego de guerra, espalda con espalda. Uno de ellos grita que esa no es la casa; le hacen cerrar la puerta y quedarse adentro. Desde los techos de la casa de al lado le gritan que cierre las persianas. Cuando intentan abrir otra puerta escucha al muchacho del gamulán gritando:

—¡Está desarmada, no tiren!

De pronto ve a un oficial que grita:

—Viene por la calle El Iniciador, en bicicleta.

Creyeron que el que venía era Washington; la bicicleta se acercaba, le dieron la voz de alto, no respondió, dispararon y el ciclista cayó herido. No se pudo hacer nada, el agente Dorval Márquez, que volvía a su casa después de la jornada de trabajo no escuchó, se sumó otra víctima. Años después reconocen al mayor Gavazzo como protagonista de este episodio.

Gabriela, la hija de Pelusa, que era una niña en esa época, tiene la imagen todavía grabada. Vio cuando sacaban los tres cuerpos en

23. Mario Soto, integrante del MLN que a raíz de la tortura colaboró en la ubicación de las viviendas y permaneció detenido en Artillería 1.

parihuelas, eran como inmensas muñecas de trapo; una era Silvia Reyes, su brazo sangrando asomaba colgando bajo la sábana, en la mano tenía el anillo de Washington. Gabriela conocía ese anillo, Silvia le permitía probárselo.

En el apartamento 4 vivía Gloria. Estaba embarazada y tenía una niña de 2 años. Esa noche estaba en la cama junto a su esposo. En el dormitorio irrumpió Silveira con varios soldados, no los dejaron moverse hasta el amanecer. Escucharon los disparos, eran tantos que las paredes temblaban, pensaron que en cualquier momento podrían atravesarlas. Hugo, el esposo, decía:

—Sáquenlos de acá, las balas van a pasar para este lado.

Les pareció que los milicos estaban tan asustados como ellos, mirando y rogando que la pared resistiera. Después supieron que la primera hilera de ladrillos quedó prácticamente deshecha, la pared era doble.

Jacqueline tenía entonces 10 años, vivía con sus padres apartamento por medio del de Silvia y aquel 21 de abril estaba dormida profundamente.

“De golpe me despiertan gritos y golpes terribles en las ventanas y en la puerta de entrada —relata—. Con mucho miedo me senté en la cama de un salto y comencé a entender lo que gritaban:

—¡Abran, abran, somos las Fuerzas Conjuntas, abran que tiramos!

Eran muchas voces y seguían golpeando y gritando como desesperados. Salí de la cama y fui gateando al dormitorio de mis padres, tenía mucho miedo. Oía el ruido de las ametralladoras y pensé que podrían tirar contra las ventanas, porque seguían gritando:

—¡Abran, abran que tiramos!

Si lo hubieran hecho, seguro que me habrían matado, porque tenía que pasar frente a las otras ventanas. En ese momento mis padres prendían la luz, saltaron de la cama y corrimos hacia la puerta, gritando que no tiraran e iban prendiendo las luces, abriendo las cortinas y por supuesto abrieron la puerta de entrada. No entendíamos nada, mi madre dice que eran las 2.45 de la madrugada; nos parecía que eso no era realidad, que era una pesadilla. Al abrir la puerta se abalanzaron una cantidad de militares con metralletas que apuntaban a mis padres y a mí. El patio estaba lleno de soldados que gritaban y corrían como locos.

A los gritos le preguntaron a mi padre:

—¿Usted cómo se llama?

No terminó de decir: Washington Barrios, cuando se lanzaron contra él, lo agarraron de los brazos y empezaron a arrastrarlo hacia afuera. Mi padre se resistía y preguntaba qué hacían y qué querían. Los soldados les gritaron a los otros: acá está. En ese momento se siente una voz que venía de atrás del montón de soldados:

—No, a ése no lo maten que es el padre.

Entonces lo soltaron y una cantidad de soldados y otros hombres de civil que llevaban camperas negras entraron a nuestro apartamento y preguntaron por mi hermano Washington. Nosotros respondimos que no sabíamos dónde estaba. Nos encerraron en el dormitorio custodiados por varios militares que nos apuntaban con sus armas. Entonces comenzó el ruido infernal de las ametralladoras y me di cuenta de que estaban tirando contra la puerta del apartamento de mi hermano. Aquello fue un infierno, se sentía el ruido de los impactos contra los vidrios, las ráfagas de las ametralladoras. Y nosotros impotentes; sentía en mi interior que estaban matando a Silvia y a su hijo, que luego de aquello no podía estar viva. Cuando salí fuera de la casa parecía que hubiese pasado un terremoto... Mi mamá me dijo que habían matado a Silvia y a las dos compañeras que estaban con ella: Laura Raggio y Diana Maidanic. Al mediodía llegaron varios camiones del Ejército con soldados y empezaron a llevarse todos los muebles. Se llevaron la puerta, sacaron hasta los tapones y las tapas de las llaves de prender las luces. Recuerdo cuando se llevaron la máquina de coser y el colchón del sofá cama que estaba en el lugar donde las asesinaron, todo estaba lleno de sangre. Era horrible. Lo que no pudieron llevarse, como el placard del dormitorio, lo rompieron. Unas semanas después, cuando mi padre y mi otro hermano limpiaron, volví a entrar al apartamento. La puerta de acceso al comedor y dormitorio no tenía un solo vidrio sano, el revoque y los ladrillos estaban todos rotos a consecuencia de las ráfagas, las paredes salpicadas con sangre y las balas incrustadas en el cielo raso tenían trozos de cuero cabelludo.”

La madre de Washington, “Nené”, recuerda claramente que ese día Gavazzo estaba vestido de traje *sport* de hilo, con corbata azul y camisa celeste; llevaba una ametralladora. Silveira estaba de uniforme, entró en la casa con expresión de loco y puso una

metralleta sobre una mesita:

—¿Dónde está el hijo de puta de su hijo, que yo mismo lo mato?

Gavazzo entra y le dice:

—Cállese la boca, no le hable así a la señora y salga para afuera.

Todo era vértigo y violencia. Entra Cordero y le ofrece:

—Tome un cigarro, señora.

Se sienta en la cama y le pregunta a Jacqueline si conoce a la hermana de Silvia y a su esposo Nicolás Quiñones. Ella le contesta que sí, que siempre iba a la casa, que conocía también a los padres de Silvia y de Stella.

—Entonces ¿conocés bien la casa? —insiste Cordero.

La niña asiente, temerosa.

—Te voy a dar una hoja y un lápiz y me vas a hacer un mapa de cómo es la casa —le dice.

Nené reacciona y le responde que no va a permitir que su hija de 10 años dibuje un mapa, que la dejen en paz. Recuerda que Washington padre quedó mudo, esperando. No lo dejaban moverse, pero cuando vio que sacaban algo del apartamento no pudieron detenerlo, se acercó a la ventana y vio que sacaban los tres cuerpos. Dijo:

—Mataron a Silvia, y había dos muchachas más.

Las visitas de Gavazzo a la casa de la familia Barrios continuaron después del operativo, llegaba con supuestas cartas del hijo o con otro verso. Este interés se mantuvo hasta setiembre, fecha en que desaparece Washington. Un día a mediados de octubre, tal cual lo anunciaba el mayor Gavazzo, llegó Armando Méndez con la moto de Washington que habían “encontrado” en el taller mecánico en que la había dejado. La devolvieron “para que la vendieran”.

Stella Reyes, detenida ese mismo día, reconstruyó la terrible jornada. Escuchó las versiones de los soldados en el cuartel de artillería, la de Mario Soto y la que su propio padre registró minuciosamente. En los dos operativos, el realizado en su casa y el de la familia Barrios, participó la misma gente, había oficiales de alto rango, los pudo ver cuando estaba contra un muro.

“Sé que al capitán Gutiérrez lo mataron ellos, pertenecía a Artillería 2 de la ciudad de Trinidad. Rompió la puerta de la casa y cuando entró al patio abierto los milicos que estaban en la azotea oyeron ruido y le dispararon. Cayó allí mismo. Cuando entra el

general Rebollo disparan también y lo hieren en el brazo.

Después fueron a la casa de mis padres, en Jacinto Vera 3777, que estaba situada delante de la nuestra que era el apartamento 2. Mi padre escribió con lujo de detalles todo lo que ocurrió esa noche.”

El testimonio del padre de Silvia y Stella Reyes expresa:

“Con un altavoz gritan:

—Que salga Reyes con las manos en alto, vamos a tirar.

Gritaban totalmente enloquecidos:

—¡Tupamaros hijos de puta, venimos a matarlos a todos!

¡Dale, hijo de puta, cantá dónde está tu hijo!

Otro detrás mío gritó:

—¡Volale la cabeza a ese hijo de puta si no habla!

Entendí que sólo con serenidad podría demorar a esas bestias enloquecidas y comencé a contestar.

—No tengo ningún hijo.

Y ellos:

—Dale, matalo, volale la cabeza.

Y yo:

—No tengo ningún hijo.

Así pasaban los segundos, o quizás los minutos.”

Con todo detalle narra los recursos que interpuso ante el pelotón desaforado para demorar el operativo. Finalmente cuando “las luces del ansiado amanecer comienzan a alumbrar suavemente la escena, camino lentamente hacia la puerta abierta, entre insultos y amenazas, la última orden es: ‘entrá y tenés diez segundos para prender las luces, si demorás te acribillamos con todo lo que esté adentro y morís’. Yo entro con los nervios agotados, tanteo en la oscuridad hasta que enciendo la luz, quizás un segundo antes de los diez, por eso no llego a saber lo que es morir acribillado en la oscuridad como mi hija Silvia y sus compañeras”.

Continúa Stella: “Fue muy cruel todo esto para mi padre, la muerte de mi hermana, la desaparición de Washington, la cárcel mía y de mi esposo. Todo el tiempo estaba pensando en nosotras, y siempre que podía contaba: ‘A mi hija la mataron, la asesinaron’. Siguió registrando todo lo que pasaba, lo que hacían para encontrar a Washington. En 1985 renovó su fuerza, escribió todos los hechos en una especie de carta abierta al pueblo uruguayo, creyó que se haría justicia, pero no pasó nada.

En el año 2000 hizo una crisis muy importante, rompió mesas, rompió todo lo que estaba a su alrededor. Tuvimos que llamar al médico, que decidió calmarlo con medicamentos hasta que llegó un psiquiatra. Cuando mi padre se recuperó se dio cuenta de que había hecho una crisis, nos dijo que tenía que contar lo que había visto, lo que hicieron en la morgue del Hospital Militar, algo que no había podido contar nunca. Él creía que era por eso que estaba tan mal. Yo lo iba a dejar solo para que hablara tranquilo con el psiquiatra, pero él me pidió que me quedara y dijo:

—Yo quiero que Stella esté, que escuche esto, porque es la que puede contar, yo no puedo contar.

Y empezó a relatar:

—Vi los pies de Silvia y enseguida la reconocí, no precisé nada más, supe que era ella. Pero la destaparon toda y tenía la autopsia hecha, estaba abierta desde el cuello hasta abajo, llena de algodones ensangrentados donde se supone que tenía que estar mi nieto.

El psiquiatra le dijo:

—Mire, lo que le hicieron a usted es una tortura. Lo que le pasa es normal, con todo lo que usted vivió; ni yo ni nadie lo hubiese podido soportar. Vamos a medicarlo para que pueda estar tranquilo, lo que usted tiene que hacer es olvidar.

Pero es imposible olvidar.

—Yo veo esa imagen, esa imagen la he visto durante años, mi familia no sabe, yo me duermo y me despierto con esa imagen, me doy cuenta que me estoy poniendo cada vez peor.

Él se había enterado que Silvia estaba embarazada cuando lo interrogaban los milicos. La vio con más de 30 impactos de bala en el cuerpo.”

La medicación tuvo que ser más fuerte, empezó a hacer picos de presión y crisis depresivas. No había podido salvar a su hija, no había podido encontrar a su yerno desaparecido en Buenos Aires. Cada vez que viajaba recibía amenazas de Gavazzo, que le decía que las consecuencias las iba a sufrir Stella, que estaba presa. En medio del dolor, de la injusticia y del hostigamiento juntó información, la registró, la ordenó en carpetas; detalles de toda esta etapa quedaron en su diario, fue su aporte consciente a la memoria, su lucha contra la impunidad mientras tuvo fuerzas.



Laura Raggio

Era la única mujer y la mayor de cuatro hermanos. Le seguían los mellizos Horacio y Raúl y el más pequeño Daniel. Su mamá era profesora de educación física y su papá empleado bancario. Vivieron en diferentes casas, pero siempre en Malvín. Los padres militaban en el PDC. La educación de Laura incluyó clases de catecismo que recibió

en la parroquia del barrio.

El padre tuvo actividad gremial en el banco, participó en la combativa huelga del 69 y fue el primer clandestino de la familia, termina preso en el Cilindro Municipal, entonces convertido en cárcel, y luego lo llevan a un cuartel.

Laura asistió al liceo 10 y comenzó a militar en el FER 68, tuvo una intensa actividad militante. Ocupan el liceo, recuerdan sus hermanos, habían hecho barricadas con bancos. Desde la terraza vieron llegar a los milicos que rápidamente atravesaron la improvisada barricada. Los bancos no resistieron y fueron franqueados por los soldados, que llegaron hasta el fondo del liceo para encontrar a un grupo de rápidos muchachos huyendo por la medianera del fondo. Otros no tuvieron tanta suerte y fueron detenidos.

El compromiso de Laura va en aumento, participa en ocupaciones solidarias cuando llegan las marchas cañeras. Sus estudios también avanzan, cursa preparatorios en el liceo 15. Una noche del año 1972 sonó el timbre en la casa de Malvín, eran los milicos haciendo una redada; se llevan a cuanto joven militante hay en el barrio, camiones y camionetas se llenan de gurises y gurisas. El destino de Laura fue el Batallón de Infantería 13, en Camino de las Instrucciones cerca de la Gruta de Lourdes. Allí fue torturada, apenas tenía 18 años. Su familia tardó bastante en saberlo, empiezan las marchas con paquetes al Prado, junto al liceo militar. Peregrinación que harán tantos

familiares, con sus bolsas de plastillera con los nombres bordados, conteniendo los pocos víveres, las pocas prendas e implementos de higiene que permitían pasar.

Cuando se enteraron de que pasaría a la justicia, estuvieron días y días turnándose en guardias frente al juzgado para verla. Al llegar Laura, todos pudieron entrar y se fundieron en abrazos apretados. Estaba muy flaca y muy pálida, pero la sonrisa que les dedicó era tranquilizadora. Después del pasaje por el juzgado empezaron las visitas regulares, podían ir al cuartel dos veces por semana. Los domingos, aunque no tenían visita, se instalaban en el fondo de la Gruta de Lourdes sólo para verla cuando salía al patio. En el afán de que los reconociera, su hermano Horacio, que tenía palomas mensajeras, las soltaba cuando creían verla para que ella supiera que estaban allí.

Estuvo presa un año, y su sueño, cuando saliera, era tomar el 104 con las otras compañeras para pasear por la rambla y ver el mar.

“El día que salió yo estaba en la puerta de casa –relata Horacio– y de repente veo a alguien que se acerca por la calle, con un bolso. No lo podía creer, ¡era Laura!, se había venido sola, la casa era una fiesta, saltos, abrazos, los amigos empezaron a llegar, charlábamos, la tocábamos, fue muy fuerte, muy conmovedor. Creo que fue por marzo del 73.

En el verano del 74 se fue de nuevo: me acuerdo que le dijo a mi padre que se iba de casa pues estaban arrestando a alguna gente. La ayudé a armar los bolsos y la acompañé a tomar un taxi. Nos abrazamos y con mis 16 años le dije que cualquier cosa que necesitara me llamara. Nunca más la vi. Fui el último de la familia que estuvo con ella.

El terror ya estaba instalado en casa, de repente sonaba el teléfono, atendía mi padre y le decían:

—¿Raggio?, su hija cayó herida.

Era una forma de tortura psicológica, tanto es así que el día que nos avisaron que la habían matado no les creí.

Ese día yo atendí el teléfono y me preguntan:

—¿Familia Raggio?

—Sí –les contesto.

—Lo llamamos de las Fuerzas Armadas, ¿está el señor de la casa?

Fui a buscar a mi viejo, agarró el tubo y la cara se le iba

transformando a medida que oía. Le estaban diciendo que pasara a buscar el cadáver por el Hospital Militar. Mi viejo no les creía y yo gritaba que no, que hasta no confirmarlo no les creyéramos. Habían llamado tantas veces... Fueron mi padre y mi tío a reconocerla, mi padre no entró.

Parece que se iba a ir a Buenos Aires, pero no salieron las cosas. Ellos dijeron que fue un enfrentamiento, que ellas les tiraron granadas, que mataron a uno que pasaba en bicicleta por la calle. Pero a Laura la ejecutaron y a Diana la deshicieron.

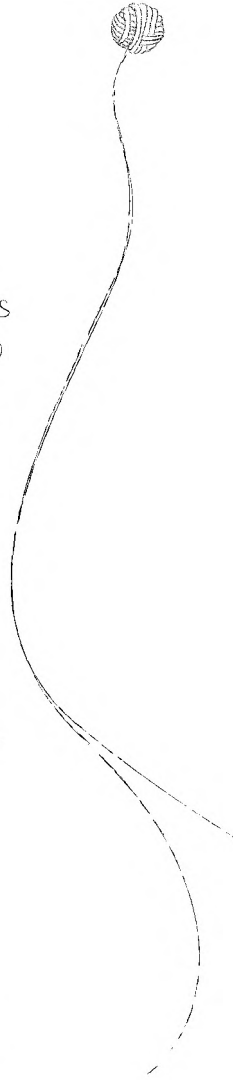
Yo vi a Laura con un balazo en la cabeza y cuando la velábamos creí que se había teñido el pelo de rojo, pero era sangre. Pertenecía a la columna 70 del MLN. Tenía 19 años.”

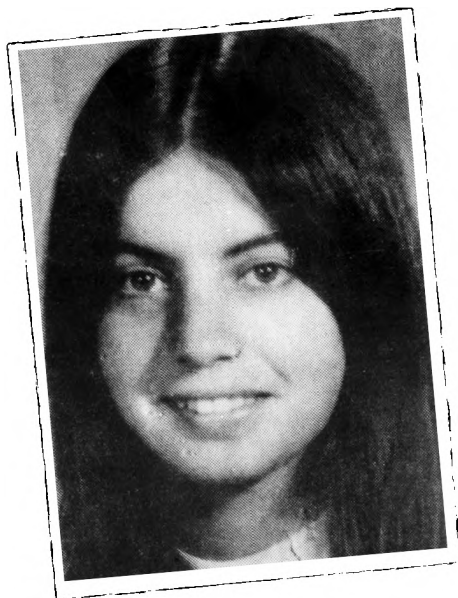
La madre de Laura atesoró durante todos esos años sus fotos, sus papeles, recortes de prensa. Era la única manera de seguir teniéndola cerca.

Palomas

Si palomas al viento
se llaman señoras
serían perfumes
mi abuela y la gloria
o el ansia que espera
y evoca remota.
Sería un sueño
que anida en las almas
que guarda un secreto
del tiempo que escapa
cual frágil paloma
que vuela al mañana.
Paloma que dices
en forma de vuelo
aquello que explica
cual el sentimiento
te canto este blues
que estoy presintiendo.
Tan sólo paloma
que surca los mares
y vas por el mundo
en vuelo incansable
date mis recuerdos
y un beso a mi madre.
También va mi amada
por ti la paloma
canción encumbrada
por todas las cosas
palomita blanca
de ayer y de ahora

Eduardo Mateo





Diana Maidanic

Nació el 31 de octubre de 1951, en Montevideo. Sus primeros años transcurrieron en la casa de sus padres en bulevar Artigas y Miguelete. Cuando tenía 2 años muere sorpresivamente su padre, y la madre se lo oculta; es su manera de cuidarla. Pero el padre desapareció de su infancia, de su casa, y Diana no podía comprenderlo. Años más tarde, cuando ya era adolescente le reprocha por

qué, por qué no le dijo...

Flora, su madre, vive hoy en una casa llena de recuerdos de Diana y sigue lamentando no haber entendido lo importante que era para la niña conocer la causa de la ausencia de su padre, no haberse animado a explicarlo.

Diana tenía 5 años cuando Flora se vuelve a casar y con ese matrimonio llegan dos nuevos hermanos: Mauricio y Carlos, 14 y 5 años mayores que ella. Finalmente nacería su hermanita Ana para compartir su mundo infantil.

Ni bien aprende a hablar se manifiesta su pasión por declamar, en la adolescencia llega a actuar en la Sala Verdi. Todo su cuerpo comunica lo que siente. Concorre al Liceo Francés en los primeros años, luego de la mudanza va a la escuela 81 de Carrasco.

Una niñera oriunda de Rivera, Celia, entra en su vida para quedarse como una madre más. Se creó entre ellas un vínculo muy fuerte, Diana nunca la consideró una empleada, siempre fue una compañera.

Celia aún recuerda aquel enorme corazón de Diana, su generosidad y su entrega. A pesar de que estuvo criada en un hogar donde nada faltaba, siempre estaba pensando en los que no tenían para comer. Para el casamiento de su hermano Carlos, a Diana le hacen un vestido de fiesta tan lujoso que ella decía con pena: "Todos los que podrían comer con lo que vale esto...".

Con los ojos brillantes, cuenta Celia que Diana fue la mejor persona que conoció. Charlaban mucho, cuando hablaba se apasionaba, le contaba de Sendic, del Che, le gustaban Los Olimareños y el canto popular. Recuerda con pena el libro de Sendic que Diana le regaló y que ella tuvo que quemar, con gran dolor, en la época en que los allanamientos estaban a la orden del día. Diana fue su compinche, como una hija, una compañera...

Flora, por su parte, se acuerda de cuando encontró a Diana y a Mónica, su prima, fumando, tenían 13 años. Pensó que la responsable era Mónica, que siempre había sido vivaz y muy osada. Cuando estaban juntas había risas, bromas y picardías. En los encuentros familiares las primas estaban indefectiblemente juntas, muy pegada una a la otra. A Diana le gustaba mucho ir a la casa de Mónica en Capurro. Charlaban sobre todos los temas: el amor, las relaciones, la literatura, la revolución, la militancia, la lucha por el boleto, los acontecimientos del mundo, los Beatles.

Diana empezó a participar en el FER 68 y Mónica en la UJC. A Flora le preocupaba y pensaba: esta chiquilina, tan comunista... Diana era reservada y tenía pocos amigos, a los 18 años quería conocer Israel, pero tuvo que operarse de un quiste y postergar el viaje. Nunca lo llegó a hacer. Hoy Mónica y Celia ríen juntas al recordarlo.

Estaba cursando medicina y el último año de psicología, en el Hospital de Clínicas. Abrió un jardín de infantes, El Globo Rojo, para niños de 2 a 5 años. Amaba a los niños. Cuando la van a buscar la patrulla militar pregunta a los vecinos donde está el jardín. Ese día Flora estaba en una casa cercana, desde donde vio el operativo sin relacionarlo con su hija. Se dio cuenta cuando unos vecinos le preguntan:

—¿Esa no es Diana?

Envuelta en un tapado beige la llevaban a empujones. La detienen en julio de 1972, en el Batallón 13 de Infantería. Hasta allí iban a visitarla. Los domingos, desde la Gruta de Lourdes, como los demás familiares presenciaban los recreos y se comunicaban con gestos. Ella hacía manualidades que les enviaba.

Mónica todavía se pregunta por qué fue al velorio de Jorge Salerno y no fue al cuartel a ver a Diana. Tal vez el temor de entrar a un cuartel, y los criterios de seguridad que se manejaban ante tan-

ta represión. La extrañaba y estaba al tanto de todo lo que le sucedía. Un año y medio después le dieron la libertad, el primero de noviembre de 1973. Charlaron mucho, tomaron mate y pudo sentir su intensa necesidad de afecto, le asombró cuánto extrañaba a las compañeras que habían quedado en el cuartel, se sentía muy apegada a ellas y sufría. Recuerda los helados que tomaban juntas, sus paseos en el balneario Jaureguiberry. Diana siempre estaba pensando en lo que las compañeras no podían hacer, ver, ni comer. Una parte de ella se quedó en prisión. Ese verano también pasaron algunos días juntas en La Floresta, fue su último verano.

Celia recuerda el día que Diana está preparando las cosas para irse, le pide que elija uno de sus peluches para regalárselo. Eliigió una muñeca patona que hasta hoy conserva.

Empieza la etapa de la clandestinidad, las llamadas telefónicas de Diana eran esporádicas. Celia atendía y ella preguntaba:

—¿Quién habla?

—La muchacha.

—Soy yo, no seas guaranga.

En esos meses la madre la pudo ver muy pocas veces, se citaban en un café, pero la angustia y el miedo de Flora se convertían en lágrimas. Diana la tranquilizaba:

—Mamá, quedate tranquila, si no te calmás no vamos a poder seguir viéndonos.

En marzo creyó que se había ido a Buenos Aires, porque para su cumpleaños recibió flores con una tarjeta que parecía venir de la otra orilla.

Un día sonó el teléfono y alguien le dijo:

—Soy amigo de Diana. Ella la necesita, está herida, se accidentó con una bomba que estaba haciendo...

Cortaron y ella quedó en la más absoluta desolación, sin saber qué hacer. Lo comentó con unos amigos, que intentaron tranquilizarla:

—No le debe haber pasado nada, quedate tranquila, debe ser tortura psicológica.

Aquel domingo cuando Flora atendió el teléfono, una voz dijo:

—Su hija murió en un enfrentamiento, venga a reconocerla.

Allí en la morgue del Hospital Militar Flora la ve: el pelo corto, pelirrojo, tenía 22 años. Su pequeña, que amaba declamar, tan callada.



Silvia Reyes

Era dos años menor que su hermana Stella. “Las dos éramos muy parecidas y mamá nos vestía a las dos iguales, como se usaba en aquellos tiempos. Mi padre trabajaba en la galería Bruzzone y era activista de la lista 15 del Partido Colorado, en casa siempre había propaganda de la 15: pelotas, muñecas, pegotines. Tanto es así que en época electoral una de las actividades de mi familia

era ir a ver a mi padre o a mi tío cuando pronunciaban sus discursos. Mi madre se ocupaba de las tareas de la casa. Una costumbre de la familia era juntar juguetes para el día de Reyes, los arreglábamos y los repartíamos. Vivíamos en el Buceo, el barrio estaba pegado a un cantegril, en una de las primeras casas de material construidas en esa zona. Silvia fue a la escuela de Rivera y Julio César, cursó con muy buenas notas y practicó patín en el Platense Patín Club. Una enfermedad a los 5 años la obligó a hacer reposo. Era difícil mantenerla quieta y entre los muchos recursos que utilizaron, a papá se le ocurrió hacerle una cometa, la pegó al techo y le dio el hilo para que la remontara dentro de la casa”, recuerda Stella.

“Más adelante fue al liceo 12 que estaba en Rivera y Soca, también se destacó por sus notas y por ser muy bonita, sus ojos verdes en contraste con su pelo oscuro llamaban la atención. Tenía muchos amigos. Su adolescencia estuvo rodeada de música, los Beatles, los Rolling, Mateo, Urbano Moraes, Quico Sicone, y decidió aprender guitarra, su profesora fue Teresita Minetti. Su pasión por la música y por integrar la más famosa barrita del barrio la llevó a formar un grupo de rock, The Alacrans, debutaron en la parroquia San Pedro en una quermés, todas vestidas con buzos negros con un alacrán bordado en blanco, minifaldas y botas altas negras.” La idea fue de Silvia, bien acompañada por Stella y otras amigas, tenía 13 años. “Cuando cumplió los 15 lo festejaron en casa, estaba muy linda,

se alisó el pelo, se puso pestañas postizas, un vestido muy corto de encaje blanco que dejaba entrever el sutién. Ya tenía un noviecito apasionado. Pero en un viaje a Buenos Aires con unas amigas, festejando los 15, conoció a Washington, que no sólo les vendió el pasaje en el Vapor de la Carrera, también les consiguió un camarote especial, se hizo compañero incondicional de viaje y estaba a la vuelta esperándola.”

Washington tenía 17 años, cursaba preparatorios en el nocturno del IBO, quería ser abogado. Silvia trabajaba cuatro horas, seguía estudiando y empezó a militar. En el año 1971 se integró al Movimiento 26 de Marzo, militó en el FER 68 pero no estaba integrada al MLN. Washington también militaba en el FER 68 y más adelante ingresó al MLN.

Se casaron en octubre del 73 y se mudaron a un apartamento, atrás de la casa de los padres de él, en Brazo Oriental. Para nochebuena Silvia, Washington y Jacqueline, su hermana, arman juntos el arbolito.

—Esta Navidad estamos acá, mamá, pero las próximas capaz que estamos en otro lado; yo te voy a pedir que siempre hagas el arbolito para nochebuena, así nos vas a tener siempre presentes —le pidió Washington.

Eran muchos los miedos, cuando le avisaron a la madre de Washington que iban a tener un hijo, Silvia dijo:

—Te vamos a pedir que, si nos tenemos que ir de acá, vos te hagas cargo del niño, o de la niña, sólo vos.

—¿Pasa algo? —preguntó la madre, y Washington contestó:

—No, no pasa nada, pero si llega a pasar algo, mamá... queremos que vos te hagas cargo de nuestro hijo.

La muerte interrumpió sus sueños. En el velatorio, que se hizo en la casa materna, Rapella apareció a provocar. El padre de Silvia en un impulso le sacó el arma y le apuntó a la cabeza, lo sacó de la casa y le dijo que lo iba a matar si le pasaba algo a Stella. Finalmente pudieron convencerlo de devolverle el arma y Rapella se fue.

La presencia militar no impidió que los vecinos llegaran y en silencio se fueran ubicando en la vereda de enfrente, donde armaron una cadena humana. Cuando salió el féretro, una lluvia de rosas rojas cayó sobre él. Con las manos unidas la gente formó el espontáneo y cálido cortejo.

El 29 de noviembre de 1973 había cumplido 19 años.



Washington

Se enteró al día siguiente de la muerte de Silvia, cuando llamó por teléfono a la casa de una vecina, sus padres no tenían teléfono. Su madre va a la casa de la vecina, toma el teléfono y le cuenta:

—La mataron a ella y a dos muchachas más.

Nené aún escucha su grito. Fue la última vez que hablaron, no lo vieron más, no lo oyeron más. El 19 de abril se había ido a Buenos Aires. Su última carta, de abril, refleja el dolor, la impotencia y su inquebrantable voluntad de lucha:

“Querida Celia, Adela y Pepe:

Como le decía a los viejos, hay veces que resulta difícil escribir y otras no. Debería poder hablar con ustedes, pero me es imposible ahora, quizás algún día pueda, quizás no.

Lo que sí hubiera deseado es haber estado allí junto a Silvia, pero por desgracia me encontraba cumpliendo una función y estaba bastante lejos. Silvia era parte de mí, como yo de ella. Nosotros hablábamos de todo lo que podía ocurrir y en cualquier momento, pero por desgracia pasó una de las cosas peores y lo peor en lo personal, el haber perdido a mi compañera y a una gran revolucionaria. Y con la Flaca decíamos que si llegaba a pasar algo así, cualquiera de los dos que quedara tenía que luchar y ocupar el puesto de los dos, y eso, estén tranquilos que lo voy a hacer, y que lo más probable es que muera peleando como ella murió, pero sé que no me voy a llevar a uno ni a dos, que van a ser unos cuantos.

Ya nadie habrá que pueda parar su corazón unido y repartido. No digan que se ha ido: su sangre numerosa junto a la patria queda, lo que tenemos que tomar todos es el ejemplo que Silvia nos dio día a día, hora a hora, minuto a minuto. Sé cómo se deben sentir, pero con quedarnos pensando no hacemos nada, por el contrario perdemos mucho, y somos consecuentes con la manera de pensar y de actuar de la Flaca.

Me mataron a la Flaca y a un gurí que estaba en camino, y salga de donde salga, me la van a pagar, les pido que hagan todo lo que esté a su alcance, pero que no se quemen al pedo. Nuevamente por los gurises que bastante mal la deben estar pasando. En cuanto pueda les voy a hacer llegar la guita del entierro, no lo tomen a mal, para mí es un deber, lo mismo.

Celia, gracias, lo recibí y siempre va a estar conmigo, fuerza, un beso.

Adela, fuerza, un beso.

Pepe, fuerza ahora más que nunca.

Hasta la victoria siempre

Washington.”

Por testimonios de los sobrevivientes, que actualmente viven en Córdoba, se sabe que el 17 de setiembre de ese mismo año 1974 Washington es apresado junto a cuatro argentinos, tres hombres y una mujer. “A los cuatro días de estar detenidos vinieron a buscar al ‘uruguayo’ y se lo llevaron”. El procedimiento se efectuó bajo la dirección del secretario de seguridad y jefe de policía de la provincia, comisario Héctor García Rey.

Washington se declara “combatiente” y exige que se respeten los derechos de la Convención de Ginebra. El 20 de febrero del 75, según consta en oficios de La Plata, Washington firmó la resolución del juez del Juzgado Federal número 3, en la que se le levantaron los cargos de entrada ilegal al país. Habían pasado cinco meses desde su detención, queda constancia de que el detenido debe ser devuelto a Córdoba o recobrar la libertad. En otro oficio de la misma fecha queda la constancia de que “desapareció del coche policial que lo conducía con custodia desde el Juzgado Federal número 3 de La Plata”, ese mismo día. Apenas dos días después la policía argentina emite un comunicado de prensa notificando su fuga.

En Uruguay son reinterrogados varios presos vinculados con el caso, entre ellos Stella, que recibe amenazas: “si no hablás te va a pasar lo mismo que a tu cuñado”. Tenía 22 años.²⁴

Palabras cuando me enteré de tu muerte

Sabés que la luna es roja
esta vez
la carta que he escrito la voy a romper
se bebe tu sangre una tierra
muy lejos... Lo sé.
Y digo que es ancha esta noche. No sé.
Será que no he roto la carta. Tal vez.
No es silencio tu muerte
es lluvia en la piel
es verano que abraza
es rabia, es hiel
es hombre que sufre
que empuña el presente
que canta, sabés...
Arriba la luna es roja esta vez
el agua en las calles se pudre.
¿No ven?
Que vengan las manos a echarla a correr.
He roto la carta, me duele, sabés...
Arriba en el cielo
la luna es roja también.

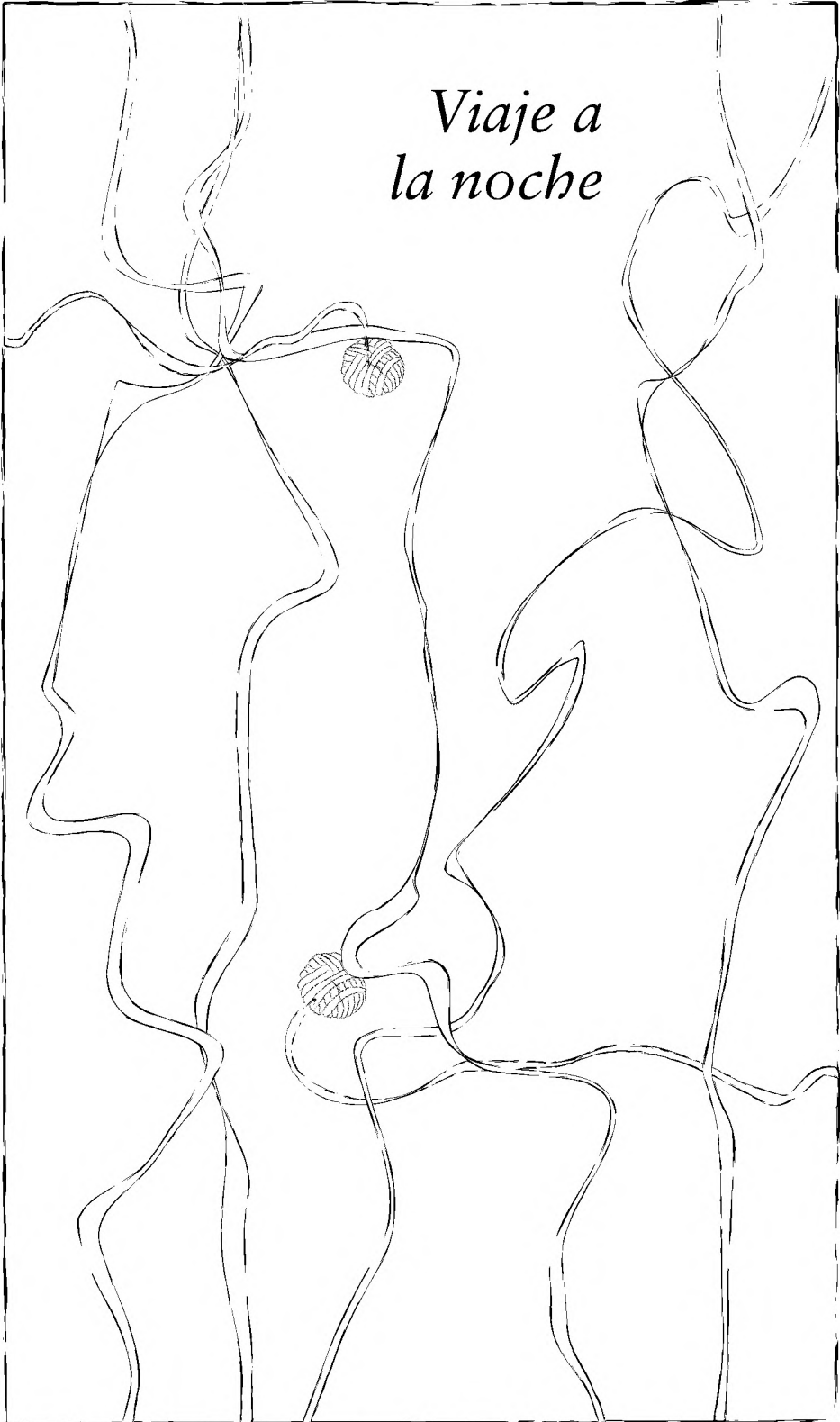
Irma Leites

Montevideo, 11 de setiembre de 1973.

24. Estas historias se recrearon a partir de testimonios de Stella Reyes, Jacqueline Barrios, Hilda María Fernández de Barrios, “Pelusa”, Horacio Raggio, Flora, Celia y Mónica, recogidos por Cecilia Duffau e Irma Leites.



*Viaje a
la noche*





En 1984 le preguntaron al juez militar Silva Ledesma sobre el número de personas detenidas hasta el momento. Dijo que 4.933 ciudadanos habían sido procesados por la justicia militar. Se calcula que además unos 3.700 ciudadanos fueron detenidos sin proceso, y si se suman los casos de la justicia civil son más de 10 mil las personas que pasaron por cárceles y cuarteles entre 1971 y 1985 en Uruguay, que cuenta con tres millones de habitantes.

La tortura se aplicó sistemáticamente a los presos como el método para obtener información y se siguió aplicando en las cárceles para la “reeducción” de los reclusos. El Ejército hizo el trabajo a conciencia, tenía la convicción de que podían recuperarlos o, de lo contrario, destruirlos.

La mayoría de los protagonistas militares de la tortura han sido reconocidos, falta desentrañar la trama que une a los títeres con los titiriteros, a los que se ensuciaron las manos con los que los utilizaron para mantener sus prebendas, sus privilegios y su tranquilidad. Falta responsabilizar y enjuiciar a los civiles que los incitaron, los avalaron, los justifican, preservan su impunidad y son cómplices de su “trabajo”.

En 1960, un año después de la Revolución Cubana, los ejércitos reunidos en la Conferencia de las Américas acordaron en Panamá “proteger al continente de las acciones del movimiento comunista mundial”.

La CIA trabajó conjuntamente con el Comando Sur para crear

y entrenar fuerzas contrainsurgentes, adiestradas para aplicar métodos ilícitos sobre los presos, como tortura, desaparición y secuestro de sus familiares.

En 1964 se instaló en Uruguay el cubano Manuel Hevia Cosculluela,²⁵ tres años después llegó Philip Agee,²⁶ agente de la CIA. Ambos han publicado libros en los que informan sobre su actuación en Montevideo. Entre los agentes de la CIA en Uruguay figura el general Amaury Prantl, en cuya órbita está el Servicio de Información y Defensa (SID), con el objetivo de reprimir a la izquierda. Luego este organismo estaría a cargo de José Nino Gavazzo.

Dan Anthony Mitrione fue enviado a Uruguay por la AID para capacitar a la Policía y al Ejército uruguayos. Antes había impartido cursos en Washington y en Brasil. En Malvín encontró una casa con las condiciones adecuadas, sin vecinos próximos; acondicionó el sótano a prueba de sonidos e instaló un pequeño anfiteatro que recibiría a sus primeros 12 alumnos exclusivos. Las materias del curso eran: anatomía, funcionamiento del sistema nervioso humano, psicología del prófugo, psicología del detenido, y finalmente la necesaria “profilaxis social”. Mitrione era un ciudadano probo del oeste medio estadounidense y tenía nueve hijos.

En su curso dejaba claro que la práctica de la tortura no podía ser opcional, debía aplicarse siempre, a conciencia y por especialistas. Para ello se requería “la eficiencia y la limpieza de un cirujano y la perfección de un artista”.²⁷ Explicaba que primero se debe determinar el estado físico del sujeto y su grado de resistencia mediante un exhaustivo examen médico; la muerte prematura significa el fracaso del técnico. Se debe aplicar la dosis exacta de dolor para ablandar al sujeto, humillarlo, hacerlo sentir indefenso, aislado de la realidad. Para lograrlo utilizaba grabaciones de niños y mujeres llorando, así lograba convencer a la víctima de que sus hijos o esposas estaban siendo torturados o violados. Recién después de esta etapa debía iniciarse el interrogatorio, un “arte complejo”—decía

25. Doble agente cubano y autor de *Pasaporte 11333*, Ed Ciencias Sociales, La Habana, 1983. Hevia Cosculluela trabajaba para la CIA aunque respondía a la inteligencia cubana.

26. Autor de *Diario de la CIA. La compañía por dentro*, Laia, Barcelona, 1978.

27. *Pasaporte 11333*, de Hevia Cosculluela.

Mitrione—, a toda costa se debe evitar que el sujeto pierda la esperanza de vida, podría llevarlo al empecinamiento.

Los primeros “sujetos” víctimas de la “profilaxis social” fueron tres marginales de sexo masculino y una mujer fronteriza. Los cuatro murieron en Uruguay. Dan Mitrione también murió en Uruguay, a manos del MLN.

Muy pronto comienza a aplicarse en Uruguay el estilo de Mitrione. Durante toda la dictadura, e incluso antes, las Fuerzas Conjuntas en vehículos militares o simulando ser civiles recorren las calles en vehículos particulares. Salen de cacería buscando actitudes o caras sospechosas, hacen “pinzas” ubicándose en lugares clave de la ciudad para acechar a sus presas, eligen a los más jóvenes, eternos culpables de todos los tiempos, a quienes olvidaron los documentos, a los que tienen apellidos inadecuados, o simplemente a quienes no les gustan. Hacen abarcadoras operaciones “rastrillo”, asolando barrios enteros en sus búsquedas casa por casa. Se organizan y se infiltran en los centros de enseñanza, en los lugares de trabajo, tratan de convencer a los jóvenes, apelan a los intereses empresariales. Tienen que saber todo lo que sucede en el país y aun fuera de él. La vestimenta y el vehículo dependen del momento, del destino del detenido o del lugar del encuentro. Cuando obtienen la presa, la tortura se desenfrena, hay que saber rápidamente, saber otro nombre, un lugar, un contacto. Así podrán llegar a otro militante, a otro integrante de la organización investigada. En uno de esos falsos contactos obtenidos por la tortura es que llega Elena Quinteros a la Embajada de Venezuela, pidiendo desesperadamente asilo. Otras veces esos “contactos” son un intento de eludir por un rato la tortura. En ocasiones aparecen en partes oficiales escondiendo muertes en la tortura.

Cada organización había elaborado su estrategia para resistir la tortura, se leían manuales para prepararse, se definía la necesidad de aguantar 24 horas para dar tiempo a los compañeros de zafar. No siempre se pudo lograr.

—Yo caí en una esquina, con un compañero de militancia

del cual no sabía nada más que el alias.

—A mí me detuvieron con dos compañeros en la calle, era un operativo conjunto entre la Policía y comandos del Organismo de Coordinación de Operaciones Antisubversivas (OCCOA). Fue el día de la ilegalización del Frente, entonces largaron una operación en todo Montevideo para detener gente y así, al barrer, nos detuvieron.

—Yo fui detenida en julio de 1975 por la Policía, por Inteligencia y Enlace; después de varios meses fui trasladada a la Carlos Nery.

—Yo caí en Buenos Aires, vivir allí nos obligaba a tener claro que la supervivencia dependía de que alguien se enterara a tiempo.

—En esa época yo también vivía en Buenos Aires y era común en la calle que uno escuchara: “Soy fulano, me secuestran, soy fulano, me secuestran”. Yo llegué a verlo, gente gritando en la calle, era la manera de salvarse, de que alguien pudiera denunciar, informar, presentar un hábeas corpus o informar a Naciones Unidas. Era importantísimo, porque podías quedar preso en vez de desaparecido.

—Sí, imagínate, era julio del 76. Yo caí y estuve primero en la Policía Federal,²⁸ después en Orletti, estuve un mes, más o menos. Después nos traen para Montevideo. Del aeropuerto nos llevaron a una casa en Punta Gorda y después al SID, en la calle Palmar frente a la Sociedad Española.

—Yo también caí en Buenos Aires, con mi compañero, en setiembre del 76. Buenos Aires en ese momento era una especie de infierno colectivo, las desapariciones estaban a la orden del día, arrasaban las villas.

—Yo caí en la frontera con Brasil, cuando volvía a Uruguay por la ciudad del Chuy, en 1982, eran las cinco de la mañana. Había salido de Porto Alegre en un ómnibus de Onda que venía directo a Montevideo. El guarda bajaba con todos los documentos y hacía el trámite. Pero le dijeron: “No, ella no puede seguir el viaje, queda retenida”. En ese momento agarré al guarda del brazo y le di un número de teléfono y le dije: “Por favor, avisá”. El guarda avisó, avisó enseguida, era de madrugada, se dio cuenta

28. Dependencia de la Policía de Buenos Aires.

de lo que estaba pasando. Es increíble, yo nunca me voy a olvidar de ese hombre. Me llevaron a la comisaría del Chuy; los milicos no sabían por qué me habían detenido, creían que era una cuestión de drogas.

—A mí me detienen en un bar y me meten en un auto particular. Pensé que era el Escuadrón de la Muerte, porque en agosto de 1973 seguía actuando.

—A mí, una vez tirada dentro del auto, comienzan a preguntarme a quién iba a ver, dónde estaba mi compañero.

—En el momento que nos detienen, a nosotros nos meten adentro de un Volkswagen.

—A nosotros los tipos nos tiraron adentro de unos autos, recién en la comisaría nos encapuchan.

—Cuando una cae, inmediatamente pasa a una parte desconocida, te ponen capucha, en mi caso me taparon los ojos con mi propia bufanda.

—La primera sensación de ruptura con el mundo fue la venda y la capucha. Estás paralizada, te están jugando miles de cosas adentro.

—Las amenazas, los gritos, continuamente iban girando el tambor del revólver en la sien y me decían: “Ahora te vamos a matar”.

—Yo pensé, van a ser las 8 y no voy a llegar, van a ser las 9 y no voy a llegar, van a ser las 10 y no voy a llegar, van a ser las 11 y no voy a llegar y a partir de eso la mente me quedó en blanco.

—Mi mecanismo de defensa fue no hablar, sentía que me quedaba en blanco.

—Mi respuesta era quedarme completamente dormida, me sacaban del tacho y caía dormida.

—Yo después aprendí que eso se llama disociación, es parte de la resiliencia, el disociar lo emocional de lo racional, es una forma de protección.

—Yo caigo el 18 de agosto de 1973, me llevan a Infantería 1, en la zona del Buceo, conocido como el Florida. A la madrugada siguiente corre el rumor entre los que estábamos allí de que habían matado a dos compañeros en la tortura: uno de ellos se llamaba Walter Arteche,²⁹ era un obrero del Cerro y pertenecía al MLN, el

29. Fallece en el Hospital Militar a raíz de heridas provocadas en un “enfrentamiento”.

otro era Gerardo Alter.³⁰ Supimos que al llegar al cuartel los habían estaqueado y que les aplicaron la picana eléctrica con mayor voltaje, murieron a las pocas horas. En ese cuartel estaban los torturadores Méndez, Calcagno, el mayor Castro, Camacho y Caballero junto a la esposa de un militar llamado Braidá, muerto en un enfrentamiento.

—Yo estaba en Artillería 1 en 1973, lo supe después de 25 días, cuando ya podía mirar y lo leí en un cartel. Estaban Gavazzo y Silveira, no me acuerdo quién más, pero ellos estaban a la cabeza. Antes de torturarme uno me dijo: “Mirame bien, yo soy Gavazzo, y soy el que te va a torturar”.

—Me llevan a Artillería 1 y me ponen en los calabozos de arriba, abajo estaba la sala de los interrogatorios. Le llamaban “la capilla”, y decían que ahí estaba el cura, que era Gavazzo. Silveira me decía que me iba a venir a buscar “el cura”. “Te vas a quedar acá. Pensala bien.” Al ratito llegó Gavazzo. Me levantó la capucha y me preguntó: “¿Sabés quién soy yo?”. Le dije que no y entonces me muestra un encendedor que decía “De la CIA al señor Gavazzo”. Me volvió a preguntar: “¿Sabés quién soy yo?”. Volví a responder que no. Y él me dijo: “No puede ser que no sepas, todos los tupas saben quién soy”. Empezó a decir que yo debía saber quién era él, que era el mayor interrogador de mujeres, que todos los que estaban comprometidos sabían quién era, que se había ido a especializar a Panamá y a Paraguay. Me describió su currículum: era un especialista en tortura de mujeres, había capacitado al Escuadrón de la Muerte, era lo que más me recalcaba. Ya me lo había dicho estando encapuchada. Me decía: “Te conviene hablar, hemos estudiado psicológicamente cuáles son los puntos débiles de las mujeres; sabemos que todos los militantes engañan a sus mujeres; que a ustedes no les importa con qué tipo están, que cualquiera es lo mismo, que tienen hijos por todos lados”. Eso pasó en noviembre de 1973.

—Yo caí embarazada, fui al Hospital Militar por una hepatitis, cuando volví al cuartel estaba sola, a las demás se las habían llevado a Punta Rieles. En ese momento venía el oficial Pintos y me preguntaba: “¿Qué vas a hacer con tu hijo?, tu hijo se va a criar sin

30. Muere el 19 de agosto de 1973: según la autopsia por “edema agudo pulmonar” y se archiva el caso.

madre, pensar que podría tener todo lo que necesita”. Cuando nació Daniel estaba aterrada, porque no sabía si me lo iban a dejar o me lo iban a sacar, yo ya había cumplido 20 años. Un día creí que nos iban a separar, pedí para darle de mamar, como despedida. El pobre lloraba y lloraba, yo lo dejaba en la teta. De repente me dicen que junte mis cosas, y cuando estoy pensando que nos separan, no, me llevan con él. Nos llevaron juntos a otro lugar de detención.

—Recuerdo el caso de una compañera que había caído en un tiroteo en Pando en 1974, tenía un hijo de 2 o 3 años. Tuvo una actitud impecable en la tortura; resistió, no reconoció nada. Fue algo impresionante. Como ella cayó con el niño en el medio de un tiroteo, desde el primer día Gavazzo le decía al niño que tenía una madre que era una hija de puta, que no se merecía ese precioso hijo de ojos azules y de pelo rubio. Y durante toda la cana la trató de convencer de que lo diera en adopción. La hostigaba permanentemente. Además hablaba con el niño y lo había conquistado afectivamente, le hacía regalos para comprarlo.

—Yo también me acuerdo, porque estuvo en la Fuerza Aérea como yo, ella vivía en Pando y en la Fuerza Aérea era presionada por el mayor Pintos, uno de los encargados de la represión. Ese mayor

Armando Méndez

Fue el oficial responsable de las misiones especiales que jefes y oficiales realizaban en Argentina y Chile, actuando en el ocoa y el sid uruguayo. También está acusado de ser responsable de la muerte por torturas, en el Batallón Florida, del obrero de UTE Humberto Pascarella. Estuvo involucrado en el traslado y secuestro de Lilián Celiberti y Universindo Rodríguez desde Porto Alegre a Uruguay. Fue director de Aduanas durante el gobierno de Luis Alberto Lacalle. Al día de hoy dirige empresas de seguridad y de limpieza que trabajan con el bse y con ute; vive en pleno barrio residencial de Carrasco. Permanece impune.

Carlos Calcagno

Alias “el Gordo”, nació en 1941 e ingresó a infantería en el 55, hizo el curso de la Escuela de las Américas y llegó al grado de teniente coronel.

Tabaré Camacho

Nació en 1942, ingresó en infantería en 1957 y fue responsable de la desaparición de los militantes del pvp Gustavo Insaurralde y Nelson Santana.

Walter Alcides Pintos Alvariza

Nació en 1941. Integró la Fuerza Aérea y tuvo participación en el traslado de detenidos desaparecidos desde Argentina.³¹

31. Como la mayor parte de la información referida a militares, estos datos fueron tomados de *A todos ellos. Informe*, de Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos, Montevideo, 2004.

Pintos también vivía en Pando; él conocía a la familia y al niño. El medio familiar en que estaba el chiquilín les era hostil a ella y a su compañero. Durante todo el tiempo que estuvo con nosotras vivía aterrorizada, porque le hablaban de que la iban a separar de su hijo, de que no lo iba a ver nunca más y que ellos se lo iban a quedar. Era comprensible, porque Gavazzo hasta iba a buscarlo a la casa para que viniera a la visita y le hacía regalos. Un día, después de años, la encontré y le pregunté qué había pasado con su hijo, y me contó que habían logrado reconstruir en parte la relación, pero que él nunca le había perdonado que ella lo hubiera dejado en medio de un tiroteo; la misma frase que usaba Gavazzo cuando él tenía 3 o 4 años, ahora con 28 años la repetía exactamente.

—A mí Gavazzo me dijo: “Ustedes, las mujeres, cometen un doble delito, en vez de dedicarte a la casa, donde hasta tu madre se está muriendo de hambre, te metiste en esto, estúpidamente. Vos eras inteligente, tenías posibilidades”. Y cuando volvía a empezar la máquina empezaba a detallar todo: “Bueno, te vamos a hacer tal cosa, tal otra, lo describía antes de hacerlo”. De pronto te decía: “Ese aro que tocás —y te agarraba la mano y te hacían tocar como un aro filoso que te cortaba— tiene mierda, tiene agua, tiene tal y tal cosa. Ahí te vamos a meter la cabeza, hasta que sientas que te morís”. La visión más cercana de la muerte es el tacho. “Y no te vas a morir, a no ser cuando yo quiera.” Lo más impresionante era esa oscuridad a la que te sometían, no sabías dónde estabas. Yo me enteré que estaba en Artillería 1, en La Paloma, cuando él se identificó y cuando en la pared del calabozo, enfrente de mí veo dibujada una paloma.

—En La Paloma una vez me estaban haciendo el tacho, esposada y encapuchada, pero de sutién y bombacha, me metían y me sacaban en el tacho. Se ve que en un momento se desliza el bretel sobre el brazo. No saben cómo se puso a gritar Gavazzo: “¿Qué te creés? ¡Sos una puta, mirá lo que estás haciendo! ¡Acomodate el bretel!”. Estaba esposada, encapuchada y me gritaba como si estuviera haciéndolo a propósito. Era todo una locura, era surrealista.

—Yo caí en el sexto de caballería. Ahí te hacían oír los operativos cuando iban a buscar a otros compañeros, te dejaban escuchar las declaraciones de los otros. Era una manera de aislarte, de hacerte sentir sin apoyo, escuchabas que iban a buscar a otros

compañeros, que caían otros compañeros, perdías todas las referencias, te parecía que ya no quedaban posibilidades de salvarte, todos estábamos presos. No llegué en ese momento a conocer los nombres de mis torturadores, usaban seudónimos: Óscar 2, Rojo 1. Nunca les vi la cara, recién ahora sé que Óscar 2 es Gavazzo. Con el tiempo, en el penal, llegué a reconocer al mayor Glauco Yannone, alias Isidorito. Fue a fines de 1974.

—A mí me pusieron una capucha y me sentaron en una camioneta. En ese momento sentí que me arrancaban del mundo y que nunca más lo iba a recuperar. Me sacaron de mi casa en medio de la noche, me despertaron. Después supe que estaba en Caballería 9, ahí estaba el teniente Echeverría, y después los torturadores eran Óscar 2 y Óscar 4.³² Iban del sexto de caballería al noveno, porque fueron dos caídas casi simultáneas. Fue a principios de 1975.

—Cuando terminó la tortura en La Paloma a mí me pasaron a un calabozo que estaba cerca del lugar donde torturaban. Con cada compañero que llegaba revivía todo, era terrible. Ahí estaba Gavazzo, yo creo que vivía totalmente pichicateado, porque estaba siempre, todo el tiempo. Yo no conocía a Gavazzo, porque siempre manejaban los nombres Rojo 1, Sierra no sé cuánto, pero cuando me iba a torturar él se presentó. Yo le

José Nino Gavazzo

Nace en 1939. Se incorpora al arma de artillería, integra el SID y pasa a formar parte del OCOA. Además de torturador fue represor, falsificador y extorsionador. Es responsable del secuestro de María Claudia García de Gelman con el solo propósito de obtener un bebé más: Macarena. Paradójicamente, cuando es detenido este experto en torturas, sus declaraciones lo implican. Su actuación ilustra además sobre el “honor” del Ejército: un fallo del tribunal de honor al que fue sometido concluye que el teniente coronel (r) José Nino Gavazzo no afectó su honor personal ni el de la institución al cometer un delito de violencia privada por el cual fue condenado por la justicia penal en el año 2002. Actualmente está otra vez detenido esperando la extradición solicitada por la justicia argentina.³³

Glauco Yannone De León

Nació en 1946. Integra al arma de infantería, realizó varios cursos en la Escuela de las Américas y estuvo en el EMR 2.

Roberto Alejandro Echeverría Ballesteros

Nació en 1952. Ingresó al Ejército en el arma de ingenieros en 1969, fue a la Escuela de las Américas en 1972 y en el 74 revista en el OCOA, también estuvo en el EMR 2.

32. Mayor Jorge Silveira.

33. Curbelo, Néstor. “Ni guerrero ni lleno de honor”, *Caras y Caretas*, 29 de julio de 2005.

reconocía la voz y no podía creer la resistencia que tenía, de repente llegaba de madrugada, diciendo tengo 18, acá vengo con 18 más. Un día llegó contando que habían hecho un atentado en su casa, que no podía ser porque él tenía hijas chicas. Parece que habían querido entrar por la claraboya. Ese día fue una locura, nos torturó a todos, estaba como enloquecido. También existía fanatismo entre los milicos rasos, por lo menos entre los que estaban apoyando la tortura, invocaban la defensa de la patria, contaban cosas que les habían hecho los tupamaros a sus familias. Allí tenían perros, los azuzaban para que mordieran a los compañeros en los genitales cuando los tenían desnudos. Allí, en uno de los baños vi a la rata que utilizaban durante la tortura, era blanca y enorme, la tenían en una jaula, yo me preguntaba si le daban de comer. Le daban de comer, había un queso durísimo dentro de la jaula.

*"...aunque nadie te mate
sos cadáver
aunque nadie te pudra
estás podrido..."*

Mario Benedetti

Como una Gestapo del sur funcionó el OCOA, allí participaron militares y policías de diferentes sectores, se ocultaban tras el nombre Óscar seguido de un número. Dicen que a partir del golpe se fusionan en el SID. Por experiencia propia sabemos que siguió funcionando bajo el nombre de OCOA muchos años después. Mientras la Comisión para la Paz constituida en el año 2000, durante el gobierno de Jorge Batlle, manifestó que los operativos de desaparición forzada se habían efectuado bajo la órbita del SID, dependiente del mando militar, el informe del Ejército atribuyó la responsabilidad al OCOA, que actuaba con "gran autonomía". Difícil hallar las diferencias entre los dos organismos si se observa las listas de sus integrantes.³⁴

34. Datos tomados de: Peláez, Carlos. "Mafias policiales hijas de la impunidad". *Nueva Tribuna*, 4 de octubre de 2005. Yeha, Naief. "El camino a Abu Ghreib pasa por Montevideo". La Jornada Virtual, 23 de enero de 2005. Langguth, J A, *Terrores ocultos*, Libros del Pantheon, Nueva York, 1978. Cosculluela Hevia, Manuel. *Ocho años con la CIA*, Ed Ciencias Sociales, La Habana, 1983.

—Dos tipos me calzaron en el aire y me metieron en un auto que salió a toda velocidad. No sabía adónde había llegado pero a poco me di cuenta: estaba en Inteligencia y Enlace. Ahí nomás quedé de plantón, parada en un rincón de una pieza que tenía un escritorio sin gente.

No sé el tiempo que pasó pero en un momento me llevaron frente un tipejo sentado detrás de un escritorio. Era el subcomisario Washington do Santos, del Departamento 5, comandado por Hugo Campos Hermida. Me hizo sentar. Estaban presentes otros tipos; uno era bastante canoso a pesar de tener unos treinta años, le decían “el Cuervo”. Había otro tipo que después supe que se llamaba Daniel Guillén, también joven, lomudo, de chico debió haber sido pelirrojo, le quedaban las pecas, decía ser estudiante de ingeniería. Y había un cuarto tipo que sólo verlo metía miedo, tenía la cara horadada por la viruela y era de Narcóticos.

Empezaron las preguntas. Hasta ahí la cosa fue fácil. Ellos tenían una historia muy distorsionada sobre quién era yo —cosa que me convenía— así que los dejé correr por ese carril. Durante horas fueron y vinieron, y yo siempre en mis trece.

Pero no sé cómo de pronto me sacan de ahí, me meten en un auto. No sé a dónde me llevaban. En poco tiempo ya estábamos en otro lugar. Un ascensor me trasladó unos pisos arriba. Me metieron en un cuchitril que no tenía más de 80

sid, con sede en Bulevar

Artigas y Palmar

- 301. González Segovia, Octavio H (hasta 1976)
- 301. Rodríguez Buratti, Juan Antonio
- 302. Gavazzo Pereira, José Nino
- 303. Cordero Piacentin, Juan Manuel
- 304. Ventura Martínez, Carlos
- 305. Arab, José Ricardo (“Turco” o “la Bruja”)
- 306. Medina Blanco, Ricardo José (“el Conejo”)
- 307. Vázquez Bisio, Gilberto Valentín (“Pepe”)
- 308. Sasson
- 309. Maurente Mata, Luis Alfredo
- 310. Sande Lima, José Felipe
- 311. Sánchez, Nelson (“Tomatera”)
- 312. Zabala López, Luis Alberto

OCOA

- Prantl, Amaury
- Óscar 1. Ramírez, Guillermo
- Óscar 1. Ramas Pereira, Ernesto
- Óscar 2. Gavazzo Pereira, José Nino
- Óscar 3. Cordero, Manuel
- Óscar 4. Centeno, Abayubá
- Óscar 5. Ohanessian Ohannian, Antranig
- Óscar 6. Medina Blanco, Ricardo José
- Óscar 7. Vázquez Bisio, Gilberto;
- Silveira, Jorge
- Óscar 8. Matto, Pedro
- Óscar 9. Maurente Mata, Luis Alfredo
- Óscar 10. Sande Lima, José Felipe
- Sánchez, Nelson (Prefectura Naval)
- Zabala (Policía)
- Baudean, José Agustín
- Lamy, Alfredo
- Miralles, Walter
- La Casa, Omar (“el Alemán”)
- Ortiz del Puerto, Menotti

centímetros de ancho por 1,20 de largo y me dijeron: “Ahora sí vas a hablar”. Me hicieron extender los brazos y me pusieron libros pesados en las manos; me golpeaban para que no los bajara. Guillén sacó una bolsa de nailon del bolsillo, y mientras “el Cuervo” me esposaba me la encajó en la cabeza y me la apretaba para que no entrara nada de aire. Cuando yo estaba a punto de estallar, enloquecida, me dejaba tomar aire y otra vez repetía la operación. Ese tiempo me pareció infinito.

No sé a qué hora, pero muy tarde en la noche me tiraron en un calabozo, pegado al cuchitril. Cuando me sacaron de ahí vi que había una regla pintada en la pared, de esas que están siempre en las fotos que sacan a los presos de frente y de perfil. Después supe, estaba en el cuarto piso de Cárcel Central.

—El día que me detuvieron yo estaba caminando por la calle Belgrano. Se me ponen dos hombres al costado y siento el caño de un arma en las costillas. Me dicen que no grite, que no me haga la loca, y me meten en un auto, tirada en el piso. Una vez dentro del auto comienzan a preguntarme a quién iba a ver, dónde estaba mi compañero. Yo decía que no sabía nada, que no entendía de qué me estaban hablando. Uno de ellos me agarra de los pelos, me alza la cabeza, y el que está adelante —que después me entero que era Cordero, un hombre mayor, de cuarenta años y pico, delgado, alto— se da media vuelta y me muestra su cédula de identidad uruguaya. Me dice: “No te hagas la loca. A nosotros no nos vas a vender versos, porque yo soy uruguayo”. Fue en setiembre de 1976. En un momento se produjo un embote-llamiento en el tránsito, ellos prendieron la sirena, ¡era un coche oficial!, atravesamos sin problemas. Llegamos a un lugar, se abre una cortina metálica de garaje, me suben por unas escaleritas, y bastante después me entero que era Automotores Orletti. Yo venía enca-puchada desde el coche. Me hacen entrar en una habitación en la que escucho voces de mujeres y de niños. Sentí la voz de Mariana Zaffaroni, que estaba allí con su madre. La niña preguntó quién era, y oí la voz de Emi³⁵ que decía: “Es la tía Beti”.

35. María Emilia Islas de Zaffaroni, desaparecida.

Todo fue tan raro, ese mismo día nos dicen que tenemos que ir a buscar nuestras cosas a casa y embarcarnos para Montevideo, que tengamos cuidado porque van a estar vigilándonos de cerca. Vamos a casa, armamos el bolso y agarramos la plata. En ese momento no sé cómo me acordé, la mente tiene procesos extraños, ya estábamos en el taxi y le dije a Javier que paráramos en la zapatería, había dejado mis zapatos preferidos, los “manzanita” para arreglar y me los quería llevar. Todavía me pregunto qué habrán pensado los milicos que nos estaban siguiendo. Llegamos al aeropuerto y lo primero que hicimos fue tratar de que nuestra familia supiera lo que estaba pasando y que hasta ahí estábamos enteros. Fuimos hasta la cabina internacional de ENTEL, pero no pudimos comunicarnos porque los teléfonos estaban ocupados. Todo era cuestión de segundos, no podíamos volver a llamar y como teníamos mucho dinero porque recién habíamos cobrado, yo saqué guita, y se la di al hombre que estaba trabajando, le digo: esto te lo doy, pero lo único que te pido es que llames y que digas que nosotros llegamos, es cuestión de vida o muerte. Increíblemente nos trajeron en un vuelo regular, en Carrasco nos llamaron por los parlantes, teníamos que presentarnos en Migración. Cuando llegamos estaban el padre y un cuñado del Flaco, los vimos de lejos, se enteraron, eran testigos, alguien nos podía reclamar. Tratamos de

Hugo Campos Hermida

Nació en 1928. Integraba la Policía, fue jefe del Departamento 5 de Inteligencia y Enlace, y también tuvo actuación en Buenos Aires. Se entrenó en Estados Unidos en 1971, en una oficina dependiente de la CIA, y recibió instrucción de Dan Mitrione.

Juan Manuel Cordero Piacentini

Nació en 1938. Integró el arma de artillería, formó parte del SID y pasó al OCOA. Se hizo llamar 303 o Manolo. Fue represor, formó parte de los grupos itinerantes que recorrieron todas las unidades militares del país en las que había presos, luchó duramente contra los enemigos esposados y atados en todos los centros de tortura. Se lo vincula al secuestro de Elena Quinteros, al robo de Simón a Sara Méndez. Hay testimonios de su presencia en Orletti, de su vinculación con el secuestro de Mariana, con el asesinato de Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz. En Uruguay se lo intentó procesar por... “apología del delito”. Los testimonios no lo dejan en evidencia como a Gavazzo o a Silveira, sin embargo estuvo presente en todos los acontecimientos de la época, en Uruguay y en Argentina.

zafar, pero de la fila aparecieron unos milicos que nos agarraron y nos llevaron al “300 Carlos”, en Infantería 13. No puedo contar nada, porque sólo puedo contar el “Infierno”, había gente alrededor, y cuando me llevaban al baño podía ver el pelo de la gente y la sangre. Cuando nos están por trasladar, ya había terminado mi interrogatorio, reconocí a Cordero. Me quedó clarito el trabajo de equipo que hacían, en ese momento era el bueno, porque empiezan a hablar y me dicen: “Bueno, te vamos a llevar a otro cuartel. Con vos ya está”. Alguien dijo: “Traelo”. Me doy cuenta de que traen al Flaco. Me dice: “Ahí está tu compañero, ahí está el ‘barbita’”. Yo me quedé muda, porque al estar encapuchada, no sabía quién podía estar. Siguió diciéndome: “¿No me creés? Levantale la capucha”. Me la levantaron y veo al Flaco.

—A mí Silveira me dijo: “No, gorda, no te vamos a matar, te garantizo que vos de acá vas a salir viva. Eso sí, vos que sos comunista, vas a rogarle a Dios para morirte, porque vas a conocer el límite de la locura, pero de acá vas a salir viva”. Tenía 19 o 20 años, y en esa época quizás pensábamos que podíamos ser detenidas, pero no podíamos imaginar todo lo que después vivimos, ni la forma en que íbamos a ser torturadas.

Yo estaba estudiando sexto año de liceo, no esperaba verme de un momento para otro en medio de un cuartel sin ninguna prenda de ropa. En algún momento tuve noción de mi cuerpo, por ejemplo cuando me detuvieron y me ataron como un matambre con la cuerda de ropa de los vecinos. Me tiraron a la calle, me patearon, me pegaron, no sé cuántas botas, no pude saber bien porque me desmayé.

Cuando llegué al cuartel, pude más o menos retomar la conciencia de que estaba sin ropa, parada en medio de una plaza de armas, supongo, pues estaba vendada y encapuchada.

Después empieza nuevamente la tortura, me sacan la venda y veo la cédula de mi hermana Silvia, ellos me la muestran, estaba en una mesita y me dicen: “¿Ves?, a tu hermana la matamos”. En ese momento pensé que habían ido también a la casa de mi hermana. Así como habían llegado hasta la mía podían llegar a la de ella.

Ellos insistían en que la habían matado, en la tortura me

decían cómo la habían matado, decían “la deshicimos a balazos”, “pedazos de cuero cabelludo quedaron pegados al techo”, yo no podía pensar que fuera verdad.

Los milicos que me torturaban eran los mismos que habían participado en el operativo en que mataron a Diana, Laura y Silvia. En ese momento yo pensaba que era parte de la tortura psicológica. Siguieron así durante todo el día, la noche fue el momento más terrible porque empecé a pensar que podía ser cierto. Entonces me sacan del plantón y me suben a un Volskwagen, iba sentada atrás entre dos oficiales, tenía una venda y arriba una capucha. A esa altura ya me habían roto el caballete de la nariz y tenía la cara muy hinchada, no podía ver. En el asiento de adelante iba el conductor y otra persona. Reconocí la marca del auto por el sonido de la marcha y porque tenía poco espacio, íbamos muy apretados.

Dijeron que me iban a llevar al cementerio, porque como yo no les creía me iban a mostrar que la habían matado. Volvimos al cuartel sin que me bajaran en ningún sitio, esa fue mi segunda noche en La Paloma.

Después Silveira dijo que no lo hicieron, que no me habían llevado al cementerio, porque “era demasiado”. Yo seguía preguntándome si sería cierto, me parecía muy rebuscado, llevarme en el auto diciéndome que iba al cementerio era tan macabro. Yo todavía no conocía la mente de los torturadores. Logré escuchar que se referían en esos primeros días a “Siete Bravos”, “Siete Sierras”, como uno de los torturadores.

Escuchaba también las voces de otros compañeros detenidos, escuchaba a Marisa Alvarenga, detenida en el mismo operativo, y a Nico, mi compañero. Estábamos todos de plantón y a los que iban cayendo también los dejaban allí de plantón con las piernas abiertas, desnudos. Cuando los llevaban a torturar se escuchaban las voces y los gritos. A veces nos llevaban a los calabozos que estaban arriba de la “máquina” y allí también escuchábamos los golpes y los gritos.

Yo perdía el conocimiento y no terminaba de ubicarme en aquel lugar. Después de unos días, aguzando el oído, tratando de escuchar, me daba cuenta de que a mi hermana no la oía. Escu-

chaba a los soldados hablando entre ellos “qué horrible, qué atroz, fue una masacre lo de la hermana”. No decían nombres, pero hablaban de tres mujeres y en la tortura me preguntaban por Laura y por Diana. Entonces yo sabía que había dos mujeres además de mi hermana, eran tres. También decían que una estaba embarazada y yo sabía que Silvia estaba embarazada.

Mi hermana estaba embarazada de pocos meses, a mis padres todavía no les había dicho nada. Todo empezaba a encajar, Silvia se había hecho los análisis y había venido a casa a contarnos. Mi cuñado Washington no quería tener hijos tan pronto, por la militancia, por los riegos. Silvia estaba contentísima, estaba feliz.

Los soldados hablando entre ellos de los operativos decían que habían muerto tres mujeres y una de ellas estaba embarazada. También contaban que alguien se había desmayado, que otro había vomitado cuando entró. Hablaban del oficial muerto, pero con indiferencia, como si no fuera importante lo que le pasó, como si no lo quisieran demasiado.

Un día me llevaron con Silveira y para mí esa fue la confirmación de la muerte de Silvia. No se lo reconocí, pero esa fue la confirmación.

Un soldado me condujo a su despacho, él tenía un vaso de whisky, sirvió un vaso de whisky para mí, había una picada en la mesa. Él estaba muy bien vestido, de camisa blanca, vaqueros, mocasines porteños, no lo voy a olvidar. Empezó a hablar de música beat, de cosas que sabía que me gustaban por lo que habían robado de mi casa. Sabía a qué liceo iba, empezó a hablar sobre la militancia, los *hippies*, y en medio de eso me dijo: “Es una lástima, viste que mueren de un lado, mueren del otro, mueren mis compañeros, murió tu hermana. Yo estuve en el enfrentamiento. En realidad, tiene muchos balazos, puede haber alguno mío, pero no sé, vos no aceptás que mataron a tu hermana con Laura Raggio y Diana Maidanic, que vos sabes que estaban en la casa”.

Yo no le contestaba, me dijo que yo era una rebelde, pero que como me había salvado me iba a premiar. Mandó que me sacaran la ropa y me puso en su falda. Fue una humillación terrible lo que me hizo. Me puso en su falda, esposada en las piernas y esposada en las

manos. Yo estaba sin venda y sin capucha, y con una tabla mojada me pegaba en la cola. Y me decía que esa paliza me la daba porque me la tenía que haber dado mi padre primero, para que yo no me metiera en nada, segundo mi marido, porque yo era mujer, y como no me la habían dado ellos, me la daba él ya que me había salvado, y que a mi hermana no se la podía dar porque la habían matado.

Me decía: “Esta paliza es para que te acuerdes toda la vida que una mujer no puede estar en estas cosas”. Me tuvo mucho rato en esa conversación. Quería que yo llorara. El objetivo era que yo llorara por lo que me había dicho. Yo lloré, la verdad que lloré, pero lloré de indignación, porque estaba tan indignada. En esa edad sin mucha experiencia... Fue demasiado. Después hizo que me vistieran, me sacó él y me puso una silla en medio de todo el plantón y me sentó.

Para mí en esa situación era peor el sentón que el plantón. Pero los demás no sabían por qué estaba sentada y me preguntaban, les dije que era porque no podía estar sentada. Después de unas horas Silveira pasó a ver cómo me sentía. No era por la paliza, según él, quería saber si finalmente había aceptado la verdad, si creía lo que él me había dicho, si entendía lo que él me había dicho. Yo le decía: “Voy a creer cuando me lo diga mi familia o mis compañeros, yo a ustedes no les creo nada”.

Seguí manteniendo eso, creo que fue una forma de defensa, no podía aceptar que estaba muerta, que la habían matado.³⁶

—Durante dos meses y pico me torturaron, al final tenía infecciones terribles. Silveira me decía, entre otras cosas, que para torturar la regla de la casa era desnudarnos; sin embargo llegó un momento en que las infecciones que yo tenía en la vulva y en el coxis —por el caballete— eran tan grandes, que me decía: “Gorda, vos hoy al Paleta Quemada lo vas a montar en basto, no en pelo”. Y me subían de pantalones al caballete.³⁷

—Graciela tenía 19 años cuando la detuvieron, fue en junio de 1976, era estudiante de medicina y hacía unos meses que había contactado al Partido por la Victoria del Pueblo. La lleva-

36. Testimonio de Stella Reyes.

37. Testimonio de Blanca Luz Menéndez.

ron a Infantería 13 y allí conoció a Jorge “Pajarito” Silveira, la torturó durante 15 días. En medio de los golpes, las sesiones de picana y submarino le preguntaba obsesivamente: “¿Vos sos virgen?”. La hizo conducir a un cuarto y mientras estaba vendada y con las manos atadas con un alambre la violó. La volvió a llamar, le hizo sacar la venda y le dijo: “Mirame, yo estoy convencido de lo que estoy haciendo”. Después en el 4° de caballería la hizo sacar del sótano donde estaba secuestrada y la mostró a un grupo de oficiales para lucirse con su hazaña: “Esta es la chiquilina que les conté”, dijo riendo, entre las burlas del resto. Preocupado porque no menstruaba le hizo hacer una revisión ginecológica, que en realidad fue otra sesión de tortura, por si la violación había provocado un embarazo.

“Me pasó una cosa medio extraña –cuenta Graciela–, me pasó tres veces: cuando me llevaban en la camioneta, cuando la violación, y en otro interrogatorio; me pareció como que me iba del cuerpo. Como que veía las cosas de arriba, como que yo no era yo. Para tratar de mantener mi psiquis bien, siempre dije que tortura era tortura. No importa si era violación, picana, submarino, colgada, violación o si era psicológica, siempre era tortura. No solamente era para interrogar, era para destrozar, no lo consiguieron conmigo, ni con muchas otras compañeras que pasaron por lo mismo.”³⁸

—Durante todos estos años los fusileros usaban capuchas, se presentaban ante nosotros encapuchados, a su vez nosotros estábamos obligados a encapucharnos cuando ellos entraban gritando ¡atención! Una vez, cuando me sacaron por un pasillo, pude vichar por debajo de la venda y de refilón pude leer carteles en las paredes que decían: “No dé nombres”, “No dé grados, el enemigo escucha”. Por eso es que ellos usaban permanentemente la capucha. En esas condiciones estuve siete años, hasta julio del 79, que nos trasladaron a todas las mujeres al penal de Punta Rieles.³⁹

38. Publicado por Gabriel Mazzarovich en *La República*, 20 de noviembre de 2003.

39. Testimonio de Xenia Itté, tomado de *Para muestra basta un botón, de la A a la Z*, de Alberto Silva, Ediciones de la Rueda de Amargueando, Montevideo, 2003.

—Era enero de 1979, yo estaba en una parada de ómnibus, salieron de una casa y me agarraron. En ese momento empiezo a gritar, me tapan la boca y me arrastran. Los muerdo y cuando me sueltan vuelvo a gritar mi nombre. Se juntó gente, yo gritaba mi nombre, decía “me rapta la OCOA” y daba patadas cuanto podía. Hasta que me metieron en un auto. Cuando voy en el auto, me doy cuenta de que me llevan hacia el puerto de Montevideo, porque es muy reconocible por el olor, estaba en el FUSNA.⁴⁰ Y ahí empieza la otra etapa, la etapa de la tortura que era acompañada por música. Por suerte no me hicieron odiar a los Beatles, porque a los Beatles no los voy a odiar nunca, los amé desde que nacieron y los seguiré amando. Cada momento de la tortura era acompañado por distintos estilos de música. Por ejemplo cuando te estaban haciendo el simulacro de violación era “Fiesta”, de Rafaela Carrá. Cuando te estaban apretando, o haciéndote la picana te cantaban una de un brasileiro: “*Canta, canta minha gente, deixa tristeza pra lá*”. Si te hacían el submarino era la música de “Yellow Submarine”.

Al principio yo estaba sola en una celda bastante grande y no me animaba a comer, traían unas bandejas con una comida exquisita, vos veías aquello y era comida buena, pero yo pensaba que estaba envenenada y no la comía. Hasta que

Jorge Alberto Silveira Quesada

Nació en 1945. Integró el arma de artillería, formó parte del OCOA donde fue conocido como “Pajarito”, “Siete Sierras”, “Chimichurri” u “Óscar 7”. En su perfil se destaca la faceta de violador, tanto de hombres como de mujeres, jóvenes o viejos. Esta particularidad de su personalidad deja en evidencia las razones que lo motivaron a sumarse a la lucha antisubversiva.

Ricardo Medina

Nació en 1948. Integró la Guardia de Granaderos y formó parte del SIO. Además de servir en Inteligencia Militar fue espía, empresario, asesor político, falsificador y extorsionador. “Su secreto era el trato: jugaba al bueno y podía hacerle bajar la guardia a cualquiera”. Hay testimonios de su presencia en Automotores Orletti, en la Base Valparaíso y en el chalé Susy del balneario Shangrilá. Cumple por un corto período funciones en el penal de Libertad, se lo responsabiliza de la muerte de María Claudia García de Gelman y del secuestro de su hija Macarena.

40. Fusileros Navales, dependencia de la marina uruguaya.

un día estaba muerta de hambre, desesperada, decidí probar un poco. Pensé: si no me muero comiendo, capaz que me matan en la próxima, así que voy a probar. Comí y estaba deliciosa, tenía tanta hambre que me la comí toda. Después con el tiempo nos enteramos que todo el mundo estaba comiendo lo mismo en la marina, porque el vicealmirante Márquez, que era uno de los jefes de la Armada, tenía una granja o algo parecido y le convenía vender pollos y cosas de buena calidad al FUSNA, un pollo se lo cobraba diez veces más, así se aseguraba su ingreso, por eso estábamos comiendo bien, nada más que por eso. Yo caí el 22 de enero de 1979, ahí empieza todo el tratamiento.

En esta etapa había problemas en los aparatos de inteligencia militar del Ejército. El FUSNA llevaría adelante la redada del Partido Comunista. Es una gran caída, porque en el 79 detienen prácticamente a toda la dirección que estaba clandestina desde el año 1975.

El tratamiento primario fue reventarte a golpes la cabeza: el famoso teléfono. Ahí me perforan la membrana del tímpano, y hasta ahora tengo grandes infecciones en el oído.

Te hacían el submarino, pero el submarino del FUSNA no era en un tacho. Te ponían una capucha, te la apretaban bien y te metían bajo una ducha, caía el chorro de agua y te ibas ahogando, mientras más la apretaban más agua tragabas. Después de estar bien empapado venía la picana eléctrica, era como un goce especial que tenían. En los momentos que se me salía la capucha, los veía tirados en las camas, mirando divertidos, diciendo “dale acá, dale allá”.

También te hacían un simulacro de violación, le decían simulacro porque no corrían el riesgo de dejarte embarazada. Consistía en todo lo que es una verdadera violación, por parte de quince o veinte tipos, la única diferencia era que en la vagina te metían cualquier cosa menos el pene, eyaculaban en mi boca abierta a la fuerza.

Todo esto hoy lo puedo contar, hace algunos años no hubiera podido, después de la salida había que tratar de ver cómo encarabas ese tema.⁴¹

41. Rosina Carro, que dejó grabado este testimonio sobre su vida en el FUSNA, se suicidó en 1999.

“Éramos muy jóvenes. Yo tenía 19 años y él 24.

Soñadores, utopistas, tiernos Quijotes, convencidos al límite de la fortaleza que nos infundían nuestros ideales.

En ese tiempo nos estábamos iniciando como pareja. Como tantos uruguayos nos sentíamos orgullosos de seguir caminando, viviendo, como dice la canción, cada segundo como nunca más.

El otoño del 74 llegó a la ciudad de manera distinta, impregnado de miedo, de tristeza, de desconfianza, caminábamos con cautela, a cada instante mirábamos hacia atrás, hacia los costados. Alertas. Observando de reojo al que se sentaba al lado en el ómnibus, aguzando el oído en las noches pobladas de sirenas y pasos apagados.

Esa tarde, aunque ya estaba comenzando el mes de mayo, hacía bastante calor. Íbamos llegando al barrio. Cuando pisamos el pasto de la vereda y estábamos a punto de empujar el portón, quedamos paralizados por el grito:

—¡Alto o disparo! ¡Están todos rodeados!

El tiempo se detuvo. Los ruidos, las hojas de los árboles, todo quedó en suspenso. En silencio. Sólo fueron unos segundos. En ese momento pensé: ¿todos?, ¿quiénes son todos?

Al tiempo que mi compañero salía corriendo hacia la calle, yo, tal vez por aquel famoso instinto de conservación, corrí agachada detrás de un muro, las balas tal como cuentan las novelas

“Estábamos al borde del precipicio y hemos dado un paso adelante”, dijo el vicealmirante Hugo León Márquez. No se refería a su fructífera gestión como comandante en jefe. Durante su mandato muchas irregularidades se cometieron, y fueron denunciadas ante la justicia militar. Como solía ocurrir, quienes en 1980 denunciaron al vicealmirante Márquez por las maniobras en IUPE recibieron como pago la cárcel, el tribunal de honor y la baja. Detalles de sus múltiples maniobras ilícitas fueron documentados por el senador José Germán Araújo en la sesión ordinaria del 16 de abril de 1985 en el Senado de la República. No obstante, Márquez nunca fue juzgado.

policiales silbaban alrededor.

Él cayó herido, una bala lo dejó tendido en el pedregullo hasta la madrugada. Otra vez el tiempo quedó inmóvil. Cuando se terminó el muro choqué contra algo macizo, brutal, infranqueable. Llevaba uniforme militar. Me metieron a la casa, me encapucharon y allí mismo empezó la “máquina”.

Qué sensación extraña, fue como si la realidad se hubiera partido en dos. Por un lado los pensamientos tan claros y pasando por una pantalla a toda velocidad: “tengo que aguantar, tengo que quedar muda, tengo que concentrarme, tengo que ganarles...”. Por otro todo lo que pasaba afuera: los gritos, los golpes, las diversas “técnicas” que se iban sucediendo sobre aquel cuerpo que no parecía mío, como si estuviera anesthesiado. Desdoblado.

Hasta que las dos paralelas comenzaron a mezclarse... lentamente. Se acercaron los ruidos, las voces, los olores, el frío, la humedad. Pero sobre todo, aquella sensación de estar siempre parada al borde de un profundo abismo. Inmenso, negro, insondable. Así era la sensación que daba la venda en los ojos.

Tenía miedo a todo lo que podía pasar y no sabía qué podía ser. Hasta qué extremos podían llegar aquellos seres que tenían todo el tiempo, todo el espacio, todo el poder. Entonces la vida y la muerte eran sólo palabras, jirones colgando sobre los alambres de púa. Ellos eran sus dueños, genios poderosos y maléficos que con un solo grito podían decidir el final de cualquier historia.

Estaban convencidos de que aquel poder no les sería arrancado jamás. Yo no.”⁴²

“Haber vivido esto hace tanto tiempo hace que al recordarlo no pueda vivenciarlo.

Te lo cuento a ti, para que me ayudes a vivirlo y procesarlo hoy, desde otra dimensión de los hechos; no para que lo compartas, ni lo comentes, es sólo mío, quiero que vaya hacia vos como si fuera hacia mí misma, únicamente.

Espero que entiendas esto.

Quiero hablarte de la tortura, específicamente de la picana. Nunca lo he hecho ni siquiera con quienes como yo lo pasaron. ¿Pa-

42. Testimonio de Nibia López.

sar, pasar por, pasar entre, pasar sobre? No, ser atravesada por.

Hoy recibí una patada de la cocina eléctrica y eso desencadenó en mí algo sensorial que me permitió reproducir lo que sentí físicamente (no moralmente ni psíquicamente) en esos momentos.

Agosto, 23 de agosto de 1973, mucho frío, como siempre. Casi desnuda, recuerdo que tenía un novio nuevo y esperando tener relaciones sexuales con él ese día por primera vez, me había comprado un conjunto de ropa interior azul. Lo estrené con los milicos en la sala de torturas.

En sutién y bombacha, casi desnuda, encapuchada, no podía ver absolutamente nada. La capucha era de loneta gruesa y se ataba al cuello con una piola. Ahí adentro quedabas, embutida en ti misma, donde el cuerpo parecía desaparecer; todo se concentraba en tu mente, embutida en la capucha.

Cómo era ese lugar nunca lo sabré, sólo que se oían los tacos de las botas de los milicos. Por el eco de los sonidos parecía ser un cuarto vacío y grande. Allí me dejaron sola (aparentemente), parada y en ropa interior sin estrenar.

La escenografía se iba completando; ahora aparecían sonidos de botas militares, manteniendo un ritmo parejo, tac, tac, tac; que haciendo un círculo inicialmente lejano, se iba cerrando en torno de mí, sin que yo pudiese saber cuántos eran, quiénes eran, qué me iban a hacer.

Yo era mi ser entero encerrado bajo la capucha, mi mente desconcertada, pero mía, no penetrada por ellos, yo no era mis manos que estaban esposadas, no era mis piernas, que no las sentía de tanto miedo. Lo que a mí me pertenecía era mi yo circunscrito al perímetro de las sombras protectoras de la capucha, el resto era sólo temor.

Ellos no podían ver mis ojos, no podían entonces entrar en mis pensamientos, dentro de la capucha –instrumento del terror que pretendía ser destinado a que no pudieran ser reconocidos– yo estaba segura de pertenecerme. Podía mirarme a mí misma sin ser vista, podía mantener mi mente lejana de ellos. Eso nunca lo supieron. Yo tampoco lo sabía en ese momento.

Gritos, insultos machistas, tacos militares, trompadas... Sólo temor y una mente envuelta en la mugre de una capucha. Yo era una

mirada desde la barrera de la capucha hacia mis adentros. Debajo de la capucha estaba yo, yo y mis sentimientos, mi pensamiento y mi tratar de adivinar qué era lo que se venía, tratar de saber qué era ser torturada, qué le iba a pasar a mis adentros. Como te dije, el cuerpo no existía, no me pertenecía, les pertenecía a ellos.

El borde de un tanque lleno de agua helada en pleno invierno, yo desnuda, las manos esposadas.

Submarino, hasta que revientes. ¿Qué hacer bajo el agua?, cuando la capucha se llenaba de esa agua inmundada, pestilente, los milicos apretaban mi cabeza, yo luchaba tremendamente para poder sacarla del agua, lucha ridícula, cuatro contra una.

Cuando ellos querían, antes del ahogo, me levantaban de la capucha hacia afuera del agua, pero no era mejor, retorcían la capucha contra mi cuello, la capucha mojada, chorreando el agua pestilente, y no había tiempo de recuperar el aire, y otra vez adentro del tacho.

¿Qué vendría después de esto?

Así mojada, pusieron primero en mis tobillos la picana, era algo así como unos fierritos chatos, que se apoyaban sin doler sobre mis tobillos mojados y mi yo muerto de frío y de miedo.

Nada pasaba hasta que venía la electricidad, en ese momento el cuerpo terminaba por no pertenecerme, hago esfuerzos para retener la sensación de la patada que recibí hoy de la cocina para que mi cuerpo –hoy libre y prestigiado por la maternidad, por haber dado la vida, por dar y recibir amor, por las caricias–, desde su hoy, pueda sentir lo que vivió. Había logrado olvidarme sin haber querido olvidar, sólo por olvidar, por no recordar.

La corriente recorre las venas, las arterias, cruza todo el cuerpo como un rayo que me hace temblar sin que lo quiera, soy una marioneta en manos de la corriente, el cuerpo tiembla y duele. Es una sensación de recorrida de energía que quema, que hiere, que lastima, que contrae todos los músculos y los pone rígidos, que deja de pertenecerte físicamente.

Y así, agua, capucha, frío, picana, aquí, allá, en distintas partes del cuerpo, en los riñones, en el pubis, en los ovarios, y siempre mojada y llorando sin poder entender ese terror que estaba viviendo. Y luego una combinación de ambas, picana mientras luchabas

por respirar debajo del agua infecta. Uno más uno no son dos.

Era una pesadilla, ¿era posible que estuviese viviendo eso?, encapuchada en algún lugar de algún cuartel, sin que nadie supiese dónde estaba, sin que yo pudiese saber quiénes eran, sin que pudiese concebir tanta crueldad y, sobre todo, ¿cuándo terminaría?

Después de parir supe que los dolores agudos tienen un fin, que empiezan y acaban; en ese momento, desde mis 22 años, no lo sabía. Parecía que toda la vida iba a estar así, luchando contra el frío, el agua infecta y la picana. Los brazos se estiraban y encontraban sólo el límite de las esposas, las piernas se disparaban sin que yo pudiese controlarlas, la electricidad recorría mi cuerpo todo y yo ya no me pertenecía a mí misma.

No recuerdo si gritaba, supongo que sí, sólo recuerdo ahora que el dolor se desparramaba por todo el cuerpo, como ríos de agujas quemantes, hijas de un rayo de tormenta inventada para lastimar a los hombres.

¿Cuánto tiempo?, imposible saberlo, los gritos, los golpes, las órdenes entre ellos, eso ocupaba toda mi concentración, porque mi mente estaba concentrada, era mía debajo de la capucha: ellos no me veían y podía ser yo. Sólo mi mente, mi cuerpo lastimado ya no existía.

Pérdida del cuerpo. Concentración en mi mundo que estaba delimitado por la capucha, y entonces se dimensionaba mi mente, mis pensamientos.

Los minutos que hablaban eran minutos ganados de no tortura, eso era bueno. Pero sabía que luego de la no tortura y las palabras de insultos y gritos histéricos, venía otra vez la tortura. Entonces, no había nada peor. Sin embargo, eran instantes de reposición.

Pararon. Algo me pasó. Llamaron a un médico. Entró y me sacaron la capucha. Me tomó la presión, no recuerdo qué hizo. No me torturó. Tampoco me explicó nada, sólo me dijo tomá esto. Una pastilla blanca. Yo la tomé.

Para mí no había pasado nada. Después Gavazzo me dijo:

—Casi te nos vas.

¿Inventaba ahí también para atemorizarme más? Pronto estaría pronta de nuevo para que ellos pudieran seguir. Arrastrándome me llevaron al corredor del cuartel donde estaban los calabozos y me tiraron en un colchón, así desnuda, muerta de frío, desolada y

con todo el miedo del mundo, así tirada quedé ahí, en ese rincón, por donde pasaban todos los milicos.

Qué importaba, era igual a todas, no había nada interesante para mirar. Otra joven allí, con frío, llorando, con miedo, sin poder putear, asustada.

Así era, así se sentía la tortura.

Pasaron 30 años para que pudiera escribir dos hojas y mostrárselas a mis hijas.”⁴³

43. Testimonio de Alicia Silveira.



Alguien

Alguien limpia la celda
de la tortura
que no quede la sangre
ni la amargura

alguien pone en los muros
el nombre de ella
ya no cabe en la noche
ninguna estrella

alguien limpia su rabia
con un consejo
y la deja brillante
como un espejo

alguien piensa hasta cuándo
alguien camina
suenan lejos las risas
una bocina
un gallo que propone
su canto en hora
mientras sube la angustia
la voladora

alguien piensa en afuera
que allá no hay plazo
piensa en niños de vida
y en un abrazo

alguien quiso ser justo
no tuvo suerte
es difícil la lucha
contra la muerte

alguien limpia la celda
de la tortura
lava la sangre pero
no la amargura.

Mario Benedetti



En 1975, llamado “Año de la Orientalidad”, se realiza en la ciudad de Treinta y Tres un operativo contra un grupo de jóvenes de la UJC, que el Ejército “descubre” que existía desde 1973 “para prepararlos política y funcionalmente a cumplir tareas que el marxismo internacional determina a nivel nacional”.

“Había antecedentes de golpes recibidos en el interior, pero nunca como lo que ocurrió en Treinta y Tres, con un operativo coordinado simultáneo, que entre el sábado 12 y el domingo 13 de abril implicó la detención de 38 jóvenes y varios mayores del Partido Comunista, de otros grupos del Frente Amplio y hasta amigos o familiares que nada tenían que ver con nada”, dice Liliana Pertuy a *La República*.⁴⁴ “Aquel sábado, a eso de las dos de la tarde, yo iba a casa de Mabel a estudiar. Llevaba abrazados mis libros y la túnica doblada, porque después teníamos que ir al liceo. Había caminado unas cinco cuadras desde mi casa por la calle Pantaleón Artigas, cuando veo venir un jeep del Ejército que se para en la bocacalle siguiente, que se llama Miguel Freire, cerrándome el paso. Quedé sorprendida y cuando miré a mis espaldas para ver qué pasaba, otro jeep hacía lo mismo detrás. Habían cerrado la cuadra... y yo era la única que iba caminando... Debo decir que tenía mucho miedo, obviamente, porque con 15 años o con cualquier edad uno tiene miedo. Cuando llegué pensaba que era la única. Me dije que no iba a pasar nada. Me llevan a una pieza, me sacan todas mis cosas, quedo con lo puesto, me encapuchan y me ponen en otra pieza donde llego a ver en un sillón a la madre de Mabel, y en una esquina a Carmen, la hermana de mi amiga. No logro ver quién está en la otra esquina. A mí me ponen en la esquina vacía. Ahí comprendí que no era yo sola... Al rato nos sacan al patio para la tortura del plantón. Ahí nos dejaron toda la noche, con las piernas separadas y extendidas, los brazos cruzados detrás de la nuca, y golpes si te movías, si se te caían los brazos o sí, porque no aguantabas más, te caías. Esa noche éramos un montón. Todos chiquilines. Empecé a reconocer voces y llantos. Porque muchos empezaron a llorar y a gritar por sus madres. A la mañana siguiente, cuando ya llevábamos unas 18 horas de plantón me caí y supongo que me desmayé, no recuerdo, pero para darme

44. Reportaje de Roger Rodríguez, miércoles 14 de abril de 2004.

agua me levantaron un poco la capucha y pude ver que el patio estaba lleno de gente.” Aquel fin de semana terminó con 38 jóvenes detenidos, 29 tenían entre 13 y 17 años, solamente nueve eran mayores. “Estuvimos en la tortura... No tuvimos ningún trato especial por ser menores, en cuanto a la lógica de la represión de las Fuerzas Armadas. El tratamiento clásico: plantón, palizas, golpes fuertes en la cabeza, con las palmas de las manos en las orejas, lo que llamaban ‘soplamocos’, submarino y a algunos hasta les dieron picana. Después, la tortura psicológica en forma permanente.” “Esto dura unos cuantos días. Entre el 12 y el 17 de abril”, acota Mabel Fleitas.

Treinta y Tres, poblada de calles con nombres de los históricos orientales que desembarcaron el 19 de abril, se prepara para la celebración. Los militares patriotas llegan al desfile, el general Gregorio Álvarez entre ellos. En aquella época Juan Cruz era el jefe del cuartel; el responsable del operativo que narran Liliana Pertuy y Mabel Fleitas era Juan Luis Álvarez.

—Después del desfile vino la pesadilla —relata Liliana—, nos torturaron en forma salvaje, fue horrible. Nos sacaron y nos hicieron picana, submarino, plantón, golpes... todo lo que puedas imaginar.

Y agrega Mabel:

—Eso fue gratuito... Para entonces no había nada específico que preguntar ni que averiguar, sólo se hizo para darle el gusto al Goyo Álvarez y a Pedro Buzzó. Éste era temido entre los compañeros del MLN y el PCU que habían caído, porque era sanguinario. Era un teniente profesionalizado en la tortura. Al punto que volvíamos de la tortura destrozadas y hasta con verdaderos ataques de histeria por la saña del trato. Para nosotros el nombre de Pedro Buzzó simboliza el terror.

—Buzzó fue el terror, sí, pero el Goyo Álvarez fue el responsable —afirma Liliana.

—Unos días después nos llevaron al médico. Estaban los doctores Díaz Sagreló y José Cúneo. Nos fueron llevando de a una, pero no nos devolvían a la barraca, lo que generaba incertidumbre a las que iban quedando. Yo estaba en el medio de la cuadra y varias habían ido antes. Cuando me llegó el turno me hicieron poner la capucha y pregunté: “¿A dónde nos están llevando?”.

“No te preocupes —me contestaron—, te van a hacer una pe-

queña intervención. A las otras ya se la hicieron.”

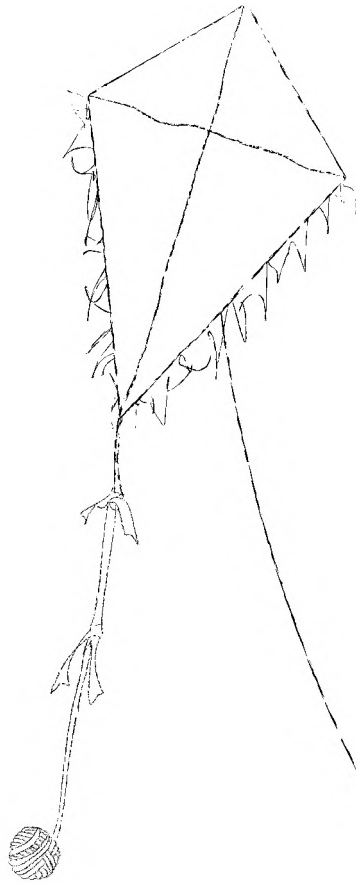
Me llevaron a la enfermería. Allí estaban los dos médicos con guantes. Nos hicieron un tacto vaginal. Por eso nos iban dejando allí paradas, después de hacernos eso, para que no trasmitiéramos lo que nos estaban haciendo. Al otro día comenzaron a darnos inyecciones de penicilina. Nos las daban en medio de la barraca, delante de la tropa.

Y dice Mabel:

—De ese modo pudieron argumentar que teníamos enfermedades venéreas. Como la peligrosidad nuestra ya había dejado de existir desde el punto de vista político, nos convirtieron en un grupo de depravados.

La información oficial dijo que un grupo de 20 jóvenes habían convivido en plena promiscuidad, los cambios de parejas eran uno de los hábitos sexuales usuales. Se habían rebasado largamente las barreras no sólo de la moral, sino también de la más elemental higiene sexual, no resulta extraño que cinco jovencitas, de entre 14 y 17 años contrajeran enfermedades venéreas.

*Se precisan niños
para amanecer*





“Son entre las 23 y las 24 horas del día 13 de julio de 1976. Estoy en ese momento en la casa con una compañera con la que vivíamos juntas, Asilú Maceiro. El padre de mi hijo, Mauricio Gatti, había salido y me había dicho que probablemente no llegaría hasta tarde en la noche. Siendo esa hora sentimos golpes muy fuertes en la puerta de la casa. Para entrar rompen la puerta. Es así que en pocos segundos nos tienen completamente inmovilizadas y se distribuyen por toda la casa. Eran aproximadamente 15 personas vestidas todas de civil y armadas con armas largas. Se distribuyen en las dos plantas de la casa y se destaca inmediatamente quiénes están al mando.

Nos llevan a Asilú y a mí a habitaciones distintas de la casa y comienzan a interrogarnos. Piden nuestros documentos, nos preguntan los nombres y ahí mismo comienzan las torturas. Lo que quieren saber en ese momento es si hay más personas a llegar a la casa, si hay otra vía de acceso, qué documentos hay en la casa, refiriéndose a materiales de carácter político, y si hay armas. En ese momento yo sentía ruido de muebles que rompían, aberturas y marcos de puertas que caían y nos traían papeles que mostraban la relación con la lucha de resistencia del pueblo uruguayo.

A determinada altura del interrogatorio la persona que daba las órdenes me pregunta si lo reconozco. Yo no respondo y él me dice que es el mayor Nino Gavazzo, de las Fuerzas Armadas uruguayas. También me da el nombre de otra persona a quien identifica como un militar argentino. Luego comprobé que el primero era efectivamente

el entonces mayor Gavazzo. Cuando nos van a sacar de mi domicilio reacciono tratando de llevar a mi hijo conmigo. Me dice Gavazzo que no lo puedo llevar, que al niño no le va a pasar nada, que “esta guerra no es contra los niños”, y me lo saca de mis brazos. Esa es la última vez que veo a Simón.”⁴⁵

“A vos te vamos a torturar hasta que no tengas nunca más hijos”, decía José Nino Gavazzo.

“Aquel día, en jardinera, ¿te acuerdas? la maestra preguntó los oficios de los padres: carpintero, abogado... Dijiste: desaparecido.

¿Cómo entenderlo? Te robaron crecer junto al amor de tu padre, junto a su pasión por la justicia, junto a su carácter bromista, inteligente, reflexivo. No pudiste gozar de su bondad y su juventud”, escribe Elena.⁴⁶

Sin embargo, algo le permitió a Luis Eduardo saber cosas cuando aún no había nacido. Durante años le siguieron doliendo los golpes que le dieron a su madre, los gritos que escuchó cuando los detuvieron, durante años las pesadillas a las tres de la mañana lo siguieron acosando.

Valentina tenía 3 años cuando detuvieron a su papá, que venía a traerle su regalo de cumpleaños, un enterito de *jean*. El amor de Ubagesner Chaves fue más fuerte que el temor al peligro, lo detuvieron a pocas cuerdas de la casa.⁴⁷ Los vecinos lograron llevarle a Valentina el último regalo de su papá. ¿Cuántos años más siguió esperando? “A los 12 años le escribía muchas cartas y tenía sentimientos desencontrados: ¿por qué había tomado esa decisión, por qué nos había dejado?”.⁴⁸ “He vivido desde mi niñez esta tristeza de no tenerte, esta tiniebla de tu muerte violenta. Este

45. Testimonio de Sara Méndez ante la justicia penal uruguaya, extractado del libro *Tribunal permanente de los pueblos*. Sección Uruguay. 1990.

46. “Querido hijo”, de Elena Zaffaroni, en *Memoria para armar dos*, Senda, Montevideo, 2002. Carta a su hijo con Luis Eduardo González González, fallecido en la tortura según la COPAZ el 26 de diciembre del 74 y cuyo cuerpo no fue entregado.

47. Ubagesner Chaves Sosa, militante del Partido Comunista, fue detenido el 28 de mayo del 76, trasladado a la base aérea Boiso Lanza, torturado y asesinado. Sus restos fueron recuperados el 29 de noviembre de 2005 en una chacra de Pando e identificados el 25 de enero de 2006 por el equipo de antropólogos. Se informó que se había fugado.

48. Palabras de Valentina en el reportaje que le realizara Sonia Breccia en AM Libre.

Estabas adentro,
tibio,
futuro hijo,
esperanza adentro,
tratando de aferrarte
con tu pequeña enormidad
con maravillosa certeza,
crecías contra la fuerza,
contra las rejas,
contra la rabia
y la violencia.
Sentías el dolor, el miedo,
crecías sintiendo mis náuseas,
mi hambre,
mi tristeza.
Estabas desde nosotros,
en las conversaciones,
caminando nuestros pasos
y estabas en la noche
oyendo los golpes,
viendo sus caras.
Te despertaron,
te sacudieron,
te arrastraron,
y estabas en la camilla
entre la sangre
en la anestesia y
en la angustia
pidiendo tregua
y estabas
saliendo muerto
entre mis piernas.

Ana Demarco



miedo que desató tu desaparición. He vivido esperando recuperarte, esperando justicia.”⁴⁹

Elsita⁵⁰ cuenta que buscaba a sus padres por todos lados. “Había algo raro que supongo inconsciente. Abría cuanta cajita, cajón o mueble se me ponía delante. Era algo que me obsesionaba. Abrir, abrir, abrir. Yo supongo que tenía que ver con eso.”⁵¹

“Me acuerdo ahora –dice Alejandro–⁵² de estar con la novia de Tato, escuchando un casete. Escuchaba, sí, escuchaba a mi mamá. Ella estaba en España, me decía que me cuidara, que comiera todo y que cuando pudieran iban a venir a verme. Después yo les grabé y les pedí muchas cosas, les mandé muchos besos. Me levanté y le pregunté a alguien que no me acuerdo quién era, por qué mis papás no venían a verme. Nadie directamente me lo dijo. Pero fui aprendiendo que eran parecidos. O desaparecidos. Da igual. Escuché de acá, de allá... Pasé tanto tiempo escuchando que un día crecí y entendí todo.”⁵³

“Horacio⁵⁴ tenía cinco meses cuando secuestraron a sus padres y cuando sus apropiadores se lo llevaron. A pesar de eso ‘dentro de mí había un presentimiento extraño que fue creciendo junto a mí. Siempre busqué un parecido físico con alguien debido a que tengo rasgos y cualidades muy distintas a ellos, nunca encontré una respuesta convincente, aumentando más mi presentimiento’, aseguró. Desde hace mucho tiempo la duda para él no era si era adoptado o no, sino si era o no hijo de desaparecidos.”⁵⁵

“Nunca tuve nada, siempre me faltaba algo”, dice Juan.⁵⁶

49. Palabras de Valentina en el acto frente a la Universidad el 14 de marzo de 2006, día del entierro de los restos de su padre.

50. Elsa Villafior, hija de María Elsa Garreiro y Raimundo Villafior, ambos desaparecidos en Avellaneda, Buenos Aires, el 4 de agosto de 1979.

51. *Brecha*, 19 de mayo de 2006.

52. Hijo de Elena Paulina Lerena y Alberto Corchs, detenidos en Buenos Aires el 21 de diciembre de 1977, integrantes de los GAU. Hay testimonios de que ambos estuvieron en los pozos de Quilmes y Banfield.

53. Tomado de *Educación popular y derechos humanos. Relato de una propuesta*, de Mariana Albistur y Alberto Silva, Ediciones de la Rueda de Amargueando, Montevideo, 2006.

54. Horacio Pietragalla Corti, hijo de Horacio Pietragalla y Liliana Corti, desaparecidos el 5 de agosto de 1976. Recuperado por Abuelas de Plaza de Mayo.

55. Reportaje de Victoria Ginzberg en *Página 12*, 26 de marzo de 2002.

56. Juan Cabandié, recuperado por Abuelas, es hijo de Damián Abel Cabandié y Alicia Alfonsín, secuestrados el 23 de noviembre del 77 y desaparecidos. Alicia estaba embarazada de cinco meses.

“¿Cuándo supiste que eras ‘adoptado’?”, le preguntaron.⁵⁷ “Nunca –respondió–, en el año 2003 casi no podía conmigo. Buscaba, buscaba cosas. Me deprimía con intermitencias. Tenía vacíos. En un momento, junto todos estos datos y me digo: ‘Yo soy hijo de desaparecidos’. Bastaron los 15 días que mi mamá me amamantó y me nombró para que yo le diga a mis amigos, antes de saber quién era mi familia, antes de saber mi historia, que yo me quería llamar Juan como me llamó mi mamá durante el cautiverio en la ESMA.”⁵⁸

Andrea⁵⁹ tenía 5 años cuando fue separada de su madre y de sus hermanos, le cambiaron el nombre, le robaron su historia. Ella misma recurrió a Abuelas de Plaza de Mayo en busca de su historia. Veintidós años después recupera su identidad, se reencuentra con su hermano Esteban, a quien habían enviado a Montevideo, y sigue sin saber dónde están sus otros dos hermanos, Beatriz y Washington Hernández Hobbas, que tenían 17 y 15 años cuando los detienen. Cree que estuvieron en Campo de Mayo. Se pregunta ¿están también desaparecidos?, ¿también a ellos los torturaron?, ¿también ellos merecían ser asesinados?, ¿también los subieron a un avión y los arrojaron desde el aire?

Carlos,⁶⁰ otro uruguayo que estaba en Argentina, tenía 16 años y vivía con su hermana Martha y su cuñado Carlos. En este caso no es necesario preguntarse qué pasó, existen testimonios: “Los torturaban terriblemente, ponían música y se reían, salvo los fines de semana que volvían a Montevideo. Los guardias no se dejaban ver cuando estaban frente a Rosa, pero a Jorge, a Martha y a Carlos los torturaban a cara descubierta.”⁶¹ Tenía 16 años, discapacidad intelectual, pero eso no

57. Victoria Ginzberg, *Página 12*, 26 de marzo de 2002.

58. Discurso de Juan Cabandié frente a la ESMA el 24 de marzo de 2004.

59. Andrea Hernández Hobbas nació en Montevideo el 30 de noviembre de 1972. Cuando secuestran a su madre Lourdes Hobbas Bellusci (desaparecida), su padre, Nelson Hernández Silva, estaba detenido. Fue entregada a una familia que tuvo que emigrar, y pasó a vivir con otra familia que le cambió el nombre y le ocultó su identidad.

60. Carlos Baldomero Severo Barreto. Desapareció el 24 de abril del 78, al igual que sus hermanos Martha Beatriz y Ary Héctor, y sus cuñados Jorge Hugo Martínez Hormigón y Beatriz Alicia Anglet de León.

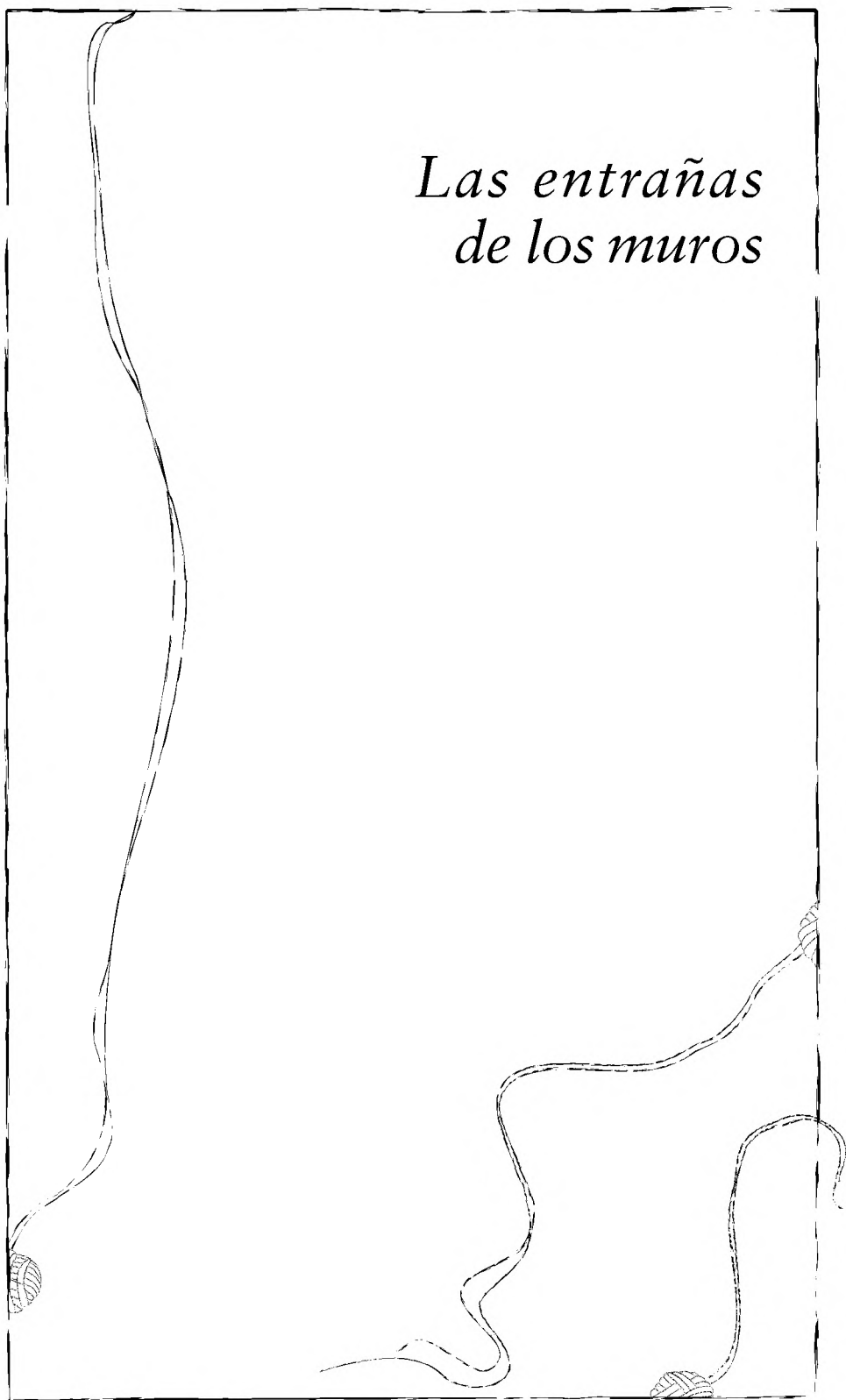
61. Testimonio de Rosa Álvarez, detenida junto a ellos y posteriormente liberada.

impidió que lo torturaran, lo llevaran a un pozo clandestino, lo trasladaran en un avión y lo asesinaran...

“Sabemos que estuvieron en el pozo de Quilmes y que probablemente fueron trasladados después del 20 de mayo de 1978.”⁶²

62. *A todos ellos. Informe.* Op cit.

*Las entrañas
de los muros*





El 24 de marzo de 1976 se produce en Argentina el golpe de Estado. Cae la última “democracia” de la región, donde muchos uruguayos habían buscado refugio. Se instaura el régimen del terror en el que todo el aparato del Estado está implicado. Lo definieron en el Pentágono para todo el continente: no hay enemigos externos, el conflicto es con el propio pueblo, que quiere subvertir el orden.

La Marina, la Fuerza Aérea y el Ejército desde un comando conjunto planificaron un sistema represivo clandestino, subordinando a su mando el resto de las fuerzas de seguridad: la Gendarmería, la Policía Federal y todas las policías provinciales. El Poder Judicial fue cómplice y silenció los crímenes y la Iglesia Católica, salvo honrosas excepciones, participó y los justificó.

La violencia represiva fue de una masividad e intensidad que no puede ser comparada con la de otros períodos históricos. El miedo, la disciplina, el silencio, el vaciamiento y la inmovilidad política, sindical, social y cultural fueron sus efectos principales. 30 mil desaparecidos son el saldo final.

La desaparición forzada es una forma de aplicación del terrorismo de Estado. Existen antecedentes ya desde 1973 de la existencia de grupos paramilitares como la Triple A y el Comando Libertadores de América, que secuestran y asesinan a opositores izquierdistas, pero la práctica se intensifica a partir de 1976.

Todos los que se oponen al régimen pueden ser apresados y ejecutados. Las detenciones legales fueron sustituidas por los secuestros y

las desapariciones. Surgen centros clandestinos de detención, donde se aplican torturas aberrantes y donde se vivía en condiciones inhumanas. Allí se decidía el destino final de los sobrevivientes. Para unos pocos fue la liberación o la cárcel, la mayor parte de los secuestrados tuvieron como destino la muerte.

Las muertes fueron en algunos casos por fusilamiento. Los cuerpos fueron a veces destruidos con cal, o enterrados en tumbas NN, y a veces arrojados aún con vida al mar, desde aviones. En estas operaciones se sumaron comandos uruguayos, en el marco de lo que conocemos como Plan Cóndor.

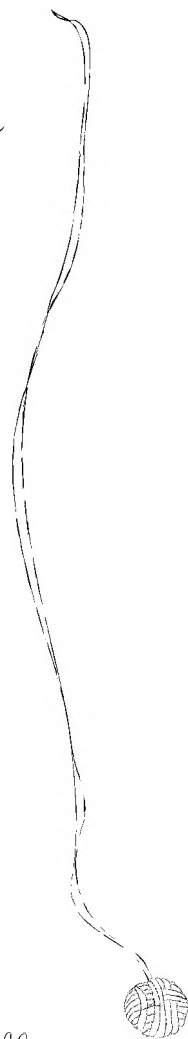
Los pozos

Define el diccionario, pozo: hoyo que se hace en la tierra... Algunos pozos se hacen en la tierra, otros se hacen en Banfield o en Quilmes, en ellos algunas personas perdieron su humanidad; otras, solamente sus vidas. A los que perdieron sus vidas, a esos hermanos y hermanas que hoy queremos rescatar les decimos: estamos, los amamos, héroes o no, estamos, los respetamos, los recordamos, los valoramos, los esperamos, los sentimos, los escuchamos, los vemos, sentimos junto a ustedes el dolor, la incertidumbre, el sueño inconcluso, la barbarie, la deshumanización...

Hemos elegido algunos retratos –una pequeña parte del horror– para reflejarlos en estas páginas. La vida y el compromiso de las compañeras han sido mucho más hondos. Quedan también grandes huecos de esta historia en la que, desde 1955 a la fecha, 66 mujeres han sido asesinadas o desaparecidas y otras muchas murieron después como consecuencia de la cárcel, la tortura o el sufrimiento.

Desde la orilla
sentí el lamento
me metí en el agua
y a mi cuerpo
se acercaron
las manos
tenues
temblando
reclamando
recordando
se acercaron
los cuerpos
sigilosos
y tristes
despojados
desgajados
descarnados
desconsolados
y tuve que volver
sobre mi historia,
hasta la costa
de nuevo,
tan sola.

Ana Demarco





Aída Sanz

Nació en Villa Española, un barrio obrero de fábricas con mucha historia: FUNSA, la textil Caitex, junto al barrio Puerto Rico, antiguamente lugar de prostíbulos y de mataderos clandestinos, muy cerca de la Curva de Maroñas, que ya estaba densamente poblada de comercios, clubes de fútbol, casas de pequeños propietarios y talleres manufactureros.

Hija de Elsa Fernández y Carlos Sanz, su abuela paterna fue obrera textil y su abuelo un carpintero que participó en la revolución de 1904 como sargento del Ejército gubernamental.

Aída nació el 23 de setiembre de 1950, en la casa materna de la calle Coronel Lassala, la atendió una partera, doña Rosa Casas. Allí compartió con su hermano Carlos los primeros juegos infantiles. Les encantaba jugar a los peluqueros; una vez Carlos le cortó los hermosos rulos. Con el tiempo, en 1999, esos bucles serían el único recuerdo palpable que recibiría Carmen, la hija de Aída.

Su padre a fines de los años 40 había sido guarda de los tranvías ingleses primero y luego en AMDET. Su madre Elsa fue obrera del calzado, luego se transformó en ama de casa, era muy protectora y de gesto melancólico. Todos la recuerdan callada, de corazón grande y afectuoso. Su casa estuvo abierta al barrio, a la solidaridad, a la cebadura de yerba compartida, a la taza de azúcar que a alguna vecina le faltaba.

Aída fue a la escuela número 117 de la calle Labarden, al lado de FUNSA. Su túnica blanca, almidonada por las manos de Elsa, aparecía al final de la jornada transformada en paleta de pintor. Siempre fue alta y corpulenta, tenía buen carácter. Su desarrollo fue rápido, su carácter extrovertido, era muy golosa y su tentación era el dulce de leche. Era capaz de tomar la sopa y tener el dedo en el pote de dulce de leche a la vez, saboreando y diciendo: "Igual, todo

se encuentra en la barriguita”. Hasta los 14 años fue creyente, iba a la parroquia del Sagrado Corazón de la calle Vera, allí profundizó los valores aprendidos en su hogar. Sensible ante los indefensos, intransigente con las injusticias sociales, era consciente de la pobreza marginal, excluyente, que ya asomaba en aquel barrio obrero. El liceo número 14, de 8 de Octubre y Propios la recibió. En esa época deseaba ser maestra. Además tomó clases de corte y confección, de piano y de acordeón a piano. Se convirtió en organizadora de bailes familiares, diseñadora de sus propios vestidos de fiesta y muchas veces su generosidad la llevaba a coser para la gente del barrio y aunque no le podían pagar ella se conformaba diciendo: “Y bueno, pobre, todo el mundo tiene derecho a tener un lindo vestido”. Era respetuosa, conciliadora, mansa, pero cuando se enojaba era brava... Siendo chica un día llegó de la escuela diciendo que Dante le había pegado. “Fui para defenderla –dice el hermano–, pero, vaya sorpresa, ¡Aída con el zapato ya lo había reventado!”

La adolescencia estuvo compartida con su prima Marta Enseñat, con sus primeros novios, repartida entre el dolor por la separación de sus padres y el interés por el barrio. Su preocupación social se concretaba en hechos, organizó con algunos vecinos la instalación de la primera garita de ómnibus, en Corrales y Lassala, hizo los trámites para que pusieran la luz a mercurio en la calle Menéndez y Pelayo. Tenía 18 años.

Corren los años 68, 69 y 70, años de mártires estudiantiles, de la intervención en la enseñanza, se inicia la campaña electoral. El fuerte compromiso social y político de Aída crecía al compás de ese tiempo. Sus primeros pasos políticos los daría en el Movimiento de Independientes 26 de Marzo.

La casa materna seguía teniendo sus puertas abiertas, amigos y compañeros disfrutaban de las tortas fritas o de los panes caseros salidos de las manos de doña Elsa. “Casualmente llegaban cerca de la hora del almuerzo –decía la madre–, y bueno, se echa una jarra más de agua a la sopa y ya está.” Usaba amplios batones, era un poco rezongona, de pocas palabras y estaba sorda de un oído a consecuencia de una fiebre tifoidea que había padecido en la adolescencia. Sabía administrar la casa en la humildad, con pocos recursos, comida no faltaba. La dictadura golpea a esa familia, como

a tantas otras. El 7 de enero de 1971 detienen a Carlos, todos sufren su ausencia.

En 1972 Aída hizo un curso de auxiliar de enfermería en el Hospital de Clínicas, trabajó en el dispensario del Cerro haciendo prácticas y allí conoció a Aída Pagola, una compañera que se transformó en su referente. Trabajó en dos centros asistenciales, el CASMU e IMPASA.

El amor por su barrio y la solidaridad con los vecinos dieron sus frutos. Cuando la van a buscar a su casa es Timoteo, un vecino, el que la espera en la esquina para avisarle que habían instalado una “ratonera”. Aída se va por Colonia a Buenos Aires en mayo de 1974, una amiga la ayuda a cambiar su imagen, maquillaje diferente, ropa nueva, otro peinado. Es Élide, la misma amiga a quien había recibido Aída en su casa cuando los padres la expulsaron porque estaba embarazada.

Argentina se había convertido en el refugio de miles de uruguayos. Cuando Aída llegó la recibió su prima Marta, que también había tenido que abandonar el país. Instaló en San Telmo, con otras mujeres, un taller de marroquinería. Luego trabajaría como enfermera en la Española en Buenos Aires.

Elsa quedó en Montevideo, la casa ahora estaba silenciosa y llena de recuerdos de la niñez de sus hijos, de su adolescencia; ya eran adultos comprometidos y estaban lejos.

Gustavo, un amigo de ambos, cuenta que siendo joven había sabido recibir el cariño y la protección de Elsa, que le dio lugar en la casa como a un hijo más. Recuerda los bailes familiares, las matinés de cine de los fines de semana y la palabra consoladora de doña Elsa que sustituía los afectos ausentes de sus padres. Aquella casa era el refugio de quien lo necesitara; Gustavo ocupó un lugar insustituible en la soledad de Elsa. Hacia la casa se dirigía en los paseos domingueros con la familia que había formado, o en la vueltita corta para saber qué necesitaba los días de semana. El tiempo transcurría y de vez en cuando llegaba alguna noticia de Aída, que le repetía: “No te preocupes, mamá, estoy bien”.

En el año 1976 Argentina entra en lo más oscuro de su historia. El teniente general Videla, en la Conferencia de Ejércitos Americanos celebrada en Montevideo, pocos meses antes de asumir

el poder expresa que “en la Argentina tendrá que morir la gente que sea necesaria para que se retome la paz”. El compromiso de Aída, no obstante, continuó del otro lado del Río de la Plata.

Apareció el amor en su vida, se llamaba Eduardo y lo llamaban “Cacho”, había sido cañero en Bella Unión, era servicial y de sonrisa amplia. En ese momento surgió la posibilidad de comprar terrenos baratos en lugares lejanos de la capital, zonas postergadas donde habitaba la pobreza. Hasta San Antonio de Padua fueron Aída y su prima Marta, allí los caminos son de barro, los gurises de pata al suelo, barrigones por la mala alimentación. Terminó convirtiéndose en la enfermera del barrio. Repitió el modelo de doña Elsa, casa abierta, solícita a las necesidades ajenas. En las madrugadas solía vérselos yendo a trabajar a la capital. Cacho se hacía pasar por provinciano para no levantar sospechas, algunas veces era chaqueño, otras se confundía y se convertía en santiagueño, y ligaba rezongos por su falta de memoria. Entre risas lograban convencerlo de que debía asumir una sola identidad si quería evitar riesgos.

Aída transmitía seguridad, no sólo afectiva, era una organizadora nata, podía cocinar, coser la ropa, trabajar y además militar y seguir andando: era polifacética. Mientras la panza de Marta crecía sorteando el miedo, la persecución a los uruguayos se incrementaba. “Dale pecho a demanda al niño, sin restricciones”, le decía Aída. Consejos que tenían presente a la enfermera y a la futura madre, porque ya empezaba a gestarse el hijo, fruto de su amor con Cacho. Primero nació Valentín, el hijo de Marta y Miguel, el primer baño lo recibió de las manos cañeras de Cacho, tiernas y sabedoras de hijos anteriores.

La represión iba cerrando su cerco, las precauciones eran cada vez mayores. Villa Numancia sería a partir de ese momento el refugio de Miguel y de Marta junto al recién nacido Valentín. Villa Numancia y San Antonio de Padua serán testigos de vidas entretejidas por el amor y el compromiso. El vientre de Aída iba creciendo día a día, “seguía usando el pañuelo en la cabeza, los vestidos holgados, las amplias polleras, nunca usó pantalones. Nos llevábamos tres meses de diferencia en los embarazos. ¡Ah!, ¿saben quién nos hizo la cunita para nuestro hijo?... Cacho”, recuerda Marta.

Es 23 de diciembre de 1977 Elsa sube al Vapor de la Carrera desde Montevideo, no está muy convencida, teme que la sigan y logren encontrar a su hija. El sentimiento de madre puede más y se embarca; su hija le había pedido que la acompañara, que estuviera junto a ella en el nacimiento del nieto.

“El 24 a las 5 de la mañana siento unos golpes en la puerta, Miguel, mi esposo había tenido una reunión y no estaba en casa. El que golpeaba era Cacho diciendo que había caído la represión en su casa de San Antonio de Padua, se habían llevado a Aída y a Elsa. Él había logrado escapar, les salió al paso, los atropelló y logró evadirse. Y ahora venía a avisarnos para desalojar la casa, quería esperar que mi esposo volviera de la reunión. Yo alcancé a ponerme un pantalón arriba del short, alguna ropita para mi bebé y con mi madre, que era enferma psiquiátrica, salimos enseguida. Quedamos de encontrarnos en la plaza Constitución, al mediodía, ellos estaban abocados a avisarles a los compañeros y decidieron ir a la casa de Ataliva Castillo, otro cañero.

Ese mediodía Cacho y mi esposo se dirigen a la casa de Ataliva. Cuando llegan, sin darse cuenta golpean las manos. Hubo un enfrentamiento, allí queda herido mi compañero Miguel, se lo llevan detenido y una vez más Cacho logra escapar. Cuando llegaron ya estaba la ratonera montada y la zona toda rodeada. A Ataliva ya se lo habían llevado y a su compañera no la habían podido detener porque se había suicidado. (Los Montoneros tenían previsto en caso de detención utilizar la pastilla de cianuro, porque de esa manera evitaban dar información o degradarse en la tortura.)

Mientras tanto yo tenía que pensar qué podía hacer y se me ocurre ir a la casa de una prima, era 24 de diciembre, un día muy especial. Ellos me dicen que me puedo quedar pero que no los comprometa, además tenían una cena en otro lugar. Después me voy a San Nicolás, a 300 kilómetros de ahí. Y allí me sugieren que mande a preguntar con una gente que va para Uruguay qué puedo hacer, y me dicen que me refugie en la ONU. Mientras tanto Cacho estaba buscándome pero no logramos vernos, él cae el 30 o el 31 de diciembre.”

Las luces serpenteaban en las autopistas. Las familias se aprestaban a festejar la Navidad. Fueron horas de desesperación e incertidumbre para Marta, con su bebé y su madre, hasta que se refugiaron en ACNUR.

El 27 de diciembre, en medio de las sesiones de tortura nace Carmen, la hija de Aída. Ni canción de cuna, ni pecho a demanda, ni batitas tejidas por manos de abuelas. Sólo un miedo terrible al preguntarse cómo le podían afectar a su bebé las descargas eléctricas, los golpes, la barbarie desatada sobre un vientre a punto de parir, testimonia Adriana Chamorro. En los pozos de Quilmes y de Banfield fueron vistos Aída, Elsa, Cacho y Miguel.

En Villa Española, en Maroñas, en el Puerto Rico, en la Asociación de Funcionarios del CASMU las buscaron, pusieron carteles en los árboles. Las abuelas de Plaza de Mayo también buscaron rastros de Carmen, de su madre y de su abuela.

Rememora Carlos: “Cuando volví a mi casa después de muchos años de ausencia, en 1987, y aún en búsqueda de mi madre y mi hermana desaparecidas en la Argentina, me reencontré con las sábanas planchadas, ordenadas, los bucles de Aída... el aroma a lavanda en el ropero de mi madre permaneció intacto todos esos años como esperándome”.

Carmen nació en cautiverio e inmediatamente fue secuestrada, fue dada en adopción a los cuatro días de su nacimiento. Ella supo que era adoptada pero desconocía el motivo, sus padres adoptivos ignoraban su procedencia. Se presentó en Abuelas, se inició la búsqueda y toda su familia sobreviviente en Uruguay cruzó la orilla para ofrecer la sangre que le devolvería la identidad. Cuando a los 21 años supo quién era, sus padres adoptivos la acompañaron a Montevideo para conocer a su familia biológica.

En ese momento, en Uruguay, conoció a la familia de su madre y a la de su padre, fue como juntar pedacitos de su historia. “La historia es fuerte. Es un choque fuerte. Sobre todo por lo que pasaron. Al enterarme sentí alivio: los encontré y supe que no me habían abandonado”, dice Carmen.

En 2004 inicia un juicio al comisario general de Policía de la provincia de Buenos Aires, Miguel Etchecolatz y al doctor Jorge Antonio Bergés, quien aparece firmando su certificado de nacimiento, por los delitos de apropiación indebida y falseo de identidad. Beatriz Bermúdez Calvar, sobreviviente que pudo ver y hablar con Aída en el pozo de Quilmes, contó que ella dijo: “Soy Aída Sanz, te voy a pedir que cuentes que tuve una hija”. Era lastimoso verla, estaba destruida. Se notaba que había sido torturada y golpeada, rememora.

Cuando vio a Carmen Gallo Sanz en los pasillos de tribunales dijo: “Yo acá reconocí a la hija de Aída, que se acercó a mí y me dijo: ‘Soy la hija de Aída’. Efectivamente la cara de la chica era la misma que la de su madre”.

En su primer encuentro con su tío Carlos, Carmen preguntó:
—¿Por qué decidieron tenerme en esas circunstancias?

La respuesta salió del corazón, pariendo dolor, acortando distancias...

—¡Porque se querían!⁶³

Río de la Plata

Oigo el lamento,
tus aguas claman
voces de muertos.

Allá en el centro
caen,
se precipitan,
ilusiones,
sueños.

No fue uno,
ni dos,
ni un ciento,
fueron miles
los asesinos,
fueron miles
los muertos.

Ana Demarco



63. Esta historia se reconstruyó en base a testimonios de Carlos Sanz; Gustavo Kuhner y Marta Enseñat entrevistados por Martha Passeggi y Beatriz Barboza. Otras fuentes: *A todos ellos. Informe*, op cit y *Ni el flaco perdón de Dios*, de Juan Gelman y Mara La Madrid, editorial Planeta, Buenos Aires, 1997.

Fichas:

Sanz Fernández, Aída Celia

Nació el 23 de setiembre de 1950, en Montevideo. Fue secuestrada el 23 de diciembre de 1977. Desaparecida.

Fernández, Elsa

Nació el 16 de enero de 1916, en Montevideo. Fue secuestrada el 23 de diciembre de 1977, junto a su hija Aída. Desaparecida.

Ríos Casas, Miguel Ángel

Nació el 30 de agosto de 1948, en Uruguay. Fue secuestrado el 24 de diciembre de 1977, luego de un tiroteo en el que es herido y detenido. Desaparecido.

Gallo Castro, Eduardo (Cacho)

Nació el 4 de noviembre de 1942, en Salto. Fue secuestrado entre el 25 y el 28 de diciembre de 1977 en Buenos Aires. Desaparecido.

Castillo Lima, Ataliva

Nació el 3 de setiembre de 1930, en Bella Unión. Fue secuestrado el 24 de diciembre de 1977 en Buenos Aires. Desaparecido.

Gallo Sanz, Carmen

Nació el 27 de diciembre de 1977 en el centro clandestino de detención de Banfield.

El pozo de Banfield

Está ubicado en la localidad del mismo nombre en la provincia de Buenos Aires, en la intersección de las calles Siciliano y Vernet. En ese edificio de tres pisos funcionó, desde octubre de 1974 hasta enero de 1977, la Brigada de Investigaciones de Delitos Contra la Propiedad y Seguridad Personal. Allí tuvieron asiento las direcciones de Investigaciones, Seguridad e Inteligencia de la Policía de la provincia de Buenos Aires.

Campo de concentración y centro clandestino de detención, estuvo activo hasta 1978. Podemos caracterizar dos etapas bien diferentes, hasta 1976 fue un centro de interrogatorios, allí se torturaba para obtener información. Luego y hasta 1978 fue depósito de los prisioneros provenientes de los distintos campos de concentración hasta que hubiera resolución definitiva sobre su destino. Los prisioneros podían luego cumplir penas de prisión, ser llevados a otro campo o comisaría para ser liberados, o podían ser sometidos al “traslado” con diferentes destinos: ser enterrados en cal, fondeados en barriles rellenos de cemento en el río o ser adormecidos con pentotal y tirados vivos desde un avión al mar en los ahora conocidos “vuelos de la muerte”.

Por las declaraciones de los pocos sobrevivientes sabemos que por Banfield pasaron aproximadamente 1.800 personas, sin contar los traslados de grupos pequeños, de entre dos y cuatro personas. La mayoría de quienes pasaron por Banfield siguen desaparecidos.

Para los traslados los sacaban de las celdas, les ataban las manos a la espalda, les tapaban los ojos con algodón y una venda por encima y los volvían a llevar al calabozo mientras preparaban a los demás. “Había en el lugar mucha gente el día del traslado, lo que era evidente por los ruidos. Sacaban a la gente calabozo por calabozo y los que estaban listos nos contaban, a los que aún estábamos en los calabozos, cómo los habían atado y vendado. Los guardias les decían a los detenidos que no hacía falta que llevaran nada, porque no iban a necesitar nada. Después contaban que los habían trasladado al sur”, cuenta Adriana Chamorro.

El pozo de Banfield sigue siendo hoy una dependencia policial. Un grupo multisectorial se moviliza bajo la consigna “Chau pozo”. El 22 de marzo de 2006 se reclamó ante su puerta el cierre definitivo del local, que está funcionando bajo la responsabilidad de la Policía bonaerense.



María Asunción Artigas

Abril de 2003, en una tarde fría llegamos a la casa de Blanca, la mamá de María Asunción. Nuestra intención era conocer la historia de su hija, nuestra compañera. Vive en la calle Ameghino, en La Teja, barrio sostenido por raíces de historias entrelazadas en el fragor de las luchas de los obreros de los frigoríficos y de las curtiembres.

Nos estaba esperando con sus recuerdos muy presentes: la vida, el amor y la muerte se desplegaban ante nuestros ojos. Tenía recortes de diarios, pedidos de hábeas corpus, fotografías, partidas de nacimiento de todos sus hijos. Blanca, con su actitud cálida y segura, nos llevó con mano de madre por esas huellas que fuimos descubriendo, paso a paso.

“Yo venía de Cerro Largo, y mi esposo Óscar Artigas, descendiente del prócer, llegó desde Tacuarembó con su madre, buscando futuro. Aquí nos conocimos y nos casamos a los 19 años”, comienza diciendo Blanca.

El barrio de Belvedere acogerá a esta nueva familia. Él trabaja como obrero en la planta de ANCAP y milita en el gremio; ella es ama de casa. El 26 de marzo del año 1951 nace María Asunción. Allí vivirán hasta sus 4 años, cuando la familia se muda a La Teja.

La infancia de María Asunción está poblada de hermanos y juegos en la vereda, de rayuelas y merienda a las 5. Miramos aquellas fotos que hoy llenan la soledad de Blanca. Su hija fue a la escuela de las capuchinas en Belvedere, fue muy buena alumna. “Nunca me repitió un año, ¡cuando niña andaba a los tirones con las muñecas! A los 9 años tuvo poliomielitis. ¡Yo que la cuidaba tanto! La traían en la bañadera del colegio. Cuando vi al médico le dije: ‘Después que se cure, a los otros los voy a dejar que salgan descalzos a la calle’.”

A raíz de la enfermedad estuvo internada en el hospital Filtro, allí cuidaba a otra niña más grandecita que ella, le daba de comer. Cuando le dieron el alta, la otra niña le decía:

—¡Ay, Mary!, cuando te vayas, ¿quién me dará de comer?

—No te preocupes, le digo a mi mamá y te llevo para mi casa.

Siempre se preocupaba por los demás, quería ser médica. Cuando llegó la etapa del liceo peleó para ir a uno público. Una batalla que ganó: fue al Bauzá y luego al Miranda, donde siguió estudiando con éxito.

En un rincón de la habitación en la que estamos, junto al hogar a leña hay un álbum de fotos desde el que María Asunción, hermosísima, nos mira.

—Realmente es muy bonita –dijimos.

—A mí me queda feo decirlo, pero todo el mundo dice lo mismo. Y la nena, mi biznieta es igual.⁶⁴ Yo le hablo a Mary, yo le digo: “M’hija, tenés una nietita que es la cosa más divina, es igualita a vos. Tu hija también es igualita a vos”. Un día va a pasar gente y van a decir: “La vieja Blanca está quedando loca”. Vos no sabes, pero me da fuerza para vivir... porque hay unos días en que estoy muy caída. Ella siempre me decía: “Cuando vos seas viejita yo te voy a cuidar, mamá”. Me decía: “Siempre te van a ayudar los compañeros, quizás te van a dar una mano más que la familia”, y cuando estuve por perder la casa fue así, me ayudaron los compañeros.

En el liceo Miranda Mary conoce a Fredy. A fines de los 60 van a los bailes del club Aguada, en el año 70 ya son compañeros, tenían 19 años. Él había nacido en Argentina pero vivía en Uruguay. En las vacaciones Mary trabaja, como muchos estudiantes.

“Nuestras salidas eran a las ferias artesanales, tablados en la época de Carnaval, algún boliche y, para no gastar demasiado, pedíamos un solo refresco que repartíamos en muchos vasos. Militábamos apoyando a los gremios en lucha, en la zona de la Aguada”, recuerda su amiga Marta. “Era delgada y coqueta, le gustaba estar arreglada, siempre decía: ‘Las compañeras no tienen que perder la feminidad, tienen que arreglarse siempre’”. Era sobreprotectora,

64. Se refiere a Valentina, hija de Verónica Leticia, la hija de María Asunción nacida en cautiverio.

soñaba con ser doctora, tenía mucha fuerza de espíritu, buen humor y un carácter fuerte. La Resistencia Obrero Estudiantil fue su primer lugar de militancia, allí lograrían desarrollar sus valores, su convicción de un cambio para el país. Eran muy críticos y exigentes consigo mismos, así los definen hoy sus antiguos amigos.

En el año 1972 todos los hermanos Artigas van siendo víctimas de la represión. Alberto, Rubén, Dardo.

“Llegan las Fuerzas Conjuntas, con Gavazzo al frente del operativo, pateando la puerta de entrada, llevándose a Alberto, mi hijo mayor, delante de varios integrantes de la familia, entre otros María Asunción.” Blanca nos señala las huellas de aquella patada, visibles en la puerta después de 30 años. La segunda aparición de Gavazzo es por el segundo hijo de Blanca, Rubén. La misma violencia y el mismo horror. “En abril de 1973 le pedimos a Mary que se fuera para Argentina porque Gavazzo me había llevado mis otros hijos y sólo me quedaba ella. Sabía que también vendría por ella.”

María Asunción prepara sus valijas, deja sus estudios, su militancia, sus amistades y parte para Buenos Aires sin saber que, a pesar de ser refugiada, Gavazzo cruzará hasta la otra orilla por ella. “En 1974 en Buenos Aires tres hombres vestidos de civil se presentaron en mi domicilio de la calle Güemes 3081, tercer piso, apartamento A –declara René Santander de Moyano, la madre de Fredy– preguntando por una persona llamada Graciela. Inquirieron sobre con quién compartía mi vivienda, si tenía hijos y dónde vivían. Dije que estaban en Brasil. Se retira uno de esos hombres, quedando dos conmigo. Al poco rato regresa, preguntándome por mi hijo: ‘¿Dónde está Fredy?’.

Revisan el apartamento de al lado, encontrando a mi nuera María Asunción que estaba estudiando. El tercer represor, cuando vuelve, revisa unos discos y se expresa usando el término ‘botija’ refiriéndose a Fredy. ‘¿Dónde está tu botija?’, y en ese preciso momento llega Fredy y nos detienen a los tres, a María Asunción, a Fredy y a mí. Nos llevan a un lugar donde se encontraban varias personas encapuchadas, esposadas y tiradas en el piso. Nos sacaron los efectos personales, incluido mi reloj de oro, además de robar objetos valiosos de mi casa. Mi hijo fue torturado, lo mismo que María Asunción, luego nos dejaron en un descampado, con un bolso conteniendo muchos documentos de personas desconocidas.

La persona de civil que utilizó el término ‘botija’ fue reconocida por mi nuera como un oficial del Ejército uruguayo de nombre Gavazzo. Varias cartas conservadas por una amiga nos dan una visión de los momentos vividos en ese período. El 20 de setiembre de 1974 Fredy escribe: ‘A mí me agarraron los fachos y casi me limpian y entraron a secuestrar a compañeros uruguayos. Se vive un clima de terror que no te hacés una idea. El otro día se llevaron cinco compañeros y no aparecen, y hoy parece que se llevaron a otro. Están trabajando los fachos y la cana en forma conjunta’.”

El 11 de junio de 1974 Mary escribe: “Los chilenos junto con los uruguayos todos los días están cayendo presos, yo me refugié en las Naciones Unidas porque en caso de que se arme podrida en la Argentina me llevan para Cuba, Argelia o Suecia, pero el problema es que es igual, a pesar de ser refugiada si se les antoja me llevan para el Uruguay y me meten en cana, no te hacés una idea lo mal que están pasando los compañeros y te hablo en general hasta los que se vinieron de Chile, me refiero a los uruguayos, andan más tirados que el diablo...”.

Un poco más adelante se inscribe en la Facultad de Medicina de La Plata para continuar sus estudios y Fredy trabaja como pintor. Viven en el mismo edificio que su madre, pero deciden comprar a plazos una casa en la zona de Berazategui.

Todos los días llegan uruguayos refugiados, la solidaridad con los compatriotas es una regla: “Trato en lo posible de ayudar a todos los compañeros. Creo que es un deber y una obligación de alguien que pretende ser revolucionaria”, escribe Mary el 27 de setiembre de 1974.

Es un largo período de sobresaltos y angustias. Blanca cuenta que a fines del 77: “Mi esposo había ido a Buenos Aires para pasar fin de año con ellos. Cuando baja en el aeropuerto lo estaba esperando un primo y le dice que el día anterior, el 30 de diciembre, los habían llevado a todos. Él enseguida regresa a Montevideo y yo salgo inmediatamente para allá. Junto con mi consuegra damos todas las vueltas para averiguar dónde estaban. Los vecinos me contaron cómo había sido el operativo: habían llegado los militares a media noche y se los llevaron. Había militares uruguayos y argentinos en el operativo”. Blanca llega a la casa: “Entré y me senté a llorar de ver cómo estaba eso, todo destrozado, sólo estaba el perro.

Se habían llevado todo, un baúl con la ropita de la nena, los colchones los habían cortado, les robaron la heladera, la loza...”

“Mary estaba nuevamente embarazada, de un mes. Casi un año antes el destino le había arrebatado a su pequeña hija de nueve meses, enferma de tos convulsa. Ella no tenía consuelo. Le decía a su hijita el día del entierro: ‘Llevame contigo’. Yo estuve en el parto y en el entierro, acompañándola.”

La mirada de Blanca recorre las fotos que cubren una buena parte de la pared que ocupa una estufa a leña, apagada hace ya mucho tiempo. Hábeas corpus, juzgados, recorre todo, nadie le da respuesta... Pasan los meses, visas con tiempo de estadía a término, vuelta a esperar, preguntar, recorrer las calles una y otra vez. “Acá nos habíamos juntado familiares de desaparecidos, yo me iba a Buenos Aires con los paquetes de papeles, los llevaba en una bolsa (...) me bajaba del barco, te daban visa por 20 días, después era obligatorio regresar, nuevamente volvíamos. Yo no tenía miedo.”

Adriana Chamorro testimonia que “en la madrugada siguiente de mi llegada me comuniqué con la celda colindante del sector B por la pared del fondo, en la que se encontraba María Asunción Artigas Nilo de Moyano, uruguaya, refugiada. Detenida desaparecida el 30 de diciembre de 1977, que me informó que estaba embarazada de aproximadamente cuatro meses y que el diagnóstico había sido confirmado por María Antonia Castro de Martínez, uruguaya, médica, secuestrada en el mismo lugar en un calabozo vecino.

En el sector B había, cuando yo llegué, alrededor de 21 personas. Uno de ellos era el marido de María Asunción Artigas, Alfredo Moyano, argentino, que compartía el calabozo con Andrés Carneiro, uruguayo, estando su calabozo atrás del mío, en diagonal. Hacia los calabozos cercanos a la entrada estaban Aída Sanz y su madre, Elsa Fernández de Sanz; Carolina, esposa de Andrés; Yolanda Casco; Ileana García Ramos de Dossetti y su marido, Edmundo Dossetti; Gabriel y otro de apodo Manuel o Cabezón; todos ellos uruguayos.

Hablábamos a través de la pared, me dijeron que Yolanda y Aída habían tenido en ese lugar la primera un hijo y la segunda una hija, que les fueron quitados inmediatamente después de nacer sin saber ellas dónde los llevaban. A fines de junio de 1978 María Asunción Artigas de Moyano tuvo un ataque de nervios o de epilepsia, de

los que sufría a menudo, y a raíz de esto se presentó uno de los jefes del lugar que le dijo casi gritando: ‘Tenés que mentalizarte que hasta que no nazca tu hijo no vas a salir de aquí’. El 21 de agosto a las 2 de la madrugada comenzó a tener contracciones que duraron toda la noche. A la madrugada las contracciones se hicieron más frecuentes y para poder controlar su frecuencia pedí ayuda a la celda de atrás y a la de al lado”.

Después de nueve meses de embarazo y ocho de cautiverio a las 12 y media del día 22 de agosto nace Verónica. A las 20 horas del mismo día Mary volvió al calabozo sin su hija. Mary fue vista por última vez con vida en octubre de 1978, en el pozo de Banfield.

“Bueno, por ahora no tengo más que decirles sino que sigan adelante, no hay que desalentarse, ya falta muy poco tiempo, mucho menos de lo que se imaginan, un beso para todos y hasta siempre. Mary”

Un día de febrero de 1979 el teléfono suena en lo de Blanca. Es Adriana que llama desde Canadá, le dice que Mary había dado a luz una niña que había pesado 2,700. Adriana había sido liberada del pozo de Banfield donde se encontraba María Asunción, y le sugirió a Blanca que buscara a la niña en las casas cunas. “Lo primero que hice fue comprar ropita de bebé con la esperanza de que la encontraría enseguida.”

Muchos años pasaron, enfrentando el silencio.

Otro testimonio llega, es una carta entregada en el local de las Madres de Plaza de Mayo por un compañero de cautiverio de María Asunción, que logró obtener la libertad: “Este chaleco me lo entregó Mary en el campo de concentración de Banfield en julio de 1978, a los pocos días de haber llegado al mismo, y fue mi único abrigo durante 180 días. Mary es uruguaya y estaba embarazada cuando llegué. A los pocos días tuvo, en la planta baja del chupadero, una niña a la que llamó Verónica, la pudo tener en sus brazos una hora. Mary me enseñó además a amasar pequeñas cosas con migas de pan, las que coloreábamos con los escasos productos que recuperábamos de la miserable comida, alguna remolacha, o de vez en cuando algún trocito de acelga.

Ni Mary ni Verónica han aparecido. Este chaleco queda con las madres, es un testimonio con recuerdos de sangre y lágrimas,

pero también de esperanzas, porque aún en los pozos donde nos pretendieron enmudecer la vida continuaba su lucha y la solidaridad se llamaba pequeñeces. Este chaleco es pues una ‘pequeña gran solidaridad...’”⁶⁵ El esposo de Mary fue trasladado antes, con destino desconocido; no llegó a conocer a su hija.

Recién a fines de 1987 la organización Abuelas de Plaza de Mayo recibió información sobre una niña que sería hija de padres desaparecidos y que estaba en manos de agentes de la represión argentina.

Hecha la denuncia judicial, se comprueba mediante examen hematológico la identidad de la niña. Los secuestradores la habían inscrito como hija propia, con el nombre de María Victoria, mediante certificado de nacimiento falso.

El juez dispuso que la familia biológica se hiciera cargo de la niña y que se le restituyera su verdadera identidad. Un halo de luz se coló por la esperanza del encuentro, “cuando vi a María Victoria era la madre en pinta. Cuando la abracé; lloraba... ‘Ella nunca te olvidó’, le dije. Tenía 9 años, la recuperé con la ayuda de Abuelas de Plaza de Mayo y de mucha gente que me ayudó a buscarla.

Cuando se confirmó la identidad nos hicieron una fiesta en el juzgado. Y ahora, mi bisnieta Valentina también es igualita a Mary.”⁶⁶

Fichas:

Artigas Nilo de Moyano, María Asunción

Nació el 26 de marzo de 1951 en Montevideo. Fue secuestrada el 30 de diciembre de 1977. Desaparecida.

Moyano, Alfredo

Nació en Argentina el 1º de marzo de 1956. Fue secuestrado el 30 de diciembre de 1977. Desaparecido.

Moyano Artigas, Verónica Leticia

Nació en el pozo de Banfield. Fue recuperada en 1987 por la organización Abuelas de Plaza de Mayo, de manos de agentes de la represión argentina.

65. Declaraciones en la revista *Jaque*, marzo de 1984.

66. Esta historia se reconstruyó en base a entrevistas con Blanca Nilo de Artigas, su amiga Marta y Mario Sánchez, realizadas por Martha Passeggi y Beatriz Barboza.

Quisiera dejar tras de los ojos
el dolor,
pero inquietamente aparece,
dibujándose en mi rostro,
y la pequeña cicatriz ignorada
vuelve a ser la permanente herida,
la muerte dilatada.

Quisiera dejar tras de los ojos
el dolor,
pero allí está mordiéndome insaciable
con el persistente ruido de cadenas,
con la incierta costumbre
del hastío.

Quisiera dejar tras de los ojos
el dolor,
no llamar más a tu recuerdo,
terminar dormida mansamente
casi sin sentirlo,
para de repente hallarte,
vivo.

Ana María Ponce⁶⁷

67. Secuestrada en julio de 1977 y conducida a la ESMA, Ana María Ponce fue asesinada el lunes de Carnaval de 1978. Cuando supo que la trasladarían, Ana le pasó los poemas escritos en el campo de concentración a otra prisionera, Graciela Daleo, quien años después los hizo llegar a sus familiares.

Una característica distintiva del pozo de Banfield fue el gran número de embarazadas que fueron vistas en ese lugar, tan es así que en la jerga de los represores se lo conocía como “el Hospital”.

Cuenta Liliana Calvo: “Como estoy por parir me trasladan, ahora sé, al pozo de Banfield porque allí iba a estar Bergés. El parto se produce en el auto y cuando llego, la criatura ya había nacido. Nació bien, increíblemente bien. Yo con los ojos vendados, las manos atadas detrás, y tirada en el auto. Fue el mejor de mis tres partos. Ella vino muy chiquita y la tuve sola. Bergés entra al auto y corta el cordón umbilical. Me quitan a Teresa. Cuando en el pozo me sacan la placenta, me obligaron a recogerla del piso. Tuve que lavar el piso y la camilla y pusieron a la nena en la mesada. Después me la dieron y ya no me separé de ella hasta salir en libertad.

Eloísa Castellini había tenido una criatura unos poquitos días antes de llegar yo al pozo, Patricia me contó que había atendido el parto, ya que aunque gritaron pidiendo ayuda lo único que consiguieron fue que las dejaran salir al pasillo y les alcanzaran un cuchillo de cocina; allí en el piso nació una hermosa beba que se llevaron unas horas después”.⁶⁸

68. Gelman, Juan y La Madrid, Mara, op cit. Liliana Calvo integra la Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos.



Yolanda Casco

Ileana y su madre, Regina, nos están esperando desde temprano. La casa de la sobrina y la hermana de Yolanda guarda los recuerdos que irán dando forma a la historia.

Yolanda es el pilar que sujeta la memoria. En la casa está Martín, el hijo, nieto, sobrino de 2 años, intercalando prisas, juguetes y risas. Sobre la mesa del living, entre muchos papeles y fotos, hay una que

impresiona. De color sepia, muestra un familión de inmigrantes italianos que se ubican respetando los lugares según el parentesco. Escapados de la pobreza y la persecución fascista de Mussolini, son una de las tantas familias que llegaron en aquellos barcos cargados de temor y proyectos hasta un lejano país de América Latina: Uruguay.

De Módena llega doña Vulmera Ghelpi en aquel barco que luego de 30 días de viaje tocó puerto. Acababa de cumplir 17 años. Seguirán rumbo a Salto, a las afueras de la ciudad en un lugar asignado a los agricultores italianos y rusos. Allí se afincan para rehacer sus vidas, en la colonia Itapebí, a 54 kilómetros de la capital salteña.

Allí se conocen Vulmera y Tomás Casco, hijo de inmigrantes paraguayos. Forman una familia que comenzó a crecer pujante. Nacieron ocho hijos; cinco mujeres y tres varones. A la familia se sumó la hija del primer matrimonio de don Casco y un hijo de crianza. Primero trabajaron el tambo, luego una carnicería. Animales, comercio y agricultura exigían el esfuerzo de todos. Este crecimiento requería mano de obra para trabajar la tierra, el matrimonio ofrecía lotes de terrenos cerca del predio principal a sus peones para continuar poblando y extender la colonización de la zona.

Una tradición de la familia era apadrinar o amadrinar a los hijos de los peones para los bautismos, confirmaciones y casamientos que se celebraban en forma colectiva. Don Casco trasladaba a

las familias de la zona cuando se realizaban estos eventos. Un altar al aire libre, abundantes frutas y verduras, corderos como regalos a los recién casados. Esta ascendencia sobre los pobladores del terruño lo convirtió en un caudillo de la zona, así es que ese pueblito se conoce hasta nuestros días como Pueblo Casco.

Ahora viven buena parte de los nietos y bisnietos de aquellos peones. En ese ambiente familiar fueron creciendo sus hijos. Dos de las mujeres eran mellizas: Yolanda y Margarita nacieron el 28 de diciembre de 1945. Concurrieron a la escuela rural junto a sus hermanos y a los otros niños de la zona. Cuando tienen 6 años el padre se quita la vida, padecía una enfermedad incurable. La familia adoptó el luto más riguroso, incluidas las niñas más pequeñas, como en la vieja Italia.

Doña Vulmera sumó a la pérdida de su esposo la ruina paulatina, debió vender los bienes familiares. Con lo que obtuvo de las ventas compró una casa en la ciudad de Salto para ella y sus hijas. Las gemelas ingresan pupilas en el colegio María Auxiliadora, y los estudios secundarios los hacen en el colegio María Concepción.

Regina cuenta que Yolanda le dio muchos dolores de cabeza y satisfacciones a su madre, volvía de la escuela los fines de semana con la moña colgando y prefería treparse a los árboles en vez de jugar con las muñecas, le gustaba andar a caballo en las vacaciones. Las gemelas muchas veces intercambiaban la ropa, ocupaban el lugar de la otra creando verdaderas confusiones. En la escuela se hacían pasar por la otra cuando la situación no las favorecía. Un pacto de travesuras, de picardías. Cuando fueron creciendo a la salida del colegio pegaban disimuladamente en la espalda de sus compañeras grandes carteles con la frase “busco novio” y más de una vez Yolanda se sentaba en el sofá del living de su casa junto al novio de su hermana, riéndose posteriormente a carcajadas, satisfecha de su audacia.

Cuando cumplieron 15 años, como todas las jovencitas cambiaron su desaliño por la coquetería: Yolanda se arreglaba y una vez tiñó sus cabellos con unos reflejos hermosos... “Yo me encargaba de confeccionarles los vestidos a las dos poniendo mis estudios de corte y confección a prueba”, relata Regina.

Tener gemelas en la familia siempre fue motivo de sorpresas;

una vez estando ambas en lugares diferentes, Margarita se cortó una mano, fue leve pero le quedó una marca. Al poquito tiempo, cuando llega Yolanda de un viaje causó mucha sorpresa saber que lo mismo le había sucedido a ella en la otra mano. “En otra ocasión, estando ambas preparándose para casarse, Yolanda llega a casa con el ajuar que se había comprado, era de color salmón. Cuando lo vimos quedamos todos sorprendidos, Margarita se dirigió al ropero y sacó el suyo del mismo color y diseño. Esto que les estoy contando tendrá para nosotras un significado que atribuimos a los hechos que posteriormente les contaré”, nos anuncia Regina.

Regina asegura que en ese entonces Yolanda ya decía que era socialista, tenía un carácter muy alegre, era inteligente y le gustaba estudiar. Se recibe de profesora de piano, y las manualidades eran su placer. Margarita decide estudiar magisterio y Yolanda opta por derecho, se traslada a Montevideo para ir a la Universidad. Se aloja en el hogar estudiantil al lado de la Asociación Cristiana de Jóvenes, donde practica natación y trabaja con los niños como líder.

“Con mamá se hacía respetar cuando expresaba sus ideas políticas, aun en la diferencia, pero con Margarita tenían grandes discusiones. Cuando surge el Frente Amplio empezó a participar en los comités de base, colaboró con la organización de los fogones artiguistas, en esta etapa conoce a Julio César D’Elía y se enamoran, la recuerdo andando en la moto, viajando muy seguido a Salto junto a Julio. Era tan fuerte el amor que se tenían...”

Deciden casarse en 1972, tenían 25 años, se fueron a vivir a un apartamento en la calle Feliciano Rodríguez. Julio era estudiante avanzado en la Facultad de Ciencias Económicas y participaba en el Consejo Directivo por el orden estudiantil. Había nacido el 28 de setiembre de 1946. Ambos militaban en los GAU. Al año siguiente del golpe de Estado, después de haber sido clausurada la Universidad, deciden emigrar a Buenos Aires. Él había sido detenido en una oportunidad por personal de la marina. Se van a Salto en la Semana de Turismo, aprovechando para cruzar en lancha a Concordia.

Al llegar a Argentina se alojan en un hotel y luego en un apartamento en Capital Federal. Como a Yolanda le gustaban las manualidades se puso a hacer carteras de hilo sisal; trabaja como secretaria en una empresa, y Julio vende libros mientras sigue estudiando para recibirse

de economista, objetivo que logró cumplir. Yolanda viaja a Montevideo en alguna ocasión para visitar a su familia. Más adelante compran un apartamento en la localidad de San Fernando, en la provincia de Buenos Aires.

En la madrugada del 22 de diciembre de 1977 irrumpen las fuerzas represivas en su domicilio de la calle 9 de Julio 1130, apartamento 2 C. Una banda armada vestida de civil, con brazaletes, en su estilo habitual, para no ser identificados. Yolanda estaba embarazada casi a término. Los testigos cuentan que fueron golpeados y que los llevaron a la comisaría de San Fernando, a pocas cuadras de su casa.

Ese mismo día llegaban desde Montevideo los padres de Julio para celebrar la Navidad y acompañar en el parto, previsto para los primeros días de enero. Cuando entran al apartamento se encuentran con una “ratonera” de fuerzas paramilitares, que habían permanecido allí a la espera de otras personas. Los insultan, los amenazan y los tienen detenidos aproximadamente 12 horas. Luego los obligan a irse de Buenos Aires bajo amenazas de muerte.

“Eran cinco hombres los que había en el apartamento. Esperaban algo, tal vez órdenes para dar por terminado el operativo. Dos de ellos vestían campera, pantalón azul y camisa blanca. Además, por el comentario que escuché de uno de ellos, ‘yo aprendí a tomar mate cuando íbamos a maniobrar a Nueva Palmira’, creo que eran marinos uruguayos”, testimonió Julio D’Elía padre.⁶⁹

“Uno de ellos tenía todo el aspecto de ser de la marina uruguaya, estaba vestido de azul, camisa blanca y campera azul, y tenía nuestro acento, ni un poquito de la forma de hablar de los porteños. Había dos personas vestidas de la misma manera. También había otro que tenía un aspecto muy feo como de persona de mal ambiente, con una gorra de todos los colores que parecía ser el que comandaba el grupo”, declaró la mamá de Julio.⁷⁰

Cuando regresaron nuevamente a Argentina, el 26 de diciembre, se encontraron con la casa totalmente saqueada. Por los testimonios del portero del edificio y de vecinos supieron que habían llegado en cinco Ford Falcon y se llevaron todo. A la vuelta estaba

69. *A todos ellos*, op cit.

70. Renée Pallares D’Elía, ante la “Comisión investigadora sobre la situación de las personas desaparecidas y hechos que la motivaron”. Parlamento uruguayo, sesión del 26 de agosto de 1985.

ubicada la comisaría de San Fernando, que no intervino en ningún momento, dejándolos hacer. Hicieron las denuncias correspondientes comenzando un largo peregrinar en busca de los hijos y los hijos de sus hijos.

A Yolanda la trasladaron al pozo de Quilmes y luego al de Banfield, declara Adriana Chamorro, quien además asegura “no haber escuchado el nombre de Julio D’Elía en ese lugar”. Renée, la mamá de Julio, aseguró en la comisión parlamentaria que su hijo fue trasladado junto a otros cinco uruguayos a su país de origen, Uruguay, y el destino final que le dieron fue el FUSNA. Dijo que en dos oportunidades tuvieron noticias sobre su hijo por parte del personal de la Armada. María Asunción Artigas de Moyano le dijo a Adriana Chamorro, cuando llegó al pozo: “El mismo día que somos detenidos, otros uruguayos detenidos en fecha cercana, fueron trasladados a Uruguay para ser interrogados”.

Gracias a los testimonios de los compañeros desaparecidos que dejaron como eslabones de la palabra a los pocos sobrevivientes del campo de exterminio de Banfield, se pudo reconstruir los últimos momentos de su vida en ese lugar. El embarazo de Yolanda tenía ya ocho meses y se esperaba su parto para la primera quincena de enero de 1978. Luego del parto Yolanda fue “trasladada” definitivamente el 16 de mayo de 1978, junto a otros uruguayos, con destino desconocido hasta la fecha. El hijo de Yolanda y Julio nació e inmediatamente fue apropiado.

Regina relata que Margarita, la melliza de Yolanda, “durante mucho tiempo solía quejarse de grandes dolores en el cuerpo al levantarse, diciendo que: ‘se sentía como si le hubieran dado una paliza’. Mucho tiempo después, estando en las termas, al mirar el agua se desvaneció bruscamente. Tuvimos que llamar a la emergencia. Al volver en sí relató que había visto a Yolanda en el agua y que la llamaba... Estos sucesos coincidieron con las fechas en que Yolanda era torturada, y el desmayo cuando se supone que fueron tirados al mar”.

Julio D’Elía padre, en declaraciones a la Comisión Investigadora parlamentaria uruguaya, relata que por vinculaciones de la familia llegaron a entrevistarse, a mediados de 1978, con el agregado de aviación de la Embajada uruguaya en Argentina, coronel Luis

Fasana, quien les dijo que sus hijos ya estaban muertos y que del nieto se olvidaran porque no lo iban a ver más.

Las Abuelas de Plaza de Mayo encontrarán a los apropiadores: el matrimonio De Luccia-Leiro. De Luccia era miembro del Servicio de Inteligencia Naval Argentino. En el año 1995 los análisis genéticos ordenados por la justicia corroboraron la identidad del joven.

Aquella mañana, en un juzgado en San Isidro, provincia de Buenos Aires, el joven Carlos extiende su mano a esas mujeres que decían ser sus abuelas:

—¿Cómo le va, señora?

—Yo soy la madre de tu padre —le dijo Renée.

—Y yo soy Regina, hermana de tu madre. Soy tu tía.

Carlos prefirió sentarse mientras escuchaba lo que iban diciendo con emoción sus abuelas.

—Te estamos buscando hace mucho tiempo... 17 años, y lamento mucho que tu abuelo Julio no pueda estar aquí para verte, esto es muy fuerte —agregó Renée.

A Regina aún hoy se le corta la voz con la emoción del recuerdo.

—Para mí es muy doloroso, si supieran lo que estoy viviendo —Carlos apoyó la mano en su corazón y con los ojos llenos de lágrimas se levantó—. Me tengo que ir, les agradezco mucho todo lo que han hecho, lo que han pasado, pero por ahora no quiero conocer a nadie más.

“Luego se fue, no pude decirle en aquel momento, pero me hubiera gustado decirle ‘cuánto dolor, pensar que tu vida habría sido otra. Durante todo este tiempo hubiera sido diferente, sin angustias’. Me hubiera gustado decirle ‘sos igual a Julio, tus ojos son iguales a los de tu padre’. Decirle ‘no sabés cuánto se amaban tus padres’. ¡Ay, Yolanda, qué hijo tan lindo tenés! Muchas cosas le podía haber dicho, pero no me salían las palabras”, recuerda Regina.

Con el transcurso del tiempo, con el amor y la tenacidad de la familia biológica, se fueron acercando. Más tarde las visitas fueron aliviando la distancia del primer encuentro, y él dijo:

—Hagamos de cuenta que empezamos a partir de ahora.

Con las charlas familiares, Carlos va entrando despacito en la propia historia, en la música del país. Después de tres años viene a

Uruguay, a la casa de su tía. Recorre con los dedos la foto de su madre y en voz bajita, susurrando, dijo:

—¡Qué linda!⁷¹

Mi río

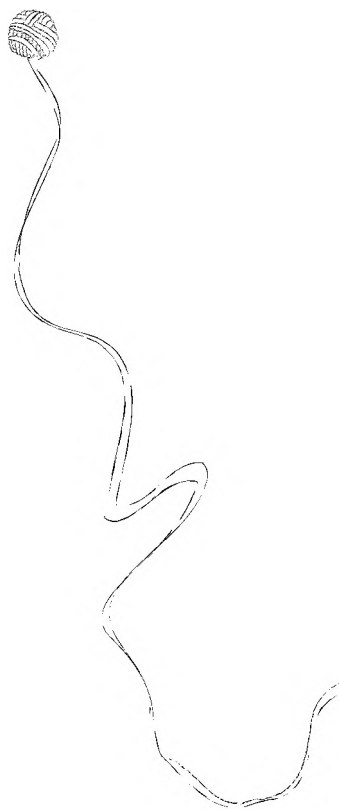
Durante años soñé
con el color de tus aguas,
añoré

el salitre
la caricia del sol
la arena mojada

y ahora no puedo
acercarme,
mirarte,
gozarte,
entregarme.

Desde allí
me miran,
desde allí
reclaman,
desde allí
los huesos,
desde allí
los sueños,
los gritos espesos
hundidos,
desaparecidos.

Ana Demarco



71. Esta historia se reconstruyó en base a testimonios de Ileana y Regina Casco Ghelpi, entrevistadas por Martha Passeggi y Beatriz Barboza.

Fichas:

Casco Gelphi, Yolanda Iris

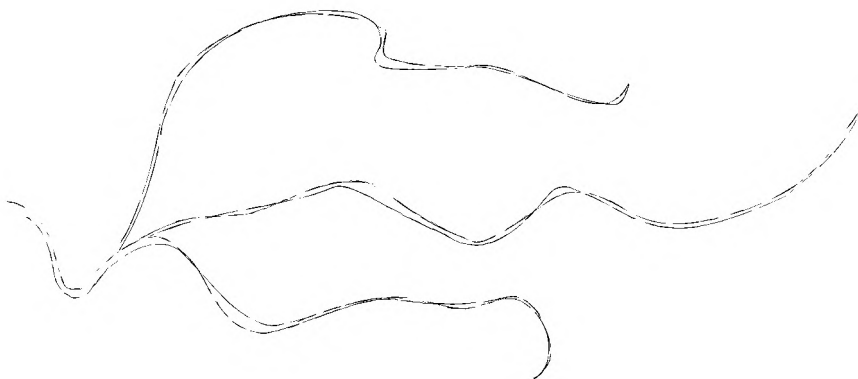
Nació el 28 de diciembre de 1945 en Uruguay. Fue secuestrada el 22 de diciembre de 1977, embarazada de ocho meses y medio. Desaparecida.

D'Elía Pallares, Julio César

Nació el 28 de setiembre de 1946 en Uruguay. Fue secuestrado en Argentina. Desaparecido.

D'Elía Casco, Carlos

Nació en el pozo de Banfield. Fue apropiado por el matrimonio De Luccia-Leiro (miembro del SIDE).





María Antonia Castro

Reconstruir la historia de María Antonia parecía difícil, conocimos a algunos compañeros de estudio que guardaban recuerdos y muy poco más. De forma inesperada y después de casi treinta años, su madre y su hermana se disponen a contarnos su historia, y de esa manera reaparece aquel tramo desconocido de su vida.

Pasó mucho tiempo para que pudieran compartir tanto dolor. Con esa responsabilidad viajamos hacia Florida el 16 de julio de 2005. En la estación, Marianela, hermana de María Antonia, nos da una cálida bienvenida, nos olvidamos del frío y de la lluvia. En la casa acogedora está esperándonos la madre, doña Maruja, rodeada de plantas que amorosamente cuida.

Maruja es el nombre que ha tenido durante sus 78 años de vida, nadie utiliza su verdadero nombre: María Florencia. Cálida y generosa nos espera en la cocina, una estufa a leña crepitante nos envuelve en su calor intenso.

La mesa es la misma que nucleó los cotidianos desayunos, fue testigo de los deberes de las hermanas al regreso de la escuela y de las reuniones familiares, allí María Antonia se asomó a sus primeras lecturas y allí surgió el relato postergado tantos años.

María Antonia fue la primera hija del matrimonio entre Carlos Castro y María Florencia Huerga. Nació el 3 de setiembre de 1948, fue “como si el cielo se abriera de felicidad, fue a los dos años de casados”, relata doña Maruja con los brazos alzados.

Su niñez transcurre en este mismo barrio de Florida junto a sus padres, su hermana y la abuela materna, doña Jacinta.

La casa de los Castro-Huerga no tenía candados, ni rejas, ni llaves, como todas las casas del interior. Abierta a todos, era reflejo de la vida social de don Carlos, peluquero de profesión, quien alternaba

su oficio con dos marcadas pasiones, el fútbol y la murga. Allí se reunía a ensayar la murga La Vascongada en largas jornadas en las que doña Maruja preparaba manjares caseros que regalaba a todos los asistentes. En este ambiente fue creciendo María Antonia. Jugaba poco con las muñecas, le gustaba el trompo, la tapadita, y le gustaba mucho el campo. “Nuestros padres nos llevaban a los campeonatos de fútbol, íbamos con las camisetas de El Atlético, el cuadro del barrio, éramos rabiosamente apasionadas”, recuerda Marianela.

“María Antonia era una gorda divina, era preciosa pero... muy inquieta, traviesa y vivaz. Era muy inteligente, atraía a todos y se convertía en líder, siempre estaba rodeada de amistades. Era muy apegada a su padre, y él la adoraba –interviene doña Maruja–. De mí adquirió su profunda fe religiosa, era creyente, practicante católica. De todas maneras él no se oponía ni hacía problemas, era un batllista liberal, de los de la vieja época.”

Fue a la escuela pública José Pedro Varela, la misma a la que habían ido sus padres y a la que iría su hermana Marianela. “Fue una etapa difícil, costaba que se despertara a la mañana, y a pesar de tener la escuela a cuatro cuadras siempre me hacía llegar tarde, por lo tanto el director hacía sonar la campanilla que nos indicaba que teníamos una penitencia y que no podríamos comer la merienda”, recuerda su hermana.

Un perro muy querido por María Antonia es especialmente recordado por la madre y la hermana. Llamado Solo, de pelaje blanco y tamaño mediano, le habían enseñado a hacer las tareas más importantes de la casa. A media mañana llevaba, fuertemente agarrado con los dientes, a la peluquería de don Carlos un portafolio con las toallitas de barbero que prolijamente doña Maruja le preparaba para continuar la jornada de trabajo. Era también el encargado de ir a buscar a las chiquilinas al colegio; a la hora indicada marchaba Solo a cumplir su cometido.

María Antonia se destacó como alumna de piano, la música fue una pasión que la acompañó siempre, la docencia también; llegó a enseñarles piano a muchos niños de su pueblo. Su padre le había construido una pieza más confortable para sus clases, al lado del patio, el título sigue colgado en el mismo lugar.

Llega la adolescencia y la hora de ir al liceo. Doña Maruja,

temerosa, recela de ese ambiente. “El entorno no me gustaba nada, le tenía miedo, siempre odié la política”, repite una y otra vez, como confirmando hoy los viejos temores. En esa etapa la actividad social en la Iglesia pasó a ser algo fundamental en la vida de María Antonia. Fue ella quien le enseñó catecismo a Marianela y a sus amigos, en la Catedral de Santa Teresita. Su referente era el padre Moreira, a quien quería y respetaba. La preocupación de la Iglesia por la realidad social, en esa época, permitió a muchos jóvenes descubrir la pobreza, la injusticia y el dolor.

La Pastoral de 1968 manifestaba que en “una discusión estimulante y constructiva” habían entendido que “muchas veces sucederá que la propia concepción cristiana de la vida les inclinará en ciertos casos a elegir una determinada solución. Pero podrá suceder, como sucede frecuentemente y con todo derecho, que otros fieles, guiados por una no menor sinceridad, juzguen el mismo asunto de distinta manera”. Y más adelante: “Acerquémonos a la realidad no como simples espectadores, sino como protagonistas, porque los gozos y las esperanzas, las tristezas y la angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo”.

Llamaba al compromiso, a la participación. El documento número 2 expresaba: “Mirando la realidad uruguaya actual lo primero que se nos presenta es la crisis real y profunda, moral y estructural que vive el país. Esta crisis es un acontecimiento histórico, es decir, un hecho que afecta profundamente nuestra vida y nuestra historia. Y por ser acontecimiento histórico, es uno de los signos de los tiempos que los cristianos debemos escrutar a fondo. Porque ‘la crisis es uno de esos hechos que tienen una valencia salvadora distinta de los demás y ante los que no se puede pasar con igual indolencia’. Lo que importa, pues, al cristianismo es que el hombre se desarrolle aquí y ahora integralmente. Que triunfe la verdad y la justicia, aunque sea a riesgo de muchos sacrificios, muchos sinsabores y aun de su propia vida”.

María Antonia participa en los grupos de reflexión, su fe y sus inquietudes sociales se profundizan. Por otra parte se manifiesta su vocación por la medicina, que no fue sorpresa, siempre estuvo presente en la casa de los Castro, la abuela trabajó en el hospital de

Florida y doña Maruja, buena samaritana, estaba permanentemente dispuesta a cuidar a algún enfermo, conocido o no.

Ingresa a la Facultad de Medicina en 1968, vive en una casa de familia en el centro de Montevideo que habían elegido los padres. La casa de doña Consuelo pasa a ser como la propia, ya que solo volvía a la paterna los fines de semana.

La vida gremial universitaria la convocó y se convirtió en delegada del grupo de ingreso, a fines de ese año se integra a los GAU, donde ejerce la secretaría personal de Héctor Rodríguez.

Derley Chagas nos cuenta que se conocieron en la Facultad de Medicina; él venía de Treinta y Tres. “Nuestra empatía fue inmediata, quizá porque ambos veníamos del interior. Era discreta en el vestir, no usaba maquillaje, era muy femenina; remoloneaba bastante para levantarse, tanto es así que a veces yo llegaba a su casa para estudiar y todavía estaba acostada, yo le leía sentado en el piso y así estudiábamos. Tenía carácter fuerte y firmes convicciones.”

En esa época, en el GAU, conoce a Mario Martínez. Nace entre ellos una relación hasta convertirse en pareja. Mario es periodista, escribe artículos para *El Sol*, *Marcha* y *Época*. Estudia y se recibe en la Escuela de Servicio Social.

El padre de María Antonia fue el primero en conocer su relación con Mario. Después lo conoce el resto de la familia. La salud de Mario era delicada, padecía de asma, lo que limitaba su actividad.

El 21 de febrero de 1975 se casan. Ese día comparten un almuerzo con familiares y amigos. Se van a Buenos Aires, donde María Antonia trabaja en el Hospital Italiano, en el Departamento de Medicina Nuclear, y Mario en una librería. Volver a su patria para recibir su título le hubiera significado un riesgo, por lo tanto acordó con una amiga de estudio que lo retirara.

En Argentina siguen conjugando trabajo con actividades de denuncia a la dictadura uruguaya.

Derley los visitó varias veces en ese período y recuerda la preocupación de María Antonia por seguir formándose en la profesión. En su último encuentro, en octubre de 1977, caminaron durante horas por el Once para terminar sentados en el cordón de la vereda. María Antonia llevaba puesto el anillo que Derley le había regalado cuando se recibió. Ella esperaba documentos de Montevideo, pues

había solicitado una beca en Alemania para seguir en su especialidad, la medicina nuclear.

El 22 de diciembre de 1977 María Antonia llamó a la casa de su prima para confirmar la llegada de sus padres. Venían todos a pasar la Navidad. “Para nosotros todo estaba bien, no teníamos idea de lo que pasaba”, cuenta doña Maruja.

Cuando la familia Castro llega al aeropuerto, nadie los esperaba. “Qué impuntualidad, estos muchachos”, pronunció don Carlos. Fueron pasando las horas y no encontraban explicación, por qué no llegaban a recogerlos. Llegaba la noche, las familias comenzaban a festejar la Navidad. Deciden tomar un taxi para ir al apartamento de los muchachos en el barrio de Almagro.

Cuando llegan, es el portero quien les anuncia que María Antonia y Mario fueron detenidos el 23 de diciembre en horas de la madrugada. Cuatro hombres armados con metralletas que se identificaron como integrantes de la Policía Federal llegaron con una persona encapuchada, irrumpieron en el edificio con violencia y se los llevaron. “No nos dejó entrar, no teníamos llave, era una locura, era Navidad, no encontrábamos hotel, no nos podíamos convencer, era como estar viviendo un sueño, no era real. El 25 volvimos al apartamento, teníamos que esperar el hábeas corpus hasta el día 26. En Jefatura entraba sólo papá y nosotros nos quedábamos afuera, no nos dejaban entrar”, relata Marianela.

Durante más de un año los padres de María Antonia mantuvieron el apartamento, pagando su alquiler, a la espera de que volvieran.

En sus declaraciones ante el Poder Judicial argentino, en mayo de 2001, Adriana Chamorro expresa: “Cuando a los uruguayos los trasladan a Quilmes entre fines de marzo y mayo de 1978, los vuelven a torturar, los vuelven a interrogar; ahí, en esa ocasión muere el marido de María Antonia Castro, que era médica. Era la persona que había certificado el embarazo de Mary Artigas en el chupadero mismo. En ese lugar muere Mario Martínez, de un ataque de asma, no tuvo atención médica, y su mujer María Antonia no pudo conseguir, no pudo hacer que tuviera la droga necesaria para salvarlo”.

Nelson Mezquida, secuestrado el 15 de abril de 1978 y detenido en el pozo de Quilmes, declara: “Allí había sido torturado un joven asmático, había sufrido un paro cardíaco, y fue asistido por su esposa que era médica. Una vez recuperado se le siguió torturando.

Volvió a sufrir un nuevo infarto...”.

Todos los uruguayos, menos las embarazadas, fueron trasladados con destino desconocido. Entre ellos estaba María Antonia.⁷²

Ayer los vi a ellos,
creí reconocerlos a todos.
De entre la hojarasca algunos,
otros asomaron en la orilla del mar.
A pesar de sus bocas enmudecidas,
sus ojos opacos por el tiempo,
me pareció sentir un murmullo.

Me acerqué despacito...
las voces se arrollaron tímidamente
por mi presencia, pero aun así
llegué a escuchar....

"Diles a todos que no renuncien
a buscar nuestras huellas
porque nosotros somos una parte
de cada uno de ustedes:
somos el recuerdo
aun sin sepultura,
sin justicia,
sin reencuentro,
con la condición
de seres humanos
que fuimos."

Martha Passeggi



72. Esta historia se reconstruyó en base a testimonios de Marianela Castro Huerga, María Florencia Huerga de Castro y Derley Chagas, entrevistados por Martha Passeggi y Beatriz Barboza.

Fichas:

Castro Huerga, María Antonia

Nació el 3 de setiembre de 1948. Fue secuestrada en Argentina. Desaparecida.

Martínez Suárez, José Mario

Nació el 13 de febrero de 1943. Fue secuestrado en diciembre de 1977. Desaparecido.



Ileana García

Concertamos una reunión con la familia de Ileana en la casa del Parque Batlle, la misma casa que la viera partir hacia Buenos Aires junto a su esposo y compañero Edmundo Dossetti. Nos esperan su mamá Olga, su padre Ovidio y su amiga Brenda. Ovidio vino desde su habitación a saludarnos afectuosamente; los años de impotencia y dolor por la ausencia de su hija lo marcaron

para siempre silenciando en su sufrimiento los recuerdos, que no logran aflorar. En cambio Olga es una mujer fuerte, con gran energía puesta en el recuerdo, su precisión en las fechas, en los detalles, allana el camino de la memoria. Su caudal desborda, cuenta todo con gran velocidad, las palabras salen una tras otra, recuerdos que esperaban ser contados, que necesitaban ser contados. Surgen plenos su hija Ileana y su yerno Edmundo.

Nos recibieron con fotos, recortes de diarios, cartas y dibujos sobre la mesa. Se abría un mundo de vida truncada, de dolor por las ausencias, buscando, conociendo. Sentimos con ella las emociones, la rabia, la frustración y la alegría de esos recuerdos.

Olga es modista de oficio y Ovidio trabajó como tejedor en la fábrica Alpargatas. En el barrio del Cerrito de la Victoria, en aquella casa de trabajadores nace Ileana en marzo de 1954. La casa está cerca de la escuela pública número 7, a la que va Ileana. Su escolaridad es brillante, desde niña manifiesta su vocación por las letras y por la expresión en todas sus formas. Veintiséis años después aparecen los dibujos atesorados por su familia, dibujos arrancados de la realidad, instantáneas de las vivencias cotidianas de Ileana y de su familia.

Sus padres por aquellos tiempos habían podido ahorrar y compraron un terreno en la zona de Tala, donde iban habitualmente y era su lugar de contacto con la naturaleza.

En la familia los valores de trabajo y esfuerzo se transmiten naturalmente y eso está reflejado en sus escritos de tercer año de escuela, junto a su curiosidad, imaginación y sensibilidad infantil: “Hoy al llegar a la escuela miramos hacia lo lejos y vimos todo el paisaje tapado de rocío, parecía que una nube blanca envolviera todo ¡nos parecía que estuviéramos en un lugar donde existían hadas, duendes y príncipes! Después la señorita maestra nos explicó por qué todo aquello parecía nieve; nos dijo que el rocío quedaba en las partes más bajas y que el sol evaporaba todo ese rocío luego”. Las maestras siempre recurrían a las redacciones de Ileana para el boletín barrial, que en la tapa destacaba las palabras de la niña. Natural, sensible, coqueta, su niñez fue feliz, afirma Olga. Su cuarto estaba cubierto de muñecas que de noche se iban a la cama con ella. Hasta las cartas de los Reyes conservaron estos padres: “Queridos Reyes Magos: quisiera una muñeca Farina. Cabello largo y alta. Como es el último año que voy a escribir mi carta, adiós. Nueve años. Ileana García”.

En uno de los deberes, titulado “Me expreso”, escribió “En casa tengo un cardenal. Es un lindo pájaro, tiene un bonito copete rojo, su pecho es blanco y las plumas de sus alas y cola son grises oscuras (...) mi papá lo cuida y le pinta su jaula. Cuando le hablo pía, todas las mañanas (...) Cuando lo cuelgo cerca de las plantas pica las hojas y canta muy feliz”.

Le gustaba nadar y practicaba en el club Neptuno. Los estudios secundarios los realiza en el liceo número 13 de Maroñas, sus primeros bailes fueron como casi todos en esa época en casas familiares. El cumpleaños de 15 lo festejan en casa. Fue la época en la que la familia se mudó a la casa en que hoy nos reciben.

Su sensibilidad, los valores recibidos de sus padres y la nueva realidad que vivía el país comprometen a Ileana en la lucha contra la injusticia.

Cursó preparatorios de derecho en el IBO,⁷³ que en esa época era sólo femenino. Posteriormente ingresó a la Facultad de Humanidades y cursó los profesorados de literatura e inglés, que después intentó culminar en Argentina. Su habilidad manual le permitió trabajar en el taller de artesanías de Olga Baldomir.

73. Instituto Batlle y Ordóñez.

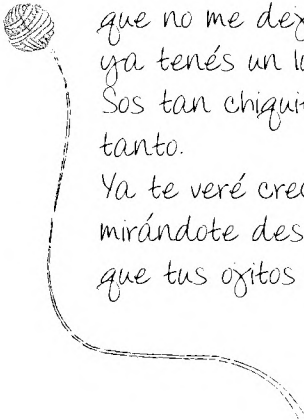
En el otoño de 1971 se enamora de Edmundo, estudiante de Ciencias Económicas e integrante de los GAU. Trabaja en Izeta López, participa en la formación del sindicato junto a otro compañero. Los llaman “Sacco y Vanzetti”, porque Edmundo es alto y el otro compañero es bajito. Cuando se produce el golpe de Estado participa en la huelga general y estuvo preso 32 días en el Cilindro Municipal. Cuando lo despiden de la empresa decide probar suerte en Buenos Aires. Luego vuelve a buscar a Ileana para casarse, lo hacen en octubre del 74.

Aunque Ileana nunca llegó a tener militancia orgánica, actuó como la mayoría de los militantes que iban a Buenos Aires. Los primeros tiempos fueron de encuentros con los compatriotas que cruzaban escapando de las detenciones masivas en nuestro país, solidarios y fraternos les abrían sus brazos. Brenda, su amiga de aquella época, cuenta: “Éramos dos parejas compartiendo sueños, exilio y militancia. Nosotros pertenecíamos al PVP. Juntos organizamos la vida cotidiana, un día hacíamos la cena nosotros y otro día ellos. Una comunidad de compromisos: dos veces a la semana nos reuníamos a cenar, la idea había sido de Ileana para aliviarnos mutuamente la tarea de la comida los días en que cada una terminaba más tarde la jornada de trabajo y de estudio. Ella continuaba con sus cursos de inglés, con la expectativa de poder concluirlos y recibirse. A medida que convoco el recuerdo, su imagen se me torna más clara y luminosa. La sonrisa franca y cálida, un rostro de piel muy blanca y tersa, enmarcado por un cabello bien negro; era bonita, alegre y muy comunicativa. De buen humor, solía bromear con las cosas cotidianas que nos ocurrían. Era sagaz para conocer el carácter de las personas, ocupada del bienestar de quienes la rodeábamos. Una amiga que me hacía percibir vivamente el cariño que por mí sentía. Cuando Nacho y yo decidimos casarnos se puso tan contenta como si fuese su propio casamiento. Todo tenía que salir bien; entre otras cosas, no pueden faltar las fotos. ‘¡Cómo no vas a sacar fotos!, yo me encargo’, dijo Ileana. Estaba muy enamorada de su compañero, el Flaco, ‘lo admiro –decía–, si no fuera así no podría estar con él’. El Flaco, José, Pepe, eran nombres que Edmundo había ido incorporando a lo largo del tiempo, terminaban siendo muy útiles en esa especie de clandestinidad obligatoria en que todos vivíamos. Cuando yo lo conocí era muy reservado, fue abriéndose con el tiempo, en la calidez de la amistad, no siempre estábamos de acuerdo, pero sabíamos escucharnos.

En una reunión de fin de año Edmundo nos sorprendió con su histrionismo murguero, acompañándose con unas tapas de cacero-las que marcaban el ritmo de la despedida. En esos tres años del 74 al 77 tejimos una amistad producto de la afinidad natural que se dio y de compartir las vivencias y las experiencias que surgían en esa nueva etapa de nuestras vidas, la vida independiente, en pareja, las responsabilidades asumidas, teníamos un poco más de veinte años.

Después los tiempos se hicieron más urgentes. Los miedos, los deseos, las certezas y la incertidumbre corrían a la par. Ya no nos veíamos con la misma frecuencia de antes. En ese juego de tensiones llegó el hijo deseado, nació una preciosa niña que llamaba la atención por el color de sus ojos, Soledad. El recuerdo se interrumpe, cuando logro retomarlo aparecen ambos, tan jóvenes, tan unidos, tan presentes.”

Al día siguiente del encuentro en la casa del parque, Olga nos dio una carta: “Encontré una cosita escrita por Ileana, que dejó sobre su mesa de estudio, me emocionó un poquito y la guardé, tenía Ileana en ese entonces 17 años, desde su dormitorio en el primer piso veía a una nenita de pocos meses sentada en su sillita de comer, que lloraba todo el tiempo. Cariños por todo, Olga.”



"Cada vez que oigo un llanto
corro despacito la cortina para mirarte,
gorda preciosa.
Ni siquiera sé cómo te llaman
pero ya me hace sufrir tu llanto
y me vienen deseos de abrazarte y traerte a casa.
Gorda de pestañitas húmedas
que no me dejas estudiar en paz,
ya tenés un lugar secreto y dulce en mi corazón.
Sos tan chiquita que parece ridículo que rezongues
tanto.
Ya te veré crecer, angelito molesto,
mirándote desde la ventana
que tus ojitos no adivinan nunca."

Marzo, 1970.

Otra amiga de Ileana suma sus recuerdos: “Olvidé la fecha, pero fue en la ciudad deportiva de la Boca, la veo venir tomada de la mano de José. Al verla sentí lo mismo que al estar en un grupo de niños pequeños, esa energía mansa, pura. Así la recuerdo, con esos ojos grandes, con necesidad de ver. Creo que ella veía, sentía y hablaba por los ojos. Jamás la vi alterada, no tenía una pizca de agresividad, parecía tan estable emocionalmente.

Los objetos y adornos de su casa eran su historia viva, me contaba de cada adorno, su origen, su afecto, todo puesto de tal forma que encajaba justo como era ella. Admiraba a su madre por su fortaleza, pero se ponía melancólica cuando hablaba del ‘Sapo’ Ovidio, su papá, a quien adoraba. Lo primero que recuerdo al pensarla es el embarazo. Nos veíamos los domingos a la tarde y era automático, se iba a tirar en su cama y yo al lado de ella, así mientras conversábamos sentíamos las dos con la mano en la panza cómo se movía su bebé. Más crecía la panza, más disfrutábamos del ‘ritual de los domingos’.” El 14 de mayo nació Soledad.

Unos meses después, en el apartamento de la calle Lavalle se preparan para acostarse Edmundo, Ileana y Soledad. Con ellos está viviendo otro uruguayo, Alfredo Bosco. Ese 21 de diciembre de 1977 los militares obligaron al portero a abrir la puerta del edificio. Luego... el caos, la arremetida, golpes, gritos. Soledad tenía siete meses y una semana de vida, Ileana se resiste a que se la saquen, cae desmayada por un golpe. La patota militar luego de saquear el hogar, en el momento de salir, inesperadamente, deja a la niña en manos del portero. Todo queda en silencio. A los pocos días los militares regresan por Soledad, pero la casualidad quiso que al día siguiente del operativo llegara una carta escrita por los abuelos desde Montevideo. Eso permite a los vecinos localizarlos y avisar lo que había sucedido.

Ileana, Edmundo y Alfredo fueron llevados a la Brigada de San Justo en Quilmes, encapuchados y torturados. Luego son trasladados al pozo de Banfield con vendas en los ojos y permanentemente esposados. La guardia a veces los dejaba sacarse las vendas, pero no les sacaban las esposas; la habilidad manual de Ileana le permitió abrirlas con un pedacito de alambre que había conseguido.

“En los pozos era una práctica habitual en los uruguayos contar todo, daban muchos datos a todo el mundo, en caso de que

alguien saliera y pudiera informar, pero desgraciadamente no teníamos cómo escribir y había demasiados acontecimientos, así que muchos datos se perdieron –cuenta Adriana Chamorro–. Los uruguayos nos enseñaron a comunicarnos con una especie de código morse.

Allí se comía una sola vez al día, en una olla traían una especie de sopa que era agua con unos pedazos de mondongo muy verdes, que flotaban, y nos daban tres pancitos por preso. En un bidón cortado de cuatro litros teníamos que hacer las necesidades todos los que estábamos en el calabozo. Cuando las mujeres teníamos la menstruación no había absolutamente nada para usar, yo le pregunté a un guardia qué hacer y el guardia levantó un dedo y me hizo así... Los demás presos nos daban pedazos de ropas o faldones de camisa o algo por el estilo para usar, no había absolutamente ninguna medida de higiene.”

El 15 de mayo de 1978, 21 uruguayos fueron trasladados con destino desconocido “al sur”, en los llamados vuelos de la muerte. Edmundo estaba en ese vuelo, Ileana no fue con ellos porque los secuestradores sospechaban que podía estar embarazada, le faltaba la menstruación desde hacía unos meses. Estuvieron juntas con María Asunción en el mismo calabozo unos cuantos días, hasta mediados de junio de ese año en que confirman que Ileana no está embarazada y la sacan.

En las calles porteñas de Argentina se desata la lucha desigual: una abuela buscando salvar a su nieta de las manos de los secuestradores, y la dictadura camuflando sus acciones tras el triste eslogan “los argentinos somos derechos y humanos” mientras el país se prepara para el Mundial.

Olga recorre lugares desconocidos, en tinieblas, sin entender, durmiendo en las plazas, en hoteluchos de mala muerte, presentando pedidos de hábeas corpus, entrando en comisarías, juzgados, con urgencia, los tiempos apremian, los plazos se vencen. En la búsqueda también encuentra manos que se brindan solidarias. Logra encontrar a su nieta en la Casa Cuna. Increíblemente Soledad había sido entregada por sus captores en la comisaría, pasada al juzgado y finalmente entregada al Estado.

Así relata hoy los hechos Soledad: “No sé cuántos días después, pero sé que fueron poquitos, me vinieron a buscar mis abuelos.

Cuando llegaron a mi casa no hallaron nada. Ni un mueble, ni un papel ni un palillo, no dejaron nada, como si nadie hubiese vivido allí. Tampoco me encontraron a mí, porque después de estar un par de días con el portero los militares me vinieron a buscar y me llevaron.

Nadie sabía dónde estaba. Se hicieron veintipico de hábeas corpus. Después de una semana de búsqueda infructuosa mi abuela paterna se volvió a Montevideo y mi otra abuela decidió quedarse. Unos días más tarde le dijeron que yo estaba en provincia con un matrimonio muy bueno que me cuidaba bien. Mi abuela comenzó a ir a un juez y lo hizo hasta que me devolvieron. Habían pasado como 20 días desde el momento del operativo”.

Una carta escrita por Ana María Bello conmueve:

“La memoria, más que una caja de historias que permite despertarse cada día dentro de la propia piel y la propia imagen amasada por uno mismo y los demás, es una masa dolorida con algunos flecos de colores ovillados, que la dictadura o la ‘dolodura’, como podría llamarse, no pudo desteñir. Uno de esos ovillos con color de ojos como lagunas nocturnas es Ileana. Ella y Edmundo, como tantos, creímos que, como los obstinados erizos que describe Cortázar en uno de sus cuentos, ‘Seres afables y de costumbres pastorales’, nuestros pinchos protectores nos salvarían de los autos nocturnos de cualquier carretera, al atravesarla para buscar la vida al otro lado. Esos Falcon nocturnos y siniestros, con su carga de seres metálicos, rugientes e implacables, hicieron de las ‘callecitas’ de Buenos Aires autopistas amanecidas con las huellas de sus atropellos y con el olor de su sulfuroso sadismo. Tomar ese ovillo palpitante en las manos y destejer su enredo es una transgresión a la invisibilidad, al olvido imposible y hace volar los trapos negros que, con eufemismos institucionalizados y leguleyos ‘pacifican’, ‘vuelven a hermanar’ cabalgando sobre la hipocresía del ‘yo no sé’, ‘yo no fui’, ‘borrón y cuenta nueva’, ‘perdón’.

Ileana era la cuñada de mi prima. No eran años de visitas ni de sociabilidad para los que, con todo el tiempo ocupado en encontrar la fórmula para cambiar una realidad ofensiva a la dignidad humana, dedicaban sus vidas a ese sueño. No hubo visitas, cumpleaños, casamientos ni otro enlace más que el conocimiento de la mutua

existencia que las referencias y noticias de las mujeres mayores de la familia que amarran historias y alianzas. Sólo nombres y relatos enlazando vidas y destinos en un parentesco de solidaridades intangibles.

Daniel, su hermano vertiginoso y ruidoso como su moto; torbellino que existe girando y girando sin pausa, es su antítesis. Ella, silenciosa y serena bajo su espesa mata de pelo; él conversador y atormentado. En diferentes ocasiones ambos fueron eslabones cruciales para que hoy pueda testimoniarles mi cariño y agradecimiento. La curiosa geometría que trazan los caminos personales y azarosos nos cruzó en encrucijadas donde encontré sus manos solidarias y generosas.

Eran épocas de pocas palabras, de pocas preguntas: sólo la certeza de estar del mismo lado en una dualidad social y política, un abismo desnudo (única diferencia con el presente) nos instaló en el mismo territorio.

Con una de mis hermanas llegamos a Buenos Aires en febrero de 1976. Circunstancias inverosímiles que hasta ahora nos parecen una cadena irrepetible de datos y encuentros milagrosos construyen un puente hacia el primer destino de un exilio largo y distante. ¿Dónde ir en esa gran ciudad? ¿Cómo vivir con el dinero que teníamos? ¿De qué trabajar? Ileana y Edmundo alquilaban un pequeño apartamento; al saber de nuestra situación y sin evaluar su propio riesgo, sin preguntas y sin condiciones, nos enviaron la llave de su casa. A ellos les sobraban razones para preservar ese refugio, pero las razones de la solidaridad eran la norma de sus decisiones.

En un edificio cercano al Congreso, tras el brillo de los bronce de la entrada, decenas de monoambientes amueblados constituían un palomar para decenas de familias y las aves que por miles cubren la plaza cercana. Prolija, cálida y discreta como ella era su casa. Nada faltaba y nada sobraba. El trajín del centro no alcanzaba a ese refugio que, en las alturas, sólo era perturbado por los amoríos exigentes de las palomas.

Un libro de poemas de Oliverio Girondo, huella dactilar de la sensibilidad de sus dueños, era uno de los pocos objetos entrañables que los acompañaban. Al irnos elegimos con mi hermana dejarles *Espartaco*, de Howard Fast, para acompañar al poeta en el inicio de

una biblioteca. Reiniciar una y otra vez era la fórmula de la supervivencia en la también clandestina e inconfesable lucha por no perderse uno mismo en el laberinto del terror. Cada uno tenía un objeto que actuaba como un faro-guía, el de Ileana era la poesía. Juegos de palabras con las que el poeta desafía el lenguaje:

En la sed
en el ser
en las psiquis
en las equis
en las exquisitísticas respuestas
en los enlunamientos
en lo erecto por los excesos lesos del erofronte etcétera
o en el bisuño exhausto del dame toma date hasta
el mismo testuz de tu tan grand'

Yo me fui a México, mi hermana Graciela la vio luego dos veces y conserva imborrables imágenes brumosas. Una de ellas atravesando, con la concentración que exige el caso, las vías del tren en la estación de Lugano, de la mano de Edmundo, mirando las piedras resbaladizas del paso a nivel, como quien camina entre cristales, no notó el saludo desde la ventanilla del tren que partía. Visitaban a Carmen, otra de mis hermanas, que los esperaba con el matecito pronto. Carmen tuvo un corazón demasiado grande para resistir este mundo tan pequeño, si viviera podría contarnos muchas cosas de sus amigos. Otra vez, cuando Zitarrosa cantó en Buenos Aires el 'Adagio a mi país', se reunieron muchos uruguayos, pero ya no eran tiempos de saludos sino de guiños: allí estaban juntos, Soledad ya los acompañaba dentro de su panzona madre.

En México supe de su desaparición, del encuentro de su hija y de la búsqueda incansable de sus padres. En ese momento, el mundo tenía sus ojos y oídos puestos en la visita del papa a México y el Concilio de Puebla. Discutían sobre el rol de la Iglesia ante los males del mundo. Me armé de un pase de periodista y en una carta pedí, a estos hombres símbolos de la piedad, la paz, etcétera, ayuda para saber sobre su destino.

Todavía había esperanzas de hallarlos con vida. No había tiempo que perder. Las organizaciones defensoras de los derechos humanos no podían llegar hasta la reunión y acampaban en una plaza fuera de la vista de los deliberantes, que no debían ser perturbados... Mi acreditación me permitió entrar. Cada uno de los obispos o sus secretarios recibió mi carta. ¿La leyeron? ¿Podían hacer algo?

Esas preguntas tienen una respuesta. El dignatario argentino, cubierto de violeta de pies a cabeza me dijo personalmente: ‘La Iglesia no se ocupa de sediciosos... son asesinos’. Ese hombre era aceptado por sus iguales como interlocutor. Eso no significa igualar, significa no olvidar, significa no banalizar, ‘yo no sé’... ‘yo no fui’... Hubo una excepción y una respuesta un año después: un asesor francés del papa (olvidé su nombre en esa amnesia defensiva que me aqueja), muy anciano, que reunía multitudes de seguidores en la campaña francesa. Él me buscó, se comprometió a indagar y un año después recibí una carta donde en un respetuoso tono de condolencia exhortaba a no tener expectativas. Él no olvidó, él investigó. Mi familia nunca va a olvidar, nuestros hijos, nuestros nietos saben y sabrán siempre que entre los desaparecidos hay amigos, amigos de amigos y esa joven soñadora que amaba los poemas de Gironde y ese muchacho de bigotes y patillas al mejor estilo de los Vétales. Todos ellos son parte de las razones para que la vida continúe, ellos son parte de todos nosotros. ¿Cómo puede haber olvido?”⁷⁴

74. Esta historia se reconstruyó en base a testimonios de Olga Ramos de García, Ovidio García y una amiga de Ileana, entrevistados por Martha Passeggi y Beatriz Barboza, y datos tomados de “Desaparecidos y poder. Los campos de concentración”, tesis de doctorado de Pilar Calveiro, México, 1995.

Yo recuerdo

¡Doy fe!

Yo estuve allí.

Yo estuve y padecí

y mantengo el testimonio

aunque no haya nadie que recuerde

yo soy el que recuerda

aunque no queden ojos en la Tierra

yo seguiré mirando

y aquí quedará ardiendo.

No hay olvido, señores y señoras,

y por mi boca herida

aquellas bocas seguirán cantando.

Pablo Neruda



Fichas:

García Ramos de Dossetti, Ileana

Nació el 31 de marzo de 1954. Fue secuestrada el 21 de diciembre de 1977. Desaparecida.

Dossetti Techeira, Edmundo

Nació el 19 de noviembre de 1952. Fue secuestrado en la misma fecha. Desaparecido.

Bosco Muñoz, Alfredo

Nació el 29 de setiembre de 1953 en Mercedes. Fue secuestrado en la misma fecha.⁷⁵
Desaparecido.

75. Son testigos Adriana Chamorro, Luis Tabú y Eduardo Corro.

La responsabilidad ¿también desaparece?

En el dispositivo de los campos se separaba cuidadosamente al personal operativo (los que secuestraban) del de inteligencia (los que torturaban) y de los que hacían los traslados (los desaparecedores de cuerpos). Era una manera de fraccionar, segmentar el funcionamiento para que nadie se sintiera responsable.

La “patota” se limitaba a capturar un “blanco” que se definía en otra instancia; los oficiales de inteligencia recibían un “paquete” ya encapuchado al que hacían hablar; los que se deshacían de hombres y cadáveres eran el eslabón final de un proceso irreversible que ellos no controlaban. “Mientras mayor sea la cantidad de personas involucradas en una acción, menor será la probabilidad de que cualquiera de ellas se considere un agente causal con responsabilidad moral”, afirman Herbert Kelman y Lee Hamilton en su libro *Crímenes de obediencia*.⁷⁶

La fragmentación del trabajo “suspende” la responsabilidad moral y escamotea el hecho de que siempre existe un margen de elección individual, aunque sea mínimo. La autorización por parte de los superiores jerárquicos “legalizaba” los procedimientos, parecía justificarlos de manera automática, dejando al subordinado sin otra alternativa aparente que la obediencia.

“Personalmente no eliminé a ningún niño”, dijo el general Ramón Camps, jefe de la Policía de la Provincia de Buenos Aires. Durante su mandato fueron asesinados en ese lugar los dos hijos del matrimonio Lanuscou, de 6 y 4 años de edad.⁷⁷ El que da la orden se exime porque no disparó, y el que dispara se exime porque se lo ordenaron; ¿la responsabilidad también desaparece?

76. Editorial Planeta, Buenos Aires, 1990.

77. *La Semana*, 22 de diciembre de 1983.

Ellos aquí trajeron los fusiles repletos
de pólvora, ellos mandaron el acerbo exterminio,
ellos aquí encontraron un pueblo que cantaba,
un pueblo por deber y por amor reunido,
y la delgada niña cayó con su bandera,
y el joven sonriente rodó a su lado herido,
y el estupor del pueblo vio caer a los muertos
con furia y con dolor.

Entonces, en el sitio
donde cayeron asesinados,
bajaron las banderas a empaparse de sangre
para alzarse de nuevo frente a los asesinos.
Por estos muertos, nuestros muertos
pido castigo...

Pablo Neruda

El nido del cóndor

Edward Koch impulsó la famosa enmienda por la cual el gobierno de Carter retiró la asistencia económica y suspendió los cursos de la Escuela de las Américas a la dictadura uruguaya. Este ex congresista y ex alcalde de Nueva York reveló en el libro de John Dinges⁷⁸ que la dictadura uruguaya en 1976 quiso matarlo.

A esta altura se sabe mucho más sobre esta conexión que Estados Unidos mantenía con los países del Cono Sur a fin de evitar imprudencias izquierdistas, mantener al Ejército en el buen camino y libre de apremios económicos.

“Durante una audiencia que tuvo lugar el 4 de agosto de 1976 en el Subcomité de Organizaciones Internacionales de la cámara de

78. *Operación Cóndor: Una década de terrorismo internacional en el Cono Sur*, Ediciones B, 2004.

diputados, el subsecretario para América Latina, Hewson Ryan justificó la captura y detención ilegal de varios uruguayos en Argentina que, luego se supo, se produjo en el campo clandestino de Automotores Orletti.” Según Ryan los uruguayos capturados pertenecían a una organización anarquista llamada OPR-33.

El nombre de esta organización figura también en un documento de la Agencia de Inteligencia de la Defensa de Estados Unidos (AID), fechado el 1° de octubre de 1976, divulgando lo ocurrido. Titled “Operación Cóndor”, el documento dice textualmente que “entre el 24 y el 27 de setiembre, miembros de la SIDE, operando con oficiales del servicio de inteligencia militar uruguayo, llevaron a cabo operaciones contra terroristas de la organización uruguaya OPR-33 en Buenos Aires”.

Durante la audiencia en la cámara de diputados, cuando el legislador Donald Fraser preguntó si se había inquirido al gobierno de Uruguay por qué esta gente no había tenido un juicio, Ryan respondió: “La última vez que lo discutimos nos dijeron que se trataba de circunstancias extraordinarias ya que habían descubierto que los integrantes del OPR-33 tenían armas comunistas... Nos dijeron que tenían 200 detenidos a disposición del Poder Ejecutivo, que no iban a someterlos a la justicia ordinaria porque eran terroristas. Y que si eran sometidos a un juicio ordinario, inmediatamente después retomarían sus actividades terroristas”.⁷⁹

A raíz de esa información conocida en 2001, un periodista uruguayo⁸⁰ entrevista a Carlos Osorio, quien trabaja en el National Security Archive, un centro no gubernamental que recolecta y publica información a fin de ilustrar la historia contemporánea.

El periodista alerta sobre “un documento de la Central de Inteligencia (CIA), de 1977, que también había sido desclasificado pero que nadie había traído a la atención pública. Es un documento que habla sobre la OCOA. Por primera vez un documento de la CIA habla sobre la OCOA. Es un documento que parece muy inocuo. En diciembre de 1977 hay un reporte sobre derechos humanos en el Cono Sur y hablando sobre distintas cosas de derechos humanos en Chile y

79. *Clarín*, 2 de agosto de 2001.

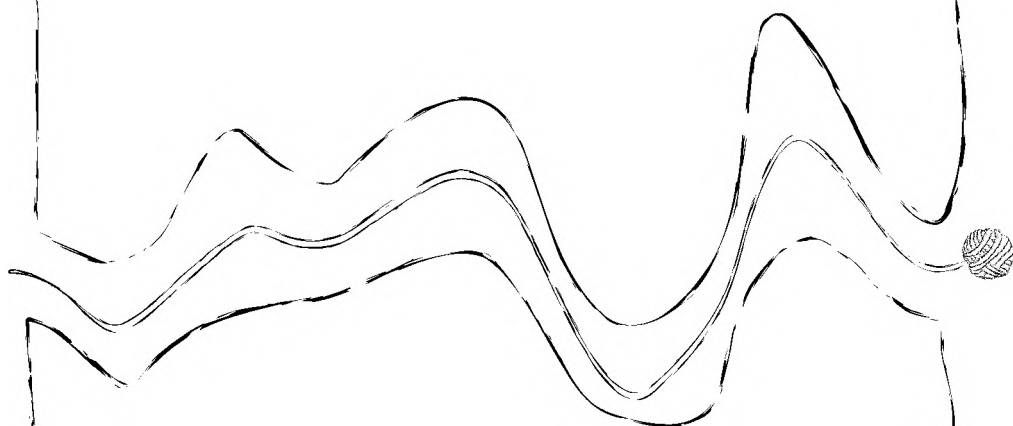
80 Emiliano Coteló, en el programa *En Perspectiva*, de radio El Espectador, el 4 de agosto de 2001.

Argentina, de repente se detiene en Uruguay y dice: ‘También hay información de que las actividades de la Organización para la Coordinación Antisubversiva (OCA) van a ser severamente limitadas por el gobierno. Muchos miembros de la OCA –sigue una parte borrada– creen que su organización será desmantelada en febrero’ –supuestamente de 1978. De eso no hay duda, esa oficina estuvo haciendo actividades que fueron cuestionables y cuestionadas por el Congreso y por eso le cortaron los fondos”.

Las culpas cruzan de bandos, porque el contralmirante uruguayo Eladio Moll dijo a José Mujica, ex guerrillero, en una comisión parlamentaria: “Tengo el orgullo de decir que usted está ahí y que sus amigos vivieron porque existen unas Fuerzas Armadas orientales, ya que la orden de los gringos era que no valía la pena que ningún guerrillero viviera después de que se le sacara la información”.



*Regiones de
cemento*





Los primeros presos políticos en Uruguay datan de 1969. Las cárceles dependían entonces de la justicia civil. Las mujeres fueron alojadas en Cárcel Central, en la Cárcel de Mujeres de la calle Cabildo y en la escuela Carlos Nery. A partir de la declaración del “estado de guerra interna” en abril del 72, los detenidos políticos pasaron a depender de la justicia militar. Las mujeres, detenidas en cuarteles en todo el territorio nacional, son concentradas luego en dos lugares: las que habían sido capturadas en el interior del país fueron recluidas en el penal de Paso de los Toros, las detenidas en Montevideo fueron a la cárcel de Punta Rieles.

En 1977 todos los presos políticos son ubicados en dos centros: uno para los hombres, el Establecimiento Militar de Reclusión Número 1, conocido como penal de Libertad, y otro para las mujeres, el Establecimiento Militar de Reclusión Número 2, en Punta Rieles.

En este capítulo queremos contar la vida en las cárceles, dejando claro que durante toda la dictadura los cuarteles siguieron cumpliendo su función de retener, torturar, secuestrar, mantener rehenes, desaparecer y enterrar.

Cabildo

—Yo pertenecía al MLN, había participado en la segunda marcha cañera. Cuando la marcha pasó por Paysandú me sumé y llegué a Montevideo con ellos. Caí en una redada que se realizó como

respuesta a la detención de Pereira Reberbel⁸¹ en la cárcel del pueblo; fue en setiembre de 1969. Me detuvieron y fui procesada por la justicia civil. Primero pasé por Jefatura, éramos seis o siete las presas políticas, nos alojaron en la cárcel de la calle Cabildo.

Poco tiempo después, con la caída del 8 de octubre en Pando, llegaron otras compañeras. Casi todas las que estábamos allí éramos del MLN, pero había dos o tres compañeras de la OPR-33.

Cabildo era una cárcel muy particular, la guardia interna la hacían las monjas, la Policía se limitaba a hacer la guardia externa. En aquella época nuestra zona en la prisión se parecía más a una casa que a una cárcel, estábamos en habitaciones y el régimen era el de un colegio de señoritas.

Debíamos levantarnos a las 6 de la mañana e inmediatamente tender las camas, las monjas venían a revisar que el tendido estuviera perfecto y no podíamos volver a los dormitorios hasta la hora de silencio.

Las monjas eran muy particulares, tenían todo bajo cerrojos, nos controlaban hasta el largo de la pollera, consideraban que si mostrábamos las rodillas el calor del sol podía erotizarnos.

Nosotras éramos las que cocinábamos, había un comedor con mesitas y antes de las comidas debíamos rezar. Organizábamos todas las tareas: la cocina, la limpieza, el lavado. Los alimentos que recibíamos los colectivizábamos.

En la primera época las monjas habían determinado que para nuestro “pecunio” debíamos hacer algunas tareas, nos acreditaban en unas libretas lo que íbamos ganando. Ese dinero nunca lo vimos, eran tareas como etiquetar, envolver, trabajos muy rutinarios que hacíamos para fábricas de la zona. Con el tiempo nos negamos a hacerlas y empezamos a organizarnos para realizar manualidades que vendían los familiares en una *boutique* en la Ciudad Vieja. Hacíamos artesanías en cuero, muñecos de trapo y también tejíamos, en broma nos llamábamos el sindicato del cuero, el sindicato del trapo y el textil.

En el patio jugábamos al vóleybol, hacíamos gimnasia para

81. Director de UTE, terrateniente y reaccionario, responsable de una violenta represión contra los obreros del ente.

mantenernos, y un día, ¡increíble!, hasta un asadito hicimos. Teníamos grupos de estudio, estudiábamos historia nacional, contemporánea, y aprovechábamos la “cobertura” del estudio para discutir políticamente.

Con tal de tener noticias nos poníamos a ver con las monjas el teleteatro que daban antes del noticiero: *La galleguita*. Era la misma historia de la Cenicienta, la empleada pobre que se casaba con el muchachito rico, nosotras les decíamos que la verdadera historia no era así. No siempre estábamos de acuerdo con lo que queríamos ver o escuchar, sin embargo había alguien que concitaba un silencio absoluto entre todas las mujeres que estábamos allí: Joan Manuel Serrat. Después del noticiero llegaba la hora de silencio y volvíamos a la cama, las monjas apagaban las luces y todo lo que se pudiera hacer después de esa hora era a oscuras. Nosotras seguíamos charlando o discutiendo.

En esa época éramos aproximadamente 40 mujeres, todas éramos presas políticas menos una, creo que era panadera y me parece que había matado al marido, que era milico, lo había cortado en pedacitos. Ella también estaba con nosotras. Había dos compañeras presas políticas que estaban en otra zona, eran las consideradas peligrosas y estaban separadas de las demás.

Cuando me detuvieron estaba embarazada, nunca logré ver a un ginecólogo, las monjas decían que cuando apareciera un sapo en el patio tenía que hacerle pichí encima para ver si estaba embarazada. Un día estábamos rezando antes de comer cuando sentí un líquido caliente que me bajaba por las piernas, era diciembre y yo tenía mucho frío, hasta medias de lana me había puesto. Las compañeras casi hacen una asonada para que me llevaran al médico, todas gritaban, golpeaban cosas. Al final parece que encontraron milicos de todos los colores para hacer un convoy y llevarme bien custodiada hasta el Pereira Rossell, donde me atendieron de maravilla. Yo era enfermera del CASMU antes de caer y hasta allá llegaban compañeros y más compañeros. Los milicos tenían miedo de que me liberaran, querían entrar al quirófano con las armas por precaución. Durante los días que estuve allí más de una vez me trasladaron de habitación, una noche escucharon helicópteros y tres milicas se tiraron encima mío sobre la cama para que no huyera.

Allí me hicieron un legrado, porque era un embarazo ectópico, tuvieron que hacerme transfusiones, y parece que dos monjitas donaron sangre, cuando volví a Cabildo las compañeras bromeaban y me decían que tenía sangre de monja.

Yo participé de la primera fuga, fue el 8 de marzo del 70, nos fugamos 13 mujeres. Quedó como si el día de la mujer fuera la fecha elegida, sin embargo la coincidencia se debió a un tema con el “transporte”, porque la fuga dependía de eso. No hubo ninguna violencia, encontramos un camino para salir utilizando simplemente los picaportes hasta llegar a la capilla y de allí a la calle.⁸²

Paso de los Toros

“Tenemos en nuestras manos el poder de construir y destruir, que es el poder de los dioses”, se lee en un folleto conmemorativo del nacimiento del arma de ingeniería en 1974. El 20 de diciembre el Batallón de Ingenieros 3 de Paso de los Toros lo festeja rigurosamente, en 1972 deciden que las presas que allí están detenidas no pueden permanecer durante los festejos. Beatriz Herrera, Susana Irigoyen, Selva Noble y Alba Segovia son trasladadas el 19 de diciembre de ese año, se inaugura la primera cárcel para presas políticas en Paso de los Toros.

“Nosotras estábamos en Ingenieros 3 y necesitaban el lugar porque iban a recibir gente –cuenta Alba–, por eso nos llevaron a la cárcel. A la tarde ya empezaron a llegar compañeras de Tacuarembó. Cuando llegamos nos desnudaron una por una, no había policía militar femenina, la que estaba allí era Blanca Monzón, una funcionaria que hacía de enfermera, era del lugar, no sé qué podíamos traer del cuartel. Nos desnudaron y nos revisaron y también lo hicieron con todas las compañeras que fueron llegando. A las compañeras de Tacuarembó las fueron poniendo en celdas de a cuatro.”

Teresita Almada cuenta: “Nos llevaron a 13 compañeras que estábamos en el cuartel de Tacuarembó. Al principio nos vigilaban los militares del cuartel y mujeres de la Policía que venían de otros

82. Testimonio de Lilia Castro.

lugares del interior, pero después llegaron las ‘verdes’.

Gavazzo nos dijo que las manzanas podridas iban para un lado y las sanas para otro. Así fue que nos dividieron en recuperables e irrecuperables. Esos eran los dos sectores en Paso de los Toros, el recuperable era más grande, pero ambos estaban pintados de gris. Todo gris, banderolas, rejas y vidrios pintados.

El patio era tan chico que para ver el sol nos teníamos que subir en un banco. Cuando llegamos el pasto estaba tan crecido que para poder caminar tuvimos que arrancarlo con las manos.

Las celdas tenían puertas, pero las cerraban sólo de noche o cuando había algún problema. La alimentación consistía en el mismo rancho que comíamos en el cuartel. A los siete u ocho días de estar nos dieron los uniformes, era un pantalón y una casaca suelta, los llamábamos pijamas. Les tuvimos que poner el número adelante y atrás. No importaba el color que eligiéramos, pero tenía que ser bien visible.

Era terrible esa cárcel, toda de piedra de canto rodado, helada en invierno y calurosa en verano. En verano no se respiraba, llegamos a tener 42 grados, esos días para poder dormir teníamos que mojar el piso antes de acostarnos.

Los familiares nos llevaban las cosas una vez por semana y las poníamos en común, repartíamos entre todas. Ese régimen era el mismo desde el 72, y no cambió mucho con el golpe de Estado. Siempre tuvimos que hacer la fajina, limpiar todo el penal y también teníamos que lavarle la ropa a los milicos. Lavar y planchar. Íbamos a un patiecito que tenía piletas, allí fregábamos la ropa. Con el golpe se endureció el sistema, la comida comenzó a llegar en un carro, era tan mala que hicimos huelga de hambre. Estuvimos como una semana así, además no lavábamos los uniformes militares, sólo los pasábamos por agua y los planchábamos. Tenían un olor tan asqueroso que nos daban ganas de vomitar.

En el recinto carcelario estudiábamos, leíamos, trabajábamos y discutíamos la problemática de todos los días, la vida misma de allí adentro. Por qué debíamos hacer tal o cual cosa, qué actitud tomar frente al asedio constante de aquellas femeninas “soldados de la patria”, que tan bien sabían cumplir con su deber.

Las guardias llegaban de todos los departamentos, recuerdo

a la cabo Margot López que nos hacía la vida imposible.

No había calabozos hasta lo que pasó con Sonia Martínez. Eso fue cuando nos estaban por trasladar a Punta Rieles. Nos hicieron formar, dar un paso al frente y levantar la mano derecha, pero ella levantó el puño izquierdo. Antes de eso las sanciones consistían sólo en suspensión de paquete y visita. El trato fue más suave que en Punta Rieles.

Chela Fontora cuenta su experiencia: “Yo llego en 1974, con Nená Uribasterra, Julia Armand’Ugon, María Elia Topolansky y “Pelusa” Fernández. Ya habíamos recorrido casi todos los cuarteles del interior, a mí me faltaron sólo Artigas y Salto.

Llegamos al sector peligroso, allí la disciplina no era como la que cuenta Alba. En una celda que era para cuatro pusieron a 12 personas; el inodoro y la palangana estaban adentro de la celda, no salíamos para nada. El patio del recreo era de tres metros por dos. Si dos compañeras caminaban, las otras tenían que quedarse sentadas con las piernas arrolladas, era de pedregullo. Los muros eran altísimos, lo único que veías era un pedazo de cielo.

Recuerdo que una vez fue un psiquiatra, Martín Gutiérrez, ahora trabaja en el Círculo Católico, nos llamó a declarar a María Elia, a Julia y a mí. Cuando llego —él estaba de traje detrás del escritorio— empieza a hacerme preguntas a boca de jarro, sin presentarse siquiera:

—¿Usted qué hace de noche?

—A usted qué le importa, yo no lo conozco.

—Usted es una persona violenta, yo soy el psiquiatra.

—¿Y por qué me llama a mí?, yo no pedí psiquiatra, no entiendo por qué me llama.

Entonces él explica que viene porque está interesado en nosotras, en las personas que vamos a estar presas muchos años, y quería saber cómo dormía, si tenía pesadillas, si pensaba en la libertad, si pensaba en mi hija, si sabía dónde estaba y otra serie de preguntas. Yo le dije que para mí él era un milico como cualquiera y que yo no le iba a responder:

—Lo que usted está haciendo es interrogarme.

Entonces él le dice a alguien que está atrás mío, pienso que era el comandante:

—Ésta es irrecuperable, que le den 35 años acá.

Y me llevan de nuevo al sector.

La salud en la cárcel se transformó en otro elemento más para eliminar al enemigo, los médicos actuaron como militares antes que como médicos, así fue que mataron a Raquel Culnev, el responsable de eso fue el doctor Tamosky, que era el responsable de sanidad del penal.

Raquel se quejó mucho tiempo de dolor en el vientre y no le hacían caso, hasta que un día deciden internarla, ahí detectan que tenía un quiste hidático. Cuando la operan le dan el alta y la mandan así para el penal y la gurisa sigue mal, mal, mal... hasta que el quiste revienta y ya no se puede hacer nada.

Ellos jugaron mucho con eso, una vez yo tenía 39 grados de temperatura, y viene el comandante de la Región 3 para ver si me internaban, tenía una infección. Entre ellos hablaban: 'No, tiene sólo 39 grados de fiebre'. El otro, que no sé si era médico, dijo que temperatura era a partir de 40.

Al otro día me internaron porque llegué a 40. Tenía una gran infección, tuvieron que hacerme un raspaje. Ellos jugaron con la parte física de las compañeras. Cada medicamento que solicitabas no había. Una vez tenía dolor en la columna, me mandaron un calmante en supositorio, la "enfermera" Blanca, que fue asimilada por los milicos, me dice:

—Cuídelo.

Entonces yo le digo:

—¿Cómo se hace para cuidar un supositorio?

Eso quedó para la historia, era tan bruta, creo que no era enfermera.

Algo especial también fueron las milicas, la sargento Ramos, que después también estuvo en Punta Rieles, era mortal con nosotras, siempre estabas sancionada, no podías hablar, no podías mirar, no podías nada. Y ellas eran las que estaban al lado tuyo en cada visita, se metían en la conversación, escuchaban y se metían. O hablabas con las milicas o hablabas con el familiar.

Un caso muy grave fue el de Albana Gutiérrez, una compañera que cayó en Treinta y Tres y la trajeron a Paso de los Toros. Sus problemas empezaron cuando a su hijo lo pusieron en un horno y le dijeron que lo iban a prender fuego, a partir de ahí no pudo recuperarse. En

Paso de los Toros le dan varias crisis nerviosas, en esos momentos sólo nos reconoce a Esther Uribasterra y a mí.

Su furia era contra los milicos, era una compañera excelente, una compañera de una inteligencia increíble. Tres veces la enchalecaron, la sacaron enchalecada porque ella reventaba las rejas, una vez le sacó un fusil a los milicos, con Esther se lo sacamos de las manos, si no se hubiera armado un lío terrible, conseguimos agarrarla, porque tenía una fuerza descomunal, como nunca en mi vida había visto.

Ese niño era su único hijo, finalmente no le hicieron nada al niño, todo fue un simulacro. Pero para ella fue definitivo. Para que estuviera peor dejaban hasta último minuto para darle los medicamentos. Albana se daba cuenta cuando iba a entrar en una crisis y decía: “voy viendo negro”, era una compañera excelente, muy reflexiva. Yo la quiero una enormidad, aprendí mucho de Albana, ella como yo tenía tercer año de escuela, y era muy inteligente, estudiábamos juntas, a ella le gustaba mucho geografía e historia, y a mí me aburrían. Ella me daba consejos, a mí me gustaba matemáticas, me explicaba, era una compañera de un corazón increíble, una luz, lo que yo no entendía ella me lo explicaba en el mano a mano. Cuando salió fue a Francia, las compañeras que la han visto dicen que está mejor.

El primer comandante de Paso de los Toros fue Juan de Dios Erosa, después cambió a otro que era profesor de psicología. Éste nos sacó la visita de niños porque decía que era dañina para los chicos. Un día nos dijo: “Mirar para atrás es terrible, ustedes porque no ven. Cuando salgo del celdario miro para atrás y es todo gris”. La cárcel de Paso de los Toros funcionó hasta el año 1977.⁸³

83. Capítulo basado en los testimonios de Gladys Bertulo y de las entrevistadas, y en el cuento “Recordando”, escrito por Gladys y publicado en *Memoria para armar uno*.

Raquel Culnev

Teresita Almada cuenta: “Raquel era de Paysandú, hacía poco se había recibido de maestra y tenía un hijo de 3 años, Raúl. En el 72 cayó presa por el MLN y estuvo en Paso de los Toros hasta 1977. La recuerdo alegre, dinámica, siempre haciendo bromas, riéndose. Tenía una memoria privilegiada; cuando las milicas nos dejaban un pedazo de papel de diario para limpiar las ventanas, ella lo leía rápidamente y lo contaba con lujo de detalles. Lo mismo con los informativos, porque a veces en los recreos nos daban una radio y tratábamos de escuchar informativos. Cuando le tocaba esa tarea a Raquel se acordaba absolutamente de todo. También jugaba muy bien al vóleibol, se tiraba cada palomita impresionante.

Pero tenía un problema de salud en el hígado. Parece que se lo habían reventado en la tortura y después no la atendían. Ella trataba de no darle importancia, pero después empezó a sentirse mal. Al final logramos que la llevaran al hospital, empezó la lucha para que le hicieran una tomografía computada, decían que no había plata y no se la hacían. Volvió a la cárcel. Parece mentira pero ni siquiera estaba eximida de tareas.

En 1975 la llevan al Hospital Militar, dicen que la van a operar. Se hace una colecta entre familiares, pero costó mucho reunir el dinero, llevó mucho tiempo, se dilató todo. Allí consiguió lanas y hacía croché sin parar:

—Quedate quieta –le pedía María Elena Curbelo.

—Quedate tranquila, a nosotras no nos pasa nada, podemos con todo –contestaba ella.

—Mirá que es una operación seria –le decía yo.

Cuando se iba en la camilla, ya pasando la segunda reja, me grita:

—Quedate tranquila, “abuela”, que a nosotros no nos pasa nada. –Raquel me decía abuela.

Nunca más la vimos.

Se fue a la operación, sabemos que salió bastante mal, que le sacaron el quiste pero el hígado estaba bastante tomado, le sacaron

gran parte. Al día siguiente la volvieron a operar y tuvieron que llamar a compañeras de Punta Rieles para que donaran sangre.

Desde que le detectaron el quiste hidático hasta que le hicieron la operación pasó más de un año. Se había desparramado, pasó mucho tiempo... Falleció el 11 de julio de 1977.

Ella nos pedía:

—Si un día me pasa algo, yo lo que quiero es que le expliquen al nene por qué estaba presa. Quiero que le cuenten a Raulito.

Carlos Nery

La Escuela de Enfermería estaba ubicada en la Ciudad Vieja, en Guaraní y Buenos Aires. Una parte de sus instalaciones fueron transformadas, bajo jurisdicción de la Policía, en lugar de detención por Medidas Prontas de Seguridad, luego se retenía allí a las liberadas, y por último fue cárcel.

Estaba separada por una simple pared del centro de estudios; fue testigo de los golpes solidarios de los estudiantes que sabían que al otro lado había presas políticas.

Se llegaba por una escalera que conducía a las instalaciones, a la izquierda estaban: la guardia, la dirección y un patio cerrado, al cual le llamábamos “gimnasio”; y a la derecha el celdario, separado por rejas. Tenía tres celdas, dos con 12 cuchetas cada una y otra que funcionó al principio como biblioteca y taller de manualidades, y luego por el aumento de la población carcelaria se convirtió en celda.

El hacinamiento era terrible, las ventanas estaban tapiadas con bloques casi hasta el techo, vivíamos en una especie de cajones herméticos, casi sin aire y sol. Dos inodoros, dos duchas y una cocina completaban el mobiliario. Entre cucheta y cucheta quedaba un pasaje muy angosto, sólo se podía pasar de costado.

Las visitas eran en el patio cerrado, bajo las miradas de la guardia, pero en contacto directo con los familiares, un sistema de visitas que ya estaba en extinción en cárceles y cuarteles uruguayos. La visita de niños era un momento especial, los domingos, y siempre tratamos de crear juegos y de cocinar cosas ricas para ellos.

En el taller de manualidades la producción se organiza para apoyar a las familias que lo necesitan, para ellos no era fácil hacerse cargo de los paquetes, de los medicamentos y del cuidado de los niños. Tratábamos de pedirles lo menos posible, pero en aquella cárcel se necesitaban muchas cosas, la Policía entregaba sólo algunos pocos elementos para cocinar como: lentejas, harina, fideos, leche, pan.

El estilo de la Policía era diferente al del Ejército, no había tanta disciplina, nosotras regulábamos nuestros horarios para trabajar, leer, hacer ejercicios o estudiar. No usábamos uniformes con números, estábamos de particular. En cambio jamás pudimos tomar una gota de sol, estábamos blancas como la leche porque fueron años de no tomar sol. Sin embargo estábamos de particular y el pelo lo podíamos usar de la forma que queríamos.

No teníamos atención médica, no había enfermería ni atención odontológica, cualquier dolencia debía ser soportada con los pocos medicamentos que entraban, o con el diagnóstico de las compañeras presas que eran enfermeras o médicas. Fueron poquísimas las oportunidades en las que alguna compañera fue trasladada al Hospital Militar.

Las primeras compañeras pertenecían al MLN, luego llegaron compañeras de la ROE, del PCU y de la UJC. El funcionamiento era de tipo partidario, con una coordinación entre las compañeras de diferentes orígenes políticos. El intercambio era de información y hacíamos análisis, tratando de acompañar la realidad nacional en todos los aspectos.

Había planes de estudio que estaban acompañados por una buena colección de libros, sobrevivientes de otras épocas. Casi toda la pared de la primera celda guardaba textos de economía, política, educación, filosofía y otros. Este tesoro corrió una triste suerte, en 1977 cuando unifican a todas las presas políticas y nos llevan al penal de Punta Rieles deciden quemarlos: durante horas ardió la fogata que consumió la biblioteca formada a lo largo de años.

Nosotras teníamos radios, podíamos acceder a las radios de Moscú y de Berlín, por las noches nos turnábamos para escucharlas. Atentas a la guardia y entre interferencias lográbamos sintonizar onda corta para atrapar el mundo real. Al día siguiente la información circulaba, era la manera de mantenernos en contacto con el mundo que nos negaban.

Se hicieron dos huelgas de hambre, una en el 76 y otra en el 77, cuando sacaron a una compañera para Inteligencia y Enlace, para reinterrogarla. No recibíamos los alimentos y sólo tomábamos mate, fue duro, la guardia policial, que rotaba, se puso más pesada. Éramos más de 40, pero nuestra respuesta se unió en una sola voz, en una sola actitud. Algunas fueron las responsables de avisar la situación a los vecinos, trepadas en unas cuchetas. Los mismos vecinos que nos dedicaban serenatas con tambores en las fiestas. Esta vez supimos que habían entendido el mensaje, estábamos más tranquilas, alguien sabía, no estábamos aisladas, alguien afuera sabía.

A los tres días la trajeron de nuevo a Margarita Machado. Supimos que la medida había tenido efecto. En otra oportunidad sacaron a una compañera durante una semana.

Un día de agosto de 1977 nos dicen que aprontemos todas nuestras cosas; gran parte de ellas volverían con las familias y nosotras seríamos trasladadas. Aunque sabíamos que tarde o temprano Punta Rieles sería nuestro destino, fue difícil. Para que nos fuéramos acostumbrando al nuevo trato nos tuvieron todo el día de plantón. Fue un día lleno de tensión, nosotras cantamos “La Internacional”. Llegó el Ejército a buscarnos en “roperos”.⁸⁴ El operativo se hizo con gran despliegue de helicópteros y patrullas. Nosotras íbamos esposadas y de cabeza gacha. Esa vez los vecinos se organizaron solos para avisar a los familiares que nos trasladaban.

Al llegar al penal sentimos que de allí no saldríamos vivas. Las torres de la guardia, el edificio central, la inmensa entrada, las barracas, los uniformes grises, el pelo corto, los números inmensos a la espalda: era un verdadero campo de concentración, sentimos que entrábamos en otra dimensión.

Poco a poco, sin embargo, frente al absurdo se activó la risa, recuerdo la mirada brillante de Anita González en esas ocasiones, tapándose la boca con las manos para que no se oyera la risa. Sus ojos quedaron allí, para siempre, sólo pueden ser liberados por nuestra memoria. Allí la dejaron morir. Algo de cierto había en aquello de que no saldríamos vivas.

84. Vehículo militar cerrado, de gran porte, similar a los usados por Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial.

Con nuestra llegada se inaugura la barraca número 2, un ala fue nuestro alojamiento, sin nada, estilo calabozo colectivo. Mientras tanto nos cortaban el pelo y nos entregaban los uniformes. Del otro lado estaban todas nuestras cosas, un día aparece el sargento Lara y a los gritos nos dice:

—¡Formen! Escuchen bien: lo único, entiendan, lo único que pueden tener con ustedes es el menaje.

El desconcierto se generalizó, qué sería aquello tan importante que debíamos tener con nosotras, ¿qué sería el menaje? Con los días fuimos descubriendo que ese solemne título le correspondía a las pocas cosas que podían acompañarnos.⁸⁵

85. Texto basado en testimonios de Patricia Mora.

Ana María González Pierri

—Conocí a Anita en el Departamento 5 de Jefatura, a partir de ahí seguimos juntas, nos trasladaron en 1975 a la Nery y después en 1977 a Punta Rieles. Cuando estábamos en Jefatura nos encontrábamos en las caminatas, ella caminaba siempre, y se daba maña para mandar algún mensaje. Pepe Veneno estaba preso en Jefatura al mismo tiempo y les escribió a Anita y Estela Abero este verso:

*Abarca tu sonrisa un ave planidera
Navegan en tus ojos dos duendes serenados
Animando en toda vos la estrella compañera.*

—La recuerdo bien, era menuda, ágil y tenía un carácter muy fuerte, muy firme. En la Nery vivimos una etapa en la que compartíamos todo, porque salvo la salida afuera, todo lo organizábamos entre compañeras. Ana era la imagen de vida, dinámica, siempre en actividad, le encantaba la música. Recuerdo que había un vecino, “el negro” Tomás, que a fin de año y en Carnaval reunía a sus amigos y salía a un balcón a tocar para nosotras. A veces venía tarde y llegaba con un traje blanco y nos hacía oír su música, nosotras lo disfrutábamos muchísimo.

Cuando los milicos se dieron cuenta subieron la altura del muro, fue una lástima.

Anita estaba muy enamorada, hablaba mucho de su compañero, y a nosotras también nos encantaban las cartas de Pablo.

Estando ya en Punta Rieles, en la barraca, una vez nos hicieron juntar las cosas, a cuatro compañeras y a mí, y salir, al llegar frente al camino nos hicieron bajar los bultos, creímos que nos llevaban a un cuartel. Hacíamos conjeturas, con miedo de lo que nos pudiera pasar. Nos tuvieron un par de horas ahí paradas y después vino la orden, nos llevaron al calabozo. Éramos tantas en los calabozos que nos ponían de a dos, a mí me tocó estar con Anita, yo tenía la colchoneta contra la pared. Allí nos sentábamos y nos poníamos a hacer cuentos y reírnos. Un día no oímos la reja, a pesar de que era el primer calabozo. De repente entra la milica y dice:

—¿Ustedes qué se piensan, que están en Miami?

—No, soldado, estamos contando anécdotas –contestó Anita. Ahí nomás nos sacaron los colchones.

Ella estaba en la barraca 2 y en plena época de trabajos forzados nos mandaban aplanar el terreno con aquel rodillo infernal. Eso marcó el comienzo de una etapa difícil para su salud. Ya había sufrido de fiebre reumática y no podía hacer esfuerzos físicos. Me acuerdo que cuando fuimos al juzgado a firmar la libertad, yo le pregunté un poco temerosa:

—¿Saldremos?

—Vas a ver que sí –me contestó.

Siempre mantuvo el optimismo.

Cuando yo me iba en libertad Anita se quedó fuera de la barraca –a pesar de que eso significaba una sanción segura– acomodándose el pelo, que era nuestro silencioso saludo habitual.

—¿Se acuerdan cómo fue que se enfermó?

—Sí, estaba como con gripe, la quisieron llevar a la quinta y ella se quejó, pero a los soldados no les importó y la sacaron igual. Volvió con 40 grados de fiebre, y así estuvo tres días. Entonces intervino una compañera que era médica, Perla Cohanoff, y pidió que la internaran. No lo hicieron y la ponían sistemáticamente en la lista de trabajo. Perla se puso firme y lo único que consiguió fue una sanción para ella misma. Recién la trasladan al Hospital Militar el 1º de mayo de 1979.

La internaron en la sala general, puede ser que haya estado antes unas horas en calabozo. Cuando llegó estaba mal pero tenía conciencia, hasta ese momento yo no la conocía. Era de tardecita, la trajeron y la dejaron ahí. Recién al otro día la empezaron a atender, le dieron muchos medicamentos, antibióticos. Parece que la infección ya estaba generalizada, tres días estuvo en sala, a veces perdía la conciencia...

...Había una compañera mayor, recién caída, venía de la máquina, y Ana tuvo fuerzas para apretarle la mano, apoyándola, la mujer tenía mucho miedo.

La veíamos empeorar, un día empezamos a llamar a la guardia, serían las 3 o las 4 de la tarde. Yo me puse a gritar y llegó la doctora Arenas. Le dieron antibióticos, no pasaba nada, al rato

volvimos a llamar, la doctora dijo que estaba controlada, pero seguimos reclamando y la llevaron al CTI.

Al otro día preguntamos por ella y la doctora empezó a dar explicaciones: que estaba así de antes, que ya había pasado un tiempo sin que la atendieran... Otro médico se sentó en la cama y comenzó a explicar que era una infección generalizada, que no se podía detener, que no podía hacer nada.

Murió y los médicos se disculpaban, se armó un escándalo tremendo en la sala general.

¡Había firmado la libertad tres meses antes!⁸⁶

El catorce

En el kilómetro 14 de Camino Maldonado funcionaban los regimientos de infantería 2 y 3 y la Escuela de Armas y Servicios del Ejército. La represión hizo que se ampliaran sus funciones. El cuartel ofició como cárcel de tránsito, antesala de Punta Rieles, o lugar de retención (por Medidas Prontas de Seguridad) de presas liberadas por la justicia militar. En él se cruzaban presas de todas las organizaciones, viejas y nuevas, unas trasmitían la experiencia de la cárcel y otras las noticias de afuera. Era un lugar “cosmopolita”. Casi todas nosotras pasamos por ahí.

—Sí, a mí me pasan al 14 y la primera impresión que me dio fue de terror. Cuando llegué se abrieron las puertas y vi una masa de mujeres que venían con sus pelos todos alborotados y uniformadas corriendo hacia mí de una forma que yo pensé que me habían llevado al manicomio.

—Yo también sentí que se me venía un aluvión de locas. No estaban locas, pero yo también sentí que estaba en un manicomio cuando me asaltaba esa horda de mujeres que me abrazaban, me besaban, me apretujaban.

—Cuando me pasaron al barracón también tuve una sensación parecida, de mujeres que estaban deseando que les dijera de dónde venía, quién era y todo eso; me sentí apabullada.

86. Testimonios de Patricia Mora, Estela Abero, Teresita Almada y Margarita Lagos.

—Pasaron unos días y hablamos de ese tema, era bastante impactante aquel recibimiento. Entonces modificamos las formas, cuando alguna compañera nueva llegaba la iban a recibir dos o tres, controlando la impaciencia, el resto permanecíamos tranquilas.

—Después de pasar por varios cuarteles llegué al 14 y me di cuenta de que la vida interna ahí era diferente. La comunicación era horizontal, en el barracón había una forma de funcionamiento, se comunicaba todo lo que pasaba. Era un ambiente... yo diría el mejor de los que conocí, había compañeras de todas las generaciones, las viejas y las que recién caían, entonces estaban todas las visiones. En el 14 me sentí un poco “como en casa”, y era un buen sentimiento, te protegía. Me parecía todo muy normal, no eran locas.

—Sí, en el 14 empiezo a vivir esa experiencia colectiva, se recompone un vínculo social, existía una verdadera integración entre todas, compartíamos historias, actividades, entretenimientos, proyectos. O sea que yo no vi a las locas, se ve que cuando yo llegué ya no estaban.

—Cuando llegamos nosotras después de haber pasado por tres cuarteles ya éramos “locas”, éramos filas de locas. Fíjense que nos hacían correr vendadas cuando íbamos al recreo. Por eso cuando vi las que ya estaban no me impresionaron nada, yo era una más.

—La experiencia para mí del barracón del 14 fue muy linda. Después de lo que había pasado... después de la tortura, de esa enorme soledad. Porque hasta caí sola, todo el primer proceso lo hice sola.

—Yo recuerdo del 14 en especial el patio del recreo. Quedaba en el fondo, nos llevaban en fila, vendadas. Recuerdo cuando juntábamos macachines, para nosotras era un placer, a veces teníamos que carpir.

—Una imagen que a mí me quedó grabada fue cuando mirábamos la vuelta ciclista en las cuchetas, en abril. Nos turnábamos para mirar la calle, podíamos ver a la gente que estaba en la vereda, compartir esa alegría, ver pasar los ciclistas.

—Para mí llegar al barracón donde estaban todas las gurisas, con aquella afectividad, con todo lo que te daban, con ese recibimiento, fue muy reconfortante. Yo llegaba hecha mierda. En ese momento la comunicación con las otras presas fue para mí fundamental. Recibí mucho allí, y por otra parte había gente que estaba

de hacía mucho tiempo y yo venía fresquita, y en el mundo habían pasado muchas cosas. Por otra parte ibas conociendo, aunque más no fuera por cuentos, lo que después ibas a enfrentar.

—Seguro, yo por eso digo que la pasada por el barracón del 14 fue fundamental para lo que después fue mi cana. Ya ahí conocí cuáles eran las cosas que te podían hacer fuerte, no sólo el compartir, también buscar una parte lúdica en la cana.

—Es verdad. Una vez habíamos hecho a escondidas una carrera de embolsados y nos habían pescado. No sé qué calentura le vino a Rapela que nos mandó barrer la plaza de armas. Eso era una cosa totalmente loca, era imposible, todo volaba con el viento y yo juntando papelitos... Lo pensamos bien y decidimos trabajar a desgano.

Holstenglacis

—Lo mío es de otro mundo, yo estuve en Holstenglacis, el juez a cargo de mi causa había ordenado “reclusión individual estricta, esposada con las manos en la espalda toda vez que Margrit Schiller permanezca fuera de su celda; esposada durante las horas de movimiento; iluminación permanente en la celda día y noche; privación de todo objeto mueble; uniforme carcelario”. Estas condiciones de reclusión solían usarse contra los presos que se rebelaban. Pero se recurrió a esta forma casi sistemática desde el primer hasta el último día sólo en el caso de los detenidos provenientes de la guerrilla... La justicia socialdemócrata de Hamburgo había hecho un despliegue de recursos descomunal: se reforzó la guardia permanente de la cárcel con 10 efectivos y 20 perros de policía adicionales; de noche los muros exteriores de Holstenglacis eran iluminados con poderosos reflectores... Las demás presas me observaban curiosas y amables desde las ventanas de sus celdas cuando daba mi vuelta por el patio. A pesar de que estaba prohibido el contacto, más de una me saludaban o me hacían la V de la victoria. Yo no tenía radio propia, pero en cada celda había un altoparlante y auriculares para escuchar los programas que elegía la dirección de la prisión. Cuando había buena

música, me ponía los auriculares, subía el volumen y bailaba hasta donde llegara el cable. La música me llenaba, me daba energía, “hacía que las paredes se abrieran un poco”.⁸⁷

Punta Rieles

El edificio principal tiene tres pisos, de ladrillo a la vista y con forma de Y. Se despliega en una loma próxima al kilómetro 13 de camino Maldonado. El antiguo convento de la Compañía de Jesús, de cálidos pisos de parqué y baños azulejados fue convertido en cárcel de presos políticos por el presidente Pacheco Areco. Su mística austeridad terminó poco tiempo después caricaturizada por el estilo militar: doble hilera de tejidos coronados con alambres de púa y seis torretas para la guardia.

El 16 de enero de 1973 todos los hombres presos fueron trasladados al penal de Libertad y se puso en marcha la “Operación Charrúa”. El comandante Ramón Albornoz inauguró con un olvidado discurso la cárcel de mujeres.

El celdario no alcanzaba para albergar la cantidad de presas que iban llegando, así que después construyeron barracas y un pequeño local de nueve calabozos para castigar rebeldías. A partir de 1977 funcionó como única cárcel para prisioneras políticas.

Llegar a cualquier penal significaba un alivio: se terminaban los interrogatorios, la máquina paraba y se podía reponer fuerzas. Pero la tranquilidad no era duradera.

“El 20 junio del 73 nos llevan a ocho compañeras a la enfermería del penal, nos revisa un médico y nos dicen que debemos aprontar nuestros efectos personales. Sin explicaciones nos hacen subir a diferentes camiones, nos encapuchan y nos esposan”, denuncia a la ONU María Elena Curbelo. Efectivamente, Alba Antúnez, Cristina Cabrera, María Elena Curbelo, Gracia Dri, Raquel Dupont, Yessie Macchi, Estela Sánchez y Flavia Schilling son trasladadas a diferentes cuarteles, donde las ubican de a dos. María Elena, sin

87. *Una dura batalla por los recuerdos*, Margrit Schiller, Trilce, 2002.

embargo, nunca pudo ver a Raquel, su compañera de destino, ya que estaban en diferentes calabozos.

Meses después se le notifica su condición de rehén. Una acción del MLN puede terminar con su vida, le advierten. La misma notificación reciben las otras siete compañeras. En setiembre se suman a esta condición los rehenes varones, que son llevados a cuarteles del interior. En el año 1975 sacan de Punta Rieles a Miriam Montero y Lía Maciel para unir las al grupo, y poco después sacan a Elisa Michelini de la cárcel de Cabildo.

¿Qué espada de Damocles pendía sobre ellas? No lo sabemos. Cuenta Yessie que la tarde anterior a su traslado el oficial Tuccelli la llamó a la oficina del S 2⁸⁸ de Punta Rieles. Le habló un rato de la situación política pero nada dijo sobre lo que iba a suceder al día siguiente.

Las rehenes pasaron por distintos cuarteles y fueron testigos del calvario aterrador de los compañeros recién caídos. Fueron víctimas de la inseguridad, del hostigamiento permanente, alojadas en pequeños calabozos, sin luz o con luz artificial, sufrieron falta de atención médica, fueron expuestas a simulacros de asesinato y a todo lo que la inventiva de cada encargado dispusiera.

Flavia Schilling y Alba Antúnez pasaron en el cuarto de caballería por varios simulacros de fusilamiento. También las dejaban solas frente a los perros que tenían para amaestrar, con unos guantes como elemento de defensa. Sin saber cómo reaccionar, permanecían quietas, sin defenderse. Flavia en una oportunidad fue mordida por uno de los perros.

La posibilidad de una violación era una amenaza constante: una noche Cristina Cabrera se despierta con cinco oficiales borrachos en su calabozo. En estas condiciones estuvieron durante casi cuatro años. Son devueltas al penal en 1977.

La posibilidad de un regreso a los cuarteles fue una amenaza permanente para todas las presas. Algunas compañeras fueron sacadas del penal durante esos años para ser interrogadas y torturadas.

—En junio de 1973 nos reparten uniformes con números. Cada

88. Unidades de inteligencia militar en todas las dependencias.

casaca tenía un parche en la espalda con el número visible a distancia. Al frente, por encima de un bolsillo de diferente color según el sector de cada una, un parche más pequeño lo repetía.

—A partir de ese momento dejamos de ser personas para ser números. Nos llamaban siempre por el número. Cuando pasaban la lista, de mañana y de tarde, nos nombraban así, siempre por números, y teníamos que decir “presente”.

—Sí, más de una se ligó sanciones por decirlo tan bajito que ni se escuchaba. Es que querían despersonalizarnos. Pero, cosa curiosa, ¿se dieron cuenta de que al final uno le agarra cariño al número y lo identifica con la persona? A mí me pasa que cuando veo un pizarrón que tiene el resultado de la quiniela a veces digo salió a la cabeza fulana o mengana.

—A mí me pasó algo raro. Me tocó el 613. En cuanto me lo dio, la Estrella Larrosa me dijo con su tono bayano: “Ya va’ver, 613, con ese número no va a tener suerte”. Siempre me quedaré con la duda, pero les juro que todos los días 13 me cayeron sanciones, cuando no era pérdida de visita era pérdida de recreo o calabozo, y lograron que todas las veces empezara el día con miedo por lo que me podía pasar. Hubo otra coincidencia, me firman la libertad el 6 y el 13 recién me sueltan. Así y todo tenés razón, yo también le agarré cariño al número.

—El uniforme siempre fue de brin sanforizado gris, me parece que lo hacía Alpargatas, a mí siempre me quedaba corto el pantalón, pero como la Duarte era bajita, yo le agregaba unos bajos con lo que ella recortaba, en el penal me los daba Mercedita Arballo. Lo que sí recuerdo es que lo usábamos como bolsas, era una manera de pasar desapercibidas, de esconder lo femenino. Ahora que lo pienso, capaz que también tiene que ver con aquello de utilizar inconscientemente siempre el género masculino en nuestras conversaciones, ¿se acuerdan que siempre hablábamos de “nosotros” en vez de “nosotras”?

—Yo recuerdo que cuando llegué me llevaron a barraca y ahí había muchas colaboradoras, estaban vestidas como de calle, se arreglaban los uniformes para quedar divinas, se maquillaban. Yo caí como paracaidista, me dieron un uniforme gigante y, antes de saber dónde estaba parada, una ya me lo estaba achicando. No me lo achicó mucho, porque yo no quise tanto, pero igual después me dio un poco de vergüenza.

—Pensá que arriba de la casaca no podíamos usar nada, todos los abrigos se podían usar pero abajo. Años sin usar camperas, gabardinas, sacos, los ponchos estaban prohibidos. Eso sí, matábamos el frío y el gris con mucha lana abajo, buzos, bufandas y gorros de colores a cual más estridente.

—Menos el rojo.

—Cierto, el rojo estaba prohibido, por las connotaciones políticas, ¿vivo?

—A mí lo que me impresionó fue cuando vi la cantidad de ropa que salía por debajo de las mangas. Nibia tenía un buzo que las mangas las daba vuelta en el puño y llegaban nuevamente al codo, el cuello era tan largo que daba varias vueltas. Después entendí, una vez que me mandaron a calabozo en pleno invierno. La Negra me lo mandó, era perfecto, el cuello oficiaba de capucha y las mangas de guantes, metíamos las manos adentro como monjes todo el día para combatir los sabañones.

—No te olvides de las medias para dormir, que más que medias parecían botas que nos llegaban hasta arriba de las rodillas, hechas con requiches de lana de todos colores.

—Todavía tengo un bordado que me hice en el calabozo con el hilo del uniforme. El hilo era buenísimo, naranja, como el de los vaqueros. Fui tirando del hilo y con una aguja que me habían mandado las compañeras del sector me bordé unos pescaditos en la camiseta Aurora, afelpada.

—Hablando de uniformes, que cuente Margrit el uniforme que le dieron cuando estuvo presa cerca de Hamburgo.

—¡Ah!, en Aichach. Tuve que entregar mi ropa personal, la que me habían dado para usar en el viaje, y el uniforme de esa cárcel era un vestido azul oscuro, demasiado pequeño, con un cuello blanco y aunque no lo crean también tenía un delantal blanco, era un uniforme de mucama.

—Los últimos dos años nosotras empezamos una resistencia progresiva al uniforme. Con el pantalón no podíamos hacer nada porque era lo único que teníamos, pero la casaca empezamos a no usarla dentro del sector. Al principio nos la poníamos obligadas por la soldado o la coordinadora, pero después empezábamos a negarnos, venían las sanciones como siempre, pero después ya al final no la usábamos más.

Como una pesadilla cotidiana padecíamos la presencia de las milicas. Tenían sus particularidades y no era casualidad. “A las víboras las creé yo”, dijo Glauco Yannone, alias Isidorito. Él reptaría que a las milicas de la Policía Militar Femenina les había metido todo el veneno posible, porque era la única manera de enfrentarse a las mujeres.

“El ‘Pajarito’ Silveira en su despacho, precedido por la foto de los cuatro soldados con aquella impresionante frase: ‘Un superior nunca se equivoca. Y si un superior se equivoca sólo un superior puede decirlo’, donde lucía el boniato crecido en enredadera que nos había secuestrado en una de las tantas requisas que había dirigido. Era el lugar para interrogatorios a las compañeras que había detenido, torturado o conocido en alguno de los cuarteles. Un día se le ocurrió la brillante idea de enviar a ‘las víboras’ a realizar un relevamiento de la composición política del sector E.

No pudimos descifrar si la orden fue con el fin de realizar alguna de sus maquiavélicas reestructuras o simplemente para probar la capacidad de sus subalternas. Lo cierto es que allí aparecieron un tanto nerviosas por la supervisión de su superior, pero diligentes y ejecutivas. En vez de enarbolar el tolete habitual, iban con papel y lapicera en ristre.

El equipo conformado por la Batista, meritoria soldado que nos reprimía en la quinta y que llegó a ser sargento, Ana Acevedo, ‘la Conejo Negro’ y ‘la Olimareña’, le decíamos así porque todo el día silbaba melodías del dúo proscrito, pero cuando notaba nuestras miradas estallaba en los típicos alaridos de ‘¡baje la cabeza!, ¡no mire!’ o algo por el estilo.

Cuando estuvieron las tres frente a la reja una gritó:

—¡Se forma, sector E, y van pasando de a una!

Se armó un revuelo de mujeres, nos preguntábamos qué iba a pasar, era la época de las requisas en las que rompían todo, entreveraban agua con fotos, lanas con yerba y nada se podía recuperar.

Rápidamente pusimos a resguardo todo lo que pudimos bajo una andanada de gritos, insultos y amenazas de sanciones.

Todas en fila empezamos a pasar a la mesa de la guardia ubicada entre los sectores D y E, en el piso de arriba.

—032, ¿por qué fue detenida?

—¿Qué, soldado? —las primeras en la fila no salían de su asombro, un interrogatorio colectivo cuyo fin habría que descifrar.

Intrigadas por el motivo de la curiosidad militar fuimos pasando una a una.

—Por el MLN Tupamaros.

—Por la OPR.

—El 14 de junio.

—En 1975.

—En 1974.

—Por el Partido Comunista.

En aquella planilla debían poner el número de presa, el nombre, apellido, año de detención y la organización a la que pertenecíamos.

Las siglas las complicaban, les costaba deletrear.

El PCU a veces quedaba con S y otras con C, lo mismo la sigla OPR, algunas veces era seguida del número 33 y otras no. Entonces la cantidad de organizaciones se multiplicaba. Unas quedaban procesadas por tupamaras, otras por MLN, otras por MLN Tupamaros. La cuenta no daba. Ya estaban medio emboladas bajo la atenta mirada del capitán, cuando por fin comenzó una tanda de compañeras que todas decían en voz alta:

—Por el Partido Comunista.

—Por el Partido Comunista.

En fila, calladas, no se podía hablar, los murmullos apenas se oían, miradas, gestos. Por suerte, rompiendo la tensión sucedió aquello que esperábamos hacía más de una hora.

—Pase usted, 209 —dijo la Conejo Negro.

Pasó, formularon la pregunta de rigor y la Olimareña debía escribir.

—¿A qué organización pertenecía usted?

—Al Partido Comunista Revolucionario.

La soldado, atónita, tuvo que alzar la vista hasta casi tocar la espalda con la nuca para llegar a los ojos que la miraban. Ya estaba roja de bronca cuando le dijo en su acento bayano:

—¿Usted me está tomando el pelo, 209? ¿Acaso cree que yo soy estúpida? ¿Acaso cree que no sé que todas eran revolucionarias?

La risa explotó, la Piojito lloraba de risa en silencio, otras tosían para disimular mientras la compañera intentaba explicarle infructuosamente a la soldado que no, que no era el Partido Comunista, que tenía que ponerle una erre, además.

Cuando a la noche Silveira accionó la alarma todavía nos reíamos del episodio y tuvimos dos horas extra cuerpo a tierra para hacer los comentarios que aquel día tan original nos había provocado.”⁸⁹

Habían sido duramente entrenadas y eran muy respetuosas del rango y de la jerarquía militar. No era fácil para ellas hacerse notar y ascender en aquel selecto grupo especializado, pero cada tanto alguna soldado lograba lucir su escuadra de cabo. Menos frecuente aun era verlas ascender a sargento. Eran muy pocas las que demostraban suficiente mérito para el cargo.

Nosotras nos debíamos referir a ellas por su rango: soldado, cabo, sargento. Los años de experiencia nos permitían reconocer las diferencias.

—Cuando yo llegué la Batista era cabo y al poco tiempo la ascendieron a sargento. Empezó a lucir y a hacer respetar sus tres rayas. Cuando nos dirigíamos a ella diciéndole por ejemplo: “Cabo, preciso que me anote para dentista”, ella nos corregía: “Sargento, reclusa, no ve que soy sargento”.

Con el ascenso vino el traslado, por un período dejamos de verla. Un buen día volvió a aparecer, pero hete aquí que ya no lucía los mismos galones. Había sido degradada. Entonces yo la encaraba: “Sargento, anóteme para médico”. Ella se ponía colorada de bronca y entre dientes me decía: “Cabo, reclusa”.

Así operaba, una y otra vez, la pequeña venganza.

El destino le deparó al edificio de Punta Rieles un pasado religioso y desde el 73 hasta el 85 un período carcelario con muchos comandantes.

Albornoz fue el primero, de corte liberal, su postura era

89. Cuento de Irma Leites.

acorde al momento que se vivía, aún no se había concretado el golpe de Estado, pero sí los comunicados 4 y 7.

Cresci tuvo una discreta y prolongada estadía a pesar de su sólida estampa lograba mantener un bajo perfil. Lo recuerdo dando su heroico ejemplo el día que nos vacunaron ¡con una pistola! contra la meningitis, se levantó la manga del uniforme y se prestó como primer conejillo de indias para el novedoso procedimiento.

Cuando pusieron los parlantes mostró su preferencia por los clásicos y la música instrumental, también pudimos apreciar su sutileza cuando seleccionó para inaugurarlos el tema musical de la película *El golpe*.

Se mantuvo lejano a todas las bienvenidas y a todos los interrogatorios, pero estuvo presente en la despedida de muchas de nosotras, era el responsable de decirnos qué podíamos y qué no podíamos hacer.

—Cuando lo recuerdo aparece la imagen nítida; pequeña con mis casi 24 años frente al poder de los hombres uniformados ostentando sus grados, desde el coronel Cresci hasta el capitán Font, que determinaban mi destino, todo lo que podía y todo lo que no debía hacer. Luego supe que las demás compañeras pasaron por lo mismo.

Mi vida pasaría a estar signada por la amenaza de muerte si salía del camino trazado; no debía frecuentar a mis iguales, no participar de nada social y debería mantenerme en ese extraño estado de “libertad vigilada”.

El coronel Barrabino tuvo características muy particulares. Creyó remontarse al pasado, creyó poseer un feudo y creyó que aquellos campos de la patria eran su hacienda. Sus vasallos escuchaban los clarines que lo anunciaban mucho antes de queuviéramos el placer de divisarlo. Cuando finalmente aparecía, entonces sí, podíamos rendirle honores en actitud de firmes, siguiendo su poderosa figura con desplazamiento de gráciles girasoles acompañando al sol.

Las instalaciones comenzaron a cambiar, primero se corrió la voz de que había traído víboras, yo nunca las vi; pero la llama, las cabritas, el burro, los carpinchos eran más evidentes. Coto de caza no llegó a ser, pero un buen zoológico se creó allí.

De su sensibilidad habla un episodio que vivieron un grupo de compañeras que trabajaban en la quinta, junto al tejido que daba al

zoológico, dobladas sobre las azadas, agobiadas por el sol y la sed. El comandante a los gritos ordena al soldado que permita que los animales entren al estanque a voluntad, su mirada no se desprende del grupo de reclusas. Y para rematar, si usted no creía que aquello era un circo, un día llevó el circo al penal, como en una película de Fellini, equilibristas, *ecuyères*, domadores y hombres forzudos recorrieron el feudo. La tradición oral dice que el látigo del domador fue el obsequio para el comandante.

Sus discursos de despedidas eran más directos, solía pronosticarnos para el caso de reincidencia que miraríamos las margaritas desde abajo, o que apareceríamos en una cuneta. Se ve que no creía en sus propios métodos de reeducación. Entre ellos solían despreciar al arma de caballería, por groseros, por toscos. Barrabino decidió encarnar el prototipo del arma.

En la cárcel, a la destrucción planificada se sumaba la presencia como encargados de reclusas de los propios torturadores reconocidos por nosotras. Eran una amenaza que alertaba todos los sentidos. Su presencia operaba directamente a los instintos, hacía que reflejos condicionados acudieran, el sudor frío, el terror, el nudo en la garganta, el estómago retorciéndose, no eran necesarias las palabras. Allí estaba el torturador, el asesino, el violador.

Recuerdo la primera vez que Gavazzo se paró al lado de mi cucheta, yo estaba enyesada y me paraba con dificultad. Dejé el tejido sobre la cama y escondí el libro que estábamos leyendo con Estela y la Negra Tere.

—¡Atención, sector E! —gritó una milica.

Un alférez, sobrino de Trabal, precedía la llegada del otro militar. Le hablaba bajo, no oíamos qué le decía. Pero si oímos aquella voz que preguntó:

—¿Las de artillería dónde están?

—Celda 1 —contestó Trabal.

Entró Gavazzo a la celda tirando exprofeso al suelo un morral rojo que teníamos para guardar los restos de lana. Seguí la caída de todos colores con la mirada, él trataba de reconocernos una por una. A las que distinguía les hablaba por el alias:

—¿Qué tal, Nita?

Silencio.

—¿Que tal, Laura? ¿Y tu hijo? Es un niño muy lindo para ser hijo de una tupa desmadrada... Debería tener otra familia...

La cara de Elena se transfiguró de dolor y rabia, revivió la época del cuartel, aquella época en que Gavazzo trató por todos los medios de que se lo diera en adopción, hasta le daba regalos al niño. De pronto se paró y pateó con su bota mi yeso.

—¿Ya caminás? —me preguntó. El silencio se pobló de mis propios silencios. El alférez agregó:

—020, conteste al oficial.

—¿Qué cosa, oficial? Yo no oí a nadie.

Mi estrategia siempre fue ignorarlo. Eso era lo que más calentaba a Gavazzo. Salió de la celda, sentenciando:

—Éstas parecen no saber que se van a pudrir acá.

“Cuando yo llego al penal de Punta Rieles, tenemos una entrevista con el capitán del establecimiento, que era en ese momento el Pajarito Silveira, me hace pasar al escritorio y me dice:

—Pero che, qué lástima, cómo me perdí de darles en la caída a ustedes.

Estaba lamentando no haber podido torturarme... Y siguió:

—Mirá que nos diste trabajo, y a mí me mandan para acá en el momento de la caída de ustedes, hubiera estado bárbaro.

Eso fue en el 79, pero él siguió estando atrás de todo hasta el final, incluso fue el que entregó las llaves en el Palacio Legislativo.”⁹⁰

A mediados del 74 apareció, según la dirección del penal, una supuesta carta donde se contaba de un proyecto de fuga. Nunca se supo el origen, si fue verdad o patraña, pero fue el motivo para que desplegaran una represión interna nunca vista hasta entonces: requisas enormes, impresionantes, nos sacaban de las celdas y daban vuelta todo lo que encontraban, tiraban todo, se llevaban cosas, llegaron inclusive a picar las paredes de la celda 2. Fue así que encontraron una radio que segura-

90. Testimonio de Rosina Carro.

mente habían escondido los compañeros antes de que los trasladaran a Libertad. Algunas compañeras comentaron que sabían que estaba escondida, pero nunca se había usado.

Hubo una gran quema de libros. Eliminaron los talleres. Sacaron a compañeras a cuarteles para interrogarlas y torturarlas. Cerraron los sectores y además pusieron candados en las celdas, para ir al baño había que pedir. Empezó la incomunicación interna. Fue un cambio muy brusco para la gente que estaba desde el principio y que se manejaba con cierta autonomía.

Llegó la caballería a la dirección del establecimiento. El coronel Julio Barrabino se hizo cargo.

—Barrabino no era cualquier milico, era propiamente un golpista, acuérdense de la foto en que aparece en primera fila, a la diestra de Esteban Cristi, irrumpiendo en el Palacio Legislativo la noche del 27 de junio.

—Con él cambió totalmente el trato, la cárcel pasó a ser netamente de corte fascista.

“Hay personajes que se aseguraron un lugar en aquella historia, y que seguramente pergeñaron, por lo menos, su monumento ecuestre en alguna plazoleta de la patria. El coronel Barrabino es uno de ellos. Y si yo fuera la historia lo plasmaría en la posteridad en su blanco caballo, con su pelego rojo, al trote sobre los campos del penal, circunvalando la formación de grises enemigas de la patria, que caminan en cuclillas, vueltas y más vueltas, por su salud; y no omitiría a su oscuro servidor, casi tan patriota como él, que corre tras el caballo portando el sable del coronel.

O quizás lo plasmaría en otro monumento, más moderno, que refleje al héroe militar de los 70. Sí, el coronel utilizando otra vez la ambulancia como medio de transporte personal, atravesando el camino del penal, mientras aquellas oscuras sediciosas le hacen ‘honores’, azada y rastrillo en mano, la guardia estática, y por el camino la ambulancia, el coronel y el fiel burro de su zoológico personal marchando triunfales (sepan que el orden de los factores no altera el producto).

¿O sería mejor fusta en mano, mientras el encargado de cocina presenta la muestra del plato del día? Repitiendo ese absurdo ritual,

para demostrar la seriedad del arma, allí siempre estaban seleccionados los mejores ingredientes de cada mejunje, y el coronel dispuesto a probar. Un caballete portátil permitía que reposara la bandeja conteniendo la muestra, una tapa de vidrio sobre ella evitaba la fuga de calor. Su varonil figura, recortada contra el horizonte, tomando la cuchara para acercar a su boca los ‘exquisitos’ platillos que tropa y detenidas tendríamos en nuestra mesa.

También podría ser en la ambulancia, detenido, llamando a la soldado que custodia aquel pelotón de seis presas que vuelven de cocina, firmes ante su paso, lechuga en mano, arroz en ristre, con sus uniformes remendados, coloridos gorros de lana, como su séquito de alegres bufones. Detenido para notificar a la soldado que sancione a aquella reclusa cuya cabeza sobresale de las demás y que se ríe cuando pasa el coronel.

Pero valga la precisión: aunque haya pasado tanto tiempo, esa reclusa se ríe del coronel.”⁹¹

El terror empezó a sobrevolar el penal desplegando su batería represiva.

—Un día vinieron y pusieron un vidrio-espejo. Estaba a una altura que hacía que pudieran ver y registrar todo el panorama, quién se relacionaba con quién, quién permanecía aislada, quién estaba mal de la cabeza. La única posibilidad de funcionar era a escondidas, bien debajo de las cuchetas laterales, por lo tanto teníamos que turnarnos para hacer pequeñas reuniones, y con mucho cuidado.

—Con ese espejo ellos podían evaluar nuestra “recuperación”, la evolución de nuestra destrucción moral, nuestra depresión, sobre todo cuando hacían aquellas terribles requisas donde destruían nuestras pobres pertenencias.

—También veían si nos burlábamos de ellos.

—Sí, fue un acontecimiento verdaderamente invasor. Todo el día estábamos observadas, eso hacía que todas nuestras acciones carecieran totalmente de espontaneidad, fueran autocontroladas, sobre todo al principio. Luego con el tiempo lo empezamos a ignorar, pero como siempre no todas.

91. Cuento de Ana Demarco.

—Los costos fueron altos en locuras o crisis de angustia o agresividad. Nos protegíamos entre los grupos más afines, por la confianza...

“En el sector C supimos sufrir el hacinamiento. Como consecuencia de las masivas caídas llegamos a ser 44 compañeras conviviendo en el mismo espacio.

Teníamos serios problemas para poner nuestras pocas prendas, calzado, manualidades. Pedimos más *lockers* (roperos chicos de metal), pero ellos no querían llenar el espacio, para poder vernos mejor. Entonces lo resolvieron con unos baúles de madera. Para nosotras eran lindos.

Llegaron un día, y yo accedí a uno. Eran grises, como no podía ser de otra manera. Preguntamos si los podíamos pintar para mejorarlos. Dijeron que sí.

Claro que no se imaginaron que yo era ¡tan desubicada!

Les pedí a mis padres una latita de pintura linda, alegre. Mis padres me preguntan en una visita de qué color, yo elegí rojo.

Llega en un paquete la tan esperada latita. Cuando la abro me impresiono; rojo bermellón, casi un semáforo. Bueno, ya estaba. Comienzo a pintarlo, algunas miraban algo confusas ante tamaño despliegue de color.

Tímidamente me decían:

—¿Te parece que lo pintes de rojo?

—¿Por qué, no? —les dije.

Cuando estuvo listo, entusiasmada lo puse a secar al pie de mi cucheta a la vista de todas. ¡Para qué! Llega el comando de visita y aquello comenzó a ser una tortura, el maldito baúl. El coronel Victorino Vázquez tenía los ojos desorbitados, y los subalternos y milicas no daban crédito.

¿Cómo se les había pasado aquello?

—¿Quién pintó de rojo ese baúl? —vociferó el comandante.

Yo, a esa altura, me pregunté si estaba bien de la cabeza.

Tímidamente respondí:

—Yo —levantando la mano en la fila de compañeras.

—¡Es un ataque a la moral de las Fuerzas Armadas!, ¿cómo se atreve de pintarlo de rojo?

—No sabía —le dije pensando que de ahí al calabozo había un paso.
—Inmediatamente lo despinta, para mañana tiene que estar gris.
Y bueno, a partir de allí odié el maldito baúl, porque no podía sacarle con nada el color estruendoso, y además por saber que cada hora y día (porque fueron muchos días lijando aquel adefesio) estaba en juego la moral de las Fuerzas Armadas.

Soñaba todas las noches: el baúl y la moral equivalían a Fuerzas Armadas.

Después de esto decidí dejar mis pertenencias en una red que confeccioné debajo de mi cama.”⁹²

—A principios del año 75 representamos una obra de teatro. Inmediatamente después vinieron e hicieron una requisita enorme, se llevaron todo. Vino el coronel Cresci y el teniente Rodríguez y empezaron con interrogatorios, querían que confesáramos sobre la obra de teatro: “Nosotros también lo hacíamos cuando estábamos en la Escuela Militar”, decían para que nos diéramos cuenta de que sabían todo. Hablaban con un conocimiento de lo que pasaba en cada celda que sorprendía, más aun cuando en el sector no había colaboradoras que pudieran decírselo. Entonces empezamos a preguntarnos ¿qué miércoles pasa?

—En eso estábamos cuando nos llegó la respuesta, fue a la hora del recreo hablando con las manos con compañeras del sector C: había micrófonos.

—Yo me enteré por Judith Leytón. Me acuerdo de verla sentada en un banco en el patio del recreo.

—Empezamos a buscarlos, buscábamos y buscábamos. Hasta que llegamos a revisar las ventanas —que en ese momento todavía estaban abiertas—, entonces aparecieron los dichosos micrófonos. Estaban en los cajones de las persianas.

—Fue un descubrimiento durísimo para todo el mundo... saber que te estaban escuchando. Se potenciaron todos los aspectos jodidos que cada una tenía, todos los miedos, como tratar de ser buenísimas para que ellos se den cuenta lo buenísimas que éramos o por el contrario tratar de ser malísimas para que ellos sepan lo fuerte que éramos.

92. Testimonio de Martha Passeggi.

—En la celda volvimos a comunicarnos con las manos.

—También había una hora en que hacíamos audiciones exclusivas para ellos. Les cantábamos, les decíamos cosas, era tan pesada esa presencia constante, para mí fue una etapa larguísima, larguísima. Un día en la celda nuestra decidimos ahogarlos. Empezamos a echar agua y ellos de abajo sintieron, porque los estábamos tocando. Empezamos mojándolos, después les arrancamos los cables. Entonces subieron como pedrada, nos sacaron de la celda y nos hicieron otra súper requisa, pero sacaron los micrófonos.

La celda bullía, la obra estaba elegida, habíamos copiado los libretos a mano. Durante los siguientes meses nos convertiríamos en actrices, utileras, directoras, vestuaristas, apuntadoras. No iba a ser tarea fácil, pero el entusiasmo superaba todos los obstáculos.

—Leji, vos vas a ser la directora.

—¿Por qué? —preguntó Leji con su voz aflautada.

—¿No nos contaste que actuaste, una vez?

—Sí, ¿pero eso qué tiene que ver?

—Eso te convierte en la que tiene mayor experiencia.

El peso de la lógica dejó establecido el rol de dirección. De allí en más los personajes fueron surgiendo, con mayor o menor dificultad: los primeros fueron don Perlimplín, Belisa y Marcolfa, convencer a Negi fue una compleja tarea, pero los resultados fueron insuperables, el personaje parecía creado para ella.

Algunas compañeras estaban firmemente determinadas a cumplir los roles de apuntadoras, utileras o vestuaristas, así que los duendes recayeron en Merce y en mí. Sin ninguna experiencia previa de actuación, mi mayor destaque había sido en jardinera y el rol había sido el de ventana, así que no tenía mucho para aportar, pero las circunstancias fueron despertando en nosotras dotes inusitadas.

Merce y yo tuvimos nuestro primer ensayo debajo de una de las cuchetas, para no sentirnos observadas: “¿Cómo estáis, duendecillo?” “Ni bien ni mal, compradillo”.

Un diálogo que surge sin ningún esfuerzo entre mis recuerdos, treinta años después. Los ensayos continuaron en el antebañó, en medio de las botas de la quinta y entre los tachos de basura. Debíamos

suspender cada vez que alguna de las 48 compañeras del sector necesitaba ir al baño. Encarnamos los más desiguales duendes que se hayan visto. Nuestras estaturas (1.48 y 1.83) eran el detonante para crear una coreografía basada en la explotación de los contrastes, en un momento tenía a Merce sobre mis hombros, en otro aparecía entre mis piernas, la depositaba sobre la cucheta o simplemente desaparecía detrás de mí.

Bebé, que más tarde vio la obra en el teatro, decidió que nuestros duendes nunca serían superados.

Los personajes comenzaron a incorporarse a las actrices y adquirieron tanta fuerza que pronto pasaron a ser compañeros de celda, parecía que sus frases siempre eran oportunas y con frecuencia se insertaban en nuestras conversaciones. En la abarrotada celda 2 además de las 12 presas, los seis personajes de García Lorca reclamaban su lugar, se mezclaban con nosotras y nos daban su opinión sobre lo que sucedía.

El vestuario empezó a tomar forma, vestidos, adornos, pompones, pantalones, delantales, zapatos, hebillas y anteojos surgían de lo que antes habían sido simplemente sábanas, papel de caja de cigarrillos, restos de lanas o retazos de telas. Las transformaciones se concretaban, la música totalmente española nació en la guitarra de la “Zorra”, que debió sortear la pequeña dificultad de vivir en la celda 1 y tener que esconderse diariamente de la guardia para los ensayos. Son los requerimientos de la fama.

Ya estaba todo pronto: luces, vestuario, utilería, coreografía y música.

—Tenemos que hacer un ensayo general —dijo Leji.

—¡Qué bueno! ¿Con vestuario y todo?

—Sí, con vestuario, con música, con iluminación, con todo.

Se fijó la fecha y dispusimos todo. Estábamos como cualquier elenco nerviosas y entusiasmadas con el próximo estreno. Los viejos ponchos que el Ejército destinaba al abrigo de cama de las reclusas se desplegaron verdes para simular el bosque por el que paseaban los personajes, los pedazos de troncos que habitualmente eran nuestros asientos se convirtieron en los árboles, cajas de cartón agujereadas filtraban las luces y permitían imaginar la luz de la luna entre el follaje. Negi y Belisa lucían hermosos vestidos floreados, el pelo adornado, las mejillas sonrosadas; don Perlimplín tenía camisa

y chaqueta y un lazo en lugar de corbata, medias blancas que marcaban su pantorrilla y elegantes zapatos con hebillas. Los pantalones eran grises con delicadas rayas negras, y unos lentes con aro de metal se interponían ante sus ojos; la pollera de Marcolfa también era rayada y un blanco delantal nos indicaba su rol; los duendes estaban vestidos enteramente de negro, medias canchán, buzos, pasamontañas, y unos alegres pompones rojos aparecían en la punta de los pies y a los costados de la cabeza; las caritas maquilladas de blanco y la nariz con la punta roja.

Pero... (ya sabemos que siempre hay un pero) cuando estábamos en pleno ensayo escuchamos el clásico grito:

—¡Atención!

El revuelo fue increíble, escuchábamos el ruido de los pasadores, el chirriar que precedía a la apertura de las rejas. Y cuando quisimos darnos cuenta el grito ya estaba en nuestra celda.

—¡Atención! —volvió a gritar la soldado.

Allí mismo, junto a ella estaban el coronel Cresci, comandante del penal, y el teniente Rodríguez entrando en nuestra celda. En posición de firmes los vimos pasear pausadamente por la celda, detenerse frente a cada una de nosotras. Las mejillas de Belisa estaban inusualmente sonrosadas, un dejo de palidez tenían las caras de Merce y la mía.

Terminaron la ronda sin notar nada inusual, estábamos todas prolijamente uniformadas y no había nada fuera de lugar. Se retiraron sin notar nada extraordinario.

Cuando volvió la calma salieron Marcolfa y don Perlimplín de abajo de la cucheta desde donde habían visto pasar hacia uno y otro lado dos pares de botas de oficiales.

El silencio se disolvió en sonoras carcajadas cuando empezamos a imaginar el cuadro si nos hubieran descubierto: un grupo de presas disfrazadas y coloridas, atravesando el penal, custodiadas por el comandante rumbo al S 2 para explicar el disparate. Y hubiera estado bueno ver las caras de las compañeras de los otros sectores ante nuestra tragicómica marcha. No parábamos de reír.

Unos días después pudimos estrenar la obra, fue una función espectacular. Hubo invitadas de todas las celdas que llegaron —formalmente, a la hora convenida— silenciosas y transparentes, como las presas solían ser. Todo fue perfecto, una única, primera y

última función, después de eso una requisa gigante se llevó todo, hasta a alguno de los personajes. Luego supimos que en las celdas habían colocado micrófonos, que la visita no había sido casual, que el coronel y el capitán venían sabiendo lo que iban a encontrar. Hasta ahora deben seguir preguntándose qué fue lo que pasó. Los ecos del estreno llegan hasta hoy, y hasta hoy estamos preguntándonos qué récord habremos batido para cambiarnos con aquella velocidad.

—Mi experiencia fue bien diferente, lo más impactante en Lübeck fue el Toter Trakt. La primera vez que escuché hablar de él fue a Ulrike Meinhof, sus relatos me conmovieron, contaba que el pabellón de aislamiento constituía la esencia de una forma de tormento científicamente sofisticada, invisible y de efecto inmediato.

La llaman la tortura blanca y no se maneja con violencia física, ni con golpes o picanas, sino con el total aislamiento, con la privación de la comunicación y uno siente que el alma se va muriendo mientras el cuerpo sigue intacto.

Me sentí conmovida, me costaba creer que también iba a sufrir lo mismo, no creía ser tan importante como para que aplicaran conmigo el mismo método que a Ulrike, ella era de las fundadoras de la guerrilla, ella era un símbolo, yo no.

Pero aunque me costara creerlo, aunque lo negara, yo también estaba en un Toter Trakt. Me introducía en una dimensión de aislamiento totalmente diferente: estaba sola, a mi alrededor reinaba un gran vacío. Estaba sola en un edificio totalmente aislado. No veía ni escuchaba nada de lo que pasaba en los pabellones restantes. Reinaba el más absoluto silencio. Ni un sonido, ni una respuesta, ni una risa, ni un llanto. Solo yo. En este vacío todo pierde su contorno. Desaparece la sensación del cuerpo, hasta la percepción de la propia existencia. Y los muros, el armazón de hierro de la cama, los pocos objetos y los propios movimientos adoptan la forma de una espesa papilla.

Estaba muy mal. Todas las mañanas, cuando me despertaba, sentía la necesidad de llorar y no sabía cómo afrontar el día. Tuve que luchar todos los días conscientemente para no enloquecer. Leer me costaba un esfuerzo enorme y escribir era casi imposible. A las siete de la tarde estaba tan agotada que me desplomaba rendida y caía en un profundo sopor del que podía salir recién cuando me despertaban

a la mañana siguiente.

Cuanto más tiempo pasaba aislada en mi celda en el Toter Trakt tanto más perdía la capacidad de concentrarme y de imaginarme la vida fuera de la celda. El mundo comenzaba a quedar reducido a mí y mi lucha por la supervivencia en la celda. La relación con los demás presos de la RAF comenzó a fisurarse. Quedé desenganchada. Perdí mi contacto con los demás y para mí todo comenzó a girar sólo en torno a mi persona.

En el pabellón de aislamiento de la cárcel de Lübeck me perdí, comencé a vivir en proyección, me llené de miedo a la gente. Comencé a girar en círculo: por un lado tenía una necesidad enorme de estar con otras personas y sentir su proximidad, por el otro sentía un miedo increíblemente grande a la gente. Es a esa locura a la que apunta el aislamiento. La perversidad de esa tortura consiste en hacer que la víctima pierda toda capacidad de comunicación sustrayéndole cualquier vivencia comunicativa. Exactamente eso fue lo que me pasó.⁹³

Visitas

Al principio el locutorio para las visitas era un simple muro que dividía el *hall* de entrada. Por encima de él, y hasta el techo, había un doble tejido. De un lado se paraban los familiares y del otro las reclusas. Al lado de cada presa y su familiar había un soldado cuya tarea era la censura instantánea. Esta presencia intimidaba a presos y a familiares y le quitaba toda naturalidad a cualquier diálogo. Más adelante sustituyeron el tejido por vidrio e incorporaron teléfonos como en cualquier cárcel que se precie.

—Yo recuerdo que por una banderola veíamos el larguísimo camino que tenían que hacer los familiares. Los veíamos desde lejos, a algunos los reconocíamos por la forma de caminar, no era necesario ni siquiera verles las caras.

—Y siempre pensábamos todo lo que tenían que caminar, pobres los más viejitos, con esas bolsas pesadas. Después conocimos

93. Tomado de *Una dura batalla por la memoria*, de Margrit Schiller.

por relato de los familiares las revisiones a que los sometieron, hasta desnudaban a los bebés.

—Con una milica al lado de cada una y una milica del otro lado, junto a cada familiar, la comunicación era más bien por los gestos que por lo que podíamos decirnos. Era muy difícil, porque la milica mandaba callar, en el medio de la visita te decía a los gritos “de eso no puede hablar”, eran situaciones muy violentas.

—Las visitas eran cada quince días, y a mí me visitaban mis padres. Alguna vez tuvieron la picardía de hacer alguna seña, o preguntar por gente, o alguna referencia del exterior, a veces se daba vuelta la milica y vos aprovechabas la volada y recibías algún comentario breve.

Otra historia eran las visitas del abogado, yo tenía a Corbo, aunque duró poco, porque él también se tuvo que ir del país. No era fácil ser defensor de presos políticos. En esa época la información a través de las visitas era mínima, recibíamos noticias del exterior solamente por la gente que iba cayendo.

—A mi padre yo lo había visto sólo una vez desde que estaba presa, porque mi padre nunca había sacado cédula, nunca votó ni tenía cédula. Él llegaba hasta la barrera y no lo dejaban pasar, una vez en la barrera estaba Barrabino y, no me preguntes qué pasó, pero lo dejó entrar.

—Un día de febrero de 1978 estaba en el recreo, la soldado Ana Acevedo con un tolete me vino a buscar y me dijo que tenía visita especial.

Allí estaba mi madre, llorosa, para decirme que hacía cinco días el viejo había muerto, solo, en un hospital. Quince minutos y subí las escaleras. Me dolió su muerte, pero más su vida. Me parece verlo, entre la gente, cada invierno, changador, doblado bajo la hileras de cajones. Será porque no lo vi. Estas letras las escribí pensando en mis hermanos, nunca se las di.

—No todo el mundo tenía visitas, a las compañeras del interior era muy difícil que las vinieran a visitar, en mi celda había una compañera de Bella Unión y casi nunca venía nadie. ¿Saben lo que hacíamos? En nuestro sector cada vez que veníamos de la visita era una reunión colectiva, todas contaban todo. Bueno, todas las que tenían ganas. Pero era una forma de que nadie se quedara sin visitas. Con las cartas de la familia y de los compañeros hacíamos lo mismo.

A mi padre



Cantaba en mi infancia el agua
larga canción en el naranjal
la lluvia limpiaba hojas
quebraba flores en el ceibal.
Mis pasos que no sabían de largas calles
querían andar.
La lluvia traía el hambre.
Mi padre solía silbar.
¡Qué triste que era su silbo!
¡Qué ganas de caminar!
Su silbo iba y venía
tanta impotencia lo hacía temblar..
Si el viento andaba en las nubes
su silbo se echaba a andar:
"El viento tal vez se lleve la lluvia de este lugar".
Su silbo templado en barro
bajo el sol fue triste igual
su silbo murió una noche
sin vientos para soñar..
su silbo mojó mis ojos
mi mente lo registró.
La lluvia se me figura que tiene triste la voz.
Su silbo forjó mi sueño,
pero mi sueño ya no esperó.
Los vientos que alejan lluvias no borran tanto dolor..

Irma Leites

—Con mi familia la comunicación fue muy linda, tuvieron siempre una postura de protección. Estaban permanentemente al lado mío. Eso te daba una fuerza, es una inyección de moral, saber que te respondían, saber que siempre estaban ahí. Las visitas eran importantes para mí, en esa mínima relación que nos permitían los locutorios yo recibía una especie de inyección de fuerza. Me preparaba con cuidado, trataba de que me vieran bien, que supieran que yo estaba bien. Bueno, aparte de que estaba presa, pero que no había cosas por las que preocuparse.

—El simple hecho de ver a tu madre es importantísimo, no importa si te trae información o no. Está ahí, es una referencia. Es una seguridad, hasta la letra en las cartas, es algo tuyo, que vos reconocés, te da estabilidad.

—Las visitas de niños tuvieron diferentes ubicaciones en el penal, la primera fue el patio del recreo, podíamos jugar con piedritas o con pastitos, o con piedritas y pastitos. Luego decidieron utilizar un predio de los mejorados por Barrabino, contaba con estanque y nutrias o carpinchos, también había unos cabritos. No recuerdo si los podíamos mirar o tocar. Cuando el tiempo era malo se hacían bajo techo.

Y cada una las vivió como pudo...

—Yo tenía la visita de mi hermano, que era menor. En un momento sacan a Miriam Gleijer del penal, no sé qué pasó en la barrera porque el hijo llegó hasta el patio de visita. La madre no estaba, pero él no quería irse. Sin que se dieran cuenta se quedó conmigo, claro que después me costó 15 días de calabozo. No podía dejar que se fuera, cuando terminó la visita se dieron cuenta de que había estado todo el tiempo conmigo y con mi hermano, pero por lo menos ese momento fue menos duro.

—Yo a mis sobrinos tampoco los había podido ver, entonces pedí una visita de cumpleaños, yo cumpla el 26 de diciembre. Tenías que hacer una solicitud escrita con birome para poder verlos. A los pocos días me llaman al escritorio que tiene el comandante del penal, Mori. Ahí me da la solicitud y me dice que me notifique y firme.

Cuando la leo no puedo creerlo. Me contestaron por escrito: “Visita otorgada”, pero abajo decía en lápiz: “con las siguientes condiciones: colaborar con el S 2 y pasar información”.

En ese momento pensé, si no me notifico alguna medida van a tomar, entonces agarro la birome y escribo: “Me notifico, no aceptando las medidas arriba escritas en lápiz y que transcribo textualmente con birome”.

Ahí escribí todo lo que ellos habían puesto con lápiz, y les digo:

—Que quede claro, esto yo no lo acepto, acá lo tiene.

Cuando lo agarra me dice:

—Usted es una hija de puta.

Al tiempo vuelvo a pedir visita con los chiquilines y ahí sí, me la dan. Fue precioso, esa visita fue preciosa, yo me acuerdo que cuando llegué al sector me preguntaron:

—¿Como estás?, ¿bien?

Y yo sólo puedo contestarles:

—Perdónenme, pero yo necesito cantar.

“El patio del recreo se puebla de vida una vez por semana. Los hijos vienen a visitar a sus mamás.

Natalia, una vez más, lo comparte conmigo.

Ha sido una tarea difícil conocernos.

Desde que la vi dar sus primeros pasitos atravesando la mesa en el 1° de infantería hasta hoy, han pasado tres años.

Nos vemos una hora por semana. A veces, las sanciones lo impiden; a veces, sus nanas infantiles. La visita me produce gran alegría y también un miedo terrible.

Era su juicio el que más temía, el más duro de enfrentar.

Uno desea tanto para un hijo, y es tan poco lo que le puede dar. No había canciones ni juegos que pudieran compensar lo que faltaba.

Un silencio o un llanto podían destrozarme, mis culpas interpretaban tus silencios o tus llantos como un reproche. A pesar de todo, habíamos logrado reconocernos, querernos, hablarnos y hasta, casi, disfrutarnos.

Pero tengo que explicarle que voy a salir. ¿Voy a salir?

Tus tres años manejan de forma diferente los plazos, y además no sé cuáles van a ser los plazos. Pero igual te lo cuento:

—Nata, ¿sabés que mamá va a ir a vivir con ustedes?

Sus ojitos redondos me miran; un pompón corona su linda cabecita. Estamos sentadas en el borde de la cancha. Estuvimos ju-

gando con las piedras.

—Nata, vamos a poder jugar todos los días.

¿Qué estará pensando?, ¿podrá entenderme? Me hago mil preguntas, hasta que la escucho diciéndome, tratando de articular su desarmado mundo:

—¿Mamá, vos conocés a papá?”⁹⁴

“Hay que pintar el penal, las presas, trabajadoras especializadas en todo, son las encargadas. Algo se intuye, esa preocupación por la estética no es natural.

Llegó el día para el que nos preparaban. Se suceden las órdenes: saquen las mesas, saquen los bancos, no dejen ropa tendida en los baños, no hagan manualidades, no dejen nada sobre las cuchetas, no arruguen las camas.

Quieren que todo esté perfecto, y vienen tantas veces que parecemos resortes. De pronto se oye el típico ¡atención!

Se abre la reja y entran, en riguroso orden jerárquico el coronel y la plana mayor del penal, los siguen varios personajes vestidos de civil.

Recorren todas las celdas. Las reclusas, como un mueble más se mantienen en la rígida posición de atención.

Los visitantes observan con detenimiento y cara de neutralidad y se enteran de las virtudes del penal por el relato patriótico del coronel Barrabino.

Hace un inventario detallado de todo lo que tenemos y todo lo que podemos.

Son muy ilustrativas las recorridas, y es digno de ver el despliegue estratégico que realizan para salir de las superpobladas celdas, manteniendo el escalafón.

Aquel día, quien quedó en último lugar fue un cura, desplazado de todo escalafón en este país ateo. De esa manera pudo transmitirnos su cuota de solidaridad, mientras tocaba a escondidas el colchón de una de las camas dijo, sin mirarnos, ¡pobrecitas, que frío deben tener!”⁹⁵

94. Cuento de Ana Demarco.

Después de un tiempo empecé a dudar sobre qué era lo que estaba bien. Estaba aislada con relación a mi organización, aunque tenía compañeras formidables. En ese momento estábamos discutiendo el tema de la huelga general.

Había una discusión política fuerte y en esa situación de aislamiento extremo me hizo la luz la Cruz Roja. Porque en una de esas visitas en que yo les cuento lo que me pasa, me empiezan a dar toda una versión de cómo actúa un grupo cerrado en tales y cuales condiciones, y me explican todo el fenómeno del encierro y cómo discriminan y atacan al ser diferente, una perorata que a mí me sirvió. Yo quedé radiante, yo vine agarradita de ese globo y me salvé. Pero fue porque alguien me ayudó a interpretar la realidad que estaba viviendo. Te empieza a afectar el aislamiento. Esa visita de la Cruz Roja a mí me volvió a aclarar los puntos y fue como un momento de crisis que lo superé bien.

Calabozos

Por ese tiempo se empiezan a dar cuenta de que los calabozos no van a ser suficientes. Al principio había sólo dos y no tenían baño. Estaban en el último piso, las puertas daban al mismo descanso que los sectores D y E. Allí recalaban las recién llegadas, a veces de a dos, las enfermas y las sancionadas. Estaban poblados apenas por la estructura de hierro de la cama y su parrilla de madera. Colgaba del techo una lamparita que podía estar prendida día y noche.

Así que, a la sombra de una torre de vigilancia, en una lomita construida a los efectos, comenzó a crecer un chalé de ventanitas sospechosamente chicas. Barrabino vio cómo en setiembre de 1976 quedaba terminada su obra.

95. Cuento de Ana Demarco.

Región del cemento

¿Oyes?

Está soplando el viento
le falta a la piel el verano.

Está soplando el viento.

Color de herrumbre por el campo.

Está soplando el viento.

Oye, compañera,
tiene agua sangre y plomo
el viento...

Y hoy aquí en la región del cemento
caen las vendas

y la mirada roba al paisaje

la primera imagen:

el camino, los árboles, las casas lejos.

Oye, compañera,
está soplando el viento

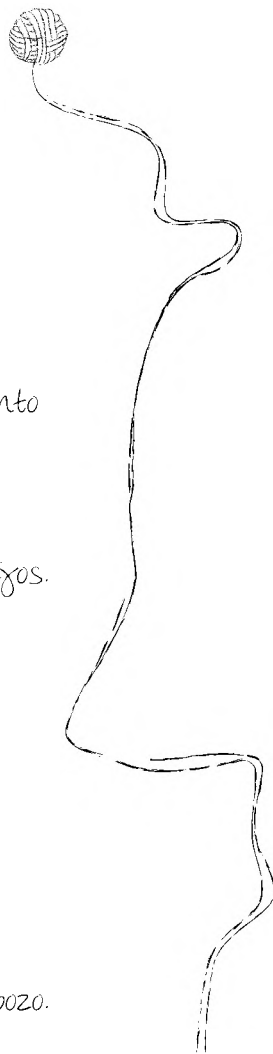
y hoy aquí te entregan
un paisaje de cuatro paredes
una mirilla y ojos que te hurgan.

Oye, compañera,
este paisaje de palabras
que caminan por las paredes,
que vuelan de puerta en puerta
y estallan dentro de cada calabozo.

Oye, compañera,
dame tu mano

busquemos otro tiempo,
poblemos de palabras este silencio.

Si no, no se calla el viento.



Irma Leites

—Es difícil encontrar recursos para sobreponerse al aislamiento del calabozo. En esa etapa me levantaban a las 7 de la mañana, hasta las 8 tenía que estar esperando para pasar al baño. Cuando me dejaban, me bañaba, después venía el desayuno. A partir de las 8 y media o 9 de la mañana ya quedabas solita con tu alma en ese calabozo. Había que organizarse el día, no podías hablar con nadie, entonces me ponía a cantar bajito canciones, para no olvidarme. Como me gusta mucho la geografía, repasaba todo lo que podía de geografía, de historia. Inventaba historias.

Un día veo que salta una araña a tejer su tela, la llamé Adriana y le contaba cosas. Adriana mantenía una conversación conmigo. Le contaba mi vida, mis amores, mis sufrimientos, todo; era un interlocutor válido y bárbaro, porque no te contestaba nada, estaba en todo de acuerdo, era sensacional. En los calabozos posteriores también me pasó, tratar de organizar la cabeza de tal modo que aunque estés aislada y solita puedas sobreponerte. Tenía un horario de música popular, un horario para cada actividad, porque si no la cabeza se te puede ir para cualquier lado y vos la tenés que mantener en condiciones.

—En el Toter Trakt tuve que luchar todos los días conscientemente para no enloquecer. Para no perder la razón me hice amiga de las arañas, estudié esos únicos seres vivos que habitaban la celda, aprendí a distinguir sus colores, sus formas, sus tamaños. Con ese esfuerzo tapé el agujero por el que, de lo contrario, se habría colado la demencia. Pasaba horas con los gorriones y los mirlos en el patio, sólo para ver algo vivo. Ver cómo los pequeños gorriones les robaban la comida a los grandes mirlos era uno de los pocos momentos de alegría.⁹⁶

“—¡209!

La voz de la soldado se oyó nítida, repasé en mi mente: fajina no era, médico tampoco, la quinta ya había salido. Empecé a imaginar todas las causas posibles para un llamado a esa hora, pero ¿por qué a mí sola?

—¡209!

Se oye más perentorio el llamado y mi sutil silueta se desplaza por el corredor, en mi cabeza una interrogante profunda tiene el color

96. Margrit Schiller en *Una dura batalla por los recuerdos*.

del miedo. Avanzo silenciosa por el corredor. Los pasos de los presos no tienen ruido, por pasar desapercibidos ni sombra hacemos.

Llego a la reja y la soldado amplía la orden:

—Traiga un pañuelo y venga.

Vuelvo a la celda más lentamente todavía. No hay dos posibles causas para esa orden, si quieren que traiga un pañuelo es para vendar-me los ojos. Los utilizan como venda alternativa, es una manera de introducirnos en la noche que precede a los golpes.

No puedo hablar.

—Chiqui, ¿para qué te llaman?

—No sé, quieren que lleve un pañuelo.

Se hace un silencio, no es necesario decir nada más, todas entendemos.

Elijo el más chico que encuentro, es una manera de postergar el momento. Seguramente me harán buscar otro. De nuevo enfrento el pasillo, un gusto muy feo me inunda la boca. Tengo otro peso, conmigo se arrastran todos los fantasmas del dolor y del miedo.

No me siento fuerte; cuanto más tiempo pasa, más duele la tortura lejana.

¿Y si me torturan de nuevo?...

Creo que ya estoy vencida, aunque nunca se sabe cuánto resiste un cuerpo.

Abren la reja y la soldado dice:

—Pase al calabozo.

Se hunde mi última esperanza mientras entro. De pronto escucho:

—209, cambie la lamparilla.

Mientras saco la lamparilla quemada, giran también los pedazos de mi alma.”⁹⁷

“La esencia del terror reside en los mínimos detalles.” Esta frase la leímos cuando llegó a la celda el libro *Confesiones de un payaso*, de Heinrich Böll, que estuvo en un campo de concentración nazi. Y nosotras decíamos: verdaderamente es así.

—A mí me parece que en Uruguay, y dentro de América Latina

97. Cuento de Ana Demarco.

fue una excepción, no hubo una política de exterminio físico. La destrucción que se proponían era minarte la voluntad, socavar tu personalidad, tu capacidad de acción, quitarte de en medio para que no pudieras incidir en nada, trataban de quebrarte, de inducirte a la paranoia.

—Tenía claro que había que preservar primero la cabeza, la cordura.

—Así que la cana se convirtió para mí personalmente en tratar de sobrevivir a la locura del resto...

—Yo además estaba lúcida, la lucidez no la perdí nunca, lo que trataba de mantener era mi integridad psíquica. Eso fue lo que me costó más, ahí hice un quiebre. Me enfermé, me vino una infección urinaria, en el peor momento emocional, que me sacó para el hospital.

—...entonces se me pasó por la cabeza la necesidad de estar lúcida, porque yo veía como que la realidad se me cambiaba. Yo llegué a tener miedo de volverme loca.

—Nos gustaba cantar la canción de Silvio Rodríguez “Sueño con serpientes”, ¿se acuerdan?: “la mato y aparece una mayor/ con mucho más infierno en digestión”.

—La incomunicación, el aislamiento, era un arma brutal que tenían para desequilibrarte. Y por eso nuestra postura casi intuitiva era de romperla como sea, de cualquier manera, hasta muertas de miedo por no saber cuáles serían las consecuencias nos pasábamos la mano por el pelo, tosíamos, hacíamos ruido o lo que sea, cantábamos.

—De ahí viene aquel dicho tan habitual entre nosotras: “temblando de coraje”.

“Las barracas tienen un funcionamiento diferente que los sectores. Yo llego a una de ellas después de la época de la política de trabajos forzados, en ese momento ya no te sacaban a trabajar ocho horas. Barrabino no era el comandante del penal. Seguían aplicando reestructuras para desestabilizarnos; como siempre trataban de ver cómo nos afectaba y utilizarlo para atacarnos psicológicamente. El objetivo de destrucción y desunión estaba presente.

Allí las milicas estaban constantemente observando nuestras actividades, tenían orden de anotar quién cantaba, quién no cantaba, quién caminaba con quién.

Vos tenías libertad en la barraca de salir siempre que quisieras,

entonces salías a caminar alrededor del patio, teníamos pelota de vóleibol y jugábamos cuando queríamos. Ellas anotaban y anotaban.

Ya estábamos cansadas de verlas en eso y un día decidimos cambiar de estrategia. Entonces con la Pichu decidimos:

—Vamos a enloquecerlas.

—Sí, dale.

Ellas estaban de guardia en la parte delantera de la barraca, así que cuando llegábamos a la parte de atrás de la barraca nos combinábamos y cambiábamos de pareja. Entonces no hubiera sido suficiente ni un rollo de papel higiénico para escribir todos los números. Escribían y escribían, una vuelta de la barraca era 269 con 272, a la otra vuelta era 315 con 272, no les daba el espacio para escribir, estaban desesperadas.

Tuvieron que cambiar el sistema.”⁹⁸

Norma Cedrés

—Norma llegó al penal con otras compañeras del Partido Comunista, era el año 1976. Re inquieta, movediza, muy alegre, tendría unos 40 años. Hablaba mucho de su hijo, contaba anécdotas, le preparaba cosas para la visita, él era muy importante en su vida. Participaba de la vida del sector como una más, leíamos en grupo, estudiábamos, hacíamos manualidades.

De repente, no sé por qué, hizo su primer intento de suicidio.

Al principio no sabíamos qué hacer, decidimos que el sector en bloque la protegiera, incluso en la noche nos turnábamos para cuidarla. Lo hablamos entre nosotras sin que nadie del otro lado de la reja se enterara, la escuchábamos, cuidábamos que comiera, que durmiera bien, la acompañábamos al baño, durante un tiempo logramos que no se enteraran los milicos, sabíamos que si se daban cuenta iban a tratar de reventarla. Mientras estuvo en el C lo logramos. Pero claro, hay maneras de caminar, posturas, hay gestos... ellos nos observaban desde el S 2 todo el tiempo, siempre. Capaz que por eso la trasladaron a la barraca.

98. Testimonio de Rosina Carro.

—Acordate, Elena, que Gloria Labanca, que era médica y estaba en el sector, denunció que Norma nunca recibió un tratamiento adecuado para su desequilibrio. Le daban medicamentos, es cierto, pero eso lo contrarrestaban con calabozos de castigo donde la hostigaban y los oficiales entraban de noche a interrogarla.

—Es cierto, yo recuerdo los gritos noche tras noche, la escuchábamos despiertas, desconsoladas. Norma en el calabozo y nosotras en los sectores E y D escuchábamos y sólo podíamos sufrir con ella. Eran los peores años, vivíamos condiciones horribles de cana. Era la época en que desaparecieron más compañeros, acá y en Argentina, eran todas cosas que incidían desfavorablemente, nuestro único recurso era estar al lado, tratar de salvarla.

—Un día la sacan del calabozo y la traen a barraca, ahí la cuidábamos igual que las compañeras del sector, ya estábamos en 1977. La barraca tenía un sistema diferente a los sectores, si bien las compañeras se movían con más libertad, entraban y salían al patio cuando querían, también estaban más expuestas porque la guardia no abría la reja como en el celdario —ruido que nos alertaba a todas— para hacer su recorrida, estaban todo el tiempo ahí.

—Ese día estábamos despidiendo a una compañera cuando de pronto oímos el grito de una milica: “¡No pueden entrar al baño!”.

—Recuerdo que Mecha Espínola nos contó que inmediatamente pensaron lo peor y corrieron sin obedecer la orden. Entramos una, dos, luego una tercera compañera... “La puerta del *water* cerrada por dentro, colgada —¿de la banderola?— estaba Norma. Había que tratar de que la cuerda no apretara. Entré al baño contiguo, me trepé al *water*, pasé por el murito hacia el otro lado. Abrí la puerta ¿o la abrió la compañera que estaba conmigo? La sujeté para que la cuerda no la ahorcara pero Norma yacía muerta en mi hombro. La compañera trató de desatar la cuerda. No me acuerdo más. Luego Norma afuera tendida en el suelo. Gente que la atendía. Salimos de ahí. Ataques de nervios, llantos. Unas horas después el oficial del caballo⁹⁹ llamó a formar y nos dijo que la muerte de Norma era nuestra culpa no recuerdo por qué, y que su muerte nos sirviera de ejemplo no sé para qué. Más ataques de nervios, más llantos.

99. Barrabino.

La llevaron al Hospital Militar, dicen que agonizó varios días.”¹⁰⁰

“El equilibrio se mantiene apenas, doctor Marabotto.¹⁰¹ La tarea cotidiana es permanecer sobre el hilo frágil de la cordura. No sabemos cómo, pero hoy seguimos cuerdas. Hoy logramos vencer, ha pasado otro día.

El camino es difícil, no hay reglas y el acoso permanente va grabando sus huellas. Quién sabe qué resortes se mueven, pero para nosotras el camino es muy arduo. Para ellos es claro: aislamiento, desarraigo y hostigamiento permanente, te van quitando todo.

Pronto quedamos solas con nosotras mismas, sin nada de donde aferrarnos, sin puntos de apoyo. Sabemos que todo te lo pueden quitar. Nos va a llegar el turno a cada una. Hoy puede ser cualquiera y seremos todas, porque la saña no se detiene.

En el calabozo se oyen gritos. Otra vez trajeron a Norma, está sumida en la angustia, en soledad revive todos los dolores. Es ella y somos todas, es cualquiera y somos todas. Ya comenzó el retroceso, el camino a la infancia, al origen, al vientre. Es una regresión violentamente alimentada, cruelmente alimentada.

Su respuesta clínica, doctor Marabotto: calabozo, arrancarle otra vez la familia, arrancarle otra vez las compañeras. Y además, un cambio de sector y más calabozo.

El descenso sigue, se oyen sus gritos desgarradores, noche tras noche, grito tras grito. En los sectores el silencio es abrumador, profundo, en cada cabeza resuena el dolor, esos alaridos se incrustan en lo más hondo.

Los despojos de Norma vuelven a la barraca, las compañeras no se despegan, doctor Marabotto, tejidos, lecturas, caminatas, visitas. Una compañera se iba en libertad, la alegría era general en la barraca, salimos todas a despedirla entre cantos y abrazos. Era la libertad. La libertad, pensó Norma, la libertad...”¹⁰²

100. Testimonio de Mercedes Espínola en *Memoria para Armar uno*, editorial Senda, Montevideo, 2001.

101. Nelson Marabotto, médico militar de siniestra actuación en cuarteles y penales.

102. Cuento de Ana Demarco.

“El trabajo es un derecho que todo preso tiene”



Así reza un cartel a la entrada del penal de Punta Rieles, y el artículo 66 del Código Penal dice: “El trabajo será obligatorio y se efectuará en talleres apropiados, dentro del recinto en las cárceles urbanas y al aire libre en las cárceles rurales”.

Los compañeros, primeros usuarios del penal hasta su traslado en febrero de 1973 a Libertad, habían armado quintas en las cuales plantaban lo que consideraban necesario para su alimentación, y estaban bajo su control. Existían además talleres de todo tipo, de cuero, literarios, que también aprovechamos nosotras cuando llegamos. En esa época todavía nos podíamos comunicar entre sectores. Había una polémica muy grande entre las presas de cómo enfocar el asunto del trabajo, porque el S 2 iba dominando el tema.

—¿En la primera etapa era todavía gobierno democrático?

—Exactamente, la concepción nuestra era que el trabajo era necesario para nosotras, nos daba cierta libertad, podíamos comunicarnos, realizar intercambio político entre las compañeras, las quintas estaban organizadas para mezclarnos entre compañeras de diferentes sectores.

De pronto ellos empezaron a controlar el trabajo, a imponer condiciones, incluso elegían el grupo y qué hacer. Empezó en el penal la discusión del trabajo, qué íbamos a hacer, porque no era lo mismo el trabajo voluntario, formativo, de expansión, de distracción que el trabajo forzado. Ellos empezaron a apropiarse de lo que se producía, se provoca una ruptura, había una quinta grande de tomates, y cada vez que se iba a cosechar los agarraban ellos. Ahí empezó la polémica, ya no se hacían más dulces, no se cocinaba más. Determinaban ellos qué se hacía con las verduras. Creo que hasta junio del 74, si no recuerdo mal.

— Sí, fue cuando lo de la supuesta fuga, cierran los sectores, nos incomunican entre nosotras, comienzan a eliminar los talleres y sacan a algunas compañeras a interrogar.

—Nosotras discutíamos qué hacer con los talleres que todavía quedaban, el de cuero y el de madera. Porque ahí se hacían juguetes para los gurises, se sacaban para la venta, era un apoyo económico para los familiares, como se hace en las cárceles comunes aún hoy, en ese momento fue cortado todo. Telares y tapices los rompieron en las requisas, se quedaron con otros.

En el 74, en la época de la muerte de Trabal llega al penal Armando Méndez, había sido un tipo siempre vinculado a la inteligencia del Ejército, dando una imagen progresista, peruanista, y llega también Barrabino, la otra cara, duro e intransigente.

Empezan a requisar todos los elementos de trabajo y la biblioteca que había sido heredada de los compañeros. Hay una quema en el patio del recreo, a la que se suman otras actividades represivas que ellos vinculan a la muerte de Trabal, pues responsabilizan al MLN de ese episodio. Ahí se radicaliza el tema del trabajo, surge la polémica entre las compañeras, algunas consideraban que debíamos seguir trabajando, aunque ellos nos impusieran las condiciones, de la misma manera que se hacía antes y otras no opinaban lo mismo.

—Lo considerábamos trabajo forzado, porque era obligatorio y no tenía el sentido de utilidad. Empezaron a reprimir a las compañeras por no querer trabajar.

—¿Qué medidas tomaban?

—Podía ser el calabozo. Se acuerdan que había sólo dos calabozos en el segundo piso, no existía todavía la “casita de las muñecas”, como llamaríamos a los nuevos calabozos. También incomunicándote con tu familia, no te daban cartas, no tenías visitas, no te dejaban salir al recreo. En algunos casos de compañeras enfermas se sumaba la no atención médica.

—¿Se acuerdan cuáles eran los trabajos que hacíamos en Punta Rieles?

Juntas formamos esta lista. A cada una de nosotras nos tocaron horas de estas tareas: quinta (romper terrones, dar vuelta tierra, sacar yuyos) sin derecho a cosechar, jardín, cocina, juntar puchos, pintar piedras de blanco, quitar piedras de algún lado, ponerlas en otro y viceversa, cortar el pasto con las manos, dar vuelta tierra y apisonar, pasar la aplanadora-rodillo por los caminos, plantar pasto, hacer encofrado para los cimientos de la cerca de seguridad, impermeabilizar la azotea, hacer

carpetitas de cuero, pintar paredes para las visitas internacionales, hacer un pozo, tapar un pozo, hacer nuevamente un pozo, pelar papas, pintar toletes, limpiar la cocina y las ollas gigantes, limpiar el descanso de las escaleras, limpieza del sector.

—En algunos casos podían ser laburos de utilidad, pero adquirieron un carácter represivo, allí siempre estábamos expuestas a sanciones.

—Otros, como las carpetitas de cuero, eran de carácter esclavo, porque era útil para alguien que se beneficiaba con ello y nosotras no veíamos ningún tipo de retribución.

—Casi siempre el trabajo consistía en hacer algo y deshacerlo. Esto conllevaba un gran desgaste psicológico.

—Otras veces también intentaron que colaboráramos con trabajos de carácter represivo: hacer los cimientos de los muros de seguridad, pintar los toletes.

—Nosotras no realizábamos esas tareas, tampoco embellecer la cárcel era un objetivo, por lo tanto el trabajo no lo hacíamos a ritmo de rendimiento, la consigna era no salir a trabajar voluntariamente y trabajar a desgano.

—Cultivamos la tierra, pero perdía el sentido cuando no podíamos comer ni una zanahoria, a no ser que fuera a escondidas y con la tierra que tenía.

—No podíamos ni enderezarnos, teníamos que picar terrones cuando estaban duros, dar vuelta tierra cuando estaba empapada y se pegaba a la pala de dientes, cortar verduras cuando se habían llenado de piojillos, o cuando se habían pasado de maduras, recuerdo una vez que cortamos unas coliflores que parecían árboles.

—Si estábamos juntando puchos alrededor de las casillas de la guardia o por los caminos, venían las milicas y agarraban las bolsas, las daban vuelta y los volvían a tirar para que los volviéramos a juntar.

—Me acuerdo de una situación que fue una verdadera provocación, la de pintar los toletes con los que nos pegaban y que decidimos no pintarlos, era el colmo. En líneas generales estábamos más o menos todo el mundo de acuerdo. Yo no recuerdo que hubiera discusiones por organizaciones, ni por sectores políticos, no.

—También mandaron pintar los vidrios para que no miráramos

para afuera, y también nos negamos. Los demás trabajos los hacíamos a desgano. Había muchas sanciones que eran por “absoluta falta de voluntad”.

—Las fajineras podían ser sancionadas por cualquier cosa, en la época que faltó comida recibieron muchas sanciones, eran nombradas todas las mañanas fajineras del sector, fajineras de celda y lista de actividades. Empezó a haber otras actividades, yo con mi físico privilegiado llegué a hacer las tareas más insólitas, hasta aislamiento con asfalcote del techo del penal. Para no usar escalera me usaban a mí.

—Cuando tocaba fajina no hacíamos trabajo a desgano, sí en la quinta o cuando nos mandaban cortar pasto con las manos o con esas aplanadoras-rodillos que se trancaban como podridas y teníamos que hacer una fuerza tremenda. El recuerdo que tengo es que era un trabajo al santo botón.

“Tanto los condenados a penitenciaría como los condenados a prisión percibirán una remuneración por su trabajo” (artículo 72 del Código Penal).

—Hubo una etapa en la que traían unas carpetitas de cuero de vaca, que teníamos que unir con tientos, era un círculo y después como gajos. Teníamos que sacar una determinada producción en un determinado horario. Venían con todas las carpetitas, las agujas de enhebrar tiento y con aquel tientito blanco unías carpetita tras carpetita, y nos iban a pagar y nos lo iban a acreditar en la cuenta que teníamos para compras de artículos de primera necesidad, con los aportes que hacían nuestros familiares. Pero eso no se produjo nunca. Nosotros trabajábamos a beneficio de quién sabe quién. En algún momento alguien se vinculó a la industria del cuero y las presas trabajábamos para él.

—En distintas canas pueden pasar cosas diferentes, yo tenía un amigo que estuvo en una cárcel en Trelew, en Argentina. Allá en invierno hace un frío bárbaro y los hacían bañarse con agua helada, entonces no iban a bañarse, el baño se transformaba en una tortura. ¿Qué hacían? Calentaban agua en la celda, como que era para el mate y se bañaban ahí, pero se tenían que lavar por partes, y hacer

guardia por si venían los milicos. Y si venían tenían que tirar el agua y hacer como que lavaban el piso, porque tenían prohibido bañarse ni lavarse en la celda, tenían que bañarse en agua helada.

—El “Vasco”¹⁰³ estuvo con Almiratti de compañero en la celda, y tenían sanciones si no limpiaban la celda. Llegaron al acuerdo de que el que veía sucio limpiaba y pasaron nueve meses sin limpiar la celda. A nosotras eso no nos podía pasar por la cabeza, 12 mujeres en una celda no podíamos hacer eso.

—En las distintas cárceles es diferente, en Ushuaia, cuando iban a cortar la leña estaban preservando la vida, porque si no lo hacían se morían de frío. Y los reprimían, pero era una forma de resistencia.

—El trabajo afuera, durante la dictadura, también era de terror, tenías que marcar el reloj si ibas al baño, trabajabas pelando tomates en Comte¹⁰⁴ y te pelabas las manos. Trabajabas 12 horas, parada, y si te apoyabas en una máquina te suspendían.

—Oscar Wilde estuvo preso, denunciaban como una tortura que a los presos les hacían hacer nudos y deshacerlos, hacer nudos y deshacerlos, y eso era una forma de tortura y de destrucción del ser humano.

—Por ejemplo en Punta Carretas cuando se organizó la fuga se plantearon trabajos, y los plantearon ellos, en una cárcel totalmente distinta, si Manera o Marenales proponía hacer un curso político los milicos iban a estar ahí, y en las otras celdas estaban cavando un túnel.

—Yo me acordé de una película, *Orquesta de señoritas*, las presas tocaban música cuando llevaban a los otros al crematorio. Para la mujer que estaba tocando el violín puede ser un hálito de vida, pero no nos olvidemos que estaban tocando cuando los otros marchaban al horno crematorio.

“—¡Salgan, rápido! Vayan bajando. Rápido, sector E, rápido, les dije: 021, 016, 102... Ya tendrían que estar abajo, vamos saliendo, no hagan tiempo.

—Me estoy calzando, soldado.

—¿Para qué es, soldado?

103. Bruno Iparraguirre.

104. Fábrica de galletitas.

- No tengo por qué darle explicaciones a una reclusa. Usted, baje.
- Ya va, soldado.
- Ya va, no. ¡Ya! Coordinadora, avise que hacen tiempo, que no se apuran en salir.
- Estoy desayunando, soldado.
- Ya tuvo tiempo, así que baje, ¿o quiere que la mande al calabozo? Mire que hay lugar, eh. No se haga sancionar.
- Tengo que pasar al baño, soldado.
- No, no pasa. Tuvo tiempo, así que baje y no le digo más, es la última vez que se lo digo. Rápido, a paso ligero, largo, largo. Soldado, abra la reja que bajan del E. Formen de a dos, cállense, dejen de murmurar. ¿No tienen todo el día para hablar? ¿De qué se ríe, 102? Siga nomás, 541. Siga que se va a reír en el calabozo. ¿Qué mira, se le perdió algo? No mire para el otro sector. Ustedes ya saben. No les repito más. Anótelas, soldado, a todas por morosas, por mirar a otras detenidas de otros sectores, por pedir explicaciones que no corresponden, por intentar comunicarse, por hacer señas...
- Llevan a una compañera al calabozo.
- ¿Quién es? No la puedo ver bien.
- ¡Se callan! ¡No miren! ¿Qué miran ustedes? ¿Qué les importa? Se ponen todas mirando a la pared. ¡A la pared, dije!
- Soldado, avise que salen. Guardia, traiga las herramientas. Voluntarias para cargar las herramientas. ¿Nadie? Ah, muy bien, anótelas, soldado, por falta de voluntad en el trabajo. Usted ¿es voluntaria? ¿Usted tampoco? Bien, todas sancionadas. Se hacen sancionar, peor para ustedes, usted qué mira, pichi...
- No me insulte, soldado. No estoy haciendo nada. No tiene por qué hacerlo.
- Yo la insulto todo lo que quiero, pero qué atrevida esta tupa.
- No me insulte ni me grite.
- ¿No le grite? Ah, sí, claro. Pero, qué se creen. Cállese y caminen más rápido, trabaje, vamos. Usted agarre el rastrillo, usted el pico, usted la azada, 021 tome... Trabajen, vamos, usted ¿qué mira? No levante la cabeza, ¿o quiere que se la baje de un toletazo?, ¿qué quiere? Usted, ¿a dónde va?
- A tomar agua, soldado.
- No puede, dónde cree que está, esto es una cárcel, ubíquese,

está presa, así que siga trabajando y no proteste.

—Pero, soldado, tengo sed.

—Qué sed, ni qué sed, yo le doy la orden y usted la cumple.

—Usted, 049, agarre esa bolsa y póngase a juntar puchos... vamos, ¿qué hacen? No hacen nada, sólo tiempo, están paradas, pero, qué se creen, trabajen. ¿O quieren quedarse sin visitas? Usted, ¿qué hace? Devuélvale la herramienta a su compañera, no se pueden cambiar.

—Soldado, el pico pesa.

—No importa, devuélvale la azada. Las órdenes las doy yo.

—No, soldado, la compañera se siente mal.

—Y a usted qué le importa, siga trabajando. Vamos, acá mando yo. Ya va a pedir para pasar al baño en el calabozo y va a pasar, sí... ya va a ver y baje la cabeza, no mire, quédese allí. Póngase firme, no salude, no se toque.

—Qué lindo día, ¿no?

—Sí, está precioso, ¿estás cansada?

—Un poco. ¿Y vos?

—También. Me duele la columna. ¿Terminaste el libro?

—Sí, me pareció bueno, voy a pedir otro de Roa Bastos. Son como las 12, ¿no?

—¡Ustedes! Se callan. ¿Qué tienen que estar hablando? Usted, no haga tiempo. Y carpa.

—¡Qué se piensan? A palos van a aprender. Se van a pudrir acá adentro.

—¡Soldado! La compañera se siente mal.

—Usted siga haciendo lo que estaba haciendo.

—Che, cuando esto sea nuestro vamos a hacer una granja, la tierra es preciosa. Mirá las gaviotas.

—Se callan, es lo último que les digo. Terminó. Pasen a formar. Formen ya. Caminen más rápido. No miren. Soldado, avise que del sector D están mirando. Que cierren las ventanas y que no silben. No miren, ¿o son sordas? Ya empezaron las calandrias. No salude. No se toque la cabeza, ¿o se cree que no me doy cuenta?

—¡Suben! Soldado, abra las rejas del E.

—Anótelas a todas, por saludarse con las de arriba. Suban. Largo. Largo.

—Hola, hola, ¿cómo andan?
 —Muy bien ¿y ustedes?
 —Aquí volvimos... ¿está el mate?
 —Nuevito, con espuma.
 —¿Acá cómo están?
 —Bien. Traé la guitarra, vamos a cantar un rato.
 —Sector D, se calla. No hablen alto. ¿O no saben? Pasen a las celdas hasta que yo les diga; no pueden pasar al baño. Así que, adentro. Sector E no canten a coro, ¿o no saben? Cierren las ventanas. Bajen las rancheras. Comen y enseguida bajan a quinta 134, 045...”¹⁰⁵

Pensamos mucho acerca de nuestra actitud en el trabajo, nos llevó muchas charlas dentro y fuera del penal, en largas reflexiones.

—Estábamos en una cárcel para presas políticas, que dependía del Servicio de Inteligencia, su objetivo era anular nuestra capacidad de resistencia como seres pensantes y como seres políticos. Esa uniformidad, el pelo, el uniforme, los números, eran para quitarte toda capacidad de decisión, la intención era convertirte en un pichi, en un número, anularte. Éramos mujeres que se habían enfrentado a la sociedad, habían dejado a sus hijos, a su familia, habían participado políticamente, se habían enfrentado con ellos.

—El trabajo era una herramienta más de destrucción, podíamos haber interpretado que el trabajo nos permitía salir, nos permitía tomar aire. Pero no, la función que cumplía era la de represión, lo utilizaron como instrumento de medida, para clasificarnos, y a nosotros nos sirvió como estrategia de resistencia.

—Éramos compañeras de diferente formación y de diferentes grupos políticos, y sin embargo logramos definir una estrategia común. Ellos generaron el conflicto y nosotras logramos resolverlo después de elaborarlo, de conversarlo, de discutirlo, hasta tomar una postura política. Es importante, porque muchas veces la represión opera como un disparador de la resistencia y la definición política viene después.

105. Cuento de Irma Leites.

—Los presos políticos debemos permanecer como tales. En este caso el análisis pasa por la función que tiene el trabajo, y debemos analizar cómo resolverlo. Trabajar o no trabajar fue el dilema, y nuestra respuesta política fue el trabajo a desgano.

—Frente a todos los problemas que podían surgir en la convivencia en el penal, entre nosotras y hacia afuera, había un diálogo muy abierto. Yo siento que esa unidad no era producto de una imposición, de una norma, sino que era el producto de una discusión.

—La meta de los milicos era la destrucción del enemigo, variaban los métodos pero no el objetivo. No siempre intentaban la destrucción física, también pretendían la destrucción psíquica.

—Hay que ver por dónde pasa la represión y por dónde pasa la resistencia.

—El grueso del penal llegó a una respuesta conjunta de enfrentamiento al trabajo forzado. Después de trece o catorce años de cárcel el grupo de presas políticas salió bastante entero, aunque las cicatrices de lo vivido están en nosotras.

—El objetivo era quebrarnos, y podemos llegar a la conclusión de que no lo cumplieron. Porque supimos darle una respuesta colectiva que nos hizo fuertes.

“Un día, a primera hora de la mañana, el sargento Lara dio una lista de reclusas para que hicieran un trabajo. La actividad no estaba prevista y provocó una serie de preguntas, para orientarnos.

—¿Nos abrigamos, soldado?

—No, vengan a formar como están.

Necesitábamos algún otro dato, revoloteamos en busca de algo concreto.

—¿Llevamos botas?

—¡Pasen a formar!

—Soldado, es que si vamos a quinta tenemos que llevar botas.

—¡Pasen a formar, ya!

Sin poder aclarar nada y en medio de un revuelo de dudas, estuvimos prontas. Abrieron la reja del sector, salimos, atravesamos el *hall* del segundo piso, bajamos la escalera, atravesamos el *hall* del primer piso, el patio del recreo nos vio pasar,

los dos portones se abrieron en su riguroso orden.

Pero no entramos en la quinta.

El nerviosismo creció en nuestras filas, la última posibilidad era que nos llevaran a la cocina, pero no, no fuimos a la cocina.

Nos hicieron doblar, recorrimos muy lentamente el camino hacia la barrera, miramos las torres, las ametralladoras estaban allí, los guardias también, todo parecía más grande.

Sentí que las piernas me pesaban, que los pasos se me hacían más y más lentos.

Nos detuvimos frente al portón de salida.

Sentimos el ruido de las cadenas, abrían los candados, vimos cómo abrían el portón, nos ordenó atravesarlo.

Sentí terror, no pude mirar a los costados ¿nos aplicarán la ley de fuga?

Lo atravesamos mudas, estábamos afuera...

Allí quedamos, en fila...

El sargento Lara se fue hasta la caseta de guardia, la soldado también se alejó... Estábamos allí... fuera del penal... solas, en fila...

Miraba fijamente los árboles al otro lado del camino...

¡Qué lejos!, era lo más próximo que la seguridad del penal permitía...

Pensaba, sin querer pensar, durante esos segundos eternos.

Creí que todo acabaría...

Al rato, no sé cuánto tiempo pasó, el sargento volvió y con tono acorde a su jerarquía indicó, como si nada:

—¿Ven ese montón de piedras?

La respuesta se limitó a una mirada.

—Van a trasladarlo para acá.

Acá era un lugar distante aproximadamente cinco metros del primero.

La que pudo hablar, preguntó, también como si nada:

—¿Con qué lo transportamos?

—Con las manos, reclusa.”¹⁰⁶

106. Cuento de Ana Demarco.

La salud

El cambio en la salud se produjo después de junio del 73, dejaron de atendernos desde el punto de vista médico, y las compañeras médicas no pudieron atendernos más: Gloria Labanca, que era médica, nos atendía, hacía el seguimiento, pero eso después cambió. Apareció Marabotto y todos esos médicos represores, que se conocían de la tortura.

—¿Cuándo empiezan a eximirnos de los trabajos, te acordás, más o menos?

—Creo que siempre existió. Beatriz, aquella compañera que tenía el problema en las manos, que después salió y murió, tampoco trabajaba. Nos hacían formar para bandera en los corredores y ahí empezaban a nombrar a las que iban a ir a trabajar.

—En el sector que yo estaba, el C, había una cantidad de compañeras eximidas por salud. Y había otras que nos autodenominábamos “músculos”. Sí, porque de treinta que éramos, solo siete u ocho hacíamos todos los trabajos de fuerza, como cargar tachos.¹⁰⁷

—Cuando estás enfermo estás débil. Es como un terreno fértil para los represores.

—Las enfermedades psicológicas también eran un problema, siempre tratamos de darles apoyo a las compañeras que estaban en esa situación, o cuando notamos que alguien empezaba a decaer. Nos proponíamos una tarea de apoyo, la cuestión era poner el hombro y tratar de que no cayera, teníamos claro que nos podía pasar a cualquiera.

Teníamos que hacer gimnasia, era bueno para la salud. Hasta unos días antes había estado terminantemente prohibida. De pronto, el predio al lado del patio de recreo se poblaba de gimnastas de todas las edades y de todas las condiciones físicas. La gimnasia era obligatoria, la población carcelaria dividió sus opiniones y debatió sobre el tema, algunas pensamos que podía ser interesante como forma de no perder fuerza, y se confrontaron argumentos. Coincidió con una etapa en la que no tuvimos recreo por un período importante.

107. Recipientes térmicos de aproximadamente un metro de altura y muy pesados.

Aquello tenía un perfil marcadamente militar, nos llevaban a “paso ligero”, como decían, saltando montañas de tierra, agachándonos. Y como todo: algunas contentas y otras no. La exigencia comenzó a aumentar, el ritmo se hacía más intenso, ya no podíamos más. Quedaron por el camino las compañeras más veteranas; las enfermas y las sanas también caíamos lesionadas, con desgarros. La última vez fue una crisis general, no se daba abasto para contener el dolor y la angustia. Lo suspendieron, habían cumplido con su cometido.

*Me da cada mañana,
con decisión más firme
la desolada gana de cantar,
de llorar y de reírme.*

Miguel Hernández

—“Para estar sano hay que reír al menos treinta veces al día”, dice un antiguo proverbio chino, y nosotras siempre reíamos.

—Hasta en las situaciones más dramáticas recurriamos al humor.

Quizás lo que pasó tuvo que ver con el concepto de resiliencia, que Rutter (1992) conceptualizó con importantes investigaciones y desarrollos teóricos. El término proviene de una cualidad de los metales: la de resistir los golpes y recuperar su estructura interna. La resiliencia humana es un factor que permite comprender por qué mucha personas pueden crecer y desarrollarse en medios adversos y alcanzar niveles de competencia y salud que, en otros casos, no alcanzan individuos que no fueron sometidos a situaciones severamente traumáticas.¹⁰⁸

“Suenan las sirenas, el penal se convulsiona frenéticamente, las reclusas deben acostarse boca abajo en el piso a la orden de: ¡Cuerpo a tierra!

108. Véase “Las raíces del pasado”, de Ivonne Trías, *Brecha*, 1º de setiembre de 2000.

Las rejas escupen monstruos futuristas, con caretas antigás y palos en las manos, que circulan aceleradamente por los corredores, cerrando las celdas.

Los sonidos metálicos se superponen, rejas, pasadores, cantados y órdenes; es una alarma.

El nerviosismo cunde, las órdenes ametrallan.

—¡No se muevan!

—¡No hablen!

—¡Bajen las cabezas!

En el corredor los pasos se alejan, se acercan y se vuelven a alejar, y en las celdas comienzan, cesan y vuelven a comenzar.

Frente a la celda 3 se oye la voz de la soldado ordenando a una compañera que se tire al piso.

Desde la cama Aída, cardíaca y asmática, con prescripción de reposo absoluto, responde:

—Yo no puedo, soldado.

—¡Tírese al piso!

El sector alerta, sólo puede oír, sabe que la necesidad de una soldado no tiene límites y está decidida.

—Soldado, estoy eximida de todas las actividades.

—¡Esto no es una actividad, es una alarma!

—Soldado, pero estoy enferma.

—¡Tírese al piso, dije!

Finalmente la cabeza canosa se suma a las otras. Los ruidos siguen, las botas, las rejas, los gritos ametralladoras...

De pronto todo vuelve a la calma, las sirenas callan, el enemigo ha sido derrotado.

Ya se hizo el silencio en el penal cuando se oye otra sirena, es la ambulancia, Aída se dirige al Hospital Militar.

Una soldado descansa satisfecha.”¹⁰⁹

109. Cuento de Ana Demarco.

Hilda Delacroix

Hilda es detenida en 1976 por ser integrante del Partido Comunista. Es trasladada al 300 Carlos y allí es torturada. Luego con otras compañeras es llevada al 5° de artillería. Cuando les quitan la capucha, las demás compañeras ven el estado de Hilda. Adelgazó más de veinte quilos y todo su aspecto es el de una persona muy enferma. No tolera los alimentos y está siempre con diarrea. Hilda consulta al doctor Marabotto, encargado de la atención médica en ese cuartel y también en el penal de Punta Rieles, quien le dice que no tiene nada y que su problema es nervioso.

La compañera sigue mal hasta que un fin de semana se atrasa y empieza con vómitos. Como éstos no paran la trasladan al hospital, un sábado, donde la ve el médico de guardia y le indica suero. Pasa el domingo igual y el lunes cesan los vómitos. Al mediodía, el doctor Piacenza, encargado de la sala por ese mes, le dice que le va a sacar el suero y firmar el alta.

Hilda no entiende nada, trata de explicarle que no vomita pero que tampoco comió y que por eso no tiene nada que vomitar. Le dice que adelgazó veinte quilos y que se siente muy mal. Yo, desde la cama de enfrente, escucho a Hilda pelear por su salud, pero ya sé que es en vano. Vino la orden de alta y se va de cualquier forma.

Fueron cientos los casos que vi irse antes que Hilda, pero igual sé que hay que pelearlo como si fuera el primero.

Hilda se va con un remedio para los nervios, porque también para este médico lo de la compañera es nervioso. Vuelve a los dos meses y está un mes internada, pero casi no la estudian. Sigue con diarrea y pierde sangre por el intestino, tiene el abdomen inflamado y cada día adelgaza más. Hablamos con los enfermeros, con los médicos, pero sin resultado. Todos se desentienden. Por fin la doctora mira su historia clínica y con gran asombro ve en los análisis de rutina que le hicieron el día que ingresó a la sala y que habían sido pegados en su carpeta sin que nadie los tuviera en cuenta, que Hilda tiene menos de dos millones de glóbulos rojos.

Empiezan los estudios, todos muy dolorosos, llegan los resultados de las biopsias y pedimos para verlos. Hilda tiene cáncer en el ovario.

Con tantos meses sin atención, el cáncer se ha extendido y en ese momento tiene metástasis en los intestinos, hígado y pulmón. Ya es tarde. No queda nada por hacer.

Comienza a tener dolores muy intensos. Las compañeras nos turnamos para atenderla. La familia inicia trámites judiciales pidiendo su libertad, pero la solicitud es denegada. Hilda muere el 1º de septiembre de 1976.

“Creí que era el final, sentía fallar todo en mí. La fiebre me trasladaba a un mundo sin fronteras, mi mente entreveraba realidad con pasado y el futuro bailaba un vals completamente desnudo ante mí. Durante el último plantón en la antesala de la sala ocho, me había desmayado, y cuando me despertaron con aquel: ‘Responda, responda por favor al interrogatorio’, y sentí las manos del médico levantándose la cabeza y vi su cara agigantada respirándome cerca, no entendí nada. Por un instante había estado parada en una larga cola, en una esquina del Hipódromo esperando para votar. Me apoyaba en un muro y una señora me ofrecía una jarra de agua para beber, que nunca llegué a tocar porque esa cara me había despertado.

Poco a poco cobró sentido lo que tenía a mi alrededor. Sentí algo así como un murmullo que se apagó ante el roce presuroso y arrogante de una bota y el sonido del garrote al pegar amenazante contra el barrrote de una cama. El soldado, un bayano¹¹⁰ para quien todos los que estaban allí eran ‘pichis’, iba y venía a lo largo de la sala. De a ratos se detenía en la reja que precedía la sala de presos para hablar con el guardia que estaba afuera. Y que afinaba su puntería apuntando a las camas para mostrar su disposición alerta ante el enemigo.

Los enemigos yacían en las camas, con sueros, con vendajes, con los ojos amoratados, con la vida pendiente de la buena voluntad de la política hospitalaria dictada desde los cuarteles. Los enemigos, mujeres y hombres, casi niños muchos de ellos, estaban bajo la honda zozobra de las altas que los conducían a las “capillas” del 9º de caballería, del 1º de artillería. Allí el alta médica era el signo precedente a la continuación de los interrogatorios, y éstos implicaban sin duda las más diversas torturas, físicas y psicológicas...”¹¹¹

110. Fronterizo, que habla con marcado acento brasileño.

111. Texto de Irma Leites.

Clarisa Bonilla

—Vinieron a casa de madrugada. Rompieron todo, pisaron todo y se la llevaron. Estuvimos en todos los cuarteles y nadie nos quería dar informes. No nos querían decir nada, hasta que al final me dijeron que podía estar en la base aérea al lado del aeropuerto. Allí fui y me atendió un soldado, el único en todas las recorridas que me atendió bien y fue él quien me dijo que por todo lo que yo le contaba, pensaba que podía estar en la base Boiso Lanza.

Allí me dijeron primero que no, y al final reconocieron que la tenían. Cuando la pude ver, en una pieza toda rodeada de soldados, me pidió por favor que no le tocara la espalda. La tenía muy lastimada, pero no me podía decir nada porque estábamos rodeadas.

—Los oficiales se caracterizaban por el sadismo —contó Carmen Abreo—, el alférez Cáceres por ejemplo, se dedicó durante meses a torturar permanentemente a Clarisa, que estaba enferma de lupus.

—Me dieron los zapatos de ella para que los llevara a arreglar. No se imaginan cómo estaban... Estaban redondos. El zapatero, que es un vecino, no me creía cuando yo le contaba la situación en que mi hija estaba, todo lo que estaba pasando y padeciendo. Cuando yo le hablaba me decía que exageraba, que cómo iban a ocurrir esas cosas en el país. Cuando el hombre vio los zapatos quedó tan impresionado... No lo podía creer. Decía: “No puede ser, no puede ser”.

A fines del 74 fue trasladada a Punta Rieles pero ya no pudo recuperarse, murió en el Hospital Militar en 1976.

La seguridad es un aspecto muy importante en una cárcel. La nuestra estaba custodiada desde torretas por soldados armados. Las torres rodeaban el celdario y las barracas. Muchas cercas de tejido de alambre subdividían el predio. El primer círculo sobre el penal era de cercas dobles, con un espacio de dos o tres metros entre ellas.

Estaban coronadas de alambre de púas y para atravesarlas había grandes portones dobles con candados.

Hicieron muchas refacciones: levantaron muros, los pintaron

de blanco, pusieron piedras, las pintaron de blanco, hicieron barracas, las pintaron de blanco, hicieron calabozos, los pintaron de blanco.

Un día les llegó el turno a las alambradas que cercaban el penal, debían asegurarse de que no huyéramos. Rodeando el patio estaba la más próxima al edificio del celdario, por allí debíamos pasar diariamente rumbo a la quinta, o rumbo a la cocina. Las fueron retirando lentamente, fue una tarea que requirió bastante tiempo para su ejecución, pero el Ejército es muy concienzudo, así que utilizaron el tiempo necesario.

Cuando retiraron los viejos tejidos de alambre, el patio se vio casi desnudo por la ausencia, pero resistió. Las rutinas no cambiaron, seguíamos saliendo al patio, seguíamos teniendo la custodia interna y externa en el patio como si la cerca estuviera ahí, seguimos manteniendo la ronda alrededor de la cancha como si la cerca estuviera ahí.

Lo más pintoresco era ver a la soldado que nos custodiaba cuando íbamos a la quinta, abriendo concienzudamente el primer portón, para ordenarnos detenernos en el espacio virtual “entre cercas”. Allí permanecíamos paradas entre medio de las “cercas” mientras cerraba el primer portón y abría el segundo. Finalizada la operación nos permitía salir para volver a cerrarlo. La tarea más difícil en esta etapa fue mantenernos serias.

“Estado de guerra interno; esta era la denominación que utilizaban a nivel nacional. Gracias a ella se beneficiaba todo el Ejército, e indirectamente la población, pues se defendían sus intereses.

En esa campaña de salvaguarda de la población el Ejército debía mantener una alta moral, debían estar alertas para que nada la alterara.

En nuestro modesto penal un factor altamente perturbador eran los calzones. No se podían colgar en las cuerdas del patio, porque exacerbaban a la tropa.

Los baños cumplían modestamente la función de secaderos, sin acarrear consecuencias funestas.

Una organización tan seria no podía dejar expuesta a factores climáticos, tan variables como los de nuestro país, una problemática de tal magnitud.

En este marco llegaron al penal los ‘secacalzones’. Eligieron a nuestro sector para la experiencia modelo, hicieron encuestas de horario de uso, se nombró una comisión de estudio y pronto llegó el gran día.

Se inauguraría el servicio, se solicitó a las detenidas del sector piloto que trajeran las eufemísticamente llamadas ‘prendas’, para hacer la prueba.

Un hecho de esta envergadura requirió un teniente coronel, un teniente, un sargento y una cabo. La detenida se presentó con un surtido de ‘prendas’, explicando con soltura que se habían seleccionado diferentes calidades para hacer más representativa la muestra.

Con cuidado extendió, uno a uno, los calzones en las varillas, cerró la tapa y puso en funcionamiento la máquina. Algunos minutos pasaron antes de observar los resultados, pero la situación no había variado.

La primera hora de espera se llevó al teniente coronel y al teniente, la cabo también fue requerida, y al final de las dos horas que tal enorme progreso de la técnica requería para secar las ‘prendas’, sólo se hallaban el sargento y la detenida custodiando la moral de la patria.”¹¹²

—La llegada al penal de las compañeras del Partido Comunista, en 1976, fue utilizada por el S 2 como un instrumento de desunión. La primera tanda de camaradas llegó en medio de una descomunal requisa que tardó horas. Nos bajaron a todas después de mediodía al patio de recreo, en la tardecita vimos bajar por la escalera una cantidad de mujeres ojerosas. Las fuimos a recibir, tratamos de explicarles que seguramente encontraríamos todo tirado en las celdas.

Ellas no podían entender lo que pasaba, y les costaba creer que hiciera tanto tiempo que estábamos presas. No fue fácil la comunicación, en muchos casos no tenían una idea clara de lo que eran las cárceles. Pero encontramos los caminos para lograrlo, la convivencia, las historias de nuestra experiencia, los recursos de resistencia, nuestra visión del enemigo.

112. Cuento de Ana Demarco.

—Yo había caído por el Partido Comunista. No me mandan a un sector con gente del partido. Mi primera experiencia es con compañeras que habían caído por el MLN, el 26 de Marzo, el PVP; del partido sólo había tres compañeras. Realmente la llegada al sector fue el afloje total, y ahí fue la primera vez que coincidí en algo con el capitán Silveira, el torturador Silveira, que me dijo en la entrevista: “Ahora, allá arriba también vas a descansar”. Y era cierto, cuando llegué al sector conocí a las compañeras, su solidaridad humana. Tenía una cucheta y te decían que te tenías que cortar el pelo, cómo era la vida ahí adentro. Mi primera compañera de cucheta fue Paloma Nario. Ahí yo empecé a descansar, fue tan grande el desgaste en la clandestinidad, la soledad de la clandestinidad. Empecé a aflojarme, me quedaba profundamente dormida, nadie me decía nada, salvo que entrara una milica y gritara ¡atención! Se terminaba toda la tranquilidad, pero mientras tanto, me sentía, después de muchos años, cobijada por otros que habían pasado lo mismo que yo. Nadie te preguntaba qué te pasó en la tortura, qué hiciste, ¿cantaste? No, nadie. Ya sabían cómo venías, lo único que hacían era decirte acá estamos nosotras, ¿que necesitas?, ¿tenés ganas de llorar?, ¿tenés ganas de hablar?, ¿no tenés ganas de hablar?, ¿querés dormir?, dormí, mientras puedas. Porque no podías dormir fuera de las horas que ellos dejaban, entonces las compañeras se acomodaban de manera tal que si alguien entraba a la celda no te pudiera ver. Ellas leían un libro y podías dormir un rato. Me acuerdo que el primer libro que leí fue *Concierto barroco*, de Alejo Carpentier, lo tuve que leer después porque esa primera vez fue imposible, mientras las otras leían yo dormía, dormía y dormía.

—En 1977 nos llevan a otro sector a varias compañeras del MLN, allí existen otras pautas, otros criterios, todo está muy organizado. Algunas viejas compañeras del MLN se arriman a nosotras y nos comunican con quién vamos a discutir, a quiénes debemos pasarle la información, y nos informan que las compañeras del PCU eran las responsables de los cursos de formación. A esa altura ya habían hecho el balance de la huelga general de 1973 y estaban enseñando materialismo histórico y dialéctico al resto del sector. Fue un hecho novedoso para nosotras, acostumbradas a otras formas de resistencia política, nos pareció haber entrado en el túnel del tiempo: estructuras y compartimentaciones idénticas al pasado. Había sido

la forma que encontraron de funcionar políticamente aquellas compañeras provenientes del MLN o de la OPR, caídas en 1972. Su contacto más reciente con la realidad exterior lo habían recibido en 1976 con las compañeras del PCU. Se habían fusionado en una especie de pensamiento único. Se polarizaron las discusiones sobre la huelga general, sobre los comunicados 4 y 7, en eso pasamos los años más duros de la dictadura. Rediscutiendo la lucha de clases, interpretando nuestras experiencias. La definición ideológica del PCU era homogénea y hacía pesar su influencia. Las acusaciones de sectarismo tampoco faltaron. El proceso del sector del que veníamos había sido mucho más horizontal, menos dirigido, bien diferente y no por eso menos comprometido. Sufrimos, extrañamos y también intentamos abrir espacios, discutir, una manera de mantener nuestras cabezas activas. Tratábamos de pensar y sostener el vínculo con la realidad y nuestra propia posición. No fue fácil con el enemigo presionando.

—Yo llego y encuentro al sector con posiciones políticas muy polarizadas, a tal punto que la mitad del sector no se hablaba con la otra. La mayoría de las compañeras eran del MLN, éramos sólo tres compañeras del partido, otras del 26 de Marzo y una de la OPR. Esta división parece que se arrastraba de diferencias que habían surgido con respecto al tema del trabajo y del voluntariado. Sin embargo, pasamos a otra etapa en la que empezamos a hablarnos, fue un trabajo intencional, decidimos acercarnos en un recreo a las compañeras que nos habían demostrado algo de simpatía y hablamos para romper la división, y dicho y hecho...

—Cuando yo caí, las compañeras hacía muchísimos años que estaban y yo tenía todos los datos de la resistencia, de todos los conflictos sindicales que había habido, de todas las movilizaciones, de todas las organizaciones que se estaban creando. Estábamos en 1982. Sin embargo eran desmentidas por la información del Partido Comunista que entraba por vía de las compañeras de esa organización. Eran informaciones contradictorias, pero que a muchas compañeras les sirvió para afirmarse en sus viejas ideas, en su identidad política y en su proyecto vital. Creó muchas contradicciones y temores. Las compañeras del PC tenían algunos miedos sobre lo que era el trotsquismo. De todas maneras del punto de vista del compañerismo hubo muy buena relación con muchas compañeras

comunistas. Porque de entrada les dije que no se asustaran, que no me iba a enfrentar con ellas, que teníamos otro enemigo, que allí todas éramos presas políticas de la dictadura. En cuanto al MLN, yo veía que había muchas compañeras que tenían una cierta crisis de identidad por el aislamiento en que vivían. Algunas estaban en la etapa de autocrítica del papel de la guerrilla, yo sin embargo reivindicaba el papel del MLN como la organización que aportó a la lucha de clases en Uruguay la necesidad de la toma del poder.¹¹³

Gladys Yáñez

Conocí a Gladys en los años 70, en las movilizaciones, en los actos de la UJC y del partido. Después vino el golpe de Estado; la dictadura, y dejamos de vernos. En 1975 la llevaron detenida, tiempo después la soltaron. Era menuda, bajita; con problemas de salud muy serios. Tenía un solo riñón que funcionaba mal, la presión arterial muy alta, anemia aguda. Necesitaba control médico casi permanente para no descompensarse, y una dieta rigurosa.

Me encontré con ella en el Hospital Militar en 1978, estaba muy mal de salud, venía de un cuartel donde estaba sola, incomunicada. Cuando se descompensó la llevaron al hospital y la internaron. En la sala había compañeras de Punta Rieles, ella no las conocía, casi no hablaba con nadie, era la primera vez que veía otra gente sin ser los milicos. Cuando nos reconocimos con Gladys la emoción fue intensa, mezcla de dolor e impotencia, hablábamos bajito, memoricé un teléfono, una dirección para avisar a su madre. Estuve tres o cuatro días, pedí el alta al médico, quería llegar a Jefatura antes del domingo para la visita. Nos dimos un abrazo apretado como despedida, no sabíamos si volvería al cuartel o la llevarían a Punta Rieles.

En marzo del 79 fuimos trasladadas al penal, supimos que Gladys había desmejorado mucho. La última vez que estuve con ella pasó muy mal, le hicieron dos transfusiones de sangre porque no recuperaba glóbulos rojos, casi no comía, yo le mojaba los labios con un algodón. Se sentía flotar entre nubes, le apretaba la mano y le

113. Testimonio de Cecilia Duffau.

contaba cuentos de las compañeras, algunas noticias, las que podíamos tener. “Ya no tengo tiempo para soñar –me dijo–, si me muero no quiero estar sola con ellos, quiero estar con las compañeras.” Me dieron el alta y ella quedó internada, le dejé unas medias que me habían tejido para mi cumpleaños, un peine; me dio un pañuelito con *frivolité* que me acompaña siempre. Me fui con un nudo en la garganta.

Unos meses después, el 11 de setiembre de 1980, desde el sector C, escuché el grito desgarrado de Mirtha Macedo, Gladys había muerto.

Le cambiaron la medicación, no la atendieron, sabían que era grave y la dejaron morir. No les importó nada. Dos médicos: Marabotto y Rosa Marsicano fueron responsables. El mayor Abi Bique era el encargado de reclusión del penal en ese momento.¹¹⁴

—Caí en 1982, imagínate, el tiempo pasa...

—El tango dice que 20 años no es nada, pero ¿diez años de cárcel no es nada?...

—Yo quedé impactada con los ritmos de adentro del penal, fue el primer golpe, no entendía por qué iban tan lento. Me costó asimilar esa lentitud. Me di cuenta cómo había afectado al penal la incomunicación el día que llegué al sector. Sentí que yo era Colón y ellas eran los indios, yo traía los espejitos de colores y las atomé con eso, nunca habían visto una pasta de dientes en que salían dos colores. Nunca habían salido del jabón Bão y los fósforos Victoria. No sabían lo que eran los encendedores a gas, todo eso lo viví como que yo llegaba con la tecnología.

Los cortes de pelo que había eran tipo Jean Moreau, habían quedado a fines del 70, se seguían haciendo el torniquete para la visita, cuando todas afuera andábamos con unos rulos impresionantes. Era el aislamiento. Por suerte yo tenía habilidades de peluquera y las emprolijé a la época. A algunas les volaba las patillas, les dejaba unos jopos así, más o menos cortaba bien el pelo.

Me daba cuenta de que era horrible la incomunicación en las cosas cotidianas. Hablaban de las revoluciones de África y acababa de pasar lo de Nicaragua, El Salvador, ¿entendés? Todas las discusiones políticas eran sobre los No Alineados. La gran esperanza política eran

114. Testimonio de Paula Laborde.

los No Alineados. Las discusiones eran: las causas y las consecuencias y lo que puede llegar a pasar. Toda una elaboración de estrategia o de cálculo político en función de los No Alineados... que estaban muriendo. ¡Y había revoluciones en América!

Yo veo el resultado de la incomunicación el primer día que me voy a bañar en el sector. Fijate que yo había estado los primeros días de marzo en Brasil, era la época del Carnaval. De pronto siento un alarido atrás mío, me doy vuelta y... “¿Qué te pasó?”.

Yo me asusté, pero lo que pasó es que Nená había visto que yo estaba quemada por el sol y tenía la marca del bikini, hacía años que no veía a nadie así. Era todo escándalo, escándalo.

La incomunicación la utilizaron como un método represivo; por el solo hecho de estar estacionadas en el tiempo nunca iban a poder incidir en una realidad de forma inmediata. Iban a tener que superar todo ese tiempo, a saltos, con garrocha, como puedas, pero había que superar ese salto, y no estábamos todas en las mismas condiciones. Porque si me estabas hablando de la descolonización del África, y se había procesado toda una unidad en la izquierda en América Latina, las vertientes católicas, por ejemplo, la formación del PT en Brasil. No lo entendía nadie en el penal, hablabas del PT y estabas hablando de cosas de locos. O las vertientes que formaron el PT, las vertientes que formaron el Farabundo Martí. No entraba la idea. O comunista, o socialista o anarquista o guerrillero, pero eso de frentes...

En el plano cultural a mí también me afectó. Por ejemplo, cuando salí me pasó, me di cuenta de que el movimiento punk me había pasado por encima del moño.

Por eso yo pienso que la incomunicación es un método de represión, porque vos sos una militante que quiere cambiar el mundo. No podés cambiar el mundo que ya no te pertenece, que ya no entendés ni conocés, para mí ésa es la clave. En ese aspecto logran un objetivo, será provisorio, pero ¿cuántos casilleros atrás te mandaron?¹¹⁵

—Mi madre aprendió a escribir para escribirme. Mi hermano le enseñó, mi madre había ido dos años a la escuela, pero era analfabeta por desuso, no había utilizado más esos recursos.

115. Testimonio de Cecilia Duffau.

—También me acuerdo cuando llegaban las cartas, que eran retazos, todas recortadas, que no podías leer nada, te entregaban una hoja que leías cinco palabras, era una época en que no tenías nada.

—Las cartas de mi compañero preso en el penal de Libertad no las vi nunca, debo haber tenido tres cartas en toda la cana.

—Se acuerdan de la canción que cantábamos siempre, aquella que habíamos hecho pensando en los compañeros, aunque hay partes que ya no me acuerdo:

Los compas de mameluco,
los de la bocha pelada,
los que dejamos un día
llegando la madrugada,
descubrimos sus secretos
a través de sus miradas
van cargadas de recuerdos,
de ilusiones y esperanzas.

Van cargadas de recuerdos
van cargadas de esperanzas
mate a mate en cada celda
trillando las horas largas.

Y el mar se les hace inmenso,
el cielo se les ensancha
y el viento trae de lejos
lo que estas nubes nos tapan.

Y de pronto lo esperado
en el portón algo blanco
trae sobres a roletes
dice Onda en el costado.
Se alborotan los sectores
es el correo esperado
y corren de boca en boca
chimentos de los pelados.
Sepan los teros queridos
las brujas también extrañan.



—11 de febrero de 1982, estamos en las celdas, estudiando, haciendo manualidades, las fajineras trabajan en el corredor, media mañana en el sector D. De pronto entran varias soldados y coordinadoras a la celda 4, nos dicen que cerremos las ventanas que viene un viento fuerte. Les explicamos que hace demasiado calor, que apenas tenemos aire por las mamparas de acrílico verde que las cubren, además de los mosquiteros.

Se van. Bajan y vuelven al rato con dos oficiales a la celda, tolete en mano. Gritan ¡atención! Nos paramos al lado de las cuchetas. Se colocan al lado nuestro como para golpear. Le ordenan a Elisa Michellini que salga de la celda.

Nadie entiende qué pasa, pero el clima no presagia nada bueno. Miro los rostros de las compañeras, estamos serias, tensas, los ojos brillantes, mirando al frente, los brazos a los costados.

En el corredor las soldados impiden que las otras compañeras del sector se acerquen, las obligan a pasar al fondo para trancarlas en las otras celdas.

El oficial Alfredo Centurión me da el primer golpe. Me quedo dura, parada donde estoy, miro cómo hacen salir a las otras compañeras de la celda. Me vuelve a pegar, me ordena cerrar la ventana, le contesto que no voy a hacerlo, me tira contra la ventana y me ordena salir. Las otras compañeras a los gritos preguntan qué me están haciendo. Les contesto: “Compañeras, me están pegando”. Centurión me saca a patadas por el corredor. También sacan a Edith Moraes y a Rosario Peguitto.

Tengo el brazo izquierdo lastimado y me duele. Tengo tanta rabia que se me saltan las lágrimas. Me meten en el calabozo 5, viejo conocido de otras veces. Tengo hematomas en todo el cuerpo de las patadas y los golpes. Cuando viene la enfermera a repartir medicamentos me anoto para médico. ¿En qué calabozo habrán puesto a Elisa? ¿Qué pasará con las otras compañeras? ¿Y en el sector?

Trato de tener la cabeza despejada, de estar alerta a los ruidos, a los movimientos para deducir qué puede estar pasando. Después de la comida viene la doctora. Apareció la Rosita Marsicano, dice que puede haber fisura en el brazo, que está hinchado. Me receta hielo y tener el brazo atado, pero como estoy en el calabozo no tengo pañuelo ni nada con que atarme, así que a joderme, me lo

sostengo con el otro brazo como puedo. El hielo nunca llega. Le dije que ella es responsable por mi salud y quedó por esa, nomás.

Al lado, en el calabozo 4 está Marijó –la Minvielle–, ella está en otro sector y ya estaba en el calabozo hacía días, le hablo por la pared y ¡pobre! No entiende nada de lo que ocurre.

Pasa la tarde, llega la noche, se acerca la hora del rancho, todo es silencio. De repente siento como que echan flit por la ventana del calabozo. Entra como una nube de gas, lo recibo de frente; en la cara, el pecho, los brazos. Llamo a los gritos a los soldados y viene la soldado, le muestro lo que está pasando. Me tranca más poniendo “el chorizo” en la ranura de la puerta. Me siento mal, me arde todo, me quema, estoy mareada y me siento en el piso por si me desmayo. Es lo último que sé. ¿Cuánto rato pasó? No sé. Cuando tengo conciencia de nuevo estoy en el suelo sentada entre vómitos.

Ya es hora de silencio cuando aparece la cabo Ramos y me pregunta si voy a quedarme así toda la noche, pido para pasar al baño. Me abre, voy al baño, limpio el calabozo, me dan el colchón, armo la cama, me desvisto, me acuesto como puedo, hago todo con un solo brazo.

Me arde todo, siento como fuego y tengo ganas de llorar. No quiero darme manija, hago el intento de dormir pero no puedo. La noche se hace muy larga, al fin clarea ¿qué pasará, qué día nos aguarda?

Hora de levantarse, arrollar el colchón, desayuno. Cuando viene la enfermera con los medicamentos le muestro que estoy brotada, se va y vuelve con un jabón de glicerina y me hace bañar, le pide a la coordinadora ropa limpia y que me cambie la que tengo puesta. Recién a media mañana me la traen. Me anoto de nuevo para médico.

Cerca del mediodía me sacan del calabozo y me llevan al S 2, paso a un despacho donde hay un soldado hombre frente a una máquina de escribir. Me comunica que debe hacer un acta y me hace preguntas. Le contesto que no tengo nada que decir, que ellos saben lo que pasó, después de un rato y frente a mi negativa me llevan de nuevo al calabozo.

Cuando entro toso para que las compañeras me escuchen. Me tranca de nuevo y siento que abren otros calabozos, nos están llevando a todas al S 2.

Viene la doctora. Me manda antialérgicos, del brazo bien gracias. De tarde me sacan de nuevo rumbo al S 2. Me llevan a la oficina del capitán Mazullo. Primero se hace el bueno, dice que él no estaba en el penal cuando pasó todo, que le cuente qué pasó. De vuelta lo mismo, no tengo nada que decir. Insiste, yo callada. Se pone como loco, me dice que los odio, que pienso que todos los militares son iguales, que soy antimilitarista. Le contesto: “Lo que me separa de usted es esto”, y le señalo mi número. Me amenaza, me dice que si quiere puede hacerme hablar, que me puede sacar del penal, me grita. Yo en silencio. Después de un rato ordena que me lleven de nuevo al calabozo.

Por fin empiezo a ubicar dónde están las gurisas: en el calabozo 1 está Elisa; en el 2 y en el 3 están Brenda y Sonia; enfrente están Rosario y Edith. Edith también fue golpeada en el estómago.

Me comunico con María Julia por la pared, le voy contando de a poco lo que va pasando. Cuando puedo me subo a la cama y trato de hablar con Eli por la ventana, mantenernos al tanto de lo que pasa.

A los tres o cuatro días me sacan al S 2 y me comunican la sanción. Tengo 120 días; por intento de agresión a un oficial, por desacato al negarme a contestar.

Tengo que preparar mi cabeza y el corazón para pudrirme en el calabozo, entré en verano y voy a salir en invierno. ¡Paciencia, Paula!

Los días van pasando y cuando hace una semana más o menos siento que sacan a Elisa, al rato vuelve. Después me sacan a mí. Rumbo al S 2 de nuevo. Desde el celdario me cantan, me toco el pelo a modo de saludo.

Me llevan a una oficina donde están ¡mi madre! y las soldados. Le cuento todo lo que pasó, me dice que tenga fuerzas, que las embajadas se están moviendo, que les comunicaron que voy a cumplir los 120 días de sanción en el penal, aunque el reglamento dice que después de noventa días hay que trasladar a otro lugar, que le dijeron que me van a llevar al hospital para verme el brazo.

Cuando vuelvo al calabozo tengo ganas de patear las paredes. Me comunico con Elisa y me entero que la vio Hugo Batalla, su abogado.

Pasan los días, las gurisas cumplen sus sanciones y llega el día en que se van. Me voy un poco con ellas. Van a llegar al sector y allí las compañeras estarán con el mate pronto esperándolas.

Se fueron todas y quedo sola en el calabozo. ¿Qué harán conmigo ahora, aflojarán la mano o seguirán hostigándome? ¡Corazón, sométete!, como dice Elisa.

De tardecita escucho los cantos de los sectores: el A, el C, el D se alternan todos los días, invariablemente están conmigo. ¡Gracias, compañeras! ¡Cómo se enojan las milicas! Todo está tranquilo durante unos días, un miércoles me llevan al hospital, el médico manda una pomada para el brazo.

Los días siguen pasando monótonos, iguales.

Un día llegan nuevas compañeras al penal, recién caídas, calculo, porque no tienen uniforme. Me abren la mirilla y veo la cara de un tipo del Departamento de Policía que conocía de cuando caí. Sigue cayendo gente, años y años y siempre llega alguien más. Cuando las cosas se tranquilizan les toso, les canto, les golpeo, quiero que sientan que no están solas. Son las gurisas del PST y una del PC esta vez. Están uno o dos días y las sacan, ¿dónde las llevarán, a la barraca o a los sectores?

Llega mayo, un día las gurisas me silban “Gira la calesita”, hay reestructura, siempre que vengo al calabozo pasa lo mismo. ¿A qué gurisa no veré cuando vuelva al sector y con qué otras me encontraré? Yo sabía que esto iba a pasar, se lo dije a la “Redondita” cuando se fue. Al otro día lo mismo, así pasan cuatro o cinco días, ¿cómo les hago saber que entendí el mensaje?

Un día oigo que se abre el calabozo 4 y meten a alguien. Es Emilia, qué sorpresa, yo estoy en cama enferma con llagas y dolor de oídos, me cuenta que la reestructura duró una semana, no puedo creer. Y yo que me enojé con las compañeras porque todos los días me silbaban lo mismo. Nos reímos mucho, yo pregunto y pregunto, es tanto lo que quiero saber, hace tanto tiempo que no tengo noticias. Me cuenta que armaron el sector B con las futuras libertades. Me cuenta de afuera, qué se hizo el primero de mayo. Emilia está ocho o diez días y vuelve al sector.

Cuento los días que me faltan para cumplir la sanción, queda menos, empiezo a hacer planes para cuando llegue al sector.

El 17 de mayo hay movimiento; traen al “Abrojo” y a Elisa. Siempre lo mismo; en la fecha de Zelmar la Eli en el calabozo. Las ponen adelante, en el 1 y el 2. Con todo, logro hablar algo con Mirita;

me cuenta que hay guerra en las Malvinas, no entiendo nada: Inglaterra y Argentina en guerra, parece de locos.

Pienso en algo para dejarle a Elisa en el baño; lo más parecido al rojo que tengo son unas medias bordó, se las dejo en su bolsa a modo de abrazo y de memoria.

Y llegó el 1 de junio; me costó más aguantarme estos dos últimos días que los otros 118 que pasé.¹¹⁶

—Me contó una compañera —ahora no recuerdo quién era— que un día estando en el calabozo se había parado en el borde de la cama para mirar para afuera y de pronto se encontró con los ojos de Barrabino a menos de 40 centímetros de distancia; del susto que se pegó quedó estampada contra la otra pared. Al tipo le gustaba ir a caballo por la veredita y con el puño de la fusta empujar la maderita de la ventana para vichar a las presas.

—Yo estuve en el calabozo un mes, cuando empezaron las sanciones más largas, cuando estaba el “Gato” Font. Fue por falta de voluntad en el trabajo y desacato.

—En el “rigor” no salíamos al recreo, no salíamos al patio, y estábamos sólo en el sector con las celdas cerradas.

—En estas etapas podés saber lo que es la incomunicación dentro de la incomunicación, de repente dejás de tener aquellos pedazos de cartas, dejás de tener las censuradas visitas.

—Cuando yo estuve en el E estuvimos durante un mes todas las compañeras del sector a rigor, y otro mes más la “Tabi”, otras compañeras más y yo a rigor en la celda 2; y como si fuera poco, después de eso un mes cada una en calabozo.

—Yo llegué a estar casi dos años en el calabozo, entre idas y venidas.

—Los recursos de comunicación en el calabozo eran muy importantes para la supervivencia, el relacionamiento con las que llegaban, hablar con las manos por debajo de las puertas, teníamos que mover los “chorizos” rellenos de arena que ponían del lado de afuera para que no viéramos nada.

116. Testimonio de Paula Laborde.

“Paradójicamente, a casi diez años de aquel otoño, en el 84 reaparecieron aquellas sensaciones: el estruendo, los golpes, los gritos, ese desdoblamiento ante el peligro que surge como defensa inmediata. Nuevamente la incertidumbre.

Qué ironía, esta vez la seguridad radicaba en la permanencia entre las rejas, el uniforme gris, la rutina carcelaria, la fauna y la flora de aquel paisaje conocido. Ese espacio mínimo que nos contiene, el único refugio seguro: las compañeras. Y apenas en un instante aquel hábitat se agrieta, se resquebraja. El grito invocando el número y al unísono la reja que se abre. Hice la pregunta de rutina, sabiendo de antemano que no iba a creer lo que me respondieran. ‘¿A dónde voy, soldado?’

Allí mismo, del otro lado de la reja comenzaba el territorio enemigo. El límite era muy simple, muy nítido. De un lado nosotras, del otro ellos. De gris nosotras, de verde ellos.

En el trayecto por escalera entre el sector y la enfermería iba pensando, descartando hipótesis. Tal vez fuera una sanción, no se me ocurrían otras posibilidades.

En la enfermería estaba la médica militar¹¹⁷ encargada de controlar en qué estado me encontraba; como todas las órdenes que recibía, cumplió ésta con la mayor unción.

Me tomaron la presión, el pulso, la temperatura.

—Firme acá. ¿No va a firmar, 220?

Percibí que iba a pasar algo, que no se trataba de una ida a calabozo. No eran ésos los movimientos, tampoco parecía un cambio de sector. No se trataba de algo previsible, no había código ni patrón donde encajar aquella situación.

Me encerraron en una celda de la enfermería. Una cabo y una soldado me ordenaron quitarme la camisa del uniforme. Comencé a gritar, llamando a las compañeras para que ubicaran en qué parte del edificio estaba.

Me inmovilizaron entre varios soldados y me amordazaron. Sentía la boca dormida y llena de sangre. No acaté la orden de sacarme la camisa, me la arrancaron a la fuerza. Transcurrieron dos horas o más, horas de una lucha silenciosa, crispada. Me sentía como

117. Rosa Marsicano.

un animal en una trampa, acorralada. Sin salida. Mientras tanto en el sector ordenaban a las compañeras que entregaran todas mis pertenencias.

Me sacaron de la celda de la enfermería, me resistí a bajar la escalera que obviamente no me conducía al sector; me arrastraron hacia abajo. No tocaba los escalones, iba golpeándome contra ellos, rebotando, rodando en medio de un borbollón de uniformes y toletes. Recuerdo claramente los colores de los escalones, los bordes clavándose en mi espalda, el sonido rítmico de las botas bajando a mi lado cual sombría catarata.

Tampoco ahí sentí el dolor. Toda mi energía estaba concentrada en resistir aquello que intuía, que podía ser el fin, no sabía...

Al llegar fuera del edificio ya era de noche, ya había sonado el toque de silencio. Me tiraron dentro de la cucaracha¹¹⁸ y trajeron a Paula, que al parecer había corrido la misma suerte. Arrancaron, las dos estábamos allí adentro, en aquel terrible estado, nos sentíamos tan desprotegidas, tan indefensas. Noté que mi aspecto debía ser terrible, la expresión en la cara de Paula fue un espejo fiel. Tenía la boca lastimada, hinchada y la mordaza ensangrentada. Ambas estábamos esposadas, hablando a la vez, intercambiando rápidamente el sentimiento de pánico, todas las preguntas, los posibles análisis que nos ayudaran a explicar aquella situación.

Después de recorrer pocos metros la cucaracha se detuvo, se abrió la puerta y sacaron a Paula, que quedó en la barrera. Continuaron la marcha sólo conmigo.

Esos momentos de intercambio con Paula me hicieron mucho bien, porque ahí reorganicé mi pensamiento, desplazé la preocupación, el miedo dejó de ser el centro, debía pensar en la compañera, buscar argumentos, transmitir fuerzas, objetivizar al máximo todo lo sucedido y prepararme lo mejor posible para lo que viniera.

Cuando detuvieron la marcha supe, por el tiempo que tardaron en llegar y porque conocía la zona, que habíamos llegado al noveno.¹¹⁹ Antes de entrar al cuartel me encapucharon, me llevaron a la enfermería donde un hombre de civil me revisó y dijo que no tenía

118. Vehículo militar de pequeñas dimensiones, cerrado. También llamado sardina.

119. Batallón 9 de Caballería.

nada grave. De ahí me llevaron a un calabozo. La primera vez que me permitieron ir al baño encontré en la papelería, como de casualidad, un trozo de diario donde se informaba la muerte de Vladimir Roslik.¹²⁰ La sensación de inseguridad no podía ser mayor, estaba sola en un cuartel y por lo visto seguían ocurriendo muertes, me lo hacían saber.

Aproximadamente una semana después recibí una visita de mi familia, previamente me habían advertido que debía decir que el trato allí era correcto. También en esos días fue a entrevistarme un miembro de la Cruz Roja y me advirtieron nuevamente sobre el “buen trato”. Permanecí en el cuartel alrededor de tres semanas, cada día llegaba un oficial a buscarme al calabozo, me esposaban, me encapuchaban y me hacían submarino seco.

Luego me dejaban una media hora de plantón en la plaza de armas con varios soldados armados custodiándome. Todo fue en silencio, nunca hubo el más mínimo interrogatorio. Al parecer ése era el recreo que me correspondía.

Una tarde, luego de tres semanas me dicen que junte mis cosas, me encapuchan y me suben a un carromato que me llevaría de regreso a Punta Rieles.

Por el camino logré ver algunos retazos de Montevideo; los colores, los olores del otoño son únicos, y los guardé, los reservé cuidadosamente en mi memoria, para poder compartirlos con las compañeras, así como las consignas pintadas en los muros, algunas tan familiares y otras recién estrenadas.

Al llegar me bajaron del camión con la capucha puesta. Y mientras iba caminando comencé a escuchar el canto de aquel coro imponente, de una fuerza única que atravesaba las ventanas, las rejas, las tapias y retumbaba en el campo hasta rodearme de un cálido abrazo de bienvenida.

La doctora Marsicano me indica unos exámenes de control. Otra vez el ritual, aunque ya sólo por cumplir la rutina. Era absurdo que estando allí de vuelta, estando viva, me preocupara por no firmar aquel papel. Pero en el penal sabían que nadie firmaba nada que no fuera la libertad.

120. Médico integrante del PC, muerto en torturas, última víctima de la violencia militar.

Ese sería mi último otoño en Punta Rieles. La vez siguiente que crucé la barrera fue en una condición magnífica. La de liberada. Tenía entonces 29 años.”¹²¹

“Era el 2 de abril del 84, después del mediodía, estaba tirada en la cucheta leyendo. Entra la soldado y llama.

—574, tiene que bajar.

No estaba anotada para médico.

—¿Para qué es, soldado?

—¡Baje!

Lllaman también a Nibia. ¿Será calabozo? Bajamos las dos, nos meten en celdas separadas de la enfermería, viene la enfermera, me toma la presión, el pulso, la temperatura, pregunto por qué ese control; no sabe, me dice.

Viene una cabo, me hace sacar la chaqueta del uniforme, me deja con la soldado y se va. Las compañeras preguntan dónde estamos, les grito lo que pasa. No puedo arrimarme a la ventana porque la soldado amenaza con pegarme y golpea todo el tiempo el tolete contra el radiador para hacer ruido. Llega la doctora, me revisa y me hace preguntas. Le pregunto yo a ella.

—¿Por qué todo esto, doctora?

—Son órdenes —me contesta.

Me entrega el papel que escribió para que lo firme.

—Usted es responsable de mi vida, doctora, no voy a firmar.

Después pasa a donde está Nibia y se repite lo mismo.

Las compañeras siguen preguntando a los gritos: ya no puedo contestar, me esposan para atrás y me amordazan. Pasan los minutos y me sacan. En el pasillo están los oficiales, las coordinadoras y los soldados a ambos lados. Veo a Nibia, chorrea sangre por la boca tapada por la mordaza. Tratamos de decir algo y sólo nos salen sonidos, nos sacan en vilo por la escalera, por el aire; como bultos nos tiran a las dos en la parte trasera de la cucaracha, se escucha el canto de las compañeras, el ‘De pie, cantar’ y ‘La Internacional’, no hay duda, nos sacan del penal, ¿a dónde?, ¿por qué?

121. Testimonio de Nibia López

Como puedo le digo a Nibia por el camino lo que siento.

—Tengo miedo, Negra.

Ella me mira, miro sus ojos y la sangre que le corre, yo también estoy sucia de sangre. Al llegar a la barrera a mí me bajan y me encierran con mis bultos. El vehículo sigue con Nibia. Me quedo ahí hasta la noche, de repente me sacan, me meten de nuevo en la cucaracha y hacemos un camino largo. Llegamos a un cuartel, me bajan y me revisa un médico. Me sacan las pertenencias y me llevan a un lugar, subo a una torre. Me doy cuenta de que estoy en La Paloma, cómo no reconocerlo después de tantos relatos de las compañeras. Me encierran en un calabozo diminuto. Casi no puedo estirarme ni caminar más de cuatro pasos. No hay nadie, sólo un pequeño agujero en el techo. Ahí me voy a quedar por un tiempo, me dice una soldado. Truncan y se van. Durante esa primera noche se me agolpan los sentimientos y las ideas, noche larga y de luz prendida, no puedo dormir, miro las arañas en el techo, tocan llamada, me traen el desayuno, pido para ir al baño.

Reclamo mis cosas, no tengo nada. Ni papel higiénico. De tarde abren el calabozo y entran tres oficiales llenos de estrellas, uno es mayor. Quieren saber cómo estoy; pregunto por qué estoy ahí, digo que quiero ver a mi abogado. Me contestan que son órdenes, que ellos no saben nada, reclamo mis cosas y me dicen que haga una lista de lo que necesito. Al anochecer viene un oficial y me trae unos libros, un paquete de tabaco, fósforos, hojillas y después la comida.

Al otro día de nuevo la misma historia. No me dejan bañar.

Al mediodía viene un oficial que dice ser mi encargado, me trae la comida. Me mira todo el tiempo, trato de concentrarme en la comida y no pensar. El día se hace largo. A la noche de nuevo la vianda con oficial incluido. Al tercer día vienen los oficiales de nuevo, el mismo diálogo, la misma respuesta. Al cuarto día me abren el calabozo y recibo un paquete con papel higiénico, pasta de dientes y un cepillo, una toalla, un vaquero, un par de mocasines y un juego de sábanas. Reconozco esas sábanas, son de mi casa, de antes de caer presa, es como si entrara mi madre por la puerta, es tanta la emoción que tengo.

Me dejan bañarme, el agua es helada y me cambio de ropa. Con la comida viene el oficial que me mira raro y me comunica que me van a llevar a recreo esa tarde. Después de varios días puedo ver

el color del cielo, las hojas de los árboles amarillas, naranjas. Estoy en la cancha de frontón del cuartel, hay cinco milicos para custodiarme. Puedo estirarme y caminar durante una hora.

Cuando llevo siete días en esa rutina, cerca del mediodía me sacan, me abren la puerta del calabozo de al lado y de allí saco mis cosas del penal. Estuvieron calaboceadas conmigo al lado todo el tiempo. Hacen una relación de pertenencias, me suben a un “camello” y vuelvo al penal. Cuando llegamos a la barrera miro por los agujeros del furgón y veo en la pradera a las compañeras. Primero me llevan a la enfermería, allí está la doctora que me revisa y me encuentra la garganta con llagas, luego me da el papel para firmar y otra vez me niego. Me sacan de ahí y me llevan a otra oficina. Allí está mi hermana, nos abrazamos, le cuento. Me dice que se movilizaron por nosotras. Me cuenta que también sacaron a Ana María y a Lupe, que Lupe está en el Hospital Militar, que todos los familiares están juntos y que la Cruz Roja se está moviendo. Se acaban los cinco minutos, me suben al sector, no hay nadie allí, estoy un rato sola, al fin llegan las compañeras. Llantos, risas, abrazos, contarnos qué pasó, cómo avisaron a los familiares, cómo sacaron a Lupe y a Ana María.

El penal me saluda y me canta. En la tarde me entrevista la Cruz Roja. Esa noche después de la hora de silencio mi sector canta ‘Como un pájaro libre’ y grita un ‘hasta mañana, Paula’. Por supuesto, en esos días hubo reestructura. En los días siguientes, una a una van llegando las otras compañeras de los cuarteles. En la noche, mientras otras compañeras duermen converso con Sonia Mosquera, el Negro Wasen está internado muy mal de salud, juntas mitigamos la angustia y nos damos ánimo. Hasta cuándo habrá que aguantar tanta injusticia.”¹²²

“La primera vez que hablé con las manos me impactó, fue en mi primer calabozo (había estado antes, cuando llegué al penal, pero sólo de paso), a un par de meses de llegar. Fue por debajo de la puerta, yo veía como una pantalla negra de seis centímetros de alto por unos 70 de largo. Sobre ese pequeño telón los dedos de la mano de Edda bailoteaban en su coreografía muda. Yo la miraba como si

122. Testimonio de Paula Laborde.

viera una película. Sólo que, al mismo tiempo, la estaba viviendo. Yo no tenía compañeras conocidas en el penal, ni de militancia, ni de estudio. Entonces ella me preguntaba cosas de mi vida, yo le empecé a contar ahí. Hablaba y hablaba, le conté de mi familia, de mi compañero que había quedado en Brasil, de cómo era él, historias lindas. Ella sólo veía mi mano. Después de un rato ella mueve sus dedos: ¿estás llorando? Me sorprendió, era verdad. Ella no me veía, pero yo estaba llorando y mis dedos se lo dijeron.

Ese poder de transmisión fue impresionante para mí, de eso no me olvido, era fuerte. Veías en el ritmo de la mano el carácter, el humor, el estado de ánimo de la otra. Si estaba enojada hablaba rápido, golpeando los dedos contra el suelo, dejaba las frases por la mitad. En la cadencia con que los movía podías captar una reflexión. En esa oportunidad hablé sólo con Edda, porque la tenía enfrente. Paula Laborde estaba en el calabozo desde ‘el día de los palos’ en febrero, pero estaba lejos.

Pasábamos horas de panza al piso en aquel oscuro túnel donde vencíamos los miedos y la soledad. A veces un ruido nos obligaba a pararnos de un salto. Otras veces una cucaracha gigante asomaba en el rabo del ojo, eran los silenciosos borceguíes de una milica que aparecía de improviso, abría de golpe la ventanilla y nos pescaba cuan largas éramos, ocupando ridículamente todo el calabozo.”¹²³

“En ese entonces recién empezaba a conocerse afuera lo que pasaba en Punta Rieles y en Libertad. Los familiares se reunían en la parroquia de Peñarol al amparo del cura Osorio. Por eso cuando caí ya sabía, por sus reclamos, que desde el 80 habían colocado en el penal las mamparas verdes.

Dos años de denuncias –sobre todo en el ámbito internacional– fueron necesarios para lograr que cambiaran los acrílicos verdes por mamparas blancas. El cambio del color de la luz fue un alivio para la vista... pero la vista no era todo, las mamparas aislaban.

En ese momento es que a mí me llevan de Jefatura al penal y un par de meses después de estar en barraca me trasladan al sector C, así

123. Testimonio de Cecilia Duffau.

que viví directamente la pelea por la caída de las mamparas blancas.

Que no sólo era por las mamparas, además de los acrílicos pusieron tejido mosquitero verde, para que no extrañáramos el color, sería. Lo único que quedaba de visión eran los laterales, pero el tejido no te permitía ver nada. A los tres o cuatro días de estar en el sector, calabozo conmigo. Nos agarraron *in fragantti* a Edda y a mí quemando con un cigarrillo el mosquitero. Parece que nos vio de abajo Centurión –el sector C estaba en el segundo piso–, subió como bolido y nos pescó. Ahí mismo salimos para el calabozo.

En la dirección del penal estaban los tenientes Granaderos, un tal Centurión y Jacinto Ojeda. El mayor Mazzulo era el capo, encargado de reclusas del penal.

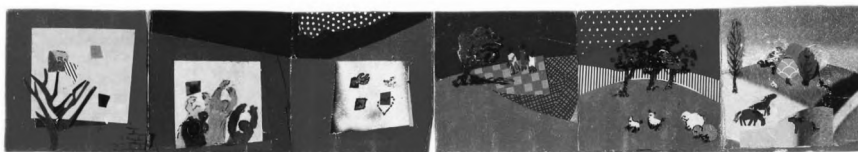
Al poco tiempo de volver al C, a la hora de la siesta, siento pac, pac, pac, pac, seco, decidido. Me muevo despacito sin hacer ruido, voy a la celda de adelante y veo a Marijó con una aguja de tejer cual pájaro carpintero dándole a las mamparas. Había incorporado una nueva tecnología. Las mamparas eran de un acrílico con unas celdillas en el interior, muy duro, pero con un buen agujazo las atravesábamos y por ahí vichábamos.

Las mamparas estaban a unos 20 centímetros de la ventana, montadas en una estructura de hierro, por lo que quedaba libre ese espacio para mirar y hablar por los costados, y para abajo o para arriba. Era demasiado, pusieron unas maderas a los costados de las mamparas. Quedamos encajonadas por un buen tiempo.

Pero no nos convencieron, el tiempo que teníamos para “el trabajo” era poco, así que se hacía lento, pero igual seguimos tozudamente. Nos animamos y empezamos a usar los cuchillos de mesa. No me van a decir que no eran palabras mayores, recortábamos cuadrados de unos diez centímetros como pequeñas ventanitas. El panorama que aparecía era insospechado. Claro, nos sacaron los cuchillos, los traían a la hora del rancho y se los llevaban un par de horas después. Casi siempre por la osadía terminábamos en el calabozo. Calabozo y más calabozo: un agujerito, un calabozo.

Recuerdo uno que me ligué por eso; al volver al sector, entre los regalitos que me tenían las compañeras de la celda había un pequeño *collage* hermoso que hizo ‘Yulai’ –Julia Armad Ugón– en forma de acordeón con cuadros que representaban las distintas imágenes

que veíamos (ella también había estado unos días) desde el ventanuco: el saludo de las compañeras de la UJC que se iban en libertad, luego a la noche las siluetas detrás de las ventanas de las compañeras del sector cantando para el calabozo, y por último la visión del campo que tuve cuando me mandaron al otro lado, desde donde no se ve el celdario.



No sólo en el sector C rompíamos las mamparas, se fue dando igualmente en los otros sectores. Siempre que iba una compañera al calabozo por una ‘medida de lucha’ se la respaldaba, se continuaba la medida o se ampliaba en lo posible. En los recreos hablábamos con las manos con los otros sectores, también hubo reestructuras que mezclaron a las compañeras, así las posiciones se iban aunando. Llegó un momento en que estuvimos todos los sectores juntos con el mismo objetivo: tirar las mamparas de todo el celdario el mismo día a la misma hora. Hay que ver lo difícil que fue lograrlo porque además se sumaba la dificultad de la comunicación entre nosotras. Era un trajinar de manos todos los días en cada recreo, uno de mañana y uno de tarde. Bailoteaban los dedos cuando íbamos a lavar ropa, con las ventanas de arriba, por los costados, estábamos todo el tiempo pendientes de las manos.

Llegamos a un acuerdo. Era una medida de fuerza inédita, estábamos un poco nerviosas. El momento llegó el 22 de octubre del 84 cuando terminaba la hora de la siesta, antes del recreo de la tarde. Eran cuatro ventanas por sector, es decir, 12 ventanas, unas cuatro compañeras por ventana. El silencio absoluto, la tensión al mango. De pronto voló una, volaron dos, volaron, volaron...

Todo esto sucedía la tarde anterior de la visita de la Cruz Roja, los milicos dejaron las mamparas tiradas hasta el otro día. Recuerdo que nos sacaron del calabozo para la visita con los suizos

y ellas estaban ahí desparramadas en los jardines. Se ve que querían demostrarle a la visita internacional que éramos salvajes.

Una semana después volvieron a poner las viejas mamparas verdes. Adentro parecía una pecera.

Ese día las autoridades pasan un comunicado interno donde dicen que las ventanas que dan a la sala de disciplina (es decir al campo, al fondo del penal, alas sur y este) van a permanecer sin mamparas. ¡Un éxito!... pero hete aquí que a las ventanas que daban al norte, es decir al frente del edificio les soldaron chapas a las fallebas para cerrarlas con candados y que no pudiéramos abrir las ventanas, ahora abrirían y cerrarían ellas, las milicas.

Nos tuvimos que superar, aguzar el intelecto, logramos abrir las ventanas sacando los pernos, requería mucha fuerza, no cualquiera podía, porque además no teníamos herramientas. Recuerdo una entrada sorpresiva de la Rocha, la coordinadora del S 2 que estaba de guardia, quedó de boca abierta, no dijo ni una palabra se dio media vuelta violentamente y se fue.

Mucho pudimos ver por esos pequeños agujeros en las mamparas, movimientos que indicaban que iban a llevar a alguien al calabozo, o que iban a sacar a alguien del penal, que podía ser para ir al hospital o como cuando sacaron a Nibia y a las otras compañeras para cuarteles en el 84. Tengo en la retina todavía la imagen de Adolfo. Recién había muerto el Negro Wasen y él venía a la primera visita con Sonia. Ya nos habían dicho las del D que la petisa tenía una visita especial con su hijo. Era en las primeras horas de la tarde. Así que me aposté en el agujerito. El sol estaba radiante y la temperatura rondaba los 20 grados. Estuve un rato largo ahí hasta que el paisaje quedó quieto. De pronto algo se movió. Una figura oscura, muy oscura bajaba por el camino cargada de hombros y atravesaba la primavera que estallaba en amarillos y violetas. Llegó a la barrera. Se detuvo unos minutos y siguió tratando de remontar en el camino la pesadumbre que lo agobiaba antes de ver a su madre. Uno también aprende que la belleza y la tristeza pueden ser una sola cosa.

El 6 de diciembre pusieron de nuevo las mamparas blancas pero con una rejilla metálica entre medio, cuya trama dejaba sólo un centímetro libre. Una semana después me dan la libertad, pero supe que terminaron desalojando las celdas que daban al frente

del penal y amontonando a las compañeras en las celdas de atrás.

¡Cuatro años estuvimos luchando por abrir las ventanas! Tres meses después no quedaba nadie en el penal.”¹²⁴

Amarillo

En la ventana
con rejas
se instala.

Llena los ojos,
ondula las miradas,
se proyecta en sueños,
nos eriza el alma.

Silvestre,
agreste,
amarillo,
florido,
el campo lindero,
otra vez florecido.

Ana Demarco



124. Testimonio de Cecilia Duffau.

A Joan Manuel Serrat

“Era bueno escuchar tus palabras cuando la angustia nos inundaba, nos decías: ‘Todo pasa y todo queda pero lo nuestro es pasar, pasar haciendo caminos, caminos sobre la mar’.

Siempre estabas preocupado por nosotras, muchas veces compartiste cómplice tu ‘balcón con albahacas’, tu ‘ejército de botones’, el ‘cielo azul y un jardín de adoquines’, en ellos reconocíamos nuestra quinta impregnada de albahaca, bajo el inefable cielo azul rodeadas de aquel triste ‘ejército de botones’.

Era importante para nuestra relación tener presente el lugar de ‘aquellas pequeñas cosas que nos dejó un tiempo de rosas, en un rincón, en un papel o en un cajón’. Sin esa cotidianeidad no hubiéramos podido lograr aquella magia que existía entre nosotros, Joan Manuel lo mencionaba y nosotras coincidíamos.

Sabía que ‘decir amigos es decir escuela, calle y niñez, gorriones presos de un mismo viento’, como nosotras sabíamos que decir amigas era decir gorriones presas de un mismo viento. Con fuerza entonábamos y desentonábamos cada una de las estrofas pensadas para nosotras.

Con él era fácil expresar la tristeza en las tardes cuando ‘detrás de los cristales llueve y llueve’, sentir aquel ‘canto triste de melancolía que nace al morir el día’. Uníamos nuestras voces para cantar ‘que soy muy pobre hoy, que por una sonrisa doy todo lo que fui, porque estoy solo y tengo miedo’.

Nos explicaba con sus palabras por qué te quiero. Aunque ya lo sabíamos, ‘porque te quiero a ti, porque te quiero, aunque estás lejos yo te siento a flor de piel, porque te quiero a ti, porque te quiero se hace más corto el camino aquel’.

No era necesario, amor mío, tenerte a ti ni a él, porque todos nuestros amores estaban hechos de distancia, de silencios y de ausencia. Joan Manuel lo sabía y nos decía: ‘Ay, mi amor, sin ti mi cama es ancha, ay, mi amor, entre tú y yo la soledad y un manojillo de escarcha’, y nuestras ausencias se poblaban de noches sin cuerpos, casi sin poder recordar, para no sentir el costado tan hueco, simplemente para no sentir aquellas ausencias, heladas noches de escarcha atrofiando los sentidos, aprendiendo lo que puede sentir una monja.

Que por olvidar, a veces hasta olvidábamos menstruar.

Hasta la maternidad frustrada, truncada, lograste compartir con nosotras, esas mujeres morenas que nos derramamos hilo a hilo sobre la cuna, esperando la risa de nuestro niño, compartiendo con Miguel Hernández y contigo esa convicción de que ‘tu risa me hace libre, me pone alas, soledades me quita, cárcel me arranca’.

Contigo era fácil volver a sentir ‘el golpe helado, el hachazo invisible y homicida’, y nos dolía nuevamente ‘más tu muerte que mi herida’, y contigo lamentábamos ‘temprano levantó la muerte el vuelo, temprano madrugó la madrugada, temprano está rodando por el suelo’. Las ausencias queridas quedaban prendidas en la estrofa ‘Dios y mi canto saben a quien nombro tanto’.

Sintiendo la tristeza y la plenitud, el compromiso y la fuerza cuando decíamos juntos los tres ‘para la libertad sangro, luchó y pervivo’, y nos consolábamos porque hoy como Miguel podíamos decir ‘aún tengo la vida’.

Él sabía como nosotras que no era fácil encarar el nuevo día, el desafío de la supervivencia, él sabía como nosotras que ‘un día más, que se va colando de contrabando, y bueno pues, adiós ayer y cada uno a lo que hay que hacer’. Y nos repetía animándonos, ‘tire pa’lante, que empujan atrás’. Y allá marchábamos a encarar el día más, el día menos, porque mire que empujaban atrás, no paraban de empujar.

Nos prestó la esperanza, la filosofía de Heráclito renacida en la voz de Machado: ‘Caminante, son tus huellas el camino y nada más, caminante, no hay camino, se hace camino al andar. Al andar se hace camino y al volver la vista atrás se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar’. Y por allí marchábamos conscientes de ser la historia, conscientes de nuestras huellas, conscientes de ese camino que caminábamos sin volver la vista atrás, con la determinación de que si nosotras no estábamos, de que si él no estaba no habría milagro.”

Ana Demarco

No siempre la libertad firmada significaba salir a la calle, porque existía un recurso que habitualmente aplicaban: las medidas de seguridad, y eso podía significar hasta 15 años más de pena.

—Nos contaba Lilia Castro que cuando salió de Cabildo, allá por 1971, apenas tuvo tiempo de fumar un cigarrillo en su “libertad”, la estaban esperando escondidos tras el portón para llevarla a Jefatura y de ahí a la Carlos Nery, donde permaneció más de un año.

—Cuando cumplí la pena, después de ocho años presa, volví al 14. Nos trasladaron incomunicadas a Marisa Alvarenga, Mirta Cubas, Lucía Fabbri, Cristina Arnábal y a mí. Nos pusieron en una misma celda, sin manualidades, sin libros, sin visitas, sin radios, sin diarios. Parecía que ningún oficial sabía nada, en qué situación estábamos, si bien todas teníamos la libertad firmada. Estábamos en plena guerra de las Malvinas. Intentábamos saber qué pasaba tratando de oír la clásica radio de los cuarteles, la Carve. Con las orejas pegadas a la puerta oíamos a los milicos que entrenaban todo el tiempo por si les tocaba pelear. También escuchamos que todos estaban obligados a donar sangre. Ahí estuvimos las cinco retenidas hasta que en agosto del 82 nos expulsan del país.¹²⁵

“...Y bueno, ¿qué le vas a hacer? Nos trajeron acá, a la barraca.

Viene la Fulgencio con su cara larga de siempre, su paso nervioso y sus ojos bajos y nos dice:

—Apronten todo. Mañana van a ser trasladadas a otra unidad.

—¿A dónde? —preguntamos, de puro curiosas nomás.

—Yo no les tengo por qué decir nada. No sé nada —nos responde.

Aparece Centurión, nada menos que un romano, su postura lo confirma.

—¡Atención! —grita la Fulgencio con cara inmutable y ojos escurridizos, junto al encargado de turno.

—Siguen bajo Medidas Prontas de Seguridad. No puedo

125. Irma Leites.

decirles a dónde van, ni yo lo sé. Lo único que puedo decirles es que van a tener más visitas y van a estar mejor que en este penal. A sus familias ya se les avisará –dice el oficial.

Y bueno, una se apronta. Medita. Hipótesis va, hipótesis viene y cae la noche sobre Punta Rieles, enviamos el último grito a las compañeras que pasan cerca de la barraca rumbo a la cocina:

—¡Nos vamos! ¡Nos llevan! ¡Hasta siempre, compañeras!

A la mañana nos traen las capuchas; entre los bultos un bulto más, pero que respira y protesta:

—No tiene por qué empujarme, soldado. No voy a ponerme la capucha.

—Es una orden, no discuta. ¿Desde cuándo se creen que pueden protestar? –grita la soldado.

Nos pone la capucha y nos empuja entre los bultos de la camioneta, que casi simultáneamente arranca a toda velocidad.

Dobla a la izquierda, en todas las cabezas aparece la imagen del quilómetro 14, seguro que nos llevan allí.

Escuchamos las inconfundibles bandas, están ensayando un pericón, recorriendo la plaza de armas, pericón va, pericón viene. Como si fuera poco la soldado Larrosa nos trae agua caliente para el mate, afirmándonos:

—Ya le dije al capitán que ustedes están en libertad, ya no tienen más números. Hice lo que pude, pequé de pesada con el capitán –se justifica.

¡Qué más podemos pretender, porque a la soldado Rita Larrosa le dicen “tratalas bien” y ella lo hace. Ella siempre cumple. Si te tiene que gritar te grita, si tiene que golpear, golpea. Sin dudar.

Después Marisa insiste con las cartas, yo con los libros y cuadernos, Cristina con las visitas, Mirta con los recreos. Todo está en estudio. Hay que pensarlo muy bien si esas exigencias entran en la mejor situación que nos anunciaron.

Al otro día se aparece un emisario ante nuestra insistencia. Un Calabrecci, ni más ni menos, éramos tan importantes como el Beagle. Bruto negociador. Mirando para todos lados y para ninguno en concreto, haciéndose el oso, pasa entre nosotras.

—Nos permite, teniente, queremos saber cuál es el régimen acá...

Él mira al techo, como consultando al supremo y nosotras,

irrespetuosas, seguimos preguntando.

—¿Por qué estamos acá?

—¿Seguimos bajo Medidas Prontas de Seguridad?

Él sigue mirando para arriba y se lleva las manos a la cara, aparentemente compungido por las preguntas, tratando de encontrar alguna respuesta.

—Voy a consultar –nos dice como si hubiera encontrado la forma de eludirnos.

El domingo pasa sin mayores novedades. El lunes a las 5 de la mañana la voz estridente de Rita Larrosa nos grita.

—Arriba, tienen que limpiar la sala de la cocina.

—Nosotras no –le respondemos.

—Eso no nos corresponde.

—Nosotras limpiamos lo que nosotras ensuciamos.

—Ustedes cumplen la orden y se callan –insiste la soldado.

—Tenemos la libertad firmada –insistimos.

—Basta, a quién le importa eso, las órdenes son para cumplirlas.

En ese momento aparece un erudito en Medidas Prontas de Seguridad gritando:

—¿Qué les pasa a ustedes? ¿Por qué no quieren trabajar?

—Queremos saber cuál es nuestra situación. Hemos trabajado años mientras cumplíamos la pena, ahora tenemos que ir a nuestras casas.

—Les conviene cumplir la orden, porque están bajo Medidas Prontas de Seguridad, están bajo libertad condicional...

Y nosotras que ni nos habíamos enterado. Sin duda el alférez es un sabio, sabe que estamos nuevamente incomunicadas en un cuartel. Secuestradas nuevamente, la familias sin saber nada y nosotras en libertad condicional.

—Ustedes dependen del Ejecutivo, es decir del Ejército. El Ejército manda. Ustedes deben obedecer. No les advierto más –reafirmó apoyado en la cucheta.

Apenas se retira escuchamos nuevamente el grito de la soldado.

—¡Atención!

Otro oficial entra mientras nos paramos.

—Me dan los libros, las manualidades. Rápido. Rápido. Usted, ¿por qué demora en pararse? ¿Acaso no come? ¿No tiene fuerza? Me van a dar lápices, agujas, todo, ¿o quieren que yo los busque? Miren que hoy estoy muy sensible y me enoja.

Claro, nosotras no entendíamos nada, estábamos con la libertad firmada, por eso se llevaba todo, cómo no nos dimos cuenta de entrada.

—¿A usted qué le pasa? ¿Se siente bien? ¿Está contenta? ¿O es sorda? —me pregunta.

De pronto nos aclara, como una sentencia:

—¡Van a estar acá 15 años más!

—¿No van a contestar? ¿No van a trabajar? —vuelve a preguntar.

—Decido reservarme el derecho de callar. Tengo la libertad, no le voy a contestar nada —le digo.

El oficial del Ejecutivo-Ejército comprende lo que sucede y pegando un golpe en la reja, nos grita:

—¡Así habla un prisionero de guerra!

Se va. Cuando nos acercamos sigilosas a la puerta escuchamos que en las Malvinas están peleando, que el asunto es simple, misil va, misil viene, y que continúa la masacre de jóvenes en nombre de un absurdo chovinismo.”¹²⁶

Febrero de 1978

“Tere era alguien especial, durante todos estos años amiga y única correligionaria en el sector, de una lealtad a prueba de rejas, siempre encontraba la nota de humor y el momento para discutir los problemas desde la óptica de nuestra ideología común.

Además de los problemas ideológicos le preocupaba la estética, como experta en belleza solía perseguirme para combatir mi acné.

Ahora se acercaba la fecha de cumplir mi pena; empezó con otro tema:

126. Irma Leites.

—Chiqui, te tenés que depilar.

—Sí, Tere.

—Chiqui, no podés salir así.

—Sí, Tere.

Yo no creía en los plazos y no quería ilusionarme con los plazos, pero era cierto, el 29 de diciembre se cumplirían tres años.

—Chiqui, por qué no venís a la celda para que te depile.

—Después de la feria judicial, ¿sí, Tere?

Mis piernas y todas las piernas parecían de monos y no de mujeres. La estética no nos preocupaba demasiado, gustar no estaba dentro de nuestros objetivos inmediatos.

Pero la persecución era constante, hasta que una mañana en la que estaba de fajinera, aprovechando una pausa en la labor, decidí ceder a las pretensiones de la Tere.

Me colé en la celda 3 y pasé al salón de belleza, trato personalizado, atención esmerada, mis piernas se convirtieron en otras.

Volví a meterme en el uniforme bastante pegoteada cuando se oyó el grito de la soldado.

—¡Sector E, a las celdas!

Volví de apuro a mi celda, las soldados entraron al sector y fueron directamente a la celda 2.

—Se dan vuelta, todas mirando la pared.

—209, agarre sus cosas.

Sentí que me desinflaba, ese momento... pero... dejar todo... tanto tiempo... salir... ¡qué dolor!... tantas veces lo soñé..., no puede ser, ¡qué alegría!, no, ¡qué tristeza!, y mis amigas, no las voy a ver, ¡ay!... adentro se rompe algo, afuera esa cara de siempre, esa cara de preso, sin expresión, defendiéndome, agarré las poquitas cosas que me iba a llevar. Salí, la soldado se adelantó para avisar a las otras celdas que miraran a la pared.

Cuando pasé frente a la 3, junto a la reja vi la sonrisa triste de la Tere.

—¡233, dese vuelta! —gritó la soldado.”¹²⁷

127. Cuento de Ana Demarco

Agosto de 1984

“Llegó agosto y empezaron los aires de libertad, todos los días se van compañeras. Vivimos prendidas a las ventanas despidiendo gente. ¡Hay alegría y desasosiego!

De mi sector son varias: Selva, Mecha...

Yo hacía dos meses que estaba sancionada y no tenía visitas, un domingo a través de Esperanza mi madre me manda decir que estoy en la lista de libertades. Viene Eddita con la noticia. No quiero darme manija, trato de no pensar. Pasan los días y nada, hasta que al atardecer un día me traen al sector. Las gurias como locas, empiezan a hacerme regalos de despedida. Otro día me llevan y firmo la libertad. El 3 de setiembre me avisan que apronte mis cosas, no tengo nada que aprontar, me llevo el colchón y dos frazadas porque sobran en el sector, varios regalos que me han hecho y lo demás ya fue todo repartido. Me voy con la camisa que me regaló Cacle, el buzo que me regaló Angelita debajo del uniforme. Me asomo a las ventanas del fondo para saludar por última vez a las compañeras que están en el calabozo. Canto fuerte y les grito ¡hasta pronto, compañeras!

Dos sectores empiezan a cantar, de barraca suena la potente voz de la Tota diciendo ¡hasta siempre, Paula! Vuelvo a mi celda a abrazarme con cada una de las gurias del sector. Abrazos, sonrisas, ojos brillantes, encargos para las familias. Cuando entran a buscarme empezamos a cantar “La Internacional”. Nos tomamos fuerte de las manos y levanto el puño, puedo irme, no quiero irme y quiero salir.

Las miro por última vez ¿hasta cuándo?

A algunas las veré en unos días, a otras las veré en marzo.

Me sacan del sector, repito ¡hasta siempre!, ¡hasta pronto, gurias! y bajo la escalera. El canto del penal me acompaña a lo largo del camino hasta llegar a la barrera vieja. Allí me encierran hasta la noche. Después del rancho reconozco la voz de mi madre, me abren y me dan un bolso con ropa y me dicen que me cambie.

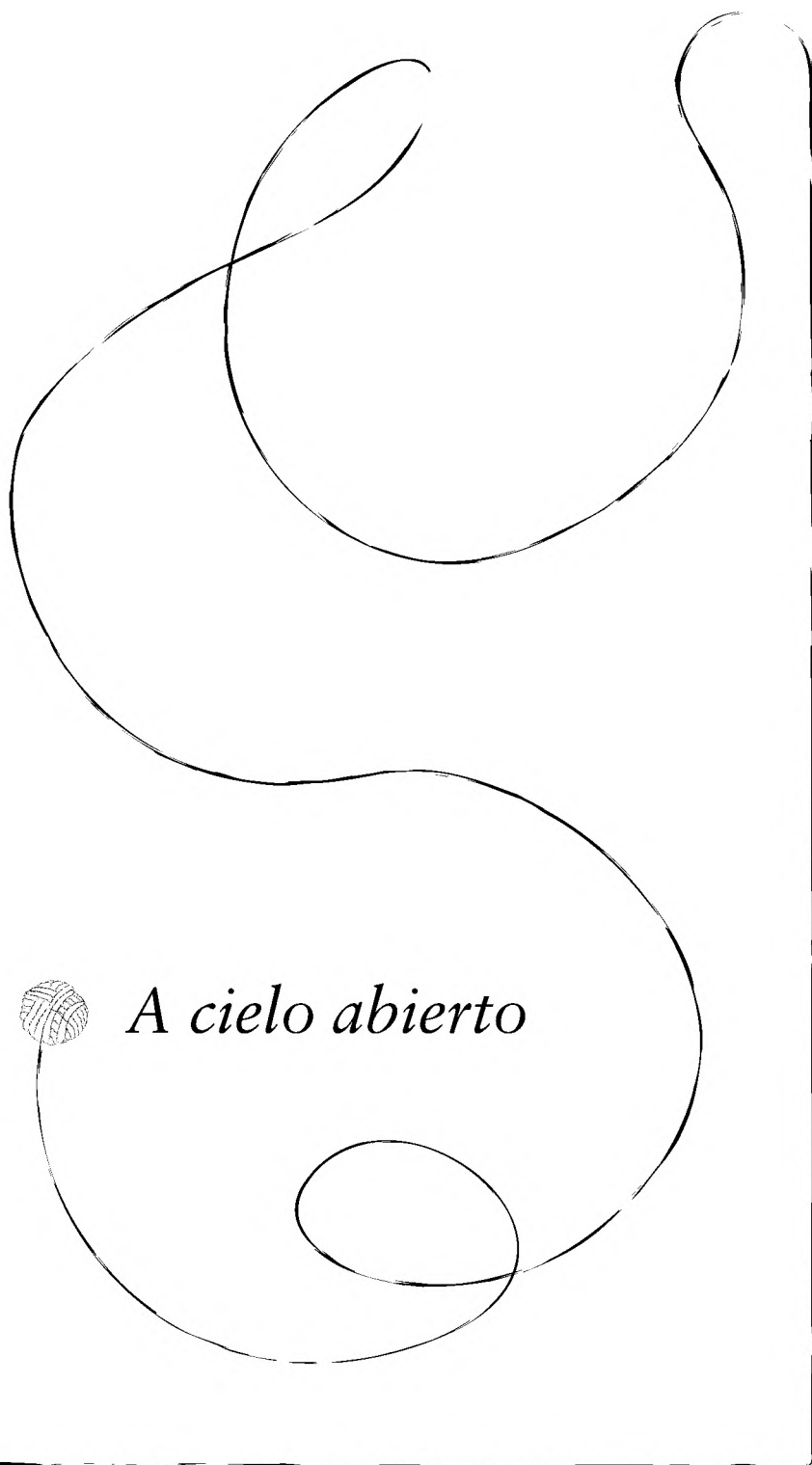
El corazón me late muy fuerte, me abrazo a mi madre. El oficial estira la mano para saludar, sigo de largo, no lo saludo. Camino apurada y veo el auto que vino a buscarme, tiene una bandera

grande del frente, veo los rostros de mi hermana, de Leonardo, mi cuñado, de mi hermano y el de Alicia, que estuvo presa también y prometió venir a buscarme. Allí está, siento un nudo en el pecho, no quiero llorar.

Miro el penal mientras nos alejamos por la carretera con sus luces, sus focos prendidos y detrás de eso tanta vida encerrada.”¹²⁸

128. Testimonio de Paula Laborde.





A cielo abierto





Me dieron la libertad, pero no avisaron a nadie en mi casa.

Tuve que caminar los dos kilómetros hasta Camino Maldonado, sentía pánico, esperaba que apareciera una mano desde los costados del camino que me tirara para atrás, que me llevara de nuevo para adentro.

No tenía plata, cuando llegué a Camino Maldonado vi cantidad de gente, paré un taxi, pagaría cuando llegara. Todavía no podía creer, me estaba alejando del penal, realmente estaba en libertad, quería llegar a mi casa.

De pronto el taximetrista me pregunta:

—¿Terminó su turno?

—Un turno largo —le digo.

No quería contar, me sentía vulnerable, no sabía con quién estaba hablando, el penal estaba muy cerca.

—¿Es bravo trabajar ahí?

Ya estábamos en 8 de Octubre, nos alejábamos cuando le digo:

—No, yo no vengo de trabajar. Estaba detenida.

Sin comentarios empezó a mostrarme la ciudad, me contaba lo que había cambiado, me señalaba una y otra cosa. Yo sentí que estaba haciendo un *tour* para mí, volví a conocer mi barrio con sus indicaciones.

Cuando llegamos le pedí que esperara, le dije que subía a buscar dinero para pagarle. Y simplemente me dijo:

—No, de ninguna manera.

Quisiera acordarme de su cara, quisiera poder agradecerle, me regaló mi barrio de nuevo y además me hizo sentir muy bien. Era un gesto que no esperaba, salir y encontrar en otra gente que no eran las compañeras la misma solidaridad.

—La calle no era la misma, había pasado mucho tiempo, era difícil caminar sin largas filas de compañeras, encontrar los números de los ómnibus, la localización nueva de las paradas, reconocer el valor del dinero, el precio de las cosas. La casa ya no tenía nuestro lugar, la ropa estaba apolillada y nosotras tan tristes por tanta vida aprisionada...

—Al irme de la cana entré en el período de incomunicación más grande que yo haya tenido en mi vida, fue el “después de”. Claro que yo salí en plena dictadura, se vivía el miedo en la calle, iba a las visitas del penal de Libertad, veía a los familiares doblados, angustiados, maltratados, sufrían tanto. Tenías que pelear por recuperar cosas que habías perdido, trabajo, estudio, hija. Era mucha la soledad y era difícil encontrar apoyo.

—Yo salí y encontré el mundo gris, lleno de miedo, la gente tenía miedo hasta de conocerte.

—La gente era diferente, no era lo mismo que lo que viví en cana, las compañeras tienen más peso en mi vida que otra gente que conozco de afuera. Porque creo que lo que vivimos nos unió en muchas cosas.

—La hija de Elena dice que se da cuenta cuando la madre saluda a una compañera, porque la saluda diferente que a las demás personas.

—Sí, yo recuerdo el terror cuando salíamos en libertad. Pensaba que afuera estaba la vida, y afuera estaba la muerte. Primero te desprendías del lugar de pertenencia en el cual estabas y venías a otra realidad donde estaba plantado el terror, donde la mayoría de la gente no te saludaba por terror, y no quería saber lo que sucedía. Porque hubo un corte total, un silencio sepulcral.

—Mi mundo se reducía a los que habíamos estado presos, me olvidaba que tenía que reinsertarme. En un principio la incomunicación a la que nos sometieron fue tan grande que nos manteníamos muy unidos.

—Yo sentí muy intensamente la incomunicación en el exilio. Tuve que irme del país, y esa etapa yo la viví en Suecia, la cárcel más grande que sentí fue la de Suecia, la del campamento sueco. Allá yo sentí que estaba presa, no sabía qué hacer.

—Creo que a pesar de todo hubo una gran capacidad de reacción entre las compañeras para ubicarse en el mundo. Todo el mundo quería, por ejemplo, ir a trabajar, ser madre, hacer las cosas que habían quedado para atrás.

—Fue un tiempo en el que teníamos que hacer muchas cosas que estaban pendientes, necesitaba trabajar, conocer la realidad. Yo tenía en mis recuerdos un punto de referencia de mi barrio, la bomba de agua. En mi cabeza esa bomba de agua era inmensa, yo había ido cientos de veces a buscar agua, y cuando la vi era una bomba ruinosísima, diminuta. Yo fui a buscar aquella bomba y no la encontré. Fue una imagen que me chocó, pensé que volvía a una realidad que conocía y no la conocía.

—Cuando llegué al sector C me daba vergüenza decir que me habían dado cinco años de pena. Las compañeras hacían este comentario: “Ah, bueno, no es nada”. La verdad que para mí un solo día era mucho... pero la mayoría tenían treinta, más quince de seguridad. ¡Cuarenta y cinco años de cárcel! Estaban preparadas para eso y no creían que fueran a salir libres antes de cumplir la pena.

Desde que la gente le dijo no a la dictadura en el plebiscito del 80, los milicos empezaron a sentir la presión popular y la necesidad de buscar una retirada elegante. Las movilizaciones en el 83 fueron enormes y cada vez más la consigna “amnistía general e irrestricta” imponía su presencia. Tanta fuerza tenía la lucha por liberar a los presos que en marzo del 84 los militares encontraron una salida, negociada con colorados y frenteamplistas, en el pacto del Club Naval. Las elecciones se realizarían con proscripciones, no podría participar, entre otros, Wilson Ferreira, máximo líder del Partido Nacional, que estaba en el exilio; los presos políticos fueron clasificados: “presos de conciencia” y “presos de sangre”. Los de “conciencia” podrían salir con los dos tercios de la pena cumplida y los de “sangre” cumplirían su pena.

—A mí me redujeron la pena de cinco a tres años, pues resulté

ser una presa “de conciencia” y me soltaron después de las elecciones, el 13 de diciembre. Recuerdo perfectamente aquel día, estaba en la celda y entraba el sol. Justo estaban pasando por el parlante un tema que a mí me encantaba y que yo lo acompañaba como un rezo cuando John Denver cantaba “camino campestres, llévenme a casa”. Una soldado me llama desde la reja: “613, junte sus cosas”. Era mediodía. Salí del sector entre los cantos felices de las compañeras. Caminaba hacia la barrera custodiada por una milica mientras iba dándome vuelta todo el tiempo y saludándolas con el puño en alto. Como había soñado. Pero no veía por ningún lado a nadie de mi familia. Me metieron en el cuarto de la guardia y me dice la soldado “póngase esto”. “Esto” era un vaquero sucio y caliente. Yo no entendía nada, ¡cómo mi familia me iba a mandar ese pantalón! La soldado abrió la puerta y salí. En ese momento veo a uno de mis hermanos, José, que baja de una “combi” en calzoncillos y viene corriendo hacia mí, me levanta y me da vuelta por los aires abrazándome. No dejaron pasar del puente a mi vieja porque “ya había pasado otro familiar” y ella tenía la ropa, entonces José no quiso demorar más la cosa y me prestó su ropa de trabajo. En Camino Maldonado estaban ansiosos esperándome mi compañero, que había vuelto de Brasil, mi vieja y otra hermana. La casa estuvo llena de gente toda la tarde. Pasaban los días pero en el fondo yo no estaba feliz, llegó fin de año, todo el mundo estaba de fiesta y yo no podía dormir, no podía dejar de pensar en las compañeras que habían quedado en el penal.

Una de las primeras leyes que promulgó el Parlamento fue la de amnistía, aunque no era general e irrestricta como exigían las movilizaciones. De todas maneras, y con otras argucias legales, todos los presos políticos salieron. Entre el 10 y el 14 de marzo de 1985 liberaron a los últimos presos políticos uruguayos.



Animarse

Pensá lo que quieras
pero pensá...
Te dicen del hambre
en millones, así nomás.
No alcanza ese dato
si vos no sentís...
si no te animás.

Muletas escondidas
muletas de la cabeza
discapacidades varias.

Será que no tienen
dónde ir...

Secas las lágrimas
son cristales sin guías
y van recorriendo tu cara
y mojan la mía...

Insisto en sentir
insisto en besar
insisto en tocar.

Servirá la vida
si no la dejás andar
será que Bea no está
será que Tere no canta
será que no encuentro
sus ojos para juntas llorar...
o mirar lejos donde nadie
imaginará...

Irma Leites

A las mujeres nos costó más reunirnos, recordar, testimoniar. Nos volcamos urgentemente a recomponer espacios personales, familiares, afectivos, políticos, sociales, casi el mismo tiempo que duró la dictadura duró nuestro colectivo silencio.

En el año 1997, en una esquina cualquiera se gesta el encuentro, fue en Art-Teatro. La invitación decía: “porque fuimos y somos parte de la historia”. Una sola periodista cubrió el encuentro de más de 300 mujeres que se abrazaban, hablaban, se reían, cantaban y lloraban simultáneamente.

A partir de allí se formaron estos grupos para rescatar la silenciosa historia de las mujeres que tarda tanto en aparecer. Género, Cronología, Salud, Vivencias y Testimonio se autonombraron los talleres. Comenzaba el ambicioso trabajo, grupos autogestionarios, sin financiamiento, sin personería jurídica y sin autoridades. Pero la realidad interrumpía con sus urgencias. “Ex presas políticas denuncian a un torturador”, informa la prensa. El ascenso del “Pajarito” Silveira nos conmocionó, pero el presidente Sanguinetti no se molestó en contestar.

De pronto estábamos en el Paraninfo de la Universidad, representadas en la obra de Lupe Barone *En voz alta*, cerrando el acto de Psicología en el 150 aniversario de la Universidad. Nacía Memoria para Armar bajo la consigna “Te invitamos a contar, porque a vos también te pasó”. El colectivo se presentaba afirmando: “Somos un puñado de mujeres que se atrevió y se atreve a soñar utopías”. Esta saga nativa llegó a publicar en tres años consecutivos tres libros en los que muchas mujeres dieron sus testimonios desde diferentes ángulos.

Otra vez llegamos a las tablas con una selección de textos de *Memoria para armar* hecha y dirigida por Horacio Buscaglia.

Las urgencias nos requieren, Sara no encuentra a Simón. El 14 de mayo de 2001 fueron entregadas en el Edificio Libertad las adhesiones a la campaña Simón Sí. Los organizadores reclaman al presidente que se investigue el paradero del bebé secuestrado. Parecía que todos los caminos estaban cerrados. Los esfuerzos se redoblan. Las compañeras del taller Vivencias publican *De la desmemoria al desolvido* en noviembre de 2002. Memorias para Armar había publicado *La espera*, de la compañera fallecida María Condenanza. Los vecinos de Punta Rieles convocan a las presas y surge *Memorias de*

Punta Rieles en los tiempos del penal de mujeres, a cargo de las compañeras de Vivencias junto al colectivo de ex presas políticas.

La memoria es una construcción subjetiva. Sobre esa base un grupo de ex presas políticas intenta elaborar un material audiovisual que reconstruya el espacio del penal, aún militarizado, tal como hoy es recordado. Termina siendo una reconstrucción oral: *Memorias de mujeres*, que se edita en 2005.

Sopla al sur la memoria.
Molino sin aspás.
Abandona al mundo la esperanza.
Ya no están.
Ya no estás.
Calcinan los huesos de enero.
Otro árbol, otro tronco derribó el tiempo.
Las raíces, ¿sabés?
algún día levantarán la rambla,
crecerán hacia el mar del Buceo
y harán olas que te salpicarán.
Calcinan los huesos:
sus mentiras, mentiras y más mentiras.
Se pone a vivir la palabra no pronunciada entre las
tumbas.
La historia vive aunque no lo crean,
los Perros, Leones y Vascos observan.
Maldigo cada vez que se transa.
Haznos un favor, con este dolor,
no lo hagas, él no lo habilita.
Lo prohíbe.
No se puede negociar la vida ni la memoria.
Cobijo en el último refugio de la memoria
esta bronca, la de octubre, la de abril, la de enero.

No tiene final la pena.
Un rostro surcado de arrugas se levanta
desde los árboles, observa,
gesticula apenas, no sonríe, lo sé.
Mete sus manos rugosas y cálidas
dentro de mi corazón,
me sacude, me acaricia.
No puedo.
No puedo.
Le digo casi sin voz,
casi sin querer:
no puedo,
no podemos enterrar tanta vida.
Dicen que no te entierro
que te estamos sembrando.
Hoy no puedo saludar esta siembra.
Lloro.
Porque para que ella nos dé trigo y pan,
tendrán que liberarse las bocas de tantas
hipocresías.
Llenarse de insomnios constructores el futuro.
De sacrificios sin límites.
Camino de memorias y muertos
que no quiero dejar entre flores y árboles.
Quiero levantar a las Anas, a las Delias,
a las Beatrices, a los Flacos, al Pelado,
a la Tota, al Flaco.
No hay que dejarlos, hay que despertarlos.

Irma Leites

Epílogo

"No te olvides de olvidar el olvido"

Juan Gelman

Estas páginas no son como aquellos ovillos perfectos...

Las hebras apenas si permiten formar un ovillo. Ya no salen prolijos y perfectos. El tiempo ha diluido los colores, ha puesto las hojas amarillentas, ha escondido secretos. De a poco fueron apareciendo las historias, escritas en distintos tiempos, por distintas manos, con lágrimas diferentes.

Algunos ovillos estaban allí, casi completos, las madres habían guardado recortes, fotos, escritos, cabellos. Algunos rostros aparecían íntegros, estancados en los setenta, con largas cabelle-ras, ojos maquillados en blanco y negro. Otros parecían un arrugado e inservible montón de desechos, pero bastaba que apareciera la punta de la hebra y allí, entrecortada, tomaba forma otra historia.

El tiempo como un vidrio empañado escondía los recuerdos, que necesitaban el calor de la charla, un olor, una palabra para atravesar el silencio. Otros ovillos estaban en los roperos, enterrados en los patios, en las cocinas, tras los retratos, en las calles de Montevideo, en los terrones, junto a las vías, entre tazas de café, junto a las servilletas, en las ruedas de mate.

Con perseverancia este tapiz empezó a registrar la memoria desparramada, solitaria, con los colores sepia de los retratos, y así se fue compactando, solidaria. Fue recuperando el brillo y los matices que el tiempo había diluido.

Fue necesario elegir, clasificar, ordenar, inventar un orden, ¿por forma?, ¿por textura?, ¿por tono?, ¿por olor? Para lograrlo escuchamos

muchas voces, las nuestras, las que las complementaban, plurales, múltiples; las convertimos en imágenes, en letras, en sensaciones, en lágrimas. Nuestras manos armaron y desarmaron, fueron y vinieron, encontraron siluetas, sombras, las formas saliendo de las formas.

El tapiz se iba agrandando, ya era parte de nuestra vida, en él estábamos entretejidas, deshilachadas; nuestros recuerdos, nuestros sentimientos guardados, perdidos, encontrados, titulados, en capítulos. Al acercarse se hace aún posible escuchar los pasos de aquellas muchachas recorriendo calles, movilizaciones, marchas, pozos, cuarteles, dolores, amores, como un suave repique, como un eco secreto.

Un tapiz, un espejo formado por sueños, que se empaña una y otra vez. Sabemos que la tarea está aún pendiente, sumergida en el río, desaparecida, perdida en las encrucijadas del tiempo, detenida tras los pactos secretos, en laberintos de leyes obsecuentes, aquejada de fugaces olvidos, en comisiones trasnochadas, atrapada en individualismos metódicamente impuestos por planes de enseñanza, por medios masivos de comunicación, por la indiferencia cómplice.

Todavía algunos de los implicados en uno o en otro bando se refieren a la supuesta guerra que existió en este país. Es cierto que hubo dos clases enfrentadas, pero el enfrentamiento armado terminó en 1972. En 1973 sólo quedó el Estado aplicando su política de terrorismo, no hay enemigos armados contra los cuales enfrentarse. Permanece la resistencia organizada que protagoniza el pueblo en diferentes ámbitos: sindicales, sociales, culturales, políticos, enfrentando la dictadura. Pero hay un solo protagonista armado y es el Estado uruguayo, les guste o no.

El Estado uruguayo sigue siendo responsable aunque cambie la conducción política. El Estado sigue siendo responsable de que Valentina haya crecido sin su padre, de que Simón haya crecido sin su madre, de que Mariana no pueda entender a su abuela, del dolor de un padre ante el cadáver destrozado de su hija, de las muertes en tortura, de las muertes por suicidio, de las víctimas directas e indirectas del dolor. La mayor parte de estos acontecimientos son posteriores a la derrota de la guerrilla en nuestro país.

De las quince bajas del Ejército Nacional luego de derrotada la guerrilla, sólo una no fue causada por sus propias balas. Hoy en día ya hay 16 bajas en las Misiones de Paz.

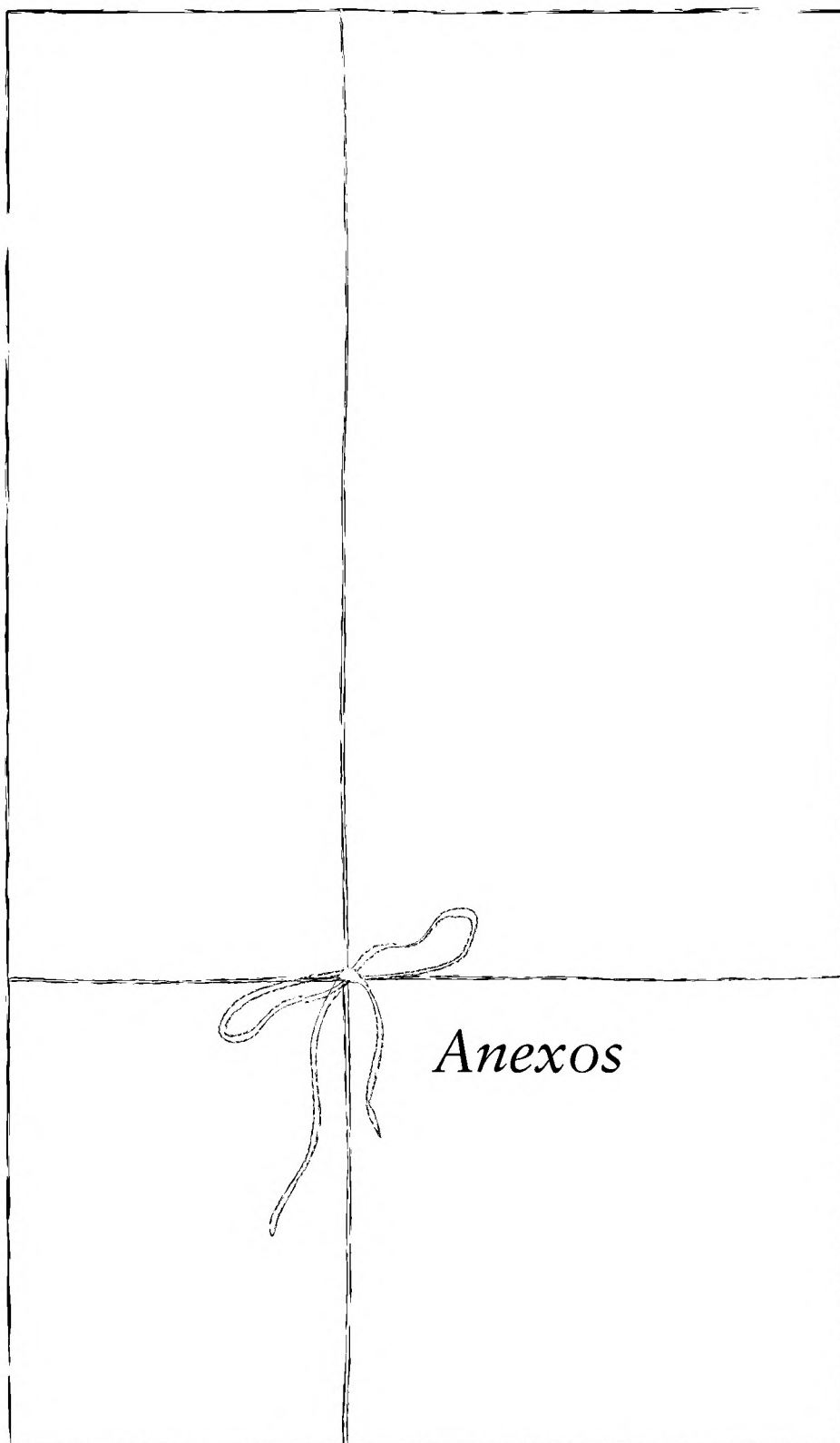
Los ataques, las batallas, los allanamientos, las persecuciones, las destituciones buscaron mantener la riqueza en las mismas manos, cobrar “victorias” y hacerse de botines de mercenarios. Nos preguntamos ¿por qué deberíamos enseñarles esto a nuestros hijos, a nuestros nietos? ¿Por qué cambiar el paradigma uruguayo de “clemencia para los vencidos” por este nuevo y mezquino paradigma de “impunidad para ladrones y asesinos”? No podemos borrar el horror, no podemos cambiar la historia, lo que sí podemos es reivindicar los valores en que creemos: verdad y justicia, que no son consignas, son palabras llenas de contenido.

No podemos permitir que hoy, 27 de junio de 2006, pasados 33 años, los torturados sigan enfrentando a sus torturadores con un escarbadiantes. No podemos permitir que las madres sigan escuchando las mentiras oficiales, que desconozcan el destino de sus hijos. No podemos permitir que los hijos sigan esperando y que mientras aparecen ficheros, el pueblo ni siquiera sepa que los cambian de oficina. No podemos seguir viendo cómo mueren luchadores políticos y sociales, cómo otros siguen sufriendo aquellas torturas que no prescriben como delito y tampoco prescriben en sus secuelas. Siguen como sombras en los huesos, en las cicatrices, en las oscurecidas zonas de las ataduras, en las articulaciones descoyuntadas, en los hijos que no nacieron, en los sueños que se castraron, en la orina que no se contiene, en las manchas de las radiografías, en las pesadillas, en la súbita decisión del suicidio.

Alguien por ahí, ¿escucha ese llanto? Porque nosotras hemos sido simplemente mujeres tejiendo memoria, con amor y dolor, con nuestros rostros, nuestras almas, nuestros sueños, nuestros nombres, responsables de nuestras palabras, porque como dice Claudia Korol “sirve la memoria cuando no se vuelve complaciente. Cuando no se calla. Cuando no se rinde. Cuando no se olvida. Cuando enciende nuevas rebeldías. Duele la memoria. Duele, porque obliga”.¹²⁹

129. “Los duelos de la memoria y las memorias de la rebeldía”. Claudia Korol, Argentina, 24 de marzo de 2006.





Anexos



Mujeres uruguayas muertas en la lucha en el siglo xx

“A nadie se le aplicará la pena de muerte.” Artículo 26 de la Constitución.

1. *María del Carmen Díaz* muere el 17 de setiembre de 1955 en La Teja durante una huelga de los obreros de Ferrosphalt por un disparo de bala efectuado desde un camión en el que iban a trabajar rompehuelgas organizados por la patronal. Sus hijos y su yerno trabajaban en la fábrica. Había nacido en Florida el 24 de enero de 1908. La UNTMRA y la JDM erigen un monolito en su memoria en la plazoleta ubicada en Luis Batlle Berres entre Gregorio Camino y Gobernador del Pino. Lleva su nombre el espacio libre delimitado por esas calles y Antonio Zubillaga.
2. *Lourdes Pintos* nació el 6 de setiembre de 1944. Muere de tétanos a los 23 años en una marcha cañera en 1967, deja tres hijos, uno de 5 años, otro de 3 y otro de 9 meses.
3. *Susana Pintos* fue herida de muerte en una marcha estudiantil el 21 de setiembre de 1968, cuando intentó auxiliar a Hugo de los Santos, agitando una bandera blanca que no fue respetada. Estudiaba en la IEC y era militante de la UJC.
4. *Ivette Giménez de Martirena* fue fusilada junto a su esposo en la casa de la calle Amazonas 1440 el 14 de abril de 1972 por las Fuerzas Conjuntas.
5. *Norma Pagliaro Varo*, muerta en el enfrentamiento de la casa de Pérez Gomar 4392, el 14 de abril de 1972, junto a otros militantes del MLN.
6. *Blanca Castagnetto da Rosa*, nacida en Tacuarembó, era estudiante de derecho y notariado. Fue detenida durante una volanteda cerca de 8 de Octubre y Propios a principios de 1969. Estuvo presa en Cabildo pero una vez liberada volvió a la militancia. Participó de forma activa junto a Ricardo Zabalza en la conformación de la organización estudiantil Movimiento Revolucionario 8 de Octubre (MR 8). Pertenecía a la columna del interior del MLN. Tenía 26 años cuando las Fuerzas Conjuntas la matan en El Espinillo al intentar huir a campo traviesa, el 24 de abril de 1972. Su hermano Héctor también había sido asesinado después de ser secuestrado y torturarlo en agosto de 1971.
7. *Beatriz Cecilia Gianarelli Ávila*, muerta en un operativo de las Fuerzas Conjuntas el 13 de setiembre de 1972.
8. *Virginia Oliveri de Vázquez* fue asesinada por las Fuerzas Conjuntas el 24 de setiembre de 1972 al resistir el arresto.
9. *Nelsa Zulema Gadea Galán* nació en Paysandú el 27 de diciembre de 1943. Militó en el Partido Obrero Revolucionario (POR). Viajó a Chile con su esposo para participar en la construcción del gobierno socialista y después del golpe de Estado en ese país permaneció luchando en la resistencia. El 19 de diciembre de 1973 efectivos militares la fueron a buscar a su trabajo en Santiago. Hay testimonios de su estadía en el centro de detención Tejas Verdes, de donde fue sacada con destino desconocido. Se dice que lanzaban a los muertos al mar o al río Maipo.
10. *Diana Maidanic* estudiaba psicología, militaba en el MLN y tenía 22 años cuando fue asesinada en Montevideo en el operativo del 21 de abril de 1974.
11. *Laura Raggio* era estudiante y militante del MLN, tenía 19 años cuando la asesinaron en el mismo operativo de la calle Mariano Soler el 21 de abril de 1974 junto a Silvia Reyes y Diana Maidanic.
12. *Silvia Reyes* tenía 19 años y estaba embarazada cuando fueron a buscar a su

esposo Washington Barrios, militante del MLN, que no estaba en la casa, la asesinaron junto a las otras muchachas, desarmadas, el 21 de abril de 1974.

13. *Nybia Sabalsagaray* era profesora de literatura, militaba en la UJC y tenía 24 años cuando la detuvieron el 29 de junio de 1974; murió en menos de 24 horas bajo la tortura en el cuartel de Ingenieros 5.

14. *María de los Ángeles Corbo de Brum* fue secuestrada en Argentina, trasladada a Uruguay y acribillada a balazos en el cruce de las rutas 9 y 70 en las proximidades de Soca (Canelones). Su muerte y las de otros cuatro militantes se vinculan al asesinato del coronel Tralal en Francia, ya que ocurren un día después, el 20 de noviembre de 1974.

15. *Graciela Marta Estefanel* fue secuestrada en Argentina junto a su esposo. Había sido detenida con anterioridad por pertenecer al MLN. La trasladan a Uruguay donde es ejecutada. Su cuerpo acribillado aparece el 20 de noviembre en las proximidades de Soca en el departamento de Canelones.

16. *Mirtha Hernández de García* fue secuestrada en Buenos Aires junto a su esposo Floreal y a su hijo Amaral de 3 años. Su cuerpo aparece acribillado en Soca en la misma fecha que los anteriores. Diez años después su familia da con el paradero de Amaral.

17. *Amelia Lavagna de Tizze* fue detenida el 27 de abril de 1975 y muere por torturas en el cuartel de Ingenieros 4 de Laguna del Sauce dos días después. Tenía 58 años.

18. *María Luisa Karaian*, muerta por las Fuerzas Conjuntas el 24 de mayo de 1975.

19. *Marta Quiroga de Camuirano*, muerta en Argentina por hechos vinculados a Uruguay en agosto de 1975.

20. *Telba Juárez* era maestra y militaba en la OPR 33. Estuvo detenida en Cabillo, de donde se fuga con otras militantes. Viaja a Argentina, donde se radica y continúa su militancia. Fue detenida en Buenos Aires junto a su compañero, Eduardo Chizzola. Su cuerpo aparece acribillado a balazos en la calle el 19 de abril de 1976.

21. *Rosario Barredo* fue secuestrada en Buenos Aires el 13 de mayo de 1976 junto a su esposo y sus tres hijos. Su cuerpo aparece el 21 de mayo dentro del baúl de un auto abandonado, junto a los cadáveres de su esposo William Whitelaw y los legisladores Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz. Los niños son recuperados por uno de los abuelos poco después y se trasladan a Francia.

22. *Silvina Saldaña* era estudiante de servicio social, había venido a Montevideo desde Salto a trabajar como doméstica para poder pagar sus estudios. Militaba en la UJC, fue detenida en febrero de 1976 en el Batallón de Infantería Blindado N° 13, al mando de Mario H Aguerro y Alfredo Lamy. Fue torturada hasta la muerte. Sus asesinos llamaron a su lugar de trabajo el 31 de marzo de ese año para informar su muerte y un posterior traslado a Salto que nunca se concretó.

23. *Elena Quinteros Almeida* era maestra y militante del PVP. Fue detenida el 26 de junio de 1976. Dos días después, simulando un contacto con otro compañero, logra ser trasladada a las inmediaciones de la embajada de Venezuela. Huye buscando refugio en la sede diplomática, pero hasta allí entran los represores y la llevan nuevamente a la unidad militar. Permanece desaparecida.

24. *Hilda Delacroix de Ormaechea* militaba en el Partido Comunista. Fue detenida y ocho meses después, el 1° de setiembre de 1976, muere por falta de atención médica en el Hospital Militar.

25. *Josefina Modesta Klein Llado de Morales*, de nacionalidad paraguaya. Desaparece en Buenos Aires junto a su compañero uruguayo el 23 de setiembre de 1976.

26. *Victoria Lucía Grisonas de Julien*, militante de la ROE, desaparece en Argentina el 26 de setiembre de 1976 junto a su esposo y sus hijos, Anatole de 4 años y Victoria

de 14 meses. Después de ser trasladados por un tiempo a Montevideo, los niños fueron abandonados en una plaza de Valparaíso.

27. *María Emilia Islas Gatti* era estudiante de magisterio, viajó a Argentina por estar requerida en Uruguay, había militado en la ROE y en Argentina participó en la formación del PVP. La detuvieron, como a su esposo Jorge Zaffaroni, junto a su hija Mariana de 18 meses, el 27 de setiembre de 1976. Por testimonios, incluido el de su madre, se sabe que estaba embarazada. Tenía 23 años, sigue desaparecida.

28. *Cecilia Susana Trías Hernández* era estudiante de magisterio, militante de la ROE y posteriormente del PVP. La detienen el 28 de setiembre de 1976 junto a su compañero en un bar de la Capital Federal. El hijo de ambos, que había quedado al cuidado de una vecina, fue recuperado poco tiempo después por la abuela materna. Tenía 22 años, sigue desaparecida.

29. *Casimira María del Rosario Carretero de Cárdenas* militó en el FER y luego en el PVP. Emigra a Argentina y la detienen en Buenos Aires, en la calle, entre las 20.30 y las 21 horas del 1° de octubre de 1976. No se conoce su destino posterior. Tenía 24 años y todavía sigue desaparecida.

30. *Graciela da Silveira de Chegenian* militó en la ROE, emigró con su esposo a Argentina y militaron en el PVP. No se conocen las circunstancias de su detención, pero se presume que fue entre el 1° y el 4 de octubre de 1976. Tenía 23 años, sigue desaparecida.

31. *Renée Pereira* se refugió en Argentina junto a su compañero Carlos Cano, argentino, refugiado político en Uruguay, y los dos hijos del primer matrimonio de Renée. Tuvo una reconocida militancia estudiantil. La Comisión para la Paz envió las huellas digitales de Renée y de sus hijos a Argentina. De esta manera se supo que correspondían a tres de las cuatro personas que habían aparecido muertas por “resistirse al arresto”. El otro cuerpo era el de Carlos Cano. Fue el 7 de octubre de 1976 a las 4.30 de la mañana.

32. *Norma Mary Scópice Rijo* era estudiante de medicina y militante del MLN. Estuvo detenida y denunció en el Tribunal Russel las condiciones de las prisiones en Uruguay y las torturas recibidas. Estaba casada con Gustavo Couchet, con quien tuvo una hija. Gustavo murió en un enfrentamiento con las FFAA. Ella emigró a Buenos Aires. Se sabe por el administrador del edificio donde vivía que la fueron a buscar el 23 de noviembre de 1976. Tenía 25 años, aún está desaparecida.

33. *Clarisa Bonilla*, militante del MLN, es detenida en 1974 y muere en prisión por falta de asistencia médica en 1976.

34. *Lourdes Hobbas Belluschi* emigra a Argentina en 1973, milita en el grupo Montoneros. Su esposo es detenido antes de la dictadura, ella desaparece entre el 5 y el 7 de febrero de 1977. Tenían cuatro hijos. Esteban fue enviado a Montevideo, Andrea quedó con un vecino y recuperó su identidad a los 29 años. Los otros dos, de 17 y de 16 años, desaparecieron en julio del mismo año.

35. *Elba Lucía Gándara Castroman* estuvo detenida en Uruguay y al ser liberada se fue a Argentina. Tuvo cuatro hijos, dos nacieron en Uruguay y dos en Argentina. Se vinculó al movimiento Montoneros. El 18 de febrero de 1977 es detenida en presencia de sus hijos Celia Lucía de 13 años, Juan Fabián de 8, Verónica Daniela de 3 y Silvina de 20 días. Permanece desaparecida.

36. *María Angélica Ibarbia de Insausti* era militante del Partido Comunista, emigró a Argentina en 1972 y fue detenida junto a su esposo el 18 de marzo de 1977. Estuvo desaparecida hasta que se identificaron sus restos en el año 2001.

37. *Adriana Gatti Casal* nació el 22 de agosto de 1959. Era hija del dirigente gráfico y fundador de la CNT, Gerardo Gatti, desaparecido el 9 de julio de 1976 en Argentina. Adriana, que también vivía en Buenos Aires, fue detenida por primera vez en marzo de 1977, días después que su compañero Ricardo Carpintero Lobo, argentino de 19 años. Fueron llevados a la ESMA y ella fue liberada a las pocas horas. Un mes después, el 8 de abril, en un operativo en el que participaron la comisaría 47, el cuerpo de bomberos, la Fuerza Aérea, el Ejército y la Policía Federal, en la calle Nueva York 2825 matan a dos hombres y Adriana es conducida herida al hospital Alvear, donde muere al llegar. Tenía 17 años y estaba embarazada de siete meses. Sus restos fueron ubicados y entregados a los familiares en octubre de 1983.

38. *Blanca Margarita Rodríguez de Bessio* nació en Nuevo Berlín, departamento de Río Negro en 1924. Tuvo dos hijos, Eduardo y Estela. Emigran los tres a Argentina. Eduardo es asesinado el 23 de diciembre de 1975 en Monte Chingolo junto a más de 100 personas. Blanca está desaparecida desde el 16 de mayo de 1977 cuando la detienen junto a Sofía Rallis de Kurulis (argentina) y a una niña de 4 años, Mariana. Tenía 52 años. En la casa quedaron Estela, de 14 años, y los hijos de Sofía, Julián de 2 años y Juan Pablo de 9 meses.

39. *Mary Norma Luppi Mazzone* militó en el ps y luego en el Movimiento 26 de Marzo. Estuvo detenida en Uruguay y cuando fue liberada emigró a Buenos Aires. El 10 de junio de 1977 fue detenida en su domicilio. Permanece desaparecida. Tenía 29 años.

40. *Graciela Susana de Gouveia de Michelena* estudió en la Escuela de Servicio Social. Integraba los GAU. Luego de casarse se fue a Buenos Aires, donde trabajó en una panadería y como voluntaria en una guardería. Tuvo dos hijos, María Fernanda y Alejo, que tenían 5 y 2 años respectivamente cuando la detuvieron. Desapareció el 14 de junio de 1977. Los niños quedaron en la casa de un vecino que los entregó a sus familiares. Tenía 27 años.

41. *María Mercedes Camiou Minoli* estuvo vinculada en Uruguay al MLN y en Argentina al ERP. Desapareció el 1° de julio de 1977 cuando se dirigía a su trabajo.

42. *Lourdes Hernández Hobbas*, hija de Lourdes Hobbas, queda con compañeros cuando desaparece su madre. El 5 de julio estaba con su hermano Washington y otros amigos en un bar cuando ingresan varios sujetos armados. Se la llevan esposada en un vehículo. Sigue desaparecida. Tenía 17 años.

43. *Raquel Culnev Hein de Mallarino* era maestra e integró el MLN. Fue detenida en 1972. Estando presa se le detecta un quiste hidático y luego de un largo período de desatención médica muere en el Hospital Militar el 11 de julio de 1977. Tenía un hijo, Raúl.

44. *Blanca Haydée Altman Levy* estudiaba sociología y se radicó en Argentina en 1975. Hay diferentes versiones sobre las circunstancias de su detención el 20 de julio de 1977. Se sabe que en ese momento estaba embarazada de tres meses y se presume que el niño nació en cautiverio. Tenía 26 años.

45. *María Nieves Zuazu Maio* se radicó en Argentina junto a sus padres y hermanas en 1974. No existen datos de que haya sido una militante. Su compañero integraba las Juventudes Peronistas. La sacan de su domicilio el 20 de julio de 1977. Tenía 20 años.

46. *Ada Margaret Burgueño Pereira* fue estudiante de ciencias económicas. Se trasladó a Buenos Aires en 1975. El 20 de agosto de 1977 un grupo armado entra en su casa y se la llevan en un Ford Falcon. Su compañero había sido detenido el día anterior en Campo de Mayo, donde hacía el servicio militar obligatorio. Dos días después iban a casarse. Tenía 24 años.

47. *Myriam Vienes de Soares Netto* fue detenida y torturada en el FUSNA en momentos en que padecía una grave enfermedad. Fue liberada pocos días antes de su muerte, ocurrida el 5 de noviembre de 1977.

48. *Amelia Sanjurjo Casal* era militante del Partido Comunista. Fue detenida en Montevideo y trasladada a La Tablada, donde muere a causa de las torturas el 1° de noviembre de 1977. Estaba embarazada. Su cuerpo no fue entregado.

49. *Elena Paulina Lerena Costa* militaba en los GAU. Se traslada con su esposo Alberto Corchs a Argentina el 27 de octubre de 1973 a raíz de la represión que se desata contra esa organización. Allí nace su hijo Alejandro. Elena trabajaba en un laboratorio. Fue detenida en su domicilio el 21 de diciembre de 1977 por un grupo de hombres armados. Alejandro queda al cuidado de unos vecinos y es entregado a la familia paterna. Elena tenía 30 años.

50. *Ileana García Ramos de Dossetti* militaba en los GAU. Se casó a mediados de 1974 con Edmundo y emigró a Argentina. En mayo de 1977 nace su hija Soledad. El 21 de diciembre de 1977 llega un grupo armado a su apartamento y se la llevan junto a su esposo y a Bosco, otro uruguayo que se alojaba con ellos. Soledad es entregada al portero, quien la lleva a la comisaría. Meses después la abuela materna logra recuperarla. Ileana tenía 23 años.

51. *Yolanda Iris Casco Ghelpi de D'Elía* militaba en los GAU y estudiaba derecho en la Universidad. En 1974 se traslada a Argentina junto a su esposo. Trabajaba como secretaria y estaba embarazada. Le faltaban 15 días para el parto cuando los detienen el 22 de diciembre de 1977 en su domicilio. Su hijo nace los primeros días de enero de 1978 en el pozo de Banfield.

52. *Aída Celia Sanz Fernández de Gallo* militaba en el 26 de Marzo y emigró a Argentina en 1974. Allí formó pareja con otro uruguayo. Estaba próxima a dar a luz cuando la secuestran, el 23 de diciembre de 1977. Tenía 27 años. Su hija nace en cautiverio.

53. *Elsa Haydée Fernández Lanzari de Sanz* no tenía militancia política. Fue a Buenos Aires a acompañar a su hija que estaba por dar a luz. Es detenida y desaparece en Argentina el 23 de diciembre de 1977.

54. *María Antonia Castro Huerga* militaba en los GAU. Se había recibido de médica y se casó el 21 de febrero de 1975. Ese mismo día la pareja emigró a Argentina. Trabajó en el Hospital Italiano. Fueron detenidos el 23 de diciembre de 1977 en su domicilio por hombres armados. Los trasladan al pozo de Banfield, allí muere Mario y María Antonia es trasladada con destino desconocido. Permanece desaparecida. Tenía 29 años.

55. *Graciela Noemí Basualdo de Goicoechea* era argentina y residió en Montevideo. Se casó con un uruguayo y volvió a Argentina en 1974. En noviembre de 1975 nace su hijo Nicolás Alejandro. El 23 de diciembre de 1977 fueron secuestrados de su domicilio. No hay testimonios que den datos de su destino. Tenía 21 años.

56. *Carolina Barrientos de Carneiro* es argentina y se casa con un uruguayo, integrante del PCR. Son detenidos en Argentina el 30 de diciembre de 1977, hay testimonios de su presencia en los pozos de Banfield y Quilmes. También de su presencia en La Tablada, en Uruguay. Continúa desaparecida.

57. *María Asunción Artigas Nilo de Moyano* militaba en la ROE. Se traslada a Argentina junto a su esposo. Estaba embarazada cuando los detienen en su domicilio el 30 de diciembre de 1977. Los trasladan al pozo de Banfield. A María Asunción la mantuvieron viva hasta el nacimiento de su hija María Victoria el 25 de agosto de

1978. Tenía 26 años.

58. **Célica Élica Gómez Rosano**, vinculada al PCR, se traslada a Argentina en 1975. Vivía allí con su hermano y la familia. Es secuestrada en la calle el 3 de enero de 1978 por individuos que se desplazaban en un Ford Falcon sin matrícula. Hay testimonios de su presencia en La Tablada, en Uruguay, en la segunda quincena de enero de ese año.

59. **Norma Cedrés de Ibarburu** integraba el Partido Comunista. Tenía 45 años cuando la detienen en octubre de 1975. Comienza a desequilibrarse, sistemáticamente provocan situaciones para aumentar su inestabilidad. Muere el 16 de enero de 1978 en el Hospital Militar, después de haberse colgado en el baño de una barraca del penal de Punta Rieles.

60. **Marta Beatriz Severo Barreto** nació en Bella Unión, su padre era cañero. Se traslada con su familia en 1975 a Argentina. Fue secuestrada en su domicilio, junto a su esposo y a su hermano menor, el 24 de abril de 1978. Tenía una hija de 35 días que fue entregada a una vecina y recuperada por su abuela materna meses después. Tenía 20 años y aún está desaparecida.

61. **Beatriz Alicia Anglet de León** era estudiante de medicina y militante del Movimiento 26 de Marzo. Se traslada a Argentina. Desaparece de su domicilio el 24 de abril de 1978. Testimonian los vecinos que se la llevaron junto a su compañero Ary Severo Barreto en un vehículo policial y que posteriormente desvalijaron la casa. Tenía 24 años.

62. **Esther Gersber Dreifus de Díaz Salazar** era uruguaya pero vivió desde pequeña en Argentina. Su militancia política fue en la Vanguardia Comunista. Desaparecida el 21 de julio de 1978 en avanzado estado de gravidez. La llevaron de su domicilio junto a su esposo. Los testimonios dicen que el niño nació prematuramente, muerto.

63. **María Rosa Silveira Gramont** integraba el MLN. Detenida, se fuga durante un traslado junto a otras compañeras. Viajó a Argentina con documentación falsa, siguió vinculada al MLN y desaparece el 13 de agosto de 1978. Se presume que estaba embarazada.

64. **Ana María González Pierri**, de 25 años, es detenida en diciembre de 1974. Muere en prisión por falta de asistencia médica el 6 de mayo de 1979.

65. **María Elsa Garreiro Martínez de Villaflor** nació en España, viene a Uruguay a los 4 años y se nacionaliza uruguaya. Militaba en el MLN, se trasladó a Argentina y formó pareja con un argentino que militaba en las FAP, tuvieron dos hijas. Desapareció el 4 de agosto de 1979 en la calle, cuando un vehículo se abalanzó sobre la pareja. Las niñas fueron abandonadas allí mismo. Rescatadas por los vecinos, fueron entregadas a los abuelos paternos.

66. **Gladys Yáñez Rijo** integraba el Partido Comunista. Fue detenida el 14 de agosto de 1978. A pesar de los reclamos para que fuera debidamente atendida, dejan avanzar su enfermedad hasta que Gladys muere en el Hospital Militar el 11 de setiembre de 1980.

Esta lista está incompleta. Son muchas más las compañeras que han muerto: algunas apenas salidas de la cárcel, otras por secuelas que se manifestaron con los años. Nos gustaría incluirlas a todas, quizás la manera sería que cada uno de nosotros incluyera a aquella luchadora, mujer, madre, amiga, compañera que conoció y ya no está.

Niños desaparecidos, hijos de uruguayos

1. *D'Elía Casco, Carlos*. Nacido en cautiverio, restituida su identidad en 1995.
2. *Dossetti García, Soledad*. Apropiada, entregada en una casa cuna y recuperada por su familia 20 días después.
3. *García Hernández, Amaral*. Desaparecido en 1976, restituido en 1984.
4. *Julien Grisonas, Anatole Boris*. Desaparecido en 1976, encontrado ese año en una plaza en Valparaíso, restituido en 1979.
5. *Julien Grisonas, Eva Lucía*, desaparecida en 1976, encontrada en ese año en una plaza en Valparaíso, restituida en 1979.
6. *Hernández Hobbas, Andrea*, desaparecida junto a sus padres en agosto de 1977, localizada en Buenos Aires en diciembre de 1998.
7. *Hernández Hobbas, Beatriz Lourdes*, desaparecida junto a sus padres en agosto de 1977.
8. *Hernández Hobbas, Washington Fernando*, desaparecido junto a sus padres en agosto de 1977.
9. *Gallo Sanz, María de las Mercedes (Carmen)*, nació el 27 de diciembre de 1977 y fue recuperada en 1999.
10. *Moyano Artigas, María Victoria*, nacida en cautiverio y restituida en 1987.
11. *Gatti Méndez, Simón*, desaparecido a los 20 días de nacido, el 13 de julio de 1976, restituido el 8 de marzo de 2002.
12. *Rutilo Artés, Carla Graciela*, nacida el 28 de junio de 1975 en Perú, hija de la argentina Graciela Rutilo y del uruguayo Enrique Lucas, fue recuperada el 25 de agosto de 1985.
13. *Severo Barreto, Carlos Baldomero*. Desapareció el 20 de abril de 1978 junto con varios familiares. Tenía 16 años de edad.
14. *Zaffaroni Islas, Mariana*, encontrada en 1983, restituida en 1994.
15. *El hijo ¿nacido? de Emilia Zaffaroni de Islas*.
16. *El hijo ¿nacido? de Blanca Altman*.
17. *El hijo ¿nacido? de María Rosa Silveira Gramont*.

Militares muertos por “la subversión”, según el Ejército Nacional

Cnel Ramón Trabal	diciembre de 1974
Cnel Artigas Álvarez	25 de julio de 1972
Cap Wilfredo Busconi	31 de enero de 1974
Cap Roberto Botti	19 de febrero de 1976
Cap Julio Gutiérrez	11 de julio de 1974
Tte 2° Ricardo Braida	18 de agosto de 1972
Sgto Artigas Maya	
Sdo 1ª Eusebio Godoy	18 de mayo de 1972
Sdo 1ª Edgardo Delgado	23 de junio de 1972
Sdo 1ª Víctor Aguilar	23 de junio de 1972
Sdo 1ª Ramón Ferreira Escobal	18 de mayo de 1972
Sdo 1ª Osiris Núñez Silva	18 de mayo de 1972
Sdo 1ª Saúl Correa Díaz	18 de mayo de 1972
Sdo 1ª Gaudencio Núñez Santiago	18 de mayo de 1972
Sdo 1ª Nelson Bique	

Resolución de la Cámara de Senadores del 5 de setiembre de 1989

Número 335, tomo 324 del diario de sesiones de la Cámara de Senadores, preside el doctor Enrique E Tarigo.

Por el sistema de concurso se concede venia para el ascenso al grado de coronel médico al teniente coronel médico don Nelson Marabotto.

Carta dirigida al presidente de la República

Montevideo, lunes 13 de abril de 1998

Señor presidente de la República
Doctor Julio María Sanguinetti
Presente

Las abajo firmantes –ex presas políticas– vemos con total indignación el nombramiento del en aquel momento capitán Jorge Silveira, “Pajarito”, a un cargo del Estado Mayor, personal del nuevo comandante en jefe del Ejército, teniente general Fernán Amado.

Jorge Silveira fue no sólo figura principal en la detención y tortura de miles de

hombres y mujeres uruguayos, sino el responsable de la muerte de muchos de ellos. A partir de 1978 fue encargado de detenidas del penal de Punta Rieles. Nunca ocultó su calidad de torturador. Por el contrario, hacía ostentación de su condición de tal. Somos muchos los testigos que lo vinculamos a la tortura, muerte y desaparición de uruguayos, en Uruguay y en Argentina.

No podemos creer que esta historia haya sido valorada positivamente para su ascenso en la carrera militar. Y no admitimos que torturadores de la dictadura ocupen cargos de confianza en este gobierno democrático.

Por lo expuesto, solicitamos a usted, en su carácter de jefe de las Fuerzas Armadas, tenga a bien informar si dichos antecedentes han sido tenidos en cuenta para el nombramiento de referencia.

Siguen firmas de 365 ex presas políticas.

Brote de salmonelosis

Montevideo, 31 de abril de 1999

“Un reciente brote de salmonelosis en el único Hospital Militar del país ha determinado que el Ministerio de Salud Pública tomara cartas en el asunto. La directora técnica del nosocomio castrense es la doctora Rosa Marsicano, y las ex presas políticas recordaron su accionar al frente del penal de Punta Rieles, donde actuó como responsable sanitaria durante la pasada dictadura militar.

El colectivo de ex presas políticas recuerda que la doctora Marsicano, junto con el doctor Nelson Marabotto, fueron responsables de su atención en el período de reclusión. Denuncian que sufrieron ‘permanentes casos de negligencia, omisión de atención y complicidad con la política represiva’ que apuntaron a su destrucción física y psíquica. Irma Leites, integrante de este colectivo, que estuvo detenida entre 1973 y 1982, declaró a nuestra agencia que estos datos fueron confirmados por la Cruz Roja Internacional. ‘Había análisis pendientes para compañeras, o situaciones de crisis psiquiátricas.’ Mabel Araújo, Norma Cedrés, Clarisa Bonilla y Anita González fueron prisioneras que murieron a raíz de la atención de la doctora Marsicano.

Las ex presas no se sorprenden de ver a Marsicano involucrada en un hecho confuso como el brote de salmonelosis en el Hospital Militar, que surgió el 13 de mayo y recién una semana después tomó estado público, debido a una fuerte intervención de las autoridades sanitarias nacionales. Leites expresó que no sorprende porque ‘su atención médica era muy relativa’. ‘El problema es que hoy a la distancia recordamos la función represiva que cumplió. Era parte del aparato de represión psicológica que sufrimos y que no nos brindaba asistencia médica adecuada’, concluye.”

Eduardo Curuchet
Comcosur-Recosur

Por qué hago esta denuncia

Montevideo, 26 de julio de 1999

Existen por lo menos dos profesiones a las cuales apriorísticamente la sociedad les adjudica unos valores que se incluyen por sí en el ejercicio de las mismas y a todos sus miembros sin distinción, y son la de sacerdote o representante de cualquier confesión y la de médico.

A esta última y por tener en el subconsciente colectivo un lugar de privilegio, ya que son los depositarios: de la preservación de nuestra salud, de nuestra evidente debilidad en la enfermedad, y por lo tanto de la vida; de la preservación de esa vida; si es que la sociedad toda se entrega sin dudas ni ambages. Es por ello que la falta, ausencia, o incumplimiento ya no solo del Juramento de Hipócrates, sino también de esa confianza subjetiva, indiscriminada e incondicional, con la que se ha premiado a esa profesión y sin la cual su ejercicio se vería cuando menos debilitado, si no imposible su desarrollo, tiene en sí mismo una gravedad extrema.

Si esto es así en la generalidad de nuestra vida, en los casos en donde la excepción es la normalidad, esta falla, este incumplimiento de ese tácito contrato entre el médico y su paciente, ese fraude a nuestra fe, esa defraudación a nuestro acervo colectivo y subconsciente alcanza ribetes de inusitada magnitud, directamente proporcionales a la situación de indefensión en la que se encuentra el individuo.

Indefensión y dependencia son no sólo la situación real que la persona que está presa padece, sino que es la sensación y el sentimiento que además experimenta y sufre si a dicha situación se le agrega la enfermedad o el padecimiento. En ese momento la figura del médico se nos antoja como la tabla de salvación, que nuestro subconsciente nos proporciona incondicionalmente; y es ahí donde al vernos defraudados, ideológicamente culpabilizados y políticamente estigmatizados somos doblemente víctimas por indefensas, e inertes.

Si estar preso, enfermo e inasistido, cuando una persona ha perdido la tutela de su cotidianeidad, y además es víctima de la cerrazón intelectual, la negligencia profesional, y muchas veces de la desidia y sobre todo de la impunidad, es asimismo una sobrecarga, una extraordinaria penitencia que se nos inflige sin causa ni proceso.

Existen factores que son inherentes a la condición humana, y otros que son resultado de un acto de voluntad, como la desidia o la negligencia; pero aun existen otros que son el producto de ciertos elementos, de la combinación de unas circunstancias, y que está en cada individuo ejercerlos, practicarlos, desarrollarlos o imponerlos, y por supuesto beneficiarse usándolos, como la impunidad.

Todos somos responsables si un responsable no es censurado.

Todos somos culpables si un culpable no es castigado.

Todos somos cómplices si un impune no es juzgado.

Hechos concretos de los cuales puedo dar testimonio:

En general las detenidas en el penal de Punta Rieles recibíamos atención sanitaria por parte de un servicio organizado desde el S 2 (Servicio de Inteligencia) que existía en los dos penales con presos políticos durante la dictadura militar de la década del 70-80. Ese servicio sanitario estuvo basado en atender los casos de salud casi extremos que se presentaban y sirvió para “justificar” ante familiares y organismos internacionales

les que los presos políticos recibían atención sanitaria.

Al frente de este servicio estuvo el doctor Nelson Marabotto conjuntamente con la doctora Rosa Marsicano.

Dicha doctora –sobre la cual vengo a dar testimonio– tuvo directa responsabilidad en: Firmar salidas a interrogatorios a varias detenidas, avalando que fueran trasladadas a centros de torturas, certificando como médico que dichas personas estaban en condiciones físicas para ser interrogadas. Esta situación se planteó en el año 1974, donde fueron trasladadas por lo menos cuatro detenidas políticas al centro de torturas que se instaló en esos años en una casa clandestina de Punta Gorda.

Se encarga en el año 1980-81 de blanquear fichas médicas de todas las detenidas en el penal, como por ejemplo la de María Luisa Casalet, con gastritis diagnosticada clínicamente en el año 1974, y con pase al especialista del Hospital Militar, hecho que se concreta recién en el año de la visita de la Cruz Roja (1980).

En el caso de Ana González Pierri, muerta en prisión, tanto el doctor Marabotto como la doctora Marsicano pudieron ver su estado de salud, y tardaron casi una semana en darle pase al Hospital Militar, donde llegó y fue aislada más de 36 horas; cuando el médico de guardia la interna en CTI, la compañera muere a las pocas horas por una septicemia generalizada.

Gladys Yáñez, que muere el 11 de setiembre de 1980, es otro de los casos que recuerdo, donde no se le brindó la atención sanitaria requerida por su grave y crónica enfermedad, la que es agudizada por no brindársele alimentos y medicación indicada en el caso de una patología renal severa. Con el agravante de la tensión que le sumaron sometiéndola a presiones, citándola a la sala del S 2 del penal en los últimos meses de su vida, hecho que para cualquier detenida era un gran desgaste, en el caso de ella aceleró un desenlace fatal. Este hecho de presión estaba en conocimiento de la doctora Marsicano, quien a pesar de la gravedad de la compañera no puso en funcionamiento el mecanismo de la internación en el Hospital Militar, que sí estaba a su alcance.

También quiero dejar testimonio de algunos de los casos psiquiátricos que viví de cerca: los casos de Mabel Araújo (se suicida al poco tiempo de ser liberada) y Norma Cedrés (se ahorca en prisión, en situación de aislamiento, en el calabozo, dentro de Punta Rieles).

A la doctora Marsicano se le informó durante años de diferentes niveles de crisis psiquiátricas y en ninguno de los casos brindó una atención efectiva, ya se hable de pases a los especialistas, como de la medicación necesaria para evitar un agravamiento de esos procesos.

Al contrario, esos procesos eran contemplados por parte del equipo médico del penal y eran utilizados como elementos de desgaste del conjunto de las detenidas, que convivíamos durante años con casos de patologías extremas. Lo que demuestra que su rol como médico estuvo condicionado a los lineamientos de los servicios de inteligencia del penal, que buscaron tanto el deterioro físico como psíquico de toda la población carcelaria.

Brindo a la comisión el nombre de otras ex detenidas políticas que están en condiciones de avalar, ampliar o ratificar lo antes expuesto.

Beatriz Barboza

Fallo del Consejo Arbitral del SMU respecto de la doctora Rosa Marsicano

Montevideo, 21 de febrero de 2000

Visto: La denuncia formulada por las señoras Alicia Caggiani, Beatriz Barboza, Irma Leites y Paula Laborde contra la doctora Rosa Marsicano, y que fuera remitida por el Comité Ejecutivo del SMU a este Consejo Arbitral [...]

El Consejo Arbitral del Sindicato Médico del Uruguay resuelve:

1. Expulsar a la doctora Rosa Marsicano del Sindicato Médico del Uruguay.
2. Disponer el cese de las relaciones de los miembros del SMU con la doctora Rosa Marsicano.
3. Comunicar a la Facultad de Medicina y a la Federación Médica del Interior (FEMI) la presente resolución.
4. Dar difusión pública a este fallo.

Doctor Eduardo Navarrete, presidente,
doctora María Rosa Remedio,
doctor Edmundo Batthyány,
doctor José Saralegui,
doctor Arturo Gómez Torelly.

El EMR 2 y su propia versión de una cárcel

Este documento apareció entre los desclasificados del Ministerio de Relaciones Exteriores, prolijamente mecanografiado, sólo omitieron firmarlo.

Programa de Recuperación de Reclusas

I. Situación

En cumplimiento a lo dispuesto en el artículo 6° del Reglamento del Establecimiento Militar de Reclusión N° 2, de acuerdo a lo establecido en el artículo 35 de la ley número 14.068, la dirección del penal ha tomado una serie de medidas conducentes a tal fin.

II. Antecedentes

A. La población carcelaria, constituida exclusivamente por personas del sexo femenino, exige una planificación sumamente cuidadosa, teniendo en cuenta las características psicosociales de las mismas: hipersensibilidad, mayor grado de afectividad, capacidad de adaptación al medio, intransigencias conceptuales, etcétera.

B. El nivel intelectual, económico y social es superior al medio de la población del país.

C. Sus experiencias de reclusión son muy numerosas:

- Por sus períodos actuales de reclusión.
- Por haber estado recluidas en la unidad captora durante el sumario.
- Por haber sido anteriormente procesadas por la justicia civil y/o militar, habiendo cumplido la pena impuesta o fugándose de los lugares de detención.
- Por haber estado, en su mayoría en Medidas Prontas de Seguridad, por disposición del Poder Ejecutivo.

D. Son personas maduras tanto en su formación intelectual como en edad (el promedio es de 34 años).

E. Existe un alto porcentaje de reclusas que mantienen estrechos vínculos con sus familiares, aunque más por necesidad que por sentimientos.

F. La experiencia nos indica que la recuperación que se puede lograr es desde el punto de vista de la convivencia y particularmente orientado hacia la situación psicológica, evitando tensiones tendientes a lograr un máximo de adaptación al medio ambiente.

En cuanto a la faz ideológica, el porcentaje de recuperación se considera ínfimo.

III. Bases de ejecución

A. Atención individual a la reclusa

1. Aspecto social

Este aspecto se atiende con particular atención aunque lógicamente ante planteamientos de problemas presentados personalmente por las reclusas, así como aquellos que se detectan.

2. Asistencia sanitaria

La asistencia es permanente y fundamentalmente preventiva, lográndose confianza y tranquilidad a todo nivel: de la reclusa y familiares, a excepción de aquellos mal intencionados o que respondan a consignas impartidas por grupos subversivos.

La misma es integral, abarcando los tres aspectos fundamentales:

a. Atención constante

b. Tratamientos y control continuo

c. Internación y recuperación

Cuando las circunstancias así lo requieren, son consultados los especialistas correspondientes. En oportunidad en que la reclusa es liberada, se le proporcionan todos los comprobantes del tratamiento médico efectuado bajo responsabilidad del establecimiento (análisis, diagnóstico, etcétera), a efectos de la continuidad del mismo.

3. Asesoría jurídica

Aunque el establecimiento no cuenta con un asesor jurídico se efectúan las coordinaciones pertinentes en la justicia militar a los efectos de mantener actualizada e informada sobre su situación jurídica a cada detenida.

B. Vinculación externa

1. Correspondencia

a. Entre familiares

Se considera este aspecto muy importante, ya que la misma significa, además de un vínculo importante con el exterior, el mantenimiento de una relación familiar que ayuda a la reclusa a sobrellevar su reclusión y a pensar en el futuro como algo tangible, con menos incertidumbre. Se realiza quincenalmente y se le da el máximo de agilidad y fluidez compatible con la seguridad.

b. Entre penales

Se le da prioridad centralizando, censurando y distribuyendo rápidamente la correspondencia, por entender claramente el valor de la comunicación entre familiares que se enfrentan separados a una misma situación.

2. Visitas

a. Mayores

Se efectúan cada 15 días, los días domingos para facilitar la concurrencia de los familiares (particularmente del interior) que por razones laborales no pueden concurrir los días hábiles. Se atiende, coordinan y solucionan todos los problemas de horarios de visitas. En los casos en que problemas de salud impiden a los visitantes el traslado por sus propios medios, se autoriza la entrada en vehículos particulares hasta los lugares de visita.

b. Visita de niños

Es otro de los tópicos a los cuales se les da particular importancia, dado que es el eslabón más viable de capitalizar en beneficio del país, teniendo en cuenta que los mayores ya están radicalizados. Por lo tanto las visitas son semanales para los menores que integraban el núcleo familiar antes de la detención, dotando al ambiente en el cual se desarrolla la visita del máximo de elementos de comunicación.

1. Sala de visita de niños: Es un amplio salón con estufa a leña, dotado de comodidad para el diálogo entre ambos, juegos, mesas y pizarrones para que informen a su madre la marcha de sus estudios, nivel alcanzado y demuestren sus aptitudes. Se les permite a las reclusas llevarles juguetes y manualidades que han confeccionado para ellos durante la semana. Cuando las condiciones climáticas (*sic*) son favorables la visita se desarrolla en un predio abierto, donde existen juegos recreativos (toboganes, hamacas, subibajas, etcétera) y un pequeño zoológico con aves, ciervos, asnos, etcétera.

c. Visitas especiales

1. En el locutorio

Son las que se realizan fuera de los horarios habituales, concedidas mediante solicitud de las reclusas obedeciendo a fechas significativas desde el punto de vista familiar,

cumpleaños propio o de familiares, aniversarios, eventuales visitas del interior o exterior.

2. Directas

Cuando se trata de casos especiales, y atendiendo a algún impedimento físico que inhibe el uso del teléfono, se realiza la visita en forma directa en la sala de recibo del establecimiento. La misma se hace extensiva en aquellos casos en que, por la magnitud del problema a solucionar entre la reclusa y los familiares exige un tratamiento más directo y profundo del tema a considerar.

3. De abogados

Semanalmente pueden recibir a su abogado defensor para mantenerlas al día de su proceso.

4. Paquetes

Quincenalmente, simultáneo a la visita, pueden recibir de sus familiares: textos de estudio, frutas, dulces, quesos, prendas de abrigo e íntimas, materiales para artesanías, etcétera. Así como enviar al exterior manualidades, prendas y útiles que no necesiten.

5. Información general

Diariamente desde las 7 hasta las 14 y desde las 18 hasta las 21.30 se irradia música instrumental directamente de una emisora comercial en FM, a través de un equipo monitor, a cada uno de los sectores del celdario. Diariamente se retrasmite un informativo irradiado por una emisora comercial. Cada sector posee un parlante, incluyendo un potenciómetro de volumen para ser regulado por las propias reclusas.

6. Información interna

Los días viernes se irradia un boletín informativo interno de duración variable que comprende:

Internaciones en el Hospital Central de las Fuerzas Armadas y enfermería del establecimiento.

Libertades otorgadas por la justicia militar en el período.

Otras noticias de interés que involucren a la población carcelaria.

D. Actividades

Las mismas visan más carácter de terapia mediante la ocupación racional del tiempo ocioso, que de carácter utilitario para el establecimiento.

1. Cocina

Se han constituido equipos de tres reclusas que concurren a la cocina para la preparación de los regímenes especiales de la población carcelaria, se les entrega los ingredientes pronti para su cocción o aderezado y cada equipo concurre aproximadamente una vez por semana.

2. Tareas voluntarias

Existen equipos que tienen el mismo propósito terapéutico ya anotado. Las mismas consisten en confección de bloques, pequeñas columnas de hormigón armado, mantenimiento de los jardines de barraca y celdario. Administración de cantina y biblioteca de reclusión, trabajo de quinta, tareas eventuales de carpintería y pintura.

3. Tareas obligatorias

Fajinas de lugares comunes, distribuciones de alimentos, limpieza de utensilios, mantenimiento de predios de uso común (carpido, pintura).

E. Entretenimientos

1. Biblioteca. Se cuenta con una biblioteca con 1.738 libros y 1.308 revistas aproximadamente. Todas tienen acceso a los mismos y, al no existir celdas individuales, cada libro y/o revista circula con mayor agilidad entre las reclusas.

2. Estudios. Cada reclusa puede estudiar teóricamente los temas a su elección. Los textos de estudio son proporcionados por los familiares y propiedad de las reclusas. Asimismo pueden seguir cursos teórico-prácticos como mecánico dental, dibujo, pintura, financiados por familiares.

3. Manualidades. Muchas horas son ocupadas en diferentes manualidades. Poseen máquinas de tejer, coser y telares. Además trabajan en hueso, madera, cerámicas, cuero, hilo, lana, etcétera. Sus trabajos son entregados a los familiares para su uso personal y para comercializarlos.

4. Gimnasia y deportes. Tanto en el patio de recreo del celdario como en el de barraca pueden practicar vóleybol o “tenis de playa”, contándose con canchas y redes para ello. La gimnasia no ha tenido mucho desarrollo a pesar de haber profesoras de educación física dentro de la población carcelaria que la podían incentivar y conducir.

5. Recreo. Los mismos son de dos horas diarias de promedio, al aire libre para el celdario, prácticamente continuo para la barraca y de media hora de duración para las internadas en sala de disciplina.

Los días sábados sale a recreo la totalidad de la población carcelaria, incluyendo a las sancionadas. Esta disposición asegura que aquellas reclusas que comenten frecuentes faltas (ante lo cual se toman las medidas correspondientes) no permanezcan por lapsos demasiado extensos sin tomar sol ni salir al aire libre.

6. Música. Además de la que se irradia, normalmente están autorizadas a estudiar música, cantar y tocar guitarra o cualquier otro instrumento que les faciliten los familiares.

7. Cantina. Existe una cantina a cargo de dos reclusas que atienden las necesidades en cuanto a los artículos de primera necesidad, cigarrillos y cosméticos.

8. Proyecciones cinematográficas. Semanalmente se realiza una sesión cinematográfica consistente en un informativo de actualidades nacionales y un largometraje elegido por las reclusas, se realiza en la barraca, por razones locativas e incluye a un tercio de la población carcelaria.

9. Juegos de salón. En los distintos sectores cuentan con barajas, juegos de damas y ajedrez, así como tenis de mesa en la barraca por la razón expuesta en el numeral anterior.

10. Eventos deportivos. Ante eventos deportivos que revistan importancia de carácter nacional o internacional a nivel de seleccionados, de equipos o de actuaciones individuales, la población carcelaria cuenta con los medios necesarios (radio y televisión), de acuerdo a las condiciones locativas del establecimiento, para recibir las transmisiones radio televisivas en el momento de ser irradiadas.

Historias para la historia

Decía Horacio Buscaglia refiriéndose a los textos de *Memoria para armar* en los que basó su obra de teatro: “Cuando leí el libro me impactaron tanto los relatos de esas mujeres maravillosas, que dije: ¡esto es lo que yo quiero hacer, es lo que quiero contar! Me dio mucho trabajo la selección porque todo era muy interesante. Y busqué aquello que me impactara más y que fuera un abanico de las cosas que sucedieron. Y el hecho de que sean mujeres es distinto, le da una carga muy especial. Se habla de la dictadura pero a partir de hechos de una gran humanidad que yo creo que es imposible que a un dramaturgo se le hubiera ocurrido. Sólo la vida real es capaz de generar tantos matices. Desde el punto de vista estético continúa lo que hice con *Carver* y *Para abrir la noche*, una búsqueda muy despojada, minimalista, donde la interpretación y a lo que remite el texto es lo importante. No hay trucos teatrales, aunque creo que ese es el gran truco teatral, la magia del teatro que no puede ser copiada por Hollywood. Que una actriz sin nada o con un cubo negro de madera pueda remitirte a una cárcel.

No elegí la zona de la heroicidad militante, el libro y el espectáculo son de un tono de pequeñas cosas. Y hay humor, en lo cotidiano. Son hechos de una gran carga emotiva. Es un espectáculo emotivamente político. Todo lo que se hace en el escenario es verdad. Eso me tiene impactado.

Yo a Sófocles o a Shakespeare les quité el texto sin que me temblara la mano, pero al tener que cambiarle una palabra a estos testimonios, no sabía qué hacer. Todo es verdad. La mayoría es tomado del libro aunque le agregué textos de María Condenanza y testimonios por ejemplo de mi hermana Teresa, que estuvo presa en el penal. Es una recopilación de pequeñas historias con una fuerte presencia de dignidad, la ética y también de la indignidad y la humillación”.



Índice

Prólogo

Los duelos de la memoria y la memoria de la rebeldía	7
---	---

<i>Generación de utopías</i>	11
------------------------------------	----

<i>Perfiles del tiempo</i>	23
Martha Passeggi	25
Beatriz Barboza	27
Patricia Mora	29
Elena Morelli	31
Ana Demarco	33
Irma Leites	35
Cecilia Duffau	38
Margrit Schiller	41
Alicia Silveira	44
Nibia López	46

<i>Barranca abajo</i>	49
Lourdes Pintos	54

<i>Golpe de Estado</i>	59
“Overoles”	63

<i>Muchachas de abril</i>	65
Laura Raggio	74
Diana Maidanic	78
Silvia Reyes	81
Washington	83
“Palabras cuando me enteré de tu muerte”	85

<i>Viaje a la noche</i>	87
“Alguien”	115

<i>Se precisan niños para amanecer</i>	119
“Estabas adentro”	123

<i>Las entrañas de los muros</i>	127
“Desde la orilla”	131

Aída Sanz	132
“Río de la Plata”	138
María Asunción Artigas	141
“Quisiera dejar”	148
Yolanda Casco	150
“Mi río”	156
María Antonia Castro	158
“Ayer”	163
Ileana García	165
“Yo recuerdo”	175
“Ellos”	177
<i>Regiones de cemento</i>	181
Raquel Culnev	191
Ana María González Pierri	196
“Cantaba”	221
“Región del cemento”	226
Norma Cedrés	230
Hilda Delacroix	246
Clarisa Bonilla	248
Gladys Yáñez	253
“Los compas de mameluco”	256
“Amarillo”	272
<i>A cielo abierto</i>	283
“Animarse”	289
“Sopla al sur la memoria”	291
<i>Epílogo</i>	293
<i>Anexos</i>	297
Mujeres muertas en la lucha en el siglo xx	299
Niños desaparecidos, hijos de uruguayos	305
Militares muertos por “la subversión”, según el Ejército Nacional	306
Resolución de la Cámara de Senadores	306
Carta al presidente de la República	306
Brote de salmonelosis	307
Por qué hago esta denuncia	308
Fallo del Consejo Arbitral del SMU	310
El EMR 2 y su propia versión de una cárcel	311
Historias para la historia	315



Se terminó de imprimir en noviembre de 2006
en Artes Gráficas SA - Porongos 3035, Montevideo, Uruguay. Telefax 2088414
Edición amparada en el decreto 218/96 (Comisión del Papel)